

Ercole Lissardi

**ACERCA DE LA NATURALEZA
DE LOS FAUNOS**

para Ana, mi amor

I

Fauno en reposo

...

La casa está al final de la última calle, donde ya no hay un camino de grava más o menos intransitable por los baches sino directamente una huella apenas visible entre el yuyerío. Semioculta en un final con curva, detrás de una loma de arena, no se la ve hasta estar ya muy cerca. El balneario se llama Tajamares, y no es más que un par de quilómetros de playa después de Cuchilla Chata. Poco poblado y menos visitado, presenta como infraestructura de servicios para el turista un par de almacenes en los que nadie con el más mínimo criterio de higiene compraría ni siquiera productos enlatados.

Aquí voy a estar todo enero. Soledad, silencio, recogimiento, mucha naturaleza, recarga libidinal y lectura. A tales efectos esta casa me parece el lugar adecuado. Arrinconada entre una cañada profunda y selvática al Este, y un monte criollo arraigado en el contrafuerte de la cadena de médanos -muy altos-, el vecino más cercano lo tengo enfrente pero como a cincuenta metros y detrás de un matorral tan denso que ni lo veo. El silencio es absoluto. Apenas, a veces, lejanos, traídos por la brisa, gritos de niños jugando o el motor de una cortadora de césped. Cada tanto el auto de algún forastero que ignora que esta calle acaba en la cañada transita cautelosamente la huella hasta que le cae el veinte y pega la vuelta delante de esta, la última casa. Lo miro, sigo sin curiosidad su maniobra, descansando un poco de la lectura. A veces hacen un gesto de saludo, como pidiendo perdón por la molestia.

...

La casa en sí no es ninguna maravilla. Antes bien al contrario. La construcción es barata; la planchada, desprovista de tejas, se recalienta a mediodía a tal punto que, dentro de la casa, no se aguanta aplicarle la palma de la mano más que unos segundos. De hecho en esas horas hay que exiliarse bajo el alero del frente o en el parrillero techado, según que sople del Norte o del Sur.

Está construída sobre piso arenoso, ralmente cubierto de mala hierba y mucho abrojo; consecuencia de la poca firmeza del piso es que las paredes de la casa -arriba, contra el techo- tienen largas rajaduras. El mobiliario se compone del requeche de muebles de descarte habitual en las casas de balneario, los mismos colchones de polyfom definitivamente aplastados, los mismos cacharos de cocina insuficientes, mellados o abollados.

La vedette del mobiliario, y con razón, es un combinado Punktal Stereo Eco de fines de los cincuentas. El mueble está impecable. El pasadiscos se lo llevaron. Los bulbos del receptor tardan en calentarse y las perillas, por falta de limpieza, exigen paciencia para la sintonía y el volumen adecuado, pero cuando se ha logrado el punto justo el producto es magnífico. Me da la impresión de que el sonido es más denso y más cálido que el de las radios actuales. Pero puede haber componentes nostálgicos en esa evaluación. Podría escuchar onda corta por la noche. Veremos si la lectura, la eventual escritura y el cansancio me lo permiten.

Lo mejor de la casa, aparte del aislamiento y del silencio, es que en el monte criollo sobre el que dan los fondos ha sido abierta una vereda estrecha que lo atraviesa y que va a dar sobre la cima de un médano desde cuya altura se tiene una amplia vista de la costa. Ante todo la playa, prácticamente desierta, apenas un poco más animada los fines de semana; hacia el Este los cerros de la Sierra de las Animas, y Piriápolis, de la que, al atardecer, o sea con el sol de frente, se puede distinguir los edificios más altos; hacia el

Oeste la cinta de arena sigue hasta alcanzar el horizonte marino precisamente en el punto en el cual se oculta el sol. En la cima del médano, de cara a la inmensidad, hay una mesa y un banco de piedra, probablemente destinados al ejercicio del bucolismo matero charrúa, pero en los que yo he decidido ver un verdadero Monumento al Escritor Desconocido, al Llenapáginas Estival, a los Caídos en el Servicio de la Literatura.

...

La parte pesada de mi equipaje son las dos cajas de libros necesarios para encarar La Tarea. La Tarea es consecuencia indirecta de una llamada telefónica que recibí a mediados de diciembre: un argentino, doctorando en una universidad gringa, preparando su tesis, me pide que nos encontremos en enero para hablar acerca de *Últimas conversaciones con el fauno*. Tendría que ser en enero, me explicó, porque será entonces cuando viaje a la Argentina. Generoso y curioso como soy le dije que venga a verme a Tajamares.

De manera que, de a ratos, y por primera vez, me puse a pensar en esa novela. No que nunca la haya leído. Releo cada tanto tramos de ésta como de todas mis novelas, pero sólo por placer (o por constatar si, alejándolas de mi la corriente del tiempo, aún resisten), no para meditar sobre su naturaleza ni su sentido. Cosa que ahora hice, espontáneamente, como respondiendo a un desafío, centrándome en la pregunta básica: ¿por qué recurrí a la figura del fauno?

Es decir: estaba cuando escribí mi *Fauno*, y sigo estando, fascinado por la novela de Arno Schmidt *Momentos en la vida de un fauno*. Sin embargo mi trabajo, admitiendo ese disparador, partió en otra dirección. ¿Qué fue, pues, lo que la lectura de la novela de Schmidt accionó en mí? ¿en qué terreno fértil cayó para que respondiera con mi *Fauno*? y ¿en qué consiste esa mi respuesta?

Pasé el resto del mes de diciembre rastreando las huellas del fauno. Encontré un buen número de referencias, que se suman a las que ya tenía como documentación para la escritura de la novela. Intentar ordenar el conjunto de referencias en una lógica interpretativa y relacionar el resultado con las particularidades de mi tratamiento del tema, y además encarar las lecturas nuevas y pendientes sobre el tema, tratando de atrapar en algún tipo de esquema o borrador el producto de todos estos esfuerzos, es lo que llamo La Tarea, de la que espero, quizá, con el tiempo, la posibilidad de dar uso al pomposo título *Acerca de la naturaleza de los faunos* que me ha venido a la mente. Pomposo pero a la vez simpático, creo, porque siempre genera simpatía el intento de explicar seres imaginarios.

He desembarcado, pues, en mi isla desierta con dos cajas conteniendo unos veinte quilos de libros cada una. Coloqué la mesa del comedor contra la ventana a efectos de disponer de un scriptorium con vista al frente. Para que me sean fáciles de ubicar y de consultar he puesto todos los libros parados sobre la mesa, que es bastante larga, sosteniéndolos en los extremos con ladrillos que encontré en el parrillero. Y que Dios bendiga mis entusiasmos.

...

30° C a media mañana. La arena, finísima, ya quema. El aire está inmóvil. Cero humedad. Ni el más delicado soplo de brisa. Ni una nube a la vista. Es el corazón y el apogeo del verano, cuando todos los vientos dejan de soplar a la vez y quedan en equilibrio, y los días se suceden idénticos, nítidos e implacables. Hay veranos desapacibles que no

conocen este apogeo. Cuando se da, y aunque nunca dura demasiado, entonces decimos que es un verano perfecto. Y esa seguidilla de días es la forma ideal en que lo recordamos.

El mar, este Mare Nostrum, el Río de la Plata, absolutamente quieto, liso como una laguna. Ni siquiera una mínima arruguita aquí, contra la orilla. Es raro que el mar esté tan mudo. Tan mudo y tan liso que se oye con total nitidez el motor de una lancha que, apenas un puntito contra el horizonte, corre en dirección del puertito de Cuchilla Chata. Estuve buscando en derredor otra fuente para aquel ruido de motor porque no podía creer que desde tan lejos pudiera oírse tan claramente.

Así es como me gusta a mí el mar. Por eso no me gustan las costas de Rocha, con el oleaje y el viento y esa cosa agreste propiamente oceánica. Por eso me gusta este ni fu ni fa, ni río ni océano, de los últimos balnearios de Canelones hacia el Este, que además son de los menos poblados. Ni fu ni fa en el que pueden darse días de mar tan quieto como el de hoy. Porque, y lo digo sin vergüenza, yo al mar no voy a nadar, ni a hacer surf, ni windsurf, ni a correr las olas de panza con un morey, ni a medir mis fuerzas con la naturaleza, ni siquiera a zambullirme contra las olas. Yo al mar voy a hacer la plancha.

Pero entiéndaseme bien, no se me malinterprete (¿existe no interpretar mal?), aunque lo que me gusta es simplemente flotar, nunca entro al agua con un colchón inflable. De lo que hablo es de la plancha natural, removiendo cada tanto las extremidades, sobre todo las de los miembros superiores a efectos de no irse a pique; dejando un oído fuera del agua - mediante el simple expediente de torcer apenas la cabeza a un lado - a efectos de tomar nota de inmediato si alguien grita guambia algo; mirándose las puntas de los pies allá a los lejos, con el dedo gordo y su vecino retorciéndose de contentos, pero sobre todo cerrando los ojos para evitar el resplandor del sol y al hacerlo sintiendo como que se flota en el magma originario, en el mismísimo Mar Amniótico, en el Mare Meum.

...

Esa, la verdadera plancha, tiene sus complicaciones, no lo niego. Cuento un par de situaciones críticas para que si algún joven inexperto leyendo esto se sintiera atraído no se crea que haciendo la plancha todo es miel sobre hojuelas.

Como es notorio en las playas abiertas al oleaje (es decir, las que no están protegidas por algún cabo, punta, península o arrecife, las playas “bravas” u “hondas” en definitiva), en las que el golpe de las olas ha cavado la orilla al punto de que el bañista se encuentra rápidamente con el agua al cuello, un banco de arena -que se forma con la arena así desplazada- corre paralelo a no más de quince o veinte metros de la orilla. Pues bien, en una de estas playas, un día de calma y flojo viento Norte, aupé mi cuerpo hacia la superficie y me puse a hacer la plancha.

Como las condiciones para magmizar eran espléndidas –en especial el agua, muy salada, me sostenía sin esfuerzo- me relajé tanto que terminé por dormirme. (Alcanzado un cierto grado de expertise uno puede dejar funcionando el programa de remover manos y pies para evitar el hundimiento y descabezar un sueñito en plena flotación). Ahora bien, aprovechando mi distracción, el artero mar, en retirada dada la dirección del viento, sigilosamente comenzó a alejarme de la costa. Afortunadamente, al pasar por encima del banco en dirección al mar abierto, un vaivén propio del desnivel me despertó.

Eso, que me despertara, fue lo bueno. Lo malo fue que en el embotamiento del despertar, al bajar la pierna derecha –soy diestro- para hacer pie, toqué firme mucho antes de lo esperado (o sea, sobre el banco), con la consecuencia de que, en el natural

desconcierto del despertar, pensé que tocaba el lomo de algún gran animal marino. ¡Dios mío! Pensé ¿Qué animal es éste? ¿Un tiburón enorme, una ballena? El julepe no duró más que un segundo, pero fue una experiencia tremebunda. El que crea que semejante eventualidad no es motivo para un susto de tipo traumático es porque su infancia no transitó la bibliografía adecuada.

...

La otra que cuento es la siguiente: estaba haciendo la plancha pero no dormido, ni siquiera con los ojos cerrados. De pronto sentí muy cerca, más allá de mi cabeza, un golpe en el agua. Tan cerca que alguna gotitas me salpicaron.

Me paré de inmediato para ver qué era, pero no había nada. Naturalmente que me preocupé. Algo más o menos grande había aparentemente emergido y luego se había sumergido muy cerca de mi humanidad. Algo que no podía ver puesto que el agua de playa, revuelta, mitad río, tiene eso: no se sabe qué hay bajo la superficie a centímetros de nuestra frágil y estimada piel. Quizá algún tipo de bicho agresivo. Miré alrededor, pero no había nadie cerca que hubiera visto y pudiera darme un guambia. Nadie excepto, como a cinco metros, un tipo con una panza enorme que estaba parado en el agua, inmóvil y con los ojos cerrados, o sea meando.

Despacito para no asustar al presunto bicho submarino empecé a alejarme del lugar peligroso (recuerdo que pensé que por el ruido podría haber sido un lobo de mar resoplando al emerger y que me pregunté si los lobos de mar morderían) (también pensé que había sonado como la caída al agua de una bolsa de nylon con basura, aunque descarté, por supuesto, semejante hipótesis) (hipótesis que, como veremos, en definitiva estaba más cerca de la verdad que la del lobito de mar).

Me acerqué arteralmente al gordo, pensando que de seguirme la bestia marina lo encontraría más apetitoso o que al menos optaría por alejarse rechazada por los orines. Realmente en los momentos de verdadero peligro se olvida uno de la solidaridad humana y apela a cualquier recurso. Al oír que me acercaba el gordo abrió los ojos, se aclaró la garganta, metió los brazos en el agua frente a su vientre y los movió, como alejando las aguas tóxicas, y me dijo:

-Ese anduvo cerca ¿no?

-¿Ese qué?

-El gaviotín.

-Sí, pero no hacen nada –dije canchereando, aliviado al enterarme de qué había sido.

-No sé –dijo el otro, escéptico-. Yo supe de un tipo que así perdió el dedo gordo de un pie.

Después, ya seguro en la orilla, observando el modo de pescar de los gaviotines, comprendí cabalmente lo sucedido. Se dejan caer en el agua desde su altura de observación –unos cinco metros- de la manera más desmañada, lo que explica que sonara como si hubiera caído una bolsa de basura. Al pensar en aquel dedo gordo amputado, los aludidos, y con ellos sus ocho compañeritos solidariamente, se contrajeron como si de golpe me hubieran dado calambres en los dos pies al mismo tiempo.

...

Lo que antecede es un ejemplo de lo que llamaría “compulsión narrativa”. Cuando llevo tiempo sin escribir ficción cualquier pretexto me resulta bueno para ponerme a narrar. No es raro en ese caso que espontáneamente coloque la voz como para dar cuerpo a una especie de personaje semitonto, aunque prolijo en sus disquisiciones, que trata de conservar la dignidad contra las tempestades del mundo y de sus pulsiones. Me recuerda al Sr. Palomar y a Mr. Bean, aunque es menos filósofo que el primero y menos mezquino que el segundo. Siempre está ahí, aunque sin hacerse notar, como disimulando, esperando que le toque, y aparece apenas le chiflo. Tengo la impresión de que nunca le voy a dar pelota a fondo. Como que me alcanza con tenerlo a mano, saber que está ahí, saludarlo cuando comparece, cada tanto.

...

De tanto leer acerca de faunos & afines se me ha ido cocinando una especie de teoría de la faunidad que me parece que sería mejor empezar poniéndola por escrito, objetivándola, digamos, para tener un marco de referencia a partir del cual ir afinando.

En su forma más sucinta mi argumento dice así:

a) nuestra cultura -Europa, Occidente- se ha dado dos principios opuestos y enfrentados para configurar el universo de las relaciones eróticas: uno es el paradigma del amor puro (para utilizar la terminología de Jacques Le Brun), el otro es el paradigma fáunico (con terminología que aquí y en este preciso momento procedo a inventar). El primero, en obra desde Platón en adelante (y siguiendo con Propercio, San Pablo, San Agustín, los trovadores del amor cortés, Boccaccio, Petrarca, Dante, Ficino, Shakespeare, León Hebreo, Fenelón, Rousseau, Goethe y con él los románticos, Novalis, Stendhal etcéeeetera, hasta llegar a la vulgata masificada que propalan los mass media hoy en día), ha sido objeto de abundante tratamiento y teorización: *El amor y Occidente* de Denis de Rougemont, *La naturaleza del amor* de Irving Singer y *El amor puro* de Le Brun son ejemplos de discusión in extenso de ese paradigma. El segundo paradigma, el fáunico -emergiendo con dificultad, reprimido desde siempre por los platonismos, cristianismos, gnosticismos y maniqueísmos de turno, y luego por el Estado y sus leyes- no ha sido tan estudiado, ni mucho menos; de hecho apenas puede decirse que haya sido identificado como tal.

(No hay por qué abundar acerca del paradigma amoroso, todos conocemos más o menos su substancia y sus figuras, y sobre todo sabemos la fuerza con que a lo largo de la historia de Occidente sus valores han modelado a las personas en su búsqueda de objetos de amor ya sean inmanentes o trascendentes).

b) lo que caracteriza al paradigma fáunico es la promoción de la curiosidad sexual y de la voluptuosidad como instrumentos esenciales para el logro de la finalidad básica e indiscutible de la vida humana que es la felicidad. La perpetua voracidad sexual, perpetuamente satisfecha, es el Nirvana al que aspira. El Venusberg tardomedieval alemán -el del *Tannhäuser*- es una representación razonable de su utopía.

c) dilucidar por qué nuestra cultura, desde su origen con los griegos se dio estos paradigmas y no otros; y por qué el cristianismo los conservó pero estableciendo claramente que el paradigma del amor puro es preferible y el fáunico rechazable, son asuntos que exceden a mis capacidades y/o a mis intereses. Me limito a partir de constataciones irrefutables.

d) las razones por las que un sujeto actúa espontáneamente siguiendo las pautas de conducta de uno u otro de los paradigmas son -supongo- en general, inconscientes, y

dependen -supongo- del proceso de formación de su personalidad, y hacerlas evidentes sería, por consiguiente -supongo-, tarea del psicoanálisis.

e) las primeras figuras míticas de este nuestro Occidente en que encarna el paradigma fáunico -los sátiros griegos y los faunos latinos- son originarias del universo de los ritos de fertilidad, y están claramente destinadas a representar la potencia sexual en tanto avidez insaciable e indiscriminada. Nada más lejano de la atmósfera impoluta de la academia platónica. Evolucionan alejándose de ese universo ritual y acercándose al del placer. El fin de la Antigüedad marcará la aparición sucesiva de figuras míticas de reemplazo.

f) las figuras míticas que marcan la historia del paradigma son, claro está, aquellas que funcionan como tales para el conjunto de una sociedad o de una civilización. (En el caso del paradigma del amor puro figuras míticas que marcan su historia son por ejemplo Romeo y Julieta, la Beatriz de Dante, la Laura de Petrarca, etc).

g) las figuras míticas estimulan la emulación del valor que encarnan. A la vez permiten reconocer en los sujetos humanos concretos conductas similares -sean espontáneas o producto de la emulación- a las de las figuras míticas. O sea: permiten explicar las conductas de los sujetos concretos en términos de emulación (o, en el límite, de posesión). Se puede así decir de un sujeto que es un fauno o que tiene una personalidad fáunica. Este tipo de personalidad se da en hombres y mujeres por igual, dependiendo del tipo de sociedad en que se vive la posibilidad de expresarla.

h) a la personalidad fáunica no la conmueven en absoluto los valores que propone el paradigma del amor puro -trascendentalista y exclusivista. Los ignora olímpicamente, a menos que le sirva para sus propios intereses fingir que adhiere a ellos.

i) una verdadera personalidad fáunica en el fondo y se lo confiese a sí misma o no, no conoce otras motivaciones para sus actos que no sean las sexuales.

(Podría seguir aquí enumerando los distintos aspectos que caracterizan a la personalidad fáunica. El ensayo debiera de tener dos partes, una para la definición y caracterización, la otra para mostrar la evolución histórica del paradigma. ¿Cuál iría primero?).

...

Otra vez el mormaso ya a media mañana. Me despertó el grito de una cigarra, estridente como una sierra de cortar metales que hubieran colocado junto a la cabecera de mi cama.

Cuando duermo más de lo habitual recuerdo claramente los sueños. Mis sueños son –por supuesto– tan enigmáticos y confusos, “simbólicos” digamos, como los de cualquier hijo de vecino. Tengo para mí que toda esa esmerada poetización que se lleva a cabo mientras se duerme es al santo pedo. Carezco –como muchos, supongo– del elemento complementario, del kit sin el cual esa tarea onírica es inútil: me refiero a la voluntad de descifrar el enigma, el significado del símbolo. Esa voluntad sólo pueden producirla la curiosidad o la angustia. De angustia nunca en mi vida sufrí. Y curiosidad por la poética onírica no tengo ninguna. Por lo demás las adivinanzas, como los juegos de palabras, cuando no me irritan me dejan completamente indiferente.

Me despierto –cuando he dormido un poco de más– y veo claramente lo que soñé, pero ni me dice nada ni yo le pregunto nada. Me entretienen un rato, eso sí, los sueños –para nada inhabituales– en los que sencillamente copulo. Y digo “sencillamente” con razón, porque sueño que copulo sin adornos, con la más elemental fruición, como un can puede soñar con una chuleta o una gallina con un gusano. Fue el caso hoy. La beneficiada era Florencia, que hace un par de semanas me plantó.

Florencia tiene veinte años. Apretando los números podría ser mi nieta. Es seria, ceñuda, preocupada por todo. Esta actitud gruñona era para mí, vaya uno a saber por qué, un ingrediente esencial de su atractivo. Después del sexo se ponía filosófica. Me decía:

-No soporto a los de mi edad. Son como retrasados mentales.

A lo que yo respondía, encantado, confirmándole el carácter esencialmente desajustado de la realidad:

-Yo tampoco soporto a los de mi edad, son como cadáveres ambulantes.

Después de un par de meses maravillosos, con lágrimas (ella) en los ojos me cambió por un retrasado mental de su edad.

...

Sentado debajo del alero del frente de la casa me deshidrato a fuego lento. Sudo como si me fuera la vida en sacar agua del cuerpo. El contacto de mi piel empapa la cuerina del sillón de living que tuve que sacar al porche por falta de una reposera decente. No puede ser que en una casa de balneario no haya reposeras. Repongo líquidos trasegando cerveza (¡estaba fría hace cinco minutos cuando la saqué de la heladera!), popote mediante, de una lata a mis recalentadas visceras. Ahora es una legión de cigarras la que protesta todo a mi alrededor. Me estoy hundiendo en la modorra cuando un insecto aterriza sobre mi vientre. Lo miro. Es una vulgar cucarachita voladora. Da unos pasos vacilantes sobre mi peluda e incipiente redondez. Le eructo encima aliento alcohólico. Levanta vuelo.

Aplastamiento total. Ni una gota de aire fresco. Cegado por el resplandor vuelvo a cerrar los ojos. Voces de niños me llegan con total nitidez desde el matorral detrás del cual se oculta la casa más cercana. Es una casa bastante grande y tengo de ella (tendría, si no me lo impediera el matorral, hecho de pastizal, tamarices y un par de eucaliptus enanos) una visión lateral. Es el lado transitado, que lleva al fondo de la casa, fondo que linda directamente con la cañada.

-¡Quieta, Luna! –grita irritada una niña-. ¡Mamá, Luna no se deja atar! ¡Ayúdenme!

La perra ladra, los hermanos protestan que no pueden ir, la niña exige que la madre intervenga. Todo poniendo una energía sorprendente dadas las circunstancias meteorológicas. No tardo en saber que la niña se llama Clara y el mayor Martín, y que al menor lo llaman Iu, o algo parecido. Embrutecido por el sopor apenas si puedo concentrarme en meditar acerca del sólido entusiasmo que en vivirse pone la vida.

...

-Vamos.

Es ahora una voz de hombre opaca, paciente y autoritaria. Miro. Sesenta y pico, canoso, flaco, con una de esas panzas redondas, ridículamente prominentes, como de embarazado. Está parado ya fuera de la casa, donde puedo verlo. Mira hacia la casa, esperando a que salgan los demás. Viste sombrero de paja y calzón de baño. Sobre un hombro lleva una sombrilla y del otro brazo cuelga una reposera para playa.

Se da vuelta y se aleja. Entonces aparece, siguiéndolo, una princesita de unos doce años, delgada, y rubia como una sílfide noruega. Lleva otra reposera. El tercero que aparece es un chico de unos diez años, que carga un colchón inflable. Finalmente, llevando de la mano al más pequeño y protestón, que carga bajo el brazo un tiburón inflable, comparece la Reina Madre. Así la bauticé en el momento mismo en que la ví.

Vista a media cuadra de distancia, flotando en el resplandor enceguecedor, de perfil primero, y luego progresivamente de espaldas al alejarse, con un sombrero de playa de ala ancha y calado hasta las cejas, con unos grandes lentes negros, tan grandes que son como un antifaz, con un pareo atado a la cintura, fue para mí desde ya, sin duda, una auténtica reina, hembra entre las hembras y señora entre las señoras, al punto de que de sólo verla se me cortó el aliento.

No era alta ni esbelta, su cuerpo era más bien sólido, pero caminaba como sólo caminan las diosas del sexo. ¡Discúlpeleme la expresión, por favor, pero hay momentos en los que decir la verdad en su forma más desnuda nos pone a milímetros de la cursilería! Porque sin duda que fue su caminar lo que me impresionó. ¿Qué otra cosa me podría impresionar de ella a semejante distancia? No es que caminara provocadoramente, al contrario, caminaba como una señora, pero ese su irreprochable caminar de señora era impresionantemente provocador. Para mi cerebro fáunico, al menos. El simple caminar cotidiano, demostraba ella caminando, puede expresar a la vez todo el señorío y toda la sensualidad. No pude sino desear atrapar el ondular de ese cuerpo, no pude sino desear ondular con él.

Tendrá treinta y pico largos, mucho más joven que su ventrudo consorte. Toda la procesión familiar duró un par de minutos. Desaparecieron en la luz dejándome turbado.

...

Dejando de lado los vericuetos de los significados arcaicos, de las etimologías, de las genealogías de dioses y semidioses, y de la evolución de los rituales desde la edad de oro campirana a la manipulación política en las urbes, vericuetos largamente transitados entonces por los poetas y hoy por los académicos, y yendo directamente a lo que sátiros y faunos significaban en la realidad cotidiana para los griegos y los romanos de la Antigüedad, diré que representaban -pero con signo positivo y no negativo, de complicidad y no de amenaza- lo que los monjes medievales llamarían siglos después los “demonios de la concupiscencia”.

Para volver comprensible a esa oscura fuerza que es el Deseo los antiguos griegos elaboraron (o mejor dicho adaptaron) una figura mítica, la del sátiro. A partir de ella podían explicar las conductas excesivas como conductas inducidas o de posesión. Los faunos romanos son el equivalente de los sátiros griegos reciclando a tales efectos sus propias divinidades arcaicas de la fertilidad.

Sátiros y faunos estaban en la boca de todos en cuanto se trataba –y el tema era tan de todas las horas como lo es hoy- de la avidez sexual. Lamentablemente pocos poetas o eruditos recogían la bagatela del habla cotidiana. Apenas si los escritores de comedias lo hacían. En *Tesmoforias* las referencias a los sátiros muestran a las claras de qué se trataba al mentarlos. Un ejemplo: el delicado Agatón (el mismo de *El banquete* de Platón) explica a un pariente de Eurípides que “un poeta, según las piezas que va a escribir, así debe comportarse. Si uno escribe tragedias de tema femenino, su cuerpo debe participar de las maneras femeninas”; el pariente, ni corto ni perezoso le pregunta “¿entonces cabalgás (una verga, se entiende) cuando escribís una *Fedra*?”; a lo que el poeta responde “lo que no poseemos la imitación nos ayuda a conseguirlo”; entonces el pariente dice “cuando escribas una de sátiros llamame que te ayudo con la verga dura por detrás”.

En el imaginario griego los sátiros son, en figura híbrida, humanoide, una fuerza de la naturaleza dispuesta a cogerse a todo lo que se le cruce, a disfrutar del orificio que se presente. Son bisexuales, como sus inventores, pero a lo bestia, o sea, ignorando los protocolos y regulaciones del Deseo que respetaba el ciudadano griego. Representan la disponibilidad perpetua, la avidez perpetua, el Deseo perpetuo, la erección perpetua. Se los invoca en ese sentido: para decir de un cogelón que es un sátiro, o de una libidinosa que lo que necesita es un sátiro, o para motivarse encomendándose a esa representación de la potencia sexual sin límite. Hércules es la fuerza, Apolo la belleza, el sátiro es la potencia. A cada cual se lo invoca en la vida cotidiana en el momento adecuado.

...

¿Cómo son los sátiros? Sensuales, borrachines, juguetones. Además -según Eurípides, concretamente- embusteros y cobardes. (Dejo de lado los sátiros salvajes de que informaron a Pausanias viajeros que no distinguían bien entre el mito y la realidad, y que creyeron reconocer en los negros y en los monos del Africa, a los tan mentados sátiros). (En cuanto a las aptitudes fáunicas de los negros -con razón o sin razón, porque cada cual habla según le fue- es un mito que se sostiene hasta el presente).

Los sátiros fueron integrados al cortejo de Dionisos, el dios del vino. ¿Dónde podrían estar mejor? Las mujeres, en estado de furor etílico-sexual, eran las cortejantes de Dionisos (ese dios parecido a los ídolos de la música popular de hoy en día, a la vez atractivos para las mujeres y vagamente afeminados). Las representaciones del universo dionisiaco, hechas de persecuciones de ménades y ninfas por sátiros, funcionaban como una especie de estimulante, modelo a emular para los ciudadanos y ciudadanas que, disfrazados convenientemente, participaban de la procesión anual en honor del dios del vino.

De la misma manera que eran un referente omnipresente en el habla cotidiana, la imagen del sátiro estaba por todas partes. Desnudos siempre y casi siempre itifálicos acompañaban prácticamente a cualquier objeto de la vida cotidiana, y muy especialmente, por supuesto, del gineceo: desde una fuente de jardín a una cerámica, a un candelabro, una moneda, el reverso de un espejo o un cofre donde se guardaba objetos íntimos o valiosos (como el cofre con forma de sátiro que menciona Platon en *El banquete*). Y esas representaciones

podían mostrarlos en cualquier actividad, desde la vendimia a la guerra y desde los juegos a las tareas domésticas y a la abierta fruición sexual, sea copulando o simplemente masturbándose. El sátiro, el fauno en tanto representaciones de la furia sexual perpetua, estaban en todo momento presentes en la vida cotidiana como estímulo y como recordatorio de la prioridad del Deseo en tanto fuente de deleite y/o de vida.

(De hecho es tan profusa su presencia en el gineceo griego, tal y como la atestigua la cerámica tanto negra como roja, que uno queda tentado de preguntarse si el fauno en sí mismo no es un producto del imaginario... ¿femenino? ¿pasivo? ¿receptor? ¿cómo decirlo?).

El sátiro es un personaje anónimo. Apenas conocemos los nombres y las peripecias personales de un puñado de ellos. Los más conocidos: el desdichado Marsias, su discípulo Olimpos, y el sabio Sileno de la sexta égloga de Virgilio. Exceptuado Sileno, los sátiros y los faunos muy rara vez tienen la palabra. ¿Puede sorprender esta ausencia de discurso? Los antiguos veían esta avidez sensual como la parte animal del hombre (de ahí los rasgos aislados que en la época arcaica diferenciaban a la figura del sátiro de la figura humana: orejas puntiagudas, cuernos, patas de cabra, apéndice caudal equino). Y los animales no hablan.

(Si efectivamente los sátiros fueran producto del imaginario femenino –por llamarlo de alguna manera- se comprende mejor aún que no tengan discurso, porque lo femenino mismo carece de discurso en la cultura griega clásica. En fin... esta propuesta del paradigma provisoriamente llamado fáunico como producto del imaginario provisoriamente llamado femenino da para mucho rollo...).

Normalmente sátiros, faunos y silenos (Pausanias, uno de los primeros –que yo sepa- a los que les dio por averiguar acerca de la naturaleza de los faunos, dice que se llamaba silenos a los sátiros viejos) eran presentados en las ceremonias rituales o en el teatro como figuras anónimas en un marco colectivo, en rebaño, digamos: eran el cortejo de Dionisos en las festividades, el ejército de Dionisos cuando era necesario, o el coro en las comedias satíricas que se representaban en las Dionisiácas (de las que sólo sobrevivieron *El cíclope*, de Eurípides, y un fragmento de *Sátiros cazadores*, de Sófocles).

A los efectos de mostrar la evolución posterior (moderna) del paradigma fáunico tengo que dejar claro que a lo largo de la Antigüedad, desde los *Himnos homéricos* a la *Dionisiaca* de Nonno (que es muy tardía, casi altomedieval), se mantiene incambiado este carácter coral y anónimo de los sátiros y los faunos, esta ausencia de voz, de discurso personal.

Hay, sí, una evolución sutil en la representación de sátiros y faunos en tanto estimuladores de la erotización, pero se da al margen de las sagas mitológicas, en el terreno de la figuración plástica. Esa evolución se hace evidente si comparamos al sátiro arcaico de patas de cabra con el marcadamente naturalista de Praxíteles, o con el ya bastante posterior –alejandrino- *Fauno Barberini*.

...

Temprano por la mañana puedo trabajar en el escritorio que me he improvisado contra la ventana del frente de la casa. Hacia mediodía me mudo al parrillero techado que hay al costado y hacia el fondo. Ahí recibo la poca brisa que pueda estar bajando desde los médanos, o por lo menos me ahorro la concentración de calor que produce en el interior de la casa el recalentamiento de la planchada.

Bajo a la playa y planto mi sombrilla cerca de la sombrilla de la Familia Real, quizá demasiado cerca para lo desierta que está la playa. Finjo leer y los observo. Una familia en vacaciones. El marido, los hijos, el valor especial del tiempo compartido en familia, sin otras obligaciones, he ahí obstáculos más formidables que la Muralla China. Y sin embargo... Ese tiempo plenamente compartido puede conducir a la dulzona felicidad... o al hastío... a las fricciones quizá... y al deseo de otra cosa. Y un marido así... mucho mayor, físicamente abandonado... Es difícil creer que estén precisamente viviendo una pasión amorosa. Casi no se hablan. Y una mujer así... basta verla caminar... Está hecha para satisfacer todos los delirios. Los niños son preciosos, y cuando tienen una madre como esta, que por lo que veo les da una vida sana y ordenada... la quieren complacer... le obedecen de inmediato... duermen la siesta, y se acuestan temprano... ¡Ah, el amor a la hora de la siesta! ¡Las escapadas nocturnas! ¡Voluptuosidades fugaces, ansiosas, incompletas! Quién sabe. Veremos.

No se ha quitado el pareo, y sentada sobre una esterilla se abraza las regordetas rodillas. Tobillos fuertes. De más cerca confirmo mi impresión respecto de su edad. Definitivamente: no es una señora entrada en carnes, es de natural robusto. Muy tostada la piel, el verano ha comenzado para ella bastante antes que para el vulgo laburante. El bronceado profundo como símbolo de status social, al menos en nuestras latitudes. Rostro ovalado, cachetes regordetes, boca chiquita (¡ay, ay, ay! boca chiquita...), nariz corta, respingada, deliciosamente presumida. No se quita los lentes. Quizá ahora mismo desde su escondite, de reojo, ve que la observo, que finjo leer. Mejor así. Es bueno que sepa de qué va la cosa. Que sepa que este señor medio canoso que ha puesto su sombrilla junto a la de ellos no lo ha hecho de puro distraído. El marido se ha alejado unos metros para conversar con un vecino de balneario. Ambos son propietarios. Se ve que conversan a menudo. El vecino se para perniabierto, sacando pecho, las manos unidas en la espalda, del cuello le cuelgan unos pelotudos binoculares: un jubilado de la Armada, seguramente.

Cierro los ojos. Oigo, acercándose desde el agua el parloteo de los dos varoncitos, que vienen discutiendo. El mayor con voz tranquila, el menor con voz destemplada. La Reina Madre media en la disputa. Modula muy bien y discurre con mesura, pero lo que me traspasa el corazón es el timbre, grave, calidísimo. De pronto la perra, a la que no he visto acercarse porque sigo con los ojos cerrados, sacude encima mío toda el agua y la arena que pudo juntar.

-Clarita –dice la Reina enojada- quedamos en que te ocupabas de Luna. No se puede traerla a la playa para que moleste.

Clarita, que también se acercaba, toma a la perra del collar y antes de tironear para alejarla me mira y me sonríe con una mueca chistosona a manera de disculpa. Es una verdadera ninfa nórdica. Apenas tiene tetitas y casi no tiene caderas. El pelo es lo más rubio que yo haya visto, su boca es grande y rosada, sus ojos son del celeste más pálido. Un hada misteriosa y encantadora.

-No se preocupe, señora –digo, hipócrita, parándome y sonriendo de oreja a oreja- a esto venimos a la playa, a por agua y arena.

La Reina me premia con una sonrisa no demasiado consistente, un poco distraída. Sin más me dirijo al agua. Pienso que mis vecinos, bellos y oliendo a dinero, me recuerdan a la condesa y sus hijos de *La muerte en Venecia*, con la salvedad de que entre sus críos no hay un Tazio para mí, porque lo que yo quiero es a la señora condesa.

...

Lo cierto es que aquí estoy, haciendo horas extras en el porche (encontré las reposeras, plegadas detrás de un ropero, como escondidas), olvidando de a ratos La Tarea, prisionero de mi imaginación, imantado. Inútilmente, por lo demás, porque la Reina Madre rara vez sale del nido y cuando lo hace usa la camioneta.

A media tarde el equilibrio atmosférico se quebró y arrancó un Pampero alto, fresco, muy fuerte, al punto de que en un rato las olas cubrieron la playa, que no es muy ancha. Preparé té y me entregué a un rato de humor introspectivo, confesional.

¿Qué confieso? Que soy un fauno. Bueno... en fin... un fauno... demasiado decir, quizá... seamos modestos... digamos... un fáunico. Un fáunico tardío, además. He sido tardío para demasiadas cosas. No voy a entrar en detalles. Escribir, por ejemplo. Primer libro editado: a los cuarenta y pico. En fin... lo mismo con mi naturaleza fáunica. Tengo mis disculpas, uno siempre tiene sus disculpas. Al fin y al cabo no existe un claro deslinde de este tipo humano más que en términos denigratorios, y a nadie le gusta tener una mala opinión de sí mismo. No existe una teorización adecuada de sus características, un saber que no incurra tendenciosamente en el terreno de la patología (satiriasis) o el de la ética (mujeriego), ni existe una visualización clara de su presencia a lo largo de la cultura occidental. Con lo que debo de estar tratando de escribir un libro perfectamente inútil ya que nadie consideró necesario escribirlo en los últimos dos mil quinientos años.

(“La falta de discernimiento, el hambre de cantidad sobre todo, me irritaban como una prueba de rematada estupidez” dice –sospechamos que bastante hipócritamente- el narrador de *La noche de Don Juan*, de Moravia).

Confieso que nunca en mi vida he podido estar frente a una mujer (de la edad que sea) (sí, de la edad que sea, para arriba y para abajo) sin evaluarla (actual, prospectiva o retrospectivamente) en términos de fruición sexual, sin cortejarla, por discreta, imaginaria, o imperceptiblemente que fuera, sin fantasear su posesión. Sí, sépanlo señoras, especialmente las serias y virtuosas que siempre sospecharon en mí, aunque no las exteriorizara, intenciones aviesas: con mayor o menor intensidad, pero efectivamente mi intención era probarlas en la cama. A todas. Las mujeres que he tenido no han sido sino una ínfima proporción de las que he deseado y que he catado sólo con la imaginación. (¿Me -y las- consuelo agregando que fueron cuidadosamente escogidas?).

Confieso que jamás he visto a una mujer que se esfozara por gustar (sea con el cosmético, el vestido, la actitud, el gesto, el pensamiento, o lo que sea) sin sentir una emoción profunda, sin sentir verdadera ternura, sin hacerme una cuestión de honor el informarle, así sea con sólo la mirada, que la encuentro absolutamente seductora.

Confieso, finalmente, que sólo he puesto una mínima parte de mi psiquis en los demás asuntos del mundo –incluida la escritura-, con la consecuencia previsible de que vivo obsesionado por la idea de que nunca he sido capaz de poner todo, de poner lo mejor de mí en nada que no sean mis amores -o sea en aquello precisamente que al menos hasta hace no mucho tiempo tampoco podía hacer demasiado bien, por falta de convicción y de libertad interior, que no de condiciones ni de deseo. (Eso de que la obsesión erótica me impidiese desplegar todos mis talentos y o capacidades lo comparto con el discurso de Rico en *Yo y él* de Moravia).

Anyway... ¡Voilà! Está dicho, y es ilevantable. Porque está escrito con una tinta que pesa más que el plomo: la tinta de la verdad.

...

Cuando yo era un muchachito la palabra que se usaba -en la sociedad prolija y mojigata que era aquel Montevideo en el que imperaban los códigos de la Clase Media- era “mujeriego”. Las connotaciones eran claras: alguien que causa vergüenza ajena porque se quedó en los juegos secretos (cochinos) de la infancia, en la pura corporalidad, alguien que íntimamente no creció y no se dedica por consiguiente a asuntos serios, alguien que cede aún a las ansias incontenibles de la adolescencia, alguien –en fin- que no puede ser par inter pares porque se babea por las mujeres de los demás. Pero también alguien que no respeta los sentimientos puros e íntegros de esos seres de virtud indudable, las mujeres, y que traiciona sus justas expectativas. Un barco sin ancla, alguien que va por la vida a la deriva, derecho hacia los arrecifes en los que se hundirá y que se llaman soledad, horrible soledad final.

En el plazo de apenas un cacho de vida, hasta en esta Montevideo vuelta porosa y permeable a todos los virus, ya los cuerpos humanos, por no decir los seres humanos, no tienen más que partes pudendas. Y la traición no es más que un escozor en el amor propio que no dura más de un par de minutos, en el mejor de los casos. Hoy mujeriegos confesos somos todos, asumamos o no en la práctica la faunidad. ¿Volverá con la rueda descentrada de la Historia a ser otra vez el “mujeriego” un marginado? Tal cosa sucederá la semana que no tenga viernes, porque hay cosas que no tienen marcha atrás. Más seguramente lo que nos espera es no sólo la muerte del Deseo sino aún la desaparición de la necesidad fisiológica de tener sexo.

...

Ya deslizándome por la pendiente de la memoria un recuerdo acude, no se si para avalar mi presunta faunidad o para consolarme de no se qué desazón con su delicia.

Me sumerjo a menudo en los laberintos de la memoria y obtengo de ella placeres tan intensos como los que proporcionan los hechos. La memoria es el libro secreto de los placeres. Pero si hago un verdadero culto de recordar, es porque tengo una memoria: a) implacablemente selectiva: sólo recuerdo lo que me dio placer, y b) finísima: no olvido ni el menor detalle de lo que me dio placer. De hecho, apenas este recuerdo se ha insinuado en mi memoria he recordado su nombre -Magela- aunque fue, si no el menos intenso, quizá el más fugaz de mis amoríos.

Sucedió hace cuatro o cinco años. En otoño o en primavera, porque no era el tiempo de los abrigos ni el del calor insoportable. Yo estaba en la zapatería de Minas casi Dieciocho, esperando la compostura de un zapato que se me había descosido, sentado en uno de esos apartados con cortinitas que ocultan los pies descalzos.

(Habría que estudiar un poco ese pudor de los pies, temor a quedar descalzo en público que quizá esta ya desapareciendo como tantos temores y prejuicios, pero que hasta no hace mucho era operativo, la prueba está en estas cortinitas que siguen ocultando los pies descalzos en las casas de composturas de calzado al paso. Parecería que el pudor –y por consiguiente la erotización- de los pies es -más claramente que el que afecta a la genitalia- mero efecto secundario del ocultamiento que implica la necesidad práctica del calzado. Lo cierto es que durante mucho tiempo las mujeres hicieron de esa necesidad virtud, y pusieron el mostrar los pies dentro de sus estrategias eróticas como una avanzadilla -que todavía no compromete demasiado- de la desnudez. Más allá de estas consideraciones no

falta quien diga que los pies se ocultan porque son reveladores: en las peculiaridades de su individualidad podrían leerse secretos o destinos, como se lee en las líneas de las manos).

Una mujer entra en la zapatería. Una mujer, común y corriente. Ni lo que llaman linda ni lo que llaman fea. En fin... para mí no existen las mujeres comunes y corrientes, todas tienen algo especial si se sabe encontrarlo. Lo que quiero decir es que a priori y a primera vista no había en ella nada que invitara a recordarla días o años después. Cruzamos miradas fugaces, distraídas. Y sin embargo, simplemente de observarla mientras esperaba a que la atendieran, supe que era como yo: alguien que sólo piensa en coger, para decirlo a lo bestia. ¿Qué me lo dijo? No lo sé. Supongo que de la misma manera intuitiva se reconocen los drogadictos, los católicos practicantes, los asesinos, los hinchas de Peñarol, o tantos tipos de gente. Algo en su rostro vacío de expresión, en su cuerpo vacío de expresión, simplemente ahí, sin pose ni actitud alguna, como un animal. Así me percibo yo a mí mismo cuando estoy solo, aunque disimulo cuando estoy en público, porque imagino que los demás verían mi secreto -cuando en realidad normalmente la gente no ve nada.

Después, como si hubiera sentido en el contacto de mi mirada un mensaje se dio vuelta y me miró, abiertamente, y supe que me estaba reconociendo, como yo a ella, y midiéndome en tanto cogedor. Sí, decididamente había en ella algo que no puedo llamar sino desnudez, y algo de animal de presa. Algo de estar simplemente existiendo, abierta, porosa, disponible, sintiendo en la piel las líneas de imantación del mundo, o sea, del Deseo. Se movió entonces delante mío para mirar primero una vitrina, después un almanaque, lenta y cuidadosamente, como quien exhibe un animal brioso. La vi estirarse en puntas de pies para mirar de cerca alguna chuchería, sabedora de que si era yo lo que ella había sentido que era -y que soy- gozaría de su discreto mostrarse, del estirarse de los músculos de sus pantorrillas, del endurecerse de sus glúteos, del temblar tenso de sus tobillos, como si aquel simple alzarse en puntas de pies fuese toda una danza erótica desplegada para mi provecho.

Sentí, como ella seguramente, la alegría del tigre que ha venteado su futuro almuerzo, la alegría de saber que estaba frente a alguien que, sin abrir la boca, sabía decirme que estaba ahí esperando que le tire un anzuelo para prenderse, una excusa para que empiece a pasar algo jugoso. Ni por un instante me pasó por la mente preguntarme si estaba casada, si tenía hijos, si tenía amante, si vivía con su madre o con su gato, si estudiaba o trabajaba, si era buena o mala, o lo que sea. De ella sólo sabía y sólo me interesaba saber, sin necesidad de hacerlo consciente en mi mente, que era la mujer que nunca podría ser una puta. Porque sólo le interesaba, como a mí, elegir, y no ser elegida: la caza y el goce. Recogió sus zapatos, pagó y se fue, sin dedicarme una segunda mirada.

Salí varios minutos después, demasiados. Me apuré aunque en realidad sin esperanza de alcanzarla. Estaba sentada en un banco de la plaza, de espaldas a la zapatería. Se volvió y me miró acercarme con cara de haber esperado casi demasiado.

...

Vivimos en una época obsesivamente abierta a todas las nostalgias. Atenta a industrializar todas las nostalgias. Parece imposible producir un objeto (literario incluido) que no lleve la marca de alguna nostalgia. No me refiero a la marca de una tradición -con lo que de auténtico pueda tener saberse parte de una tradición- sino a la marca de una nostalgia -con lo que de caprichosamente subjetivo y frívolo tienen las opciones nostálgicas.

¡No a las nostalgias! Vivimos en una época empeñada en revisar siempre una vez más el baratillo del pasado, incapaz de fabricarse un presente, no hablemos ya de producir un futuro. El presente perpetuo –instante eterno, como lo llama Maffesoli- de la Posmodernidad no es más que un baratillo de antiguallas. En lo que me concierne reprimó en mí la aparición de cualquier brote nostálgico.

¿Qué tengo contra la nostalgia? La nostalgia distorsiona, impide la evaluación objetiva. Si a la ignorancia y a la mala fe se le suma la nostalgia ya no es posible una mirada al pasado que sirva para nada. La nostalgia es autocompasión –llanto por el pasado perdido-, y la autocompasión es el último recurso de los derrotados. ¿Cuál es el radio temporal de acción de la nostalgia? No sólo el de tiempo vivido por el sujeto nostálgico: se puede asimismo tener nostalgia ajena, nostalgia por lo que vivieron o por lo que sienten o sintieron –o imaginamos que sintieron- nostalgia otros, nuestros mayores, por ejemplo, o nuestros ídolos, basta con que hayan sabido transmitírnosla o que seamos capaces de imaginárnosla. O sea que el tal radio temporal de acción sería en un momento dado de algo así como dos generaciones, tres eventualmente...

Es cierto por otra parte que la nostalgia es el antídoto disponible contra presentes subjetiva u objetivamente demasiado negativos. Y siempre en la vida humana lo que nos espera son presentes finalmente demasiado negativos. Amputarse la nostalgia podría dejarlo a uno expuesto a las radiaciones de un presente destructivo. Sería perder, hipotecar el pasado como dimensión legítima, como recurso de la experiencia humana. Sería como vaciar la tina con el bebé adentro...

Tema a desarrollar: cuando ya no se es capaz de amar se puede sentir nostalgia del amar, más concretamente se puede sentir nostalgia del dolor de amar, nostalgia de la embriaguez, del vértigo, de la decepción, del dolor de amar.

...

Y así siguiendo... Todo esto elucubraba cómodamente instalado en un sillón oyendo grabaciones de las bandas de Benny Goodman, Miles Davis, Glen Miller et al a través de la onda corta pulcramente sintonizada en el combinado Punktal. Receptor auténtico, mueble auténtico, música auténtica. Me parecía como si a través del tiempo hubiera sintonizado una emisora de aquella época. El marco adecuado, en parte, para el libro que abrí sobre mis rodillas, uno de los pocos que traje que no tienen que ver con La Tarea: la edición de Taschen de la colección Rotenberg. En parte, digo, porque buena parte del material de la colección es de los cuarenta y los cincuenta.

Pornografía paleolítica. Imágenes de la prehistoria de la industria de la fotografía pornográfica. El amateurismo más torpe. Lugares miserables y gente miserable fotografiados con una luz implacablemente impía. Cuerpos que se doblan, pliegan, abren o estiran componiendo sin convicción ni ánimo el remedo de la pasión mientras los rostros distraídos, desconfiados o vagamente disgustados no expresan más que la espera del fogonazo de magnesio o argón. Desde hace tiempo vuelvo una y otra vez a estas fotografías tratando de oír lo que me dicen en su media lengua y más allá de sus tristes apariencias.

¿Se trata de nostalgia vicaria? Al fin y al cabo es la pornografía que pudieron haber consumido mis mayores. (Almas inocentes, que Dios los tenga en su gloria, seguramente que no tocaban esta basura ni con la punta de los dedos). Me parece que no, que otro es el mensaje, no el canto de sirenas desafinadas de la nostalgia. Y estoy como con la palabra en

la punta de la lengua, desde hace meses, a punto de descifrarlo. Pero no termino de darme cuenta de qué es lo que me dicen, de qué se trata.

Harto de trajinar este desierto del alma lo dejo de lado. Abro *Ordinary men*, de Christopher Browning, otro desierto del alma, preguntándome por qué lo traje. Lo tomé del estante y lo puse en la caja sin preguntarme por qué. Lo leí hace como diez años. Hasta la náusea. Su lectura está en el origen de *Interludio, interlunio*. ¿Por qué traerlo ahora que estoy realmente en otra cosa? me pregunto hojeándolo. (Pero ¿se puede –me pregunto, con Adorno- estar realmente en otra cosa respecto de Auschwitz, después de Auschwitz?). Me detengo en las fotos tomadas por los soldados del Batallón 101 de policía mientras realizan su tarea de vaciar de judíos los pueblitos de la llanura polaca para conducirlos a los campos de exterminio. Después de volver a mirarlas una por una otra vez, de pronto entendí. O tuve la impresión de que entendía. Aunque la impresión de haber entendido no alcanzaba para explicarme qué fue lo que entendí.

Es decir: de pronto tuve unas y las otras fotos –las de Rotenberg y las del Batallón 101- frente a mí, lado a lado, como en páginas opuestas de un solo libro, de un libro impensable, inadmisible, repudiable, horrible.

Esos rostros impávidos, mirándome desde la misma napa de pasado, esos cuerpos esmirriados, de gente común, sin gracia, gastada por el laburo, sosteniendo una pose congelada, involuntaria, durante un instante atrapado en esa mirada que espera sin esperanza el fogonazo del flash. De rodillas unos, vestidos con sus ropas de culto, las manos en alto bien abiertas, vacías, con el caño del fusil a centímetros de la nuca. De rodillas y desnudos los otros (conservando sólo los zapatos para no pisar descalzos el polvoriento y pegajoso suelo del estudio), desnudos y de rodillas para penetrar o ser penetrados, para chupar o ser chupados.

-Son los mismos –me dije sin pensarlo, sin comprender el significado de esas tres sencillas y habituales palabras-. Son los mismos –me repetí estupefacto aún antes de entender, como si me estuviera diciendo sencillamente que la misma gente estaba en unas y otras fotos, como si con el mismo rebaño de extras se hubieran filmado dos películas muy distintas, como si estuviera seguro de que si me ponía a buscar con cuidado, a revisar con una lupa, encontraría los mismos rostros en unas y en las otras fotos, los mismos, incapaces ya de asumir sus roles, cuerpos puro pellejo, almas pura amargura, dientes cariados, miradas vencidas, zapatos hartos de caminar.

Pero no era eso lo que quería decir al decir que son los mismos. Ojalá hubiera sido eso. Porque en ese caso hubiera podido denunciar una impostura, que unos no eran modelos para fotos sucias y baratas o que los otros no eran judíos polacos masacrados, y listo el pollo. Pero no era eso.

-Son los mismos –me dije, sin embargo, una vez más, neciamente, recalcitrante, aunque mi mente seguía sin poder penetrar en el significado de mis palabras, como una cuchara que no puede penetrar en una melcocha demasiado espesa y se dobla.

Me paré, apagué la radio, me desnudé, fui al baño, abrí la lluvia y me metí debajo, todo sin decidirlo, sin pensarlo, como si fuera la hora de bañarme o como si fuera sonámbulo o un muñeco teledirigido. Estuve bajo el agua un rato largo. El agua dejó de estar tibia y yo seguí ahí, sin poder desprenderme de mi certeza y sin poder comprenderla. Hasta que me dí cuenta de que ya no sólo me decía que son los mismos sino que cada tanto agregaba, vaya a saber si a manera de premisa o conclusión:

-Es lo mismo -lo cual me pareció, quién sabe por qué, peor.

-Es lo mismo. Son los mismos –y luego, simétricamente-: Son los mismos. Es lo mismo –y sacudía la cabeza desconsolado, desconsolado en el fondo no por ellos, que están más allá de todo consuelo o desconsuelo, sino porque, de todas maneras, no entendía.

Corté el agua y me quedé ahí parado esperando que el aire me secara la piel. Respiré muy hondo, suficiente como para regresar desde cualquier desconsuelo. Pero fue inútil. Era como si ese núcleo de afirmación, de aseveración en mi mente fuera un bloque de cemento, impenetrable e indesplazable.

-Es lo mismo –resonaba en mi cerebro como una orden de ver, de comprender, como una orden que retumba al principio en un espacio enorme, desierto y hostil, en el que se apaga sin efecto alguno, pero vuelve a resonar, una y otra vez, cada vez más imperativa, y de a poco la empiezan a acompañar fogonazos, refucilos y relámpagos que por instantes permiten entrever quizá, aunque aún no comprender, su sentido.

¿Los mismos porque unos y otros son esta misma pobre cosa, la especie humana? ¿Los mismos porque unos y otros representan, ponen en escena, de una manera esencial su miseria y su desdicha, o son puestos en escena, de una manera esencial, por su miseria y su desdicha? Es lo mismo, son los mismos, me repetí como se repite algo a un imbécil, ya rabioso e impotente, ya escupiéndome en la cara la rabia impotente. La misma gente contaminada por la muerte y por la desesperanza, devorada por la misma nada, la misma injusticia y el mismo olvido, devorada por el mismo virus de la completa incomprensión de qué mierda es lo que está pasando con sus pequeñas vidas y sus pequeños sueños, devorada por la misma máquina capitalista-fascista que es a lo que ha llegado, como se llega a un callejón sin salida, esta cosa de alguna manera equivocada a lo que los especialistas llaman la Modernidad. Que me cuelguen de las bolas si estos rebaños de muertos no son los mismos. Lo son aunque me pase años buscando y no pueda encontrar entre miles de fotos la misma cara. Son los mismos en el mismo atroz y fantasmal anonimato, coleccionados a fogonazos para el miserable disfrute de unos improbables, distraídos, remotos amos, yo incluido.

Un solo libro, un libro impensable, inadmisible, repudiable, horrible. Pero también un libro sagrado, porque contenedor de una verdad ineludible, esencial y última. Una verdad que sólo puede ser tocada con la punta de los dedos y que no puede ser refutada desde ningún a priori más o menos sofístico y sofisticado.

Volví a abrir la llave del agua y volvió a lloverme encima. Pensé que ni toda el agua del océano me limpiaría de lo que había entendido, o mejor dicho, de lo que podría haber entendido al darme cuenta de que eran los mismos (no parecidos, ni congéneres, ni prójimos, ni hermanos en la desgracia, sino los mismos), y que por falta de lucidez o de energía para la pulseada se me escapó, y se deslizó, se está deslizando ahora mismo, ya para siempre inatrapable, al menos para mí, por el resumidero.

...

Durante la noche, tan inesperadamente como había empezado, el viento aflojó. La temperatura es ahora agradable y el mar se ha calmado casi completamente. De manera que después del café del desayuno decidí bajar a la playa. La tormenta dejó una sorpresa: la orilla tapizada de cantos rodados. Caminé en busca de un lugar sin piedras para entrar al agua -que no encontré- haciéndome la pregunta de rigor: desde dónde habrían traído las olas estos millones de guijarros completamente pulidos a fuerza de rodar.

Debo decir que tengo la planta de los pies especialmente sensible. No tengo piel gruesa, dura, protectora, sencillamente debido a que, excepto cuando voy a la playa, nunca ando descalzo. De manera que caminar –ridículamente, como si pisara brasas al rojo vivo- sobre los pedruzcos hasta llegar a un punto desde el que pudiera zambullirme fue como subir al Calvario.

Peor fue salir, porque entonces el trayecto –acortado al entrar por la zambullida- fue completo, y en peores condiciones, o sea, en subida, por poca que fuera, y con las olas molestando, pero sobre todo porque, ya enfilando para salir, advertí que la Reina y sus principitos habían bajado a la playa y se habían instalado allí, a pocos metros de la orilla, y que Su Graciosa Majestad, a través de sus lentes de sol, miraba en dirección al mar, o sea, grosso modo, en dirección a mi persona, cosa que en cualquier otro momento me hubiera dado como para hacerme una película pero que en aquel momento me pareció la última de las desgracias. Junté coraje, que nunca me ha faltado, y traté de disimular lo más posible la tortura.

Fue inútil. La fatalidad estaba en mi camino. Empujado por una ola trastabillé y apoyé la planta del pie sobre una mala piedra con la consecuencia de sentir un dolor tal como si me hubieran dado un fierrazo en la planta del pie. Abombado y aflojado por el dolor fui fácil presa de una ola de tamaño inesperado que me lanzó de rodillas sobre el pedregal. Fingiendo cuanta agilidad soy capaz de fingir me puse de pie tan rápidamente como pude. No quise ni mirarme las rodillas, que imaginé sangrantes como las de un Cristo. Fui derecho a donde estaba mi ropa, la recogí y seguí de largo, huyendo del ridículo, y de las risitas contenidas que imaginé en los miembros de la troupe familiar, tal y como si estuvieran mirando una película del inspector Clouseau. Y huyendo maldecía con todas las letras a la invasión de pedruzcos que calculaba que había terminado con mi temporada de baños marinos, porque de ninguna manera iba a someterme otra vez a semejante escarnio.

...

La bella tradición del sátiro (y luego del fauno) animalesco, con su nítido simbolismo designando lo animal (la avidez copuladora) en lo humano tuvo, con naturales variaciones, una larga sobrevida. Desde la cerámica ática con figuras negras al fauno de Pompeya y de ahí a Rubens y a Rodin, y luego más lejos, hasta Dalí y Picasso, no dejó de estimular la imaginación de los artistas. La pelambrera y la barba enmarañada, la expresión aturdida, las facciones poco nobles, de labios gruesos y nariz achatada, la expresión marcada por el descontrol de las emociones, los cuernos en la frente, las orejas peludas y puntiagudas, la cola de caballo sobre la rabadilla, la verga tiesa y las patas de cabra, unos y otros elementos según el caso fueron exagerados o desaparecieron, proponiendo variaciones del mismo modelo.

Pero en la Grecia clásica, ya con Praxíteles, es evidente una nueva manera de representar a la figura mítica del sátiro. Ya no se trata de la cosa entre fantasiosa y picaresca habitual en las cerámicas y en las fábulas de los poetas. Hay un desplazamiento en la naturaleza del lenguaje de representación, desde el ámbito de lo simbólico-institucional al ámbito de lo íntimo del Deseo. Ya no basta con una simbólica estimulante, compartida por tradición, ahora se necesita algo más realista. La mirada para la que trabaja un artista como Praxíteles es decididamente otra. En su *Sátiro en reposo* los atributos animalescos o desaparecen o se minimizan y disimulan hasta casi la desaparición: aquí lo que cuenta, apelando a la juventud, a la belleza física, a la blanda sensualidad de la bestia

deseante, no es sólo recordar y celebrar la dimensión deseante implícita en lo humano (su lado animal) sino directamente despertarla, excitarla, exacerbarla, lanzarla a un afuera que es el mundo, coto de caza del Deseo.

De cualquier deseo. Los sátiros se vuelven lampiños. Este jovencito peripuesto, muy fresco y un tanto displicente, poco masculino aún, no hace mucho salido del gineceo, con su cuerpo más trabajado por las perezas y los placeres que por el esfuerzo, sin duda que, dada la dieta sexual de los griegos, enciende las miradas deseantes tanto de las mujeres como de los hombres.

Que el artista griego de esta tradición sabe que juega con los nervios de los unos y de las otras es particularmente evidente en el llamado *Fauno Barberini*. El sátiro de Praxíteles se ofrece blandamente a la mirada, pero al *Fauno Barberini* lo estamos espiando. Desnudo, parece dormitar en una hoquedad que le sirve de cómodo asiento. Su cuerpo es el de un atleta -cero grasa, proporciones perfectas, músculos trabajados- pero no el de un guerrero ni el de un salvaje de los bosques. Perniabierto, tiene un pie -apoyado en un saliente- más alto que el otro, y las rodillas, vencidas, caen a cada lado, muy separadas, dejando la verga y los huevos descuidadamente expuestos. La musculatura del torso aún está hinchada por el esfuerzo, y las costillas visibles por la respiración aún agitada; el brazo derecho lo tiene levantado y apoyado sobre la cabeza como queriendo separarlo del cuerpo para recibir mejor lo que le llegue de aire fresco –misma actitud en los muslos, separados como para refrescar la entrepierna. La cabeza, vencida por el peso del brazo y por el aflojamiento del cuerpo, se apoya sobre el otro hombro; cuernos y orejas puntiagudas apenas son discernibles entre los rulos; los párpados le pesan, la boca esta entreabierta y el ceño apenas fruncido, como si luchara por no dormirse.

No por casualidad Bernini, el mismo del orgasmo más glorioso en la historia del arte, el de Santa Teresa, se ocupó de la restauración de este fauno. Todo dice a las claras, para el que lo quiera ver, que este fauno acalorado, agitado y agotado acaba de darle un descanso a aquello que lo define como figura mítica, que no es el gusto por el vino ni por cargar ladrillos ni por correr la milla sino la avidez sexual perpetua. *Fauno después de echar un polvo* debiera de llamarse este que eufemísticamente ha sido llamado *Fauno dormido* y también *Fauno borracho*. El artista sabe perfectamente distinguir en la actitud del cuerpo el cansancio que es consecuencia de la tarea agotadora de la languidez que sigue a la descarga amorosa. Casi nos parece sentir en su vientre la delicia de los últimos espasmos, el último cosquilleo de la eyaculación. Su tórax parece hincharse y vaciarse todavía con el ritmo frenético del final del coito, y de sus labios entreabiertos parecen escaparse todavía los últimos quejidos. Su piel toda –misterios de la luz jugando sobre el mármol- parece aún vibrar y manar sudor. La máquina de coger descansa. Vencido, abierto, expuesto a la caricia de una mano ligera, de unos labios ligeros que quieran humedecerse con los restos del licor, expuesto a que se lo sople y se lo erice, a que se lo lama y vuelva a enervarse. ¿Qué mirada es convocada por el espectáculo de esta deleitosa languidez? ¿Qué mirada inventa y luego descubre a este portentoso semihombre, semianimal, semidiós de testículos vacíos y agotados? Privilegio de quien lo agotó es disfrutar ahora del espectáculo de su belleza. ¿Mirada de mujer, mirada de hombre, mirada del artista sobre su modelo? Mirada del Deseo, desnuda mirada del Deseo.

Si la desnudez ha reinado en la escultura clásica se ha tratado de la objetiva desnudez de la Belleza. A partir del *Fauno Barberini* se trata de la desnudez del Deseo, y entonces se vuelve inevitable la pregunta por el titular de la mirada. La necesidad de representar al

deseo sexual en estado puro llevó al arte antiguo más allá de los límites de su estética, hacia una expresión de la subjetividad que inicia otro modo y momento de civilización.

...

Una de las razones por las que me levanto temprano es para no recordar sueños. Los sueños pueden ser deliciosos o deprimentes, pero más a menudo son irritantes por lo irreductiblemente absurdos. Pura chatarra mental, material de desecho. Puedo imaginar que a alguien pueda servirle imaginar mensajes en los sueños, o imaginar formas en las nubes, o tejer croché, pero de ahí a postular... o a fundar... o a deducir toda una... ¡en fin! La irritación frente al impune absurdo más que el contenido en sí del sueño, cualquiera que fuera, más de una vez me ha dejado de malhumor por el resto del día.

Hoy un sueño consiguió rebasar la barrera preventiva. Un niño corre en un bosque, resbala en una pendiente y cae en un pozo disimulado en la maleza. Cae sobre un colchón viscoso y movedizo, que resulta ser un nido de víboras. Paralizado por el horror el niño grita. Trata de pararse pero no puede porque le duele un tobillo. Cuando me doy cuenta de que el niño es el menor de mis vecinos despierto, bañado en sudor. De acuerdo, el dolor en el pie deriva del machucón que tengo en la planta del pie. ¿Y la emboscada de víboras en la que cae el pobre infante? ¿Soy yo el peligro que lo acecha, ya que me quisiera coger a su mamá? ¿O sea que, mutatis mutandi, estoy reviviendo mis angustias edípicas presuntamente mal curadas? Lo dicho: absurdo. De hecho, me doy cuenta ahora, el argumento y la escenografía de ese sueño están tomados de una lectura de infancia. Durante la interminable hepatitis que hizo de mí un lector insaciable leí todas las aventuras de Bomba, el niño de la selva, editadas en la colección Robin Hood: en una de ellas, involvidada, Bomba cae en un nido de víboras.

Los sueños son ciertamente detritus mentales sin significado alguno... más que el que uno le quiera dar, de acuerdo... en el supuesto de que uno quiera, o más exactamente necesite darle alguno. Pero además el significado que se les quiera dar no es un acto de lucidez o de intuición pura, sino que depende del humor del día que a su vez depende del estado de la atmósfera, de nuestros procesos digestivos, de nuestra lectura nocturna y quién sabe de qué más.

En realidad lo único que encuentro interesante en los sueños es que son experiencias intensas, intensos como los mundos novelescos. Nuestra percepción cotidiana de la realidad no es intensa. Tenemos que hacer un esfuerzo o estar un poco chiflados para encontrar lo cotidiano intenso. En cambio en los sueños todo significa o pretende significar, o afirma que significa, como en las novelas.

(Veo que hace unos días anoté algo similar a esto. Es que en vacaciones, como todo el mundo, duermo a menudo alguna horita más y eso hace que recuerde más los sueños. Y entonces o bien disfruto cuando me han recordado mis placeres o bien me irrita si representan mensajes tan cifrados como absurdos o bien me pongo –como hoy- a meditar tonteras acerca de los sueños).

...

Sueños... en fin: nada que una ducha bien caliente o bien fría según la estación no se lleve por el caño. Me masajeo un buen rato la zona machucada del pie lamentando que se hayan acabado para mí los baños de mar por esta temporada y maldiciendo los caprichos de

la naturaleza. Me rebelo. Me propongo encontrar una solución. Me digo que si soy capaz de escribir las agudas y eruditas páginas que anteceden sobre la faunidad también soy capaz de solucionar un problema tan menor. (Maldita la relación ¿no? pero en ese momento el argumento me motiva). Entonces recuerdo el viejo método de invertir la perspectiva y lo aplico. En lugar de maldecir la perfidia del mar miro las cosas desde el otro lado del mostrador y constato que el quid de la cuestión es que al mar, a bañarse, se va descalzo. O sea, advierto, que si voy a bañarme calzado el problema desaparece.

Las zapatillas de lona con suela de goma me parecen el calzado adecuado. Las romanitas, resbalando sobre la superficie pétrea, se salen de debajo del talón y con la severidad de la torsión se rompen en alguno de sus puntos débiles, que son los de inserción en la suela de la tira de plástico que rodea al empeine; o luego, en el agua ya más profunda se salen fácilmente del pie y entonces hay que ponerse a buscarlas abajo, contra la arena, porque no suben, y eso puede ser cosa sencilla o volverse imposible, según el humor de los duendes marinos.

Bajé pues a la playa con mis zapatillas de lona azul. La Familia Real estaba allí, en su lugar habitual. Disimulando, como si sólo quisiera respirar la brisa marina más cerca de la fuente, me acerqué a la orilla. Ahí estaba el maldito pedregal. (Nobleza obliga: tengo que poner en el haber del molesto fenómeno costero que cuando la ola se retira produce un sonido delicioso, verdadera música, al filtrar entre las piedras). Una ola más vigorosa me cubrió los pies y aproveché para adentrarme rápidamente en el agua de modo que al retirarse la ola no fueran ya visibles mis ridículos accesorios de baño. Caminar calzado sobre los cantos rodados fue una papa, casi un placer, pensé sintiéndome victorioso y orgulloso de mi victoria, victoria finalmente de la capacidad humana de adaptación al medio, también llamada inteligencia. Caminé sobre las piedras con una sonrisa en los labios hasta que, cuando se me antojó, ya no con urgencias, me zambullí. Fue mi momento de gloria.

Durante un rato no me atreví a nadar ni a hacer la plancha porque mis vecinitos jugaban en la orilla y temí que se burlaran al ver mis zapatillas (¡Miren se olvidó de sacarse las zapatillas!). Finalmente, sin moros en la costa, hice la plancha, pero no pude con la impresión de que mis pies calzados parecían los de un ahogado (pensé en los jubilados que antes que morir de hambre prefieren suicidarse lanzándose al mar desde el muro de la Rambla Sur).

Salir del agua fue todo un tema. No porque se presentaran problemas técnicos en el pedrerío. El problema fue en la arena. Pensé en la entrada al mar, pero no en la salida. Con las zapatillas anegadas me parecía que caminaba como el payaso Patotas. Y al llegar a la arena fina, pasando las zapatillas a pesar el triple, me sentí como si me hubieran puesto zapatos de cemento. Simplemente para no echar por la borda el resto de dignidad que me quedaba (y porque la arena estaba que ardía) no salí de la playa con los zapatos en la mano. De todas maneras hubiera...

...

(Aquí faltan, arrancadas, un par de páginas. He querido dejar el tajo tal y cual. Los diarios no se corrigen. Mucho más adelante, hacia el final se verá quién y cuándo y por qué las arrancó. Lo que falta es el relato de mi salida en el yate del club de pesca de Cuchilla Chata. No salí a pescar, por supuesto. Me limité a tomar el sol, tomar cerveza, meditar y comprar una bonita corvina, recién pescada, para hacer a las brasas).

...

...es buscar el placer, y la memoria es el libro de los placeres. Gozar recordando lo vivido es vivir dos veces. Hoy Emilia me ha venido a la memoria. En realidad la recuerdo a menudo. Ella fue para mí lo más cercano que he conocido al partner sexual perfecto. No alguien con quien podemos desfogarnos, tampoco alguien con quien se puede tener un rato de placeres refinados, sino alguien con quien sucede el click que permite acceder a esa zona rara de disolución del ser a la que llamamos éxtasis. Por eso nuestra relación duró bastante y por eso la recuerdo a menudo y con particular intensidad.

Ella, como la princesa de Clèves, amaba más a su marido que a su amante. Lo amaba entrañablemente, y añoraba los tiempos en que él ejercía sobre ella sus derechos de señorío, práctica que había abandonado –cosa para mí tan incomprensible como conveniente. Sí que lo amaba. Una vez me rebautizó con el nombre de su marido justo en el momento en el que, después de las negociaciones que habitualmente implicaba el caso –más por coquetería, me confesó en algún momento, que por falta de ganas-, me la estaba cogiendo por el culo. No que tal estupidez me pusiera celoso: lo que me daba era tanto y tan bueno que podía llamarme con el nombre que se le antojara. Era tanto, sobre todo, lo que nos dábamos, que una noche, forcejeando para que la dejara irse, llegó a rogarme:

-No me hagas acabar más. Se va a dar cuenta.

Ruego que demuestra una vez más lo mucho que amaba –que ama, supongo- a su marido: no quería someterlo al espectáculo de las huellas de sus excesos, al contrario de la actitud de ciertas heroínas de Moravia, como la Dina de *El viaje a Roma*, o la Alina de *La villa de los viernes*.

Perdíamos la cabeza, literalmente. Al menos a mí me llegaba en la noche un momento en que realmente era incapaz de organizar en mi mente pensamiento alguno, y creo que a ella le sucedía lo mismo. Emilia llegaba a mi apartamento como a las nueve de la noche, bebíamos un vino blanco, hablábamos un par de futesas (debo decirlo: jamás se me ocurrió algo que quisiera hacer o hablar con ella fuera de la pasión sexual que nos unía), y saltábamos dentro del círculo mágico. Daban las dos o las tres de la mañana y seguíamos en estado de total demencia sexual, yo sin dejarme ir, duro como hierro, y ella, con varios orgasmos encima, pálida y temblando de tan acabada. Una noche de verano nos amaneció en esas.

-Está amaneciendo –dije, incrédulo cuando terminé de convencerme de que no se trataba de un incendio enorme en la otra punta de la ciudad.

-Me voy a morir. Tengo miedo –dijo ella, queriendo llorar y no pudiendo, de tan deshidratada. En la luz grisácea se veía como desencajada, como al borde del pánico. Me dí cuenta de que a punta de orgasmos la pobre había llegado al borde del agotamiento nervioso, del ataque de nervios o de lo que mierda fuera. Abracé su cuerpo empapado en sudor helado, le soplé suavemente en la frente.

-Tranquila, no te cojo más –le susurré acariciándole la nariz y los labios tocándola apenas con la punta de un dedo. Pero entonces sacó la lengua y se puso a lamerme el dedo, y, como lo introduje entre sus labios, se puso a chuparlo. Con mimo, sin energía alguna. Volví a colocarme entre sus piernas, se las levanté, le abrí con los dedos la vagina ya muy seca, y le deslicé la verga hasta el fondo.

-Acabo y no te cojo más –le dije entonces, rectificando mi impulso compasivo.

...

En mi apartamento, en Montevideo, no hay más que un espejo, el del baño, en el cual casi nunca me veo porque cuando salgo de la ducha está empañado, y peinarme no necesito porque llevo el pelo muy corto (en las otras oportunidades mi pasaje por el baño es francamente fugaz y no me miro ni de reojo).

Ahora, sin embargo, he concebido el capricho de vigilarme mientras trabajo, de manera que he descolgado el espejo del dormitorio (como de un metro y medio por ochenta) y lo he instalado sobre una silla en el scriptorium del parrillero. He creído comprender que, habida cuenta de la tendencia a dar cuenta de mis trabajos y mis días que me ha atacado en este verano, no está de más tener bien presente aquello con lo que uno encara el mundo a manera de estandarte, amuleto y escudo protector: la propia cara y el propio gesto.

En realidad lo normal es que me mire tan poco que cuando lo hago es como si mirara la cara de otro. Además, como me he estado mirando a la distraída, de reojo, mientras escribo, la sensación de estar mirando a otro se acentúa. No voy a entrar aquí en un rollazo como el de Pirandello en *Uno, ninguno y cien mil*. Si por casualidad tan tardíamente como el señor Moscarda encontrara alguna anomalía en mi fisionomía la ignoraría. Bastante bien me ha ido en el terreno de los hechos con esta cara como para andar ocupándome de ella en el terreno de las especulaciones.

Me limito por el momento a tomar nota de algunos detalles significativos. Tengo una oreja bastante más larga que la otra (hacia abajo, o sea que lo que es desproporcionado es el lóbulo). Si una cierta asimetría es un condimento necesario de la verdadera belleza, entonces ese requisito lo tengo salvado. En todo caso mejor una oreja más grande y no un ojo, que es lo que le pasaba a Goya, según él se pintaba. El caballete de la nariz lo tengo partido y tengo cerca de la punta de la nariz la cicatriz de un tajo profundo. Sobre estos dos particulares –de los que entiendo innecesario subrayar los atractivos–, por separado o combinados, me gusta urdir historias truculentas. También tengo una cicatriz al final de la ceja izquierda. Es tan antigua que a veces la olvido, pero debo decir que también ella tiene sus historias. Nadie me dijo nunca que tengo lindos ojos, pero me consta que dado el caso he impresionado a los demás con la mirada. De hecho, ahora mismo, mirándome fijo, me impresiono a mí mismo, que no es poca cosa. En cuanto a mi boca, el dibujo es perfecto (lo siento: es así; el que no me crea que venga y lo vea), y una boca de dibujo perfecto es, por definición, una boca que expresa sensualidad. No me he besado en un espejo todavía, pero dado el deseo de ser besado en la boca que despierto, puedo decir que he llegado al punto en que se hacerlo muy bien. La amplitud de mi frente y lo ancho de mi mandíbula, como de boxeador, se responden para componer una estructura facial que combina la inteligencia con la fuerza. O sea que si se le suma a este marco la intensidad de mi mirada, la sensualidad de mi boca, el salvajismo de mis cicatrices y el indispensable toque asimétrico de mis orejas, bueno... en fin... modestamente, como decía Gassman en *Il sorpasso*... Lástima -constato ahora- que los lentes me caen hacia la izquierda, consecuencia de que en alguna siesta, quién sabe hace cuánto, los aplasté y se venció la bisagra de una patilla, con lo que se termina redondeando la cosa con un toque entre bohemio y payasesco.

Tengo en casa desde hace años un librito con 263 autorretratos de pintores, realizados entre mil trescientos y algo y 1913. Muchas veces lo hojeé fascinado por las dosis variables de objetividad, crueldad, autoindulgencia, estupor y autocompasión con que esta legión de artistas ha buscado en sus rostros los signos de la profundidad, la angustia, el hedonismo o la curiosidad metafísica. Nunca, hasta hoy, se me había ocurrido imitarlos.

...

Creo que los rasgos de mi fisionomía que apunté sugieren una descripción de mi personalidad que es la correcta. Creo en general que las personas son lo que parecen ser por la sencilla razón de que es difícil mantener una máscara más tiempo del que dura en promedio una obra de teatro. Para la mirada atenta las máscaras que nos empeñamos en superponer a nuestro rostro son transparentes.

...

Estaba lavando los cacharros de la cocina, cosa que hago en la pileta del parrillero cuando apareció el menor en su bicicleta. Los niños me ponen nervioso. Con ellos, el ser vagamente asocial que soy no puede, como con los mayores, no prestar atención y refugiarse en fórmulas huecas. De hacerlo me sentiría culpable, porque todavía no se les puede descartar de antemano y sumariamente como imbéciles o malvados.

-¿Qué andás haciendo? –le pregunté, disponiéndome al diálogo.

-Mi casa es aquella –anunció señalándola, y confundiendo típicamente el ser con el estar.

-Ya lo se. Te vi con tu mamá –acordé, paciente.

-Mi papá se fue a trabajar –me informó entonces cambiando de tema, con típica volubilidad infantil.

-¿Cuándo vuelve? –inquirí continuando con la vajilla y fingiendo indiferencia.

-El viernes.

Información no poco relevante.

-Por ahí hay una salida para la playa –dijo entonces, señalando hacia el monte cerrado, más allá del parrillero.

-¿Cómo sabés? –le pregunté, fingiendo sorpresa.

-Cuando no hay nadie en esta casa nosotros bajamos a la playa por ahí –me confió.

¡Zape! ahí está la brecha, bendito sea Dios, pensé. El menor era un enviado de la diosa Fortuna.

-¿Cómo te llamás? –le pregunté, ya en otro tono.

-Luis.

-¿Y por qué te llaman Iu?

Se quedó callado, confundido en la encrucijada de sentidos del verbo llamar, entre convocar y designar. Miró hacia su casa, y ya seguro de que no lo estaban llamando zanjó la cuestión encogiéndose de hombros.

-Y vos ¿cómo te llamás?

-Coco.

-¿Y por qué te llamás Coco?

-Porque me gusta la cocoa ¿a vos te gusta? –digo, ya dispuesto a ganarme sus voluntades, así sea a punta de tonterías.

-Sí.

-¿Y el chocolate?

-También.

-¿Querés un chocolate?

Se lo pensó. Los ojitos le brillaban de codicia o gula. Pero terminó por hacer que no con la cabeza.

-Mamá no me deja agarrar cosas que me den personas que no conozco. Y además sólo puedo comer en casa.

-Está muy bien, tiene razón tu mamá –hembra, señora y madre, pensé, experimentando ya una puntilla de lujuria, comprensible después de varios días de reparadora abstinencia-. Ahora, Luis, andá y decile a tu mamá que digo yo que puede utilizar esta salida a la playa cuando quiera.

-¿Ahora tengo que ir?

-Sí, ahora.

Obediente, dio la media vuelta, montó en su bicicleta y pedaleó esforzadamente para zafar del piso arenoso de mi jardín.

Satisfecho de la coyuntura, que quizá traería la montaña a Mahoma, me senté a la mesa, abrí la cuadernola y me miré de reojo en el espejo. Me dediqué una merecida y entusiasta sonrisa y alcé la ceja izquierda, como el fauno veterano de Rubens. Me puse a trabajar. Nadie desconfía de un intelectual que pasa sus vacaciones como un monje en su scriptorium.

...

Hay muchas maneras de ser un hombre, tantas como vectores de pasión conoce la naturaleza humana. Hay el guerrero, el místico, el burócrata, el constructor, el artista, el científico, el político, y además, sí señor, el que vive absorto en el desear y en el placer sexual, actividad que, como el cercenar cabezas para el guerrero o el perder expedientes para el burócrata, constituye su goce. Tarea potencialmente infinita y sin descanso, porque para el fauno sólo no son deseables las mujeres que hayan decidido dejar de serlo. En efecto, para el fauno no se trata de que las mujeres estén buenas, ni de que las ame: se trata sólo de desearlas, y las desea en tanto consciente o inconscientemente quieran ser deseadas. Una mujer que no quiere ser deseada lo lleva escrito como con fuego sobre la frente, y aunque sea cierto lo que dice Byron de que cuando dicen que no lo que quieren decir es que sí (sin viceversa), un fauno nunca equivoca la lectura, la reconoce de inmediato y huye de ella.

Por una buena cantidad de razones (entre las cuales la conservación de la especie, la higiene fisiológica, la potencia física, el tiempo disponible, las ganas de retozar, la economía familiar y otras) la vida sexual de un hombre sigue una curva que lo hace fogoso en la primera juventud, razonable en la segunda, e indiferente o casi a partir de una tan cierta como variable altura de la vida. Por eso al verdadero fauno sólo se lo reconoce con seguridad total más allá de esa cierta y variable altura de la vida: porque el fauno nunca llega a ser razonable, ni deja de ser fogoso, ignora en su conjunto las buenas razones, y no sabe qué es la indiferencia hacia los mujeres. De ahí que Rubens –que los estudió con toda la atención de que es capaz un genio- cuando tuvo que pintar retratos de faunos los pintó veteranos.

Normalmente la gente más o menos culta (entiéndase en el peor sentido la expresión) no reclama para sí la condición de fauno. Se lo impiden, por supuesto, los diversos catecismos que suscribió desde la infancia: el religioso, el científico, el de las buenas costumbres, el del mero buen gusto, y todos los que se quiera. Considera a la personalidad fáunica como prisionera de la parte baja, animal de su ser. La moderación, el autocontrol, la espiritualidad

se consideran valores superiores y más deseables. Se trata, por supuesto, de simples prejuicios. Estar dominado por el deseo de la fruición de la fémina no nos hace mejores ni peores –aunque sí menos peligrosos- que los que están dominados por el deseo del poder, la racionalidad, la experiencia de la divinidad, o las ganas de diluirse en la grisalla de la masa. El fauno no es necesariamente menos moderado, ni tiene menos autocontrol, dado el caso, ni es menos espiritual, de serle conveniente, que cualquier hijo de puta prójimo, se dedique a lo que se dedique.

...

Hace una punta de años, cuando yo era un muchacho, Montevideo tuvo su propio símbolo de la voracidad sexual, su propio “sátiro” –así lo llamaba la prensa. Era un esmirriado escalador de edificios del que nunca se supo de seguro si elegía apartamentos de mujeres solas por razones románticas o para aliviar eventuales encontronazos, ni si robaba y aprovechaba para echar un polvito –un quickie, digamos- o si se echaba un polvito y aprovechaba para robar. Lo cierto es que en lo que duraron sus correrías el imaginario femenino tuvo de qué ocuparse.

...

¡Ah, las vacaciones! Perder la noción del tiempo, como en el Venusberg de *Tannhäuser*, flotar libremente en la deriva de la imaginación, de los sueños, de los deseos... Es ahí cuando el Deseo adormecido por la rutina toca el nervio, ahí cuando el pensamiento y la imaginación acostumbrados al tranco corto que les imponen las rutinas se dejan ir sin que nada los contenga hasta sus confines más imprevisibles y más remotos...

Silencio absoluto en Camelot. Deben de estar almorzando. En un rato, si sigo sentado aquí y si no cambia la dirección del viento, estaré escuchando las rabietas y los berrinches de sobremesa de los niños, que no quieren levantar la mesa o no quieren dormir la siesta, y de la madre, que pierde la paciencia y distribuye generosamente domésticos anatemas y castigos. No teniendo hijos no de poca cosa me he venido salvando.

...

Lectura nocturna. Traje también los diarios de Klemperer como lectura al margen de La Tarea. Suspendí la lectura de estos diarios hace catorce meses, cuando un domingo de noviembre por la mañana me llamaron para avisarme que Luisa estaba en coma, consecuencia de un pequeño error en la anestesia que se le había suministrado para una cirugía menor. Imposible sumar al horror de los diarios el horror de ver a Luisa convertida en un vegetal. Le desconectaron el respirador en marzo. De su muerte –como de otras muertes absurdas de las que me tocó estar demasiado cerca- no voy a curarme nunca, aunque por ahora –a menos que un recuerdo me agarre a traición, cosa que pasa- ya la herida no chorrea.

Mayo de 1944. Supuestamente acarreados para ser reubicados quién sabe dónde, supuestamente destinados a ser utilizados como mano de obra esclava, ya no quedan judíos en Dresde, más que los casados con arios y su descendencia mestiza. Víctor, judío, y Eva, su esposa, aria, han sido mudados una vez más, es su tercera Jüdenhaus. El músculo oblicuo inferior del ojo izquierdo de Víctor se ha paralizado. Sin remedio. Seguro de que

terminará perdiendo totalmente la vista se deprime pensando que sus estudios e investigaciones filológicas sobre la literatura francesa del siglo XVIII quedarán inconclusos. Desespera cada vez más de sobrevivir al Tercer Reich. Intenta ser eximido de su trabajo obligatorio en una fábrica de sobres de papel porque ya no puede soportar la rutina mecánica y vacía de un trabajo proletario. Si consiguiera la exención, aunque como judío tiene prohibida la utilización de bibliotecas al menos podría dedicarse a su trabajo sobre la lengua del Tercer Reich, para el cual no necesita disponer de bibliografía. Le basta con los periódicos, las revistas, la radio desde los que ladra el régimen, y a los que a veces consigue acceder, pero sobre todo le basta con el habla contaminada de la gente, judíos incluídos.

Sí, es cierto, por momentos los diarios dejan por momentos la impresión de que a Klemperer le importa más la frustración de su obra intelectual que el destino de los judíos. El mismo hecho de escribir estos diarios –con lo que valen hoy para nosotros- y de utilizar los nombres reales de las personas que lo rodean al consignar sus dichos y sus hechos, y de que una vez por semana Eva cruce la ciudad para llevar el paquete de manuscritos a casa de una amiga aria que los ocultará, implica que la tarea autoimpuesta de “dar testimonio hasta el final” –cuyo producto son estos dos tomos - cuenta para él más que el destino de las personas que lo rodean (y de él mismo), ya que de ser interceptados y leídos sus papeles por la Gestapo significarían la muerte para todos los implicados, arios y no arios. Sí, es cierto. Pero este testimonio único existe porque existió un tipo con el cerebro formateado como para ser capaz de defenderse del horror mediante una inversión de valores tal que le permitiera encarar y arriesgar lo que fuere necesario con tal de sobrevivir de alguna manera, de la manera que era capaz, o sea, en tanto escritor, en tanto escritura, en tanto testimonio escrito “hasta el final”.

La realidad cotidiana de que dan cuenta estos diarios es tan opresiva que si se los lee a conciencia, digiriendo cada pieza de información, no es posible avanzar más que unas pocas páginas por día (más o menos las que él era capaz de escribir en un día), o más bien, por noche, porque después de la vivencia que transmiten lo único razonable que uno puede hacer es cerrar los ojos y tratar de purificarse en las aguas del sueño.

...

En estas meditaciones estaba, sudando la gota gorda en mi scriptorium del parrillero – era ya el cuarto día de lento y pesado viento Norte-, cuando de repente veo la procesión playera de mis vecinos que, saliendo de su casa, enfila hacia la mía.

La Reina Madre vestía su uniforme habitual de playa: el pareo atado a la cintura encima del dos piezas turquesa, los grandes lentes de sol, el sombrero de paja de ala ancha. Pero vista así, bien de cerca –tan cerca como para oler el filtro solar que se ha untado en la piel- su presencia resultaba realmente embriagadora. Ya he dicho que su cuerpo no era estilizado ni esbelto, pero ahora comprendí su verdadera belleza: su fuerza, su solidez era la representación natural de la nobleza. De sus tetas grandes y firmes, bien abiertas hacia los lados, sólo podía manar la leche del temple invencible. Su rostro era la viva imagen de la belleza mediterránea clásica. ¿Exagero? ¡Qué voy a exagerar! Por una mortal de estas era seguramente que los héroes homéricos peleaban hasta más allá de la muerte. No se sumaban en ella el señorío y la sensualidad: señorío y sensualidad eran en ella un único y mismo gesto. Estoy seguro que, desde detrás de sus lentes oscuros, tomó nota del rendido homenaje que le ofrecí con la mirada.

-Le agradezco que nos permita utilizar esta bajada. Sobre todo al volver los chicos están cansados.

¡Che voce! Grave como arrullo de paloma, suave como terciopelo, dulce como la miel, firme como la fe que mueve montañas. Fue demasiado. Me derrumbé exhausto ante la Visión. Me vino el sofocón de humildad que le viene a uno frente a lo que realmente es demasiado. Esta mujer no es para mí, pensé. Quiera el diablo darme recursos como para ponerle las manos encima, pero esta mujer está hecha para un tipo de mucha mejor madera que la mía. Sabe Dios los méritos que tenga su ventrudo consorte.

-Con mucho gusto, señora –atiné a responder, tratando de mantener enhiesto mi número habitual del intelectual sereno y distante.

Mientras tanto los tres chicos, que también se han detenido, me miran muy serios. ¡Qué caritas! Da la impresión de que ninguno de los tres ha oído jamás la palabra mierda. La niña se veía ingravida y delicada como un hada, etérea, y con esos labios tan pálidos, casi anémicos. Sin duda que si su madre era la Reina, ella era la princesita. Y sin embargo... me miraba con una mirada de la que lo mínimo que puede decirse es que era insolente. Entornaba un poco el ojo izquierdo, como si me estuviera calibrando. Y forzaba hacia abajo las comisuras de sus lindos labios rosados en un feo gesto de escepticismo o de desconfianza. El segundo me miraba recto, rígido y ceñudo. Al menor le bailaba en los ojos un brillito de cálculo picaresco.

-Nuestra casa es la primera del otro lado de la calle –dijo señalando-. Cualquier cosa estamos a la orden.

Agradecí con una inclinación de cabeza y una sonrisa, la procesión siguió su marcha y fue devorada bocado a bocado por el monte criollo. Pasó un rato antes de que el espejo me advirtiera que había quedado con la boca abierta y llena de baba.

...

Las paredes de piedra del corredor goteaban de tan húmedas. El funcionario caminaba con las manos hundidas en los bolsillos de la túnica. Al apresurar el paso se le notaba una leve cojera. Se detuvo después del último recodo del corredor.

-Helo ahí –dijo.

En la penumbra apenas disipada por la débil luz grisácea de un ventanuco enrejado había una jaula de alambre tejido de gran tamaño. Dentro, tendido en un tosco camastro, en el rincón más alejado, estaba el fauno.

-¿Es un fauno o un sátiro? –pregunté.

-No lo sabemos. No hay diferencia apreciable, señor.

-Pero ¿habla latín o griego?

-No habla en absoluto. Para los griegos el problema de cómo hablaría un sátiro no tuvo solución, señor. Porque si es un híbrido de hombre y animal no puede razonar como un hombre, y si no razona como un hombre, entonces ¿cómo razonaría? No estaban en condiciones de imaginar otra manera de razonar que la propia. Por eso es que se les dio a los sátiros como lenguaje la música. La flauta, los crótalos, la lira, la cítara, el tamboril. Y por eso los sátiros, con muy pocas excepciones, no tienen nombre ni historia, señor. Si no pueden hablar no necesitan un nombre ni pueden contar una historia.

En ese momento, como si hubiera estado escuchando nuestra conversación el fauno se paró y se acercó. No era alto. De hecho era más bajo que yo, que mido un metro con setenta. Estaba completamente desnudo. Su cuerpo no era precisamente como el de un

atleta, sus musculos no abultaban mucho, era más fibroso, más seco, como si lo suyo fuera sobre todo saltar y correr. Además tenía los brazos largos y las piernas cortas. Es decir: su tronco era demasiado corto para los brazos o demasiado largo para las piernas. Su tez era oscura, como correosa de tan curtida por el sol y la intemperie. Presentaba dos grandes matorrales de pelo enmarañado, uno en la cabeza –pelo y barba- y el otro en el pubis. Había algo negroide en los rasgos faciales que alcanzaba a divisarle. Los ojos muy grandes, la nariz achatada, los labios gruesos. Me dio la impresión como de estar frente a un indígena del Africa profunda o de Australia. Y olía. Olía fuerte, tan fuerte como huelen los animales, pero su olor no era en absoluto desagradable. Olía como a bosque después de la lluvia, o algo así. En todo caso un olor atractivo que por lo menos a mí me sugería el recuerdo de cosas pasadas, de infancia, y agradables. Olía, quizá, como uno puede recordar los primeros olores descubiertos, de niño, en los jardines. O algo por el estilo.

-Si observa bien puede ver entre el pelo las orejas puntiagudas, señor. Y también los pequeños cuernos en la parte superior de la frente. Los cuernos no parecen tener ninguna utilidad práctica. Seguramente la tenían y la fueron perdiendo, se fueron atrofiando.

El fauno me miraba con una expresión de aturdimiento. Quiero decir: me miraba no con la mirada indiferente de los animales sino con la mirada nerviosa de un hombre aturdido por las circunstancias. Parecía de naturaleza benigna. No parecía irascible ni violento.

-¿Cómo lo capturaron?

-Es un ser imaginario, señor, de manera que hubo que emplear métodos muy... imaginativos.

-Concretamente ¿cómo lo hicieron?

-Preferiríamos no tener que responder a esa pregunta, señor.

-Entiendo.

El fauno se había tomado de la alambrada y tendía hacia mí sus dedos, como pidiendo contacto. Me prestaba atención sólo a mí, probablemente ya acostumbrado a la presencia del funcionario.

-¿Puedo tocarlo?

-Yo no lo haría, señor.

-¿Por qué?

-Bueno, no ha atacado todavía a nadie, pero técnicamente es una bestia, señor.

No lo toqué. Terminó por retirar los dedos y entonces, por primera vez miró a su carcelero. Me pareció que entendía que este era la causa de que yo no hubiera respondido a su llamado.

-¿Qué van a hacer con él?

-Vamos a soltarlo luego de estudiarlo, señor.

No le creí. Seguramente no iban a perder la ocasión de pesar y medir cada uno de sus órganos.

-¿Dónde van a soltarlo? –pregunté sin poder evitar un tonito de sorna.

-Ahí donde lo capturamos, señor –me respondió el funcionario, imperturbable.

Vimos entonces cómo en cuestión de segundos el miembro del fauno se erguía completamente. No era de tamaño desmesurado, en el sentido de monstruoso, pero sí de un tamaño admirable.

-Una criatura realmente notable –comenté.

-Ciertamente, señor. Y este tipo de percance le ocurre varias veces al día sin que haya motivo... aparente.

Como todo buen funcionario, dentro de su estilo envarado se valía de pausas cuando quería mostrarse capcioso o escéptico.

-Una notable obra de ingeniería de la imaginación, señor. Observe usted que del cuello para abajo, que es la parte animal según los griegos, es muy... atractivo, en cambio el rostro, que sería la parte espiritual, es, digamos, desagradable.

Ni tanto, pensé, mirando a la cara al fauno, que no quitaba los ojos de los míos, aparentemente indiferente a lo que sucedía en la parte inferior de su cuerpo, donde la perturbación llegaba a tal punto que el prepucio se volvía insuficiente para cubrir el crecimiento del glande.

-Yo creía que tenían patas de cabras.

-Personalmente también lo creía, señor –respondió con un tono que dejaba advertir una cierta decepción.

-Encuentro que tiene los pies demasiado grandes, desproporcionados... –observé.

En ese momento el miembro alcanzaba su máximo volumen con un estirón final que dejaba el prepucio totalmente remangado y a la vista el glande de un intenso color púrpura.

-Realmente notable. Nunca lo había visto así –comentó el funcionario.

-¿Es bisexual como sus inventores?

-No en principio, señor. No que sepamos. Se supone que su compañía son las ninfas y las náyades, señor. Estamos intentando capturar alguna, pero resultan más esquivas que los faunos.

El fauno en ese momento miró, por segunda vez, al funcionario. Volví a tener la impresión de que el hombre de túnica le caía mal y que a mí, en cambio, me toleraba mejor. De hecho tuve la impresión de que si hubiera sabido hablar le hubiera dicho que se fuera y nos dejara solos. Volvió a mirarme y me mostró los dientes, espléndidamente blancos. Aunque se que no es posible, juraría que me dirigió una sonrisa.

-Sin embargo... –empecé, buscando las palabras adecuadas.

-Sí, en efecto, señor –agregó solícito el funcionario acudiendo en mi ayuda-, al parecer, al irse relajando las reglas clásicas de la pederastia el sátiro en tanto representación del frenesí sexual digamos que se... universalizó. Así fue, señor.

En ese mismo momento, sin que nada pudiera hacer prever el ápice de su entusiasmo y como para confirmar las palabras del funcionario, a la tensa ballesta del fauno, de tan tensa que estaba se le escapó una flecha, y luego otra, y otra, que vinieron a prenderse como infames galardones, antes de que yo pudiera reaccionar, sobre el pied-de-poule de mi chaqueta.

-¡Maldito animal! –grito el funcionario golpeando sobre el tejido para asustarlo, pero el fauno no le prestó la menor atención y siguió mirándome, revelándose ahora sí claramente una sonrisa en sus hirsutas facciones, sonrisa que fue acentuándose hasta convertirse en la desvergonzada mostración de todos sus poderosos dientes.

-Lo lamento, señor. Nunca había sucedido algo así.

-Estoy seguro que no –dije intentando levantar con mi pañuelo los fragantes goterones, blanquecinos y densos como un engrudo.

Con un manotazo torpe, poco menos que una cachetada, el fauno hizo que el pellejo volviera a cubrir la nuez, que ya se le marchitaba, después dio media vuelta y volvió a su rincón oscuro.

La experiencia concluyó así y con ella tuve suficiente como para no querer saber más nada de los faunos. El olor del engrudo con el que me roció no consigo sacármelo de las narices.

...

Aislado en un recóndito balneario, sumido en el mormaso y en mis elucubraciones, rápidamente pierdo la cuenta de los días. Es uno de los objetivos esenciales de las vacaciones, por supuesto: eludir por un rato la red del tiempo y caer en la simple duración, como quien se zambulle en la fuente de Juvencia, para retomar un contacto inocente, incontaminado con las fuentes del ser. Pero hete aquí que al estar anotando la evolución (si es que así puede llamarse) de la relación con mis vecinos el fluir del tiempo, bajo del disfraz del relato, se reintroduce de contrabando. Parecería como que la conciencia –al menos la mía- no puede prescindir sostenidamente de la dimensión temporal, no puede impedirse relatar el mundo. El dilema viene siendo: o el ser o el tiempo. Debiera de optar por el ser, al menos durante las vacaciones. Pero opto por el tiempo. Con lo que debo agregar a mi relato que volvió la procesión familiar a atravesar mi predio, que volví a fingirme intelectual re-ocupado y que los adultos intercambiamos fugaces sonrisas protocolares y fórmulas de saludo. Lo que me sigue llamando la atención es esa cosa maliciosa en el gesto de la niña.

...

Nubes lentas y pesadas van cubriendo el cielo. El aire se impregna de humedad. Voy hasta el mirador y veo al mar retroceder, sin fuerzas, sin olas. Agobiada chilla la chicharra como si la estuvieran friendo. Inútil buscar en la casa o alrededor de la casa un poco de aire en movimiento. Mañana el empuje desde el Norte se detendrá y sólo quedará el agobio. ¿Por cuánto tiempo? ¿Un día, dos? Y entonces tendrá que resolverse la cuestión, o por el agua o por el viento, y vendrá el alivio. El Norte es el viento del verano, sin su sofocón el verano sería poca cosa. Las alternancias del Norte y el Pampero, del sofocón y el alivio son la característica de enero. Por lo demás, sin el demonio ardiente del Norte soplándonos hasta las entretelas resistiríamos muy mal los fríos del invierno.

...

En el aturdimiento de una siesta involuntaria, hecha de calor y de cerveza, vuelve a hacer presa de mí el recuerdo de Emilia: acecha el momento en que al pisar el umbral del sueño desaparecen las defensas y se filtra, tan preciso que no puedo sino rendirme a la tortura del detalle.

Era como una misa, una liturgia del placer en la que en cada encuentro las estaciones del Deseo se repetían minuciosamente idénticas; pero una misa celebrada con una pasión y un ansia de éxtasis como ya no se acostumbra en las iglesias. Mística de la piel, del frenesí, de la mirada que ya no ve, del agotamiento hasta el mareo, hasta el pánico, hasta el alma.

Ha llegado entre las nueve y las nueve y media de la noche, como de costumbre (confieso que para soportar la ansiedad que me producía la espera del momento en que desde mi ventanal de cuarto piso la veía cruzar la calle a pasos largos tenía que echarme al coleteo un par de tragos, de los largos). Hemos bebido una copa de blanco y hablado tonteras lo suficiente como para cumplir con un tenue protocolo de decencia que dice –quién sabe por qué- que no ha venido a mi casa pura y crudamente a cogerme, a que la coja.

Le digo entonces que se siente sobre mis rodillas. Lo hace, sin abandonar todavía su copa helada. Bebe a sorbitos y me mira hacer. Le levanto la camiseta, o el sweater, o le abro la blusa y luego le levanto el sostén desnudando sus pechos. Sus pechos son perfectos, ni grandes ni pequeños, ni avaros ni generosos, ni chatos ni opulentos, ni espirituales ni voluptuosos, bellos sin más connotación que su belleza, redondos y suficientes como para llenarme la mano, la piel es delicada y blanquísima, los pezones rosados y delicados. (Son pechos que nunca nutrieron, ni van a nutrir. Emilia va a morir de vieja con esos pezones deliciosos. Es absurdo, pero me calienta la idea).

La excita que le mire los pechos y me excita mirárselos, de manera que no me apuro en absoluto para pasar a la siguiente fase. La miro hasta que la quema mi mirada. O sea: la miro hasta que mi mirada se vuelve autónoma, se independiza de mí, es sólo una mirada fija, obsesiva, terrible, que para su terror y deleite se ha apoderado de sus pechos. Cuando siento que su respiración empieza a agitarse acerca las fauces y se los mordisqueo apenas. Gime mirándose hacer, enardecida de inmediato. Entonces sí muerdo, le cubro el pecho a mordiscones, de arriba abajo y de lado a lado, con especial atención para los pezones y cada vez con más saña. Goza de tal manera mi brutalidad que pienso que se está acabando. Para excitarla más le digo entre mordidas que podría acabarme mordiéndole las tetas, lo cual es perfectamente cierto.

Se, y ella sabe, que mañana va a tener los pechos cubiertos de manchas azules. Me pregunto, pero no le pregunto, si se los oculta al marido o si deja que los vea. Supongo que si no se lo pregunto es porque prefiero imaginar que deja que los vea. Sí se, porque me lo dijo, que se mira en el espejo del baño las tetas devastadas y se masturba.

Cuando me abro el pantalón y le pongo la mano sobre la verga deja la copa encima de la mesa y se arrodilla entre mis piernas. Me la chupa frenéticamente. No sabe hacerlo de otra manera. Temiendo por las consecuencias termino por detenerla agarrándola del pelo y forzándola a mirarme.

-Lamela, despacito, como una puta –le digo, y me mira a los ojos mientras su lengua frágil y dulce y rosada como sus pezones asciende una y otra vez hasta la cima.

Deja de lamer un segundo, sólo para rectificarme:

-Tu puta.

-Es increíble que a tu edad no sepas chupar una pija –le digo. Y en castigo le azoto las mejillas y los labios con la verga.

Entonces se para y se sirve más vino. Bebe, mirando de reojo la verga, que le dejo a la vista desnuda, babeada y vibrante. Se recoge el pelo en un moño, vuelve a beber, pero continuamente, como si no lo pudieran evitar, como imantados sus ojos se vuelven hacia el tótem. Le digo que se desnude y lo hace. Le digo que camine frente a mí y lo hace, desprejuiciada, exhibiéndose. Pasea ante mí sus curvas delicadas bebiendo de su copa mientras el rabillo de sus ojos resbala una y otra vez hacia su imán. Es, para decirlo con precisión, una coreografía para miradas y verga. No existe, no podría existir un culo más perfecto que el de Emilia. No ha habido con quien hablara el tema que no coincidiera con esa opinión. Deliciosamente redondeado a partir de una cintura maravillosamente exigua, su piel es blanca y pura como la nieve, pero sobre todo está sostenido por unos músculos tan firmes y fuertes como los de un adolescente. ¿Qué sentido tendría cogerse a Emilia sin tenerla por el culo? Sería absurdo. Ella lo sabe, y accede, pero administra su divino tesoro con tal avaricia que a menudo es a duras penas que puedo contener la exasperación.

Camina con aplomo, sabe lo perfecta que es su desnudez. Tarda cuanto puede –que en realidad es poco, aunque para mi ansiedad es demasiado- antes de volver a acercarse,

bebiendo antes un gran sorbo para tener la boca fresca al volver a chupármela. No menos frenéticamente, por cierto: es la única manera que sabe hacerlo, porque –me lo ha dicho– verse, saberse, imaginarse haciéndolo la excita más allá de toda medida.

-¿Qué te gustaría? –le pregunto cuando la llamo por teléfono.

-Estar allí, arrodillada, chupándotela –responde.

Después, cuando me desnudo y me tiendo sobre la cama, se sienta sobre la verga. Se sienta, literalmente, con las plantas de los pies sobre el acolchado, para conseguir el máximo de penetración. Es demasiado. Le tiene que doler. Así es, y lo disfruta. Empalada, se pone a frotar la concha contra mi pubis, violenta, dura, interminablemente. El orgasmo está lejos, allá arriba, en un punto aparentemente inalcanzable. Pero se empeña en alcanzarlo, se tensa, de su cuerpo mana un sudor helado. Su cabalgar es maquinal, es algo con ella misma, yo sólo cuento en tanto pija dura como piedra y paciente hasta más allá de que imaginara en sus sueños más optimistas. Su gemido se transforma en grito que estoy seguro que se oye en varios apartamentos a la redonda y luego declina en lamento, pero la cabalgata mecánica no se detiene, porque habiéndole estallado la cabeza al cruzar la raya, ha descubierto más allá, bastante más allá, otro punto aún mucho más brillante que también debe alcanzar.

-Estoy abusando de ti –susurra mimosa, con la voz entrecortada, tan ensimismada que no se si se dirige a mí o a ella misma. Podría estar disculpándose conmigo porque a esta altura de la dura cabalgata el pubis empieza a dolerme. Pero no es así: simplemente sabe que está abusando de mí y duplica su disfrute diciéndoselo a sí misma –y de paso diciéndomelo.

Cuando siento que esta cerca de la nueva meta le retuerzo los pezones sin piedad. Entonces alcanza el nuevo orgasmo, con el cuerpo chorreándole las últimas reservas hídricas, temblándole como el de una epiléptica y sin que un solo sonido, ni estrangulado le salga de la garganta. Es el derrumbamiento final. Muerte por deshidratación y espasmo. Se derrumba de costado sobre la cama, apretándose los brazos contra los pechos, hecha un ovillo. La toco. El baño de sudor ha helado su envoltura dérmica.

-No me toques –ordena, y le obedezco.

Esta sola, remota, hundida en un abismo donde no hay lugar para dos. Velo su colapso. Espero con la verga tensa como la cuerda de una ballesta. Poco a poco se va abriendo. Sabe que es mi momento. Porque hay un acuerdo no dicho entre nosotros: mientras estás mojada, vos me cogés, pero cuando acabaste y estás bien seca, entonces yo te cojo. Cuando finalmente la oigo suspirar la empujo suavemente para que me abra el camino. Obedece. Le introduzco un dedo en la vagina. Está fría y seca. Entonces me acomodo y la penetro. La cojo de todas las maneras posibles. Se deja hacer como una muñeca, perfectamente laxa y dócil. Gozo de la sequedad de su vagina y del abandono de su cuerpo hasta que floto cerca del éxtasis, a la distancia justa del éxtasis, hasta que me doy cuenta de que las sensaciones están volviendo a chisporrotear debajo de su piel. Despierta, se espabila, me mira.

-Pero qué guacho que sos –dice (guacho yo, que tengo no se cuántos años más que ella). Con lo que me anuncia que sin apuro pero está partiendo en busca de otro orgasmo, en busca de lo más hondo de la noche, quizá del amanecer, hasta quedar tarados, borrachos de coger, en el estupor de que podamos tenernos tantas ganas, en el temor de lo que podamos llegar a hacernos. Dios la bendiga.

...

Lectura nocturna. Los diarios de Klemperer. La misma sensación que hace unos días cuando puse unas junto a otras las fotos de Rotenberg y las del libro de Browning, ahora relacionando las fotos de Rotenberg con los diarios de Klemperer.

Exposición de la propia desnudez. Del cuerpo en uno, del alma en el otro. Exposición total. Apenas algún gesto estereotipado para atenuar la desnudez. Pliegues y repliegues del cuerpo, pliegues y repliegues del alma, bajo una luz de quirófano, imposible fingir, imposible ocultar, porque no hay cómo en un caso, porque si no no tiene sentido arriesgarse en el otro. Cargar con el propio cuerpo en el límite de la posibilidad de identificarlo como propio, evadiéndose de él hasta mirarlo con indiferencia, cargar con la propia alma en el límite de la posibilidad de identificarla como propia, evadirse de ella hasta mirarla con indiferencia. En la última tensión entre piel y yo, entre pensamiento y yo. Manteniendo activa la máquina de exponer y desnudar aún después de haber cruzado todos los límites del amor propio.

Trato de comprender, de cercar el significado ahora, otra vez, de ese “lo mismo”. Somos lo mismo, me dicen estas fotos y estos diarios. Abyección de las mucosas expuestas, abyección del miedo hasta donde es posible mostrarlo con palabras. Esta es mi cara y esta es mi concha, esta es mi cara y esta es mi pija, en el frío del galpón, en el hedor frío de los cigarrillos apagados. El esfuerzo por la lucidez, la exposición de los pequeños egoísmos, la aceptación de la propia aniquilación hoy, mañana, en cualquier momento, a golpes, a pedradas, a tiros, suicidado, o, sin poder saberlo aún, sin adivinarlo todavía, gaseado. Existir más allá de la propia aniquilación. Aniquilación de todos los sueños, de todo lo construido a partir de la imagen de sí, del propio cuerpo. Sin rincón alguno para las ilusiones. Desnudez del cuerpo y aniquilación del alma. Desnudez del alma y aniquilación del cuerpo. Pornografía, exhibición, aniquilación. Dar testimonio hasta el final: de la propia alma, de qué si no.

De acuerdo, se puede atar cabos y pensar así, pero aún así queda una brechita. No que valgamos lo mismo, ni que representemos lo mismo, sino –tanto peor- que *somos* lo mismo. ¿En qué son lo mismo entonces? Puedo cercarlo, rodearlo, sitiarlo pero no puedo formularlo, no puedo decirlo. O podría, pero con fórmulas tranquilizadoras que dan cuenta sin dar cuenta de nada. Decir, por ejemplo: eso que -explorada cada foto y leída cada entrada del diario- sobra, eso que no cuela, eso que queda ahí, ese residuo es el alma. Esa rayita tan fina, tan finitita que no se ve, esa rayita es el límite a partir del cual, más allá lo que hay es la nada, es la muerte (del alma). Y no. Se ve que no alcanza. Aun con muy buena voluntad lo dicho no alcanza, ni lejos. Por más, o menos, que se ponga en la fórmula, huele a retórica, coagula en retórica y el objeto sutilísimo desaparece. Me sería necesaria otra cosa, pero no un gesto, no un acto, ni un lenguaje, algo inimaginable para dar cuenta de algo informable. O dejarlo sin ser dicho de ninguna manera. Señalarlo solamente. Como se señala con el dedo o con la punta de un palo algo indescriptible, innombrable. Decir: esta mujer con el pelo pintado de rubio y una permanente recién hecha (vino directamente de la peluquería al “estudio”), sonriendo con dientes chiquitos de malnutrida, tendida desnuda (sólo tiene puestos los zapatos -deformados de tanto caminar- y las medias de nylon, sus únicas en perfecto estado, o quizá pedidas prestadas) sobre esta colcha fea, como de asistencia pública, esta mujer desgraciada y sin gracia, que esboza una sonrisa entre estúpida y pícara (esa sonrisa del niño que todos -hasta el último bichicome- guardamos en algún rincón del alma quién sabe para qué, para llevárnoslo a la tumba intocado, sin estrenar, virgen) porque con los labios de la concha sostiene un cigarrillo encendido y hasta consigue, concentrándose mucho, que su triste vulva fume nomás. Y luego decir: las notas

de Klemperer de un día cualquiera, de agosto del 44, por ejemplo, especulando con los pocos datos que le llegan de la embestida aliada en Normandía, y contando que en la plataforma del tranvía un soldado, en uniforme, hablando alto como para que todos lo oyeran, incapaz de contenerse quizá, jugándose la vida al hablar así, dice que ha visto cosas tan atroces en Polonia, tan atroces que no pueden quedar sin consecuencias, usando esta palabra para no decir sin castigo. Y yo pienso, leyendo, que arriesga el pellejo hablando así porque no puede callar, porque la alternativa es la demolición interior; la locura, pienso, y así debe de ser, porque evidentemente que si lo pudiera soportar callado, callaría.

¿Qué pueden tener que ver esa imagen y esas líneas? ¿Cómo podrían ser lo mismo? Y sin embargo sé que son lo mismo. No niego que se me contrae el músculo del culo al escribir que son lo mismo, como apretado por un súbito cagazo, porque se que son lo mismo, y porque siento que si pudiera escribir por qué son lo mismo, entonces habría comprendido todo, y no habría más qué saber, ni qué vivir, ni qué escribir, porque habría escrito algo así como el password del *Semidios* de Amir, que al comparecer borra todo y chau, quedó blanco.

...

Durante la noche sopló fuerte del sur. Tuve que levantarme a cerrar ventanas y a buscar un acolchado. Pero al amanecer ya había amainado, de manera que muy temprano aún bajé a la playa con la intención de una buena caminata por la orilla. La primera sorpresa fue que la alfombra de cantos rodados había desaparecido completamente. Una noche el capricho del mar la trajo, para deleite de nuestros oídos y tortura de nuestros pies, y otra noche se la llevó.

Caminé hacia el Este, para recibir la caricia del sol naciente en la cara y en el pecho. Allá lejos, detrás del San Antonio, el sol asomaba enorme y refulgente. Pensé que si trepara hacia lo alto manteniendo ese tamaño nos achicharraría. Pensé que si continuara desplazándose a la velocidad con que asoma en el horizonte el día no duraría más que un suspiro. Pensé para rematar con un sofisma, que bien se ve que la naturaleza es sabia para graduar los tamaños y las relaciones entre las cosas en la razonable escala de lo humano. La playa está desierta. Apenas alguna lejanísima silueta paseando al perro. Y esa mujer que, siguiendo la línea de la orilla, viene hacia mí y en la que, apenas concentro mi atención, reconozco, aún a tal distancia –pero ¿cómo no reconocerla? ¿quién más en el universo entero camina así?-, a la Reina Madre.

Evidentemente que no podía dejar pasar la oportunidad. ¿Qué hacer? Lo importante era que se detuviera, después se vería. De manera que cuando estuvimos cerca fui enlenteciendo el paso con una gran sonrisa en la cara y quitándome el sombrero en señal de saludo. Hasta que me detuve completamente. No tenía ella más remedio que detenerse. Lo hizo. Alea jacta est. Me sonrío. Y se saca los lentes, gran honor. (Ya se sacará el pareo, y lo demás, para mí). Mirada de caramelo, cachetes rellenos, boquita de beso, flequillo de pelo castaño y muy lacio soltándose del sombrero y cayéndole sobre la frente. Algo, mucho quizá de chiquilla caprichosa se le conserva en la fisionomía y en la expresión.

-Buenos días, vecina –saludé en tono francamente obsequioso, casi doblando la cintura en reverencia.

-Muy buenos, por cierto –dijo, evidenciando su disposición al diálogo-. Por suerte se acomodó el tiempo. ¿Salió en busca de inspiración?

Se refería, por supuesto, a la condición de escritor, que yo no había dejado de patentizar. Lo cual no dejó de sorprenderme. Le importaba ese detalle, entonces.

-Así es, vecina. Y por suerte ya la encontré –respondí, declarado galantuomo, otra vez obsequioso, otra vez casi doblando la cintura, esta vez aún con más entusiasmo.

Titubeó sin saber qué responder a mi ñoñería. A mí me emocionaba verla tan hermosa y tan señora deteniéndose a conversar con este desconocido, sin saber muy bien de qué ni para qué, en medio de una playa desierta. Y a la vez había en ella algo como de “dispuesta a” que mi cuerpo interpretaba a su manera soltando una primera onda de excitación allá en las zonas sensibles. La buena voluntad sexual de las mujeres siempre me ha resultado profundamente emocionante.

-Usted es escritor –dijo entre afirmando y preguntando. Evidentemente el punto le resultaba relevante.

-Si usted lo exige, lo soy –concedí, dispuesto a dejar claras las marcas de mi intención.

-Mi nombre es Irene Antuña –dijo entonces tendiéndome la mano, obligándome así a decir mi nombre.

-Ercle Lissardi. Mis amigos me llaman Coco.

-Ah, usted es Lissardi... –dijo, con un gesto como de sorpresa, casi retirando la mano por la sorpresa, como si hubiera tocado un reptil, haciéndome el favor –pensé- de fingir que me conocía.

-Para mi desgracia –afirmé compungido.

-¿Por qué para su desgracia? –preguntó divertida.

-Porque la mía es tarea de mucho esfuerzo y poca remuneración –afirmé con gesto de desolación.

-El arte es el premio del arte –se burló.

-El único, se lo aseguro.

Debo decir que a esta altura estaba yo encantado de la facilidad con que nos instalábamos en la conversación, gracias a ese tan inesperado interés común: mi persona.

-Leímos uno de sus libros –afirmó entonces, muy oronda.

-Leímos ¿quiénes? –pregunté, ahora yo sí, sorprendido, doblemente sorprendido, por la lectura y por el plural.

-Con unas amigas tenemos un grupo de lectura.

-Ah, caray –solté, más sorprendido todavía.

Traté de imaginar la lectura en voz alta de uno de mis libros en ese gineceo de señoras ricas y ociosas. Imposible de imaginar. Pensé que no es justo que uno, precisamente uno, no tenga acceso a semejante espectáculo.

-Nos impresionó la comprensión que tiene usted no sólo de la psicología sino que también de la sexualidad femenina.

-Me consta que mis libros dan esa impresión, señora. Le aseguro que se trata de un malentendido –dije, apelando a los tics habituales de la falsa modestia.

-En realidad hasta pensamos que detrás del seudónimo se ocultaba una mujer. Y nos encantaba la idea, si hasta queríamos conocerla...

-Sé de otras mujeres que incurrieron en esa convicción –le solté deslizándome involuntariamente hacia mi habitual falta de cortesía-. ¿Qué libro leyeron?

-*Interludio, interlunio.*

-Ah, caray. Es el más duro de mis huesos. Le ruego me disculpe las crueldades y los exabruptos que haya encontrado.

-La verdad es que es un libro bastante malhumorado –dijo en tono de disculparme.

-Tengo otros en vena más amable –le aseguré.

-Pero no son fáciles de encontrar sus libros.

-Desgraciadamente no –le confirmé, quejoso-. Algunos libreros no los consideran dignos de sus vitrinas, otros por pura maldad o influidos por críticos erotofóbicos dicen que estan agotados. Las tiradas que me hacen son cortas y los títulos agotados no se me reimprimen. Soy un escritor desgraciado.

En ese momento tuvo que sostenerse el sombrero de paja para que no se le volara. El súbito golpe de brisa parecía invitarnos a un lugar más acogedor.

-Venga –dijo, alejándose de la orilla-, voy a mostrarle uno de mis rincones favoritos en esta playa, ideal para cuando sopla fuerte desde el mar. Ideal también para leer en la playa.

Trepamos un médano y luego otro. Mirando sus caderas generosas, que se meneaban por el esfuerzo a la altura de mis ojos yo no podía creer la facilidad con que su pasión literaria venía a predisponerla para el cumplimiento de mis deseos. Poco falta, me prometía, para que pueda aferrarme a esas divinas caderas. Cuando llegamos a lo más alto de los médanos me señaló del otro lado una olla profunda de arena blanquísima y finísima en la que, constaté deslizándome dentro, se estaba perfectamente al abrigo del viento y de las miradas y disfrutando del calor del sol. Ella también se deslizó arenas abajo.

-Puede uno pasarse toda la mañana aquí sin que nadie aparezca –me aseguró, sentándose a mi lado-. Sobre todo si hay viento y baja poca gente a la playa.

Yo pensé que si allí estábamos tan solos como en un cráter de la luna nada nos impediría cualquier tipo de efusiones.

-Ya sabe usted cosas de mí, Irene –dije entonces-, ahora cuénteme cosas de usted.

-No hay mucho que decir.

-Así dicen siempre en las películas. Es un recurso de guionista para evitar los diálogos largos. Pero aquí estamos en la realidad, de manera que extiéndase.

Sí, en ese rincón escondido estábamos en la realidad, la que cuenta para mí, al menos. Y podía extenderse cuanto quisiera, especialmente desnuda.

-Juzgue usted –dijo melodramáticamente, con una sonrisa de pobre niña rica-. Yo tocaba en la orquesta del Sodre. Me casé. Dejé la música. Tuve hijos. Ahora me ocupo de ellos y tengo en cada una de mis cuatro casas un saloncito privado en el que toco el cello sólo para mí y para mis amigas.

-¿El cello? –salté, dejando de lado las miserias de su destino-. Es mi instrumento favorito.

Para demostrarle mi entusiasmo, nada fingido, por el instrumento le canturreé los primeros compases de la primera suite para cello de Bach.

-Ah, Irene –arremetí, ni corto ni perezoso-, tiene que tocar para mí. Le prometo hacer de usted, la cellista más bella del mundo, la heroína de mi próxima novela.

Sí, por cierto que lo haría, haría de ella lo que se hacer con mis personajes femeninos: una libertina, o una ninfómana (carácter literario si los hay) o una faunesa, ya veríamos en cuanto nos conociéramos más íntimamente. Su sonrisa tristona resplandeció un poco, pero no abrió la boca para comprometerse a tocar para mí.

-Comprenderá ahora con qué interés leí *Interludio, interlunio*.

Claro, no sólo comprendí eso, también comprendí por qué la había leído. Alguien le habría comentado que allí se hablaba mucho de los cuartetos de Beethoven.

-Pero ¿por qué dejó la música? ¿Era necesario?

-Mi esposo es estanciero. Pasamos buena parte del año en el campo. Era una cosa o la otra –concluyó, resignada, manejando ambigüamente los términos de la alternativa.

-Sí –coincidí, metiendo el dedo en el ventilador-, es el dinero o el arte. Triste dilema.

-Más bien la familia o el arte –me corrigió, aunque sin mucho énfasis.

Calló. Callé. Suspiré hondo. Ella juzgó, quizá por mi suspiro, que era el momento de irse y dejarme a solas con mi inspiración.

-Una última pregunta –dijo, parándose-. ¿Por qué el sexo?

Por un instante loco pensé que se refería al sexo entre nosotros y a punto estuve de empezar a explicarle detalladamente por qué. Así de hipersensible me pongo después de un par de semanas de abstinencia. Me frené a tiempo, entendí que me preguntaba por qué el sexo es mi tema como escritor. Deliciosa e inesperada cursilería. Tenía que dar una respuesta a la altura de las circunstancias.

-Y si no ¿qué? –respondí, y juro que me sentí un poco D’Annunzio.

Esta vez la que suspiró hondo fue ella. Me sonrió con sonrisa de vestal que se sabe destinada al sacrificio.

-Es un honor para mí cederle mi rincón secreto para refugio de su inspiración –dijo impostando un tono solemne.

-Es un honor para mí refugiar mi inspiración en su rincón secreto –respondí con una breve inclinación de cabeza, pensando en llegar a refugiar mi inspiración en rincones suyos mucho más secretos, Dios mediante.

Trepó para salir de la olla. No era fácil porque la arena de tan fina se deslizaba muy fácilmente. Mirándola me derretía de ganas de darle un par de mordiscones a aquel magníficamente sólido trasero.

Una vez hubo desaparecido trepé a mi vez y cuerpo a tierra para no ser visto, soldado en la trinchera del amor, la miré alejarse bordeando la espuma de la orilla. Sin duda verla caminar me excitaba. Estaba en esa edad perfecta –y se le notaba quizá especialmente al verla caminar- en que una mujer esta a la vez verde y madura, en que es a la vez adolescente y hembra. Fuera como fuera tenía que gozarla. Me pregunté qué iría pensando. Pero ¿qué podía ir pensando mi Reina sino que aquella cosa con el vecino escritor tenía todo el aspecto de querer pasar de castaño a oscuro?

...

Como dije, no esperaba volver a ver al fauno. El espectáculo de la nobleza de la figura humana habitada por la bestialidad no es mi favorito. Pero la invitación que recibí pocos días después era difícil de rechazar. Implicaba la posibilidad de ser testigo de algo nunca visto antes.

El mismo funcionario me recibió y me condujo hasta la jaula. Allí nos esperaba una mujer que tenía buena parte del rostro cubierto por una máscara. Le calculé unos treinta y cinco años. Tenía buena figura, aunque no extraordinaria, y vestía con discreción y modestia, como puede vestir un ama de casa cuando sale por la mañana de compras al mercado. El fauno estaba frente a ella, agarrado al tejido de alambre, su respiración sonaba pesada, como el ronroneo de un gran gato, su miembro erecto emergía vibrante a través del tejido apuntando hacia la mujer. Tres estufas colocadas en torno a la jaula caldeaban un poco aquel inhóspito lugar. La mujer apenas nos miró y no dijo nada.

-Puede empezar –le dijo el funcionario.

La mujer se desnudó. No había sobre qué dejar la ropa, pero no hizo objeción. Simplemente iba desabrochando sus prendas y las dejaba deslizarse hacia el piso. Lo hacía con perfecta calma, como puede desnudarse una mujer frente a su amante habitual. Su

cuerpo era de proporciones clásicas. Su desnudez confirmó mi cálculo de edad. Por lo demás, era evidente que había amamantado. El fauno, pegado contra el tejido, retorciéndose de excitación, emitía ahora con la garganta sonidos que parecían verdaderos estertores de agonía. Empujaba con el pubis contra el tejido como si estuviera en plena cópula.

-¿Quién es esta mujer?

-La elegimos poniendo un aviso en el diario, señor.

-¿Un aviso? ¿Qué decía?

-Un sencillo aviso, señor. Experiencia sensual excepcional, sólo para mujeres de fuerte temperamento etc etc, señor.

-No puedo creerlo... ¿Cuántas se presentaron?

-En realidad sólo diez. Elegimos la que nos pareció más... adecuada, señor.

-¿Y no tuvo temor?

-No lo manifestó, señor. Esta es la tercera vez que entra en la jaula y siempre se comportó de la misma manera exactamente, hasta donde yo pueda verlo.

Creo que no he dicho que para ingresar a la jaula hay una especie de ante-jaula a efectos de mayor seguridad. El funcionario abrió la ante-jaula, dejó paso a la mujer, cerró a sus espaldas y le entregó una segunda llave, la que abría directamente la jaula. El fauno se había ido desplazando siguiendo los movimientos de la mujer. Cuando la mujer dio vuelta la llave en la cerradura el fauno estaba tan cerca que impedía que la puerta se abriera. La mujer le hizo un gesto con la mano para que se alejara. El fauno obedeció retirándose varios pasos. Entonces la mujer entró a la jaula y cerró con llave, vino hasta donde estábamos nosotros y le devolvió la llave al funcionario. En ningún momento su mirada se cruzó con la mía. No me pareció en absoluto perturbada ni temerosa.

-Pero en realidad... ¿no es peligroso esto? –pregunté en voz baja al funcionario.

-Yo pensé también que podía serlo, señor. Los hechos han demostrado que no lo es. En todo caso la mujer ha firmado un documento eximiéndonos de responsabilidad.

La mujer se acercó al fauno. Me impresionó el contraste entre su piel muy blanca y la piel cetrina, curtida por el sol del fauno. El fauno le puso las manos sobre los hombros y comenzó a olisquearle el cuello y el pecho. Por un momento pensé que le sacaría la máscara de un manotazo, pero no lo hizo. Al olerla hacía pequeños gestos que interpreté como de disgusto, como si la mujer no oliera como él esperaba.

-Le disgusta cómo huele –comenté.

-Sí –dijo el funcionario sacando del bolsillo una libretita y anotando algo-, a pesar de que la mujer a pedido nuestro no lleva ningún perfume.

El fauno se agachó y olisqueó el exiguo vello púbico de la mujer. Allí sí se entusiasmó. Tomando a la mujer por los glúteos la atrajo hacia sí y hundió el hocico en la entrepierna respirando ruidosamente. Después ya no estaba oliendo, y por el movimiento de su cabeza era fácil deducir que le estaba lamiendo la entrepierna.

-Tiene una lengua... enorme –comentó el funcionario.

La mujer le puso las manos sobre la cabeza. Cierta ondulación de su cuerpo indicaba a las claras el efecto que el lengüeteo le estaba produciendo. Pero el fauno no se detuvo demasiado en entremeses. Agachado como estaba tironeó de la mujer hacia abajo y, manipulándola como si fuera una gran muñeca, la colocó delante de sí apoyada sobre las rodillas y las manos. Entonces le puso una mano sobre la espalda y empujó hasta que la mujer estuvo con la frente contra el piso. Después, así como estaba, en cuclillas, separó las nalgas de la mujer y adelantando el pubis, la penetró. El suspiro de la mujer indicó a las claras que no sentía temor ni reparos ante la conducta del fauno. Trató de enderezar el

torso, sin duda que con la intención de participar más activamente en la cópula, pero otra vez la manaza del fauno se apoyó en su espalda hasta que volvió a tener la cara contra el piso.

-Como puede ver, la posición de... sumisión de la hembra es muy importante para él – comentó el funcionario.

El fauno se inclinó hacia delante y apoyó ambas manos en el piso, a ambos lados de la mujer. Apoyado así sobre sus fuertes y largos brazos la parte inferior de su cuerpo no tenía más ocupación que la cópula. De manera que prácticamente se columpiaba sobre el apoyo de los brazos, rebotando una y otra vez su vientre contra las nalgas de la mujer.

-Esta es la única posición en que lo hemos visto copular, señor –explicó el funcionario-. La estrategia de apoyarse totalmente en los cuartos delanteros y liberar el resto del cuerpo es la misma que vemos en el león africano, señor.

El ritmo de la penetración era perfectamente regular. Por momentos el fauno giraba la cabeza y nos miraba. No parecía particularmente agitado por el ejercicio, ni molesto por nuestra presencia. Pasado el tiempo natural y razonable la mujer tuvo un orgasmo. Muy intenso, sin duda, porque gritó de tal manera como yo nunca había oído gritar a una mujer en ese trance. El placer parecía muy profundo, y la dejó exhausta.

-Extra... ordinario –dije, carraspeando en medio de la palabra.

-Sí, en efecto –dijo el funcionario, y sacando otra vez la libretita hizo un nuevo apunte después de mirar su reloj pulsera-. Ahora no tardará el fauno en... culminar la faena, señor.

Me trasladé para ver al fauno desde detrás. El funcionario me acompañó. En cuclillas y en puntas de pies como estaba era capaz de separar las piernas casi hasta los 180 grados.

-Es como una máquina –comenté al notar que no cambiaba en absoluto su ritmo de copulación.

-En efecto, siempre la misma posición y el mismo ritmo, señor.

-Quiero decir... realmente es un animal. Nuestra conducta es muy diferente ¿no le parece?

-Sí, en efecto, se trata de un animal, señor... Con forma humana.

En ese momento la mujer, inmóvil como se la obligaba a permanecer, alcanzó un nuevo orgasmo. En realidad gritaba como si la estuvieran desollando.

-Y la mujer... este... ¿que les ha dicho de la experiencia?

-Bien, la mujer dice que aunque ella ha tenido un buen número de amantes nunca había sido... servida como lo ha sido por el fauno, señor.

-¿En qué sentido?

-Le resulta difícil especificarlo. Parecería que siente como que un ser de una potencia superior la está... sirviendo ¿verdad? Según ella no siente que sea un hombre, sino una especie de... superhombre.

-Ya veo...

En ese momento el fauno comenzó a gruñir desde lo hondo del pecho, siguiendo con el gruñido el ritmo de la cópula. Entonces vimos cómo con cada penetración comenzaba a tensar y apretar los músculos de los glúteos.

-Está... terminando ahora, señor.

El final resultó muy largo, interminable realmente. Sin duda que cada vez que apretaba los glúteos y empujaba estaba soltando semen, porque a poco de estar en eso la cópula empezó a gotear, cada vez más abundantemente. La mujer parecía estar teniendo un nuevo estremecimiento aunque ahora de su garganta no salía más que un gemido. Finalmente el fauno se detuvo. Pude ver entonces que ahora sí tenía la respiración muy agitada. Retiró el

miembro y se paró. Seguía tan itifálico como al comienzo. Se alejó hacia el fondo de la jaula y se tendió sobre el camastro. Por un momento pensé que la mujer estaba desmayada, porque no se movía en absoluto. De su sexo, muy abierto debido a la reiterada penetración, manaba abundante semen. El funcionario la miraba con preocupación.

-¿Cree que se sienta mal? –pregunté.

-No, no lo creo, en absoluto, señor. Está... descansando. Así quedó las veces anteriores.

-Es extraño que sabiendo que estamos aquí se quede en una posición tan... obscena ¿no le parece?

-Bueno, es que según nos lo ha expresado... la sensación es muy fuerte y pierde un poco... el sentido de la realidad.

-Me gustaría tener una charla con esta mujer ¿sería posible?

-Eso puede arreglarse, señor.

Boca arriba tendido en su camastro, las manos bajo la nuca, el fauno peló los dientes, volvió a apretar los glúteos y una última escupida de semen voló por encima de su cabeza y se pegó contra la pared.

...

Satisfecho y agotado después de garabatear este par de paginitas cachondas tiendo una lona sobre el césped bajo una acacia en el fondo de la casa y me acuesto panza arriba, las manos bajo la nuca, a mirar el cielo. ¿Será que a todo el mundo le cansa lo que a mí escribir? A los jovenes debe de cansarlos menos. De hecho, no lo se, porque de joven yo no escribía. Lo cierto es que un par de páginitas me agota. Una de las convicciones más sólidas que tengo acerca de mi mismo es que entre la faunidad y la pereza se han ocupado de arruinar cualquier tipo de ambición que haya tenido en mi vida. Por ejemplo: debí de haber leído muchos más libros y escrito mucho más si lo que quería era realmente ser un gran escritor. Y lo mismo en otros aspectos de mi vida. Claro está que este tipo de ataque autodenigratorio no me viene a menudo y cuando me viene no me dura mucho. Al fin y al cabo ¿quién sabe cómo se llega a ser un gran escritor? ¿existen recetas para llegar a serlo? ¿quién dice que con mi pereza y mi sensualidad a cuestas no pueda llegar a serlo? ¿quién me dice que no lo sea ya mismo sin saberlo? ¿quién me dice que mi tesis acerca de la faunidad no sea aquello precisamente que la comprensión del alma humana estaba esperando?

...

Para resarcirme de los cielos miserables de la ciudad en verano miro el cielo con avidez. Paciencia y pasión de observación celeste de las que se beneficiaron dos de mis novelas: *Aurora lunar* y *Evangelio para el fin de los tiempos*.

¡Ah, oui! Los antiguos acertaron al colocar a los dioses en el cielo. A veces la verdad está en el vino, pero siempre está en el cielo. Porque si la verdad sirve para algo es para vivir, y nada sirve más para vivir que considerar la inmensidad del Universo y lo chiquito que es uno.

Así vengo razonando, prudentemente, cuando de repente, tropiezo y caigo en el abismo de la enumeración. En el cielo, considerado como una gran pizarra, es posible apreciar: el sol, la luna, las estrellas (fijas o fugaces), el azul, el negro, las nubes (que las hay de todas las formas y colores) (reconocer figuras en la forma cambiante de las nubes –actividad en la

que se inspirara la efímera moda llamada arte abstracto- se emparenta con la antiquísima tarea de dibujar figuras uniendo con líneas las estrellas, y ambas son maneras de combatir la indiferencia de la naturaleza), los amaneceres, los ocasos, las auroras lunares, los rayos, los truenos, los relámpagos, la lluvia, el viento (que no se lo ve pero está), los arcoiris, los satélites, los aviones, las avionetas (con y sin letreros publicitarios), los helicópteros (sobre todo en verano y cerca de la costa), los misiles (para llegar a verlos hay que estar en el lugar equivocado en el momento equivocado), los aeróstatos, los paracaidistas, los suicidas del ala delta y majaderías por el estilo, los globos que se sueltan en ocasión de festejos y celebraciones, los mensajes escritos con humo o vapor, las nubes de polvo, la lluvia, la nieve, parte de la infinita familia de los insectos, casi todas las aves (aunque las hay que no vuelan y las hay que vuelan tan bajito que no conocen el cielo), y, en raras ocasiones, el breve y ordenado frenesí de los fuegos de artificio.

La inercia de la enumeración despierta al demonio de la exhaustividad. Empecé dejándome llevar por el placer infantil de la enumeración y termino estrujándome el cerebro, con la insoportable sensación de que hay algo que me estoy olvidando. El placer termina por aguarse. La lista ya no me parece chistosa, ni siquiera simpática. Se volvió sospechosa. La releo con disgusto. Su inocencia me parece árida y vacía. Me parece que en sus intersticios se esconde algo que le daría sentido final a la lista, y que no consigo verlo. Y así el cielo y sus chirimbolos terminan pareciéndome un paisaje estéril y hostil. Decido arrancar esta página y eliminar el maldito listado, decisión que de inmediato me alivia. No lo elimino finalmente, porque bastó para aliviarme que coqueteara con la idea de eliminarlo dejando en claro quién es el que manda.

(En realidad no lo elimino porque me digo que en el fondo a esta altura está claro que lo que estoy haciendo es llevar un diario. Y a un diario, si se lo retoca, maquilla o censura, se lo hiere de muerte).

...

Mil años de oscuridad (eufemísticamente llamados Edad Media). Y luego la retoma de contacto con las fuentes grecolatinas. Retorno filtrado, tamizado por la ideología cristiana. Pero en la Modernidad faunos y sátiros ya no formarán parte de la cultura popular. Después de mil años de implantación del Pecado de la Carne como enemigo número uno de la Salvación (sea ésta lo que sea), y de la Culpa como agujero negro en el centro de la subjetividad, no podían retornar alegremente los desvergonzados símbolos sexuales del paganismo. Faunos y sátiros, de Rubens a Debussy, retornarán exclusivamente para consumo de paladares delicados, elitistas y culteranos. De hecho los únicos elementos de la faunidad clásica que sobrevivieron en la cultura popular moderna fueron el rabo, las pezuñas, los cuernos y las orejas puntiagudas que el cristianismo –la pobreza de imaginación siempre fue su pecado capital- trasladó a la figura de Satanás, auspiciante principal de los pecados de la carne. Era por consiguiente necesaria una nueva figura mítica para encarnar en el imaginario colectivo la avidez sexual perpetua en los nuevos tiempos, marcados por la impronta cristiana: esa figura es la de Don Juan, que rápidamente invade el habla y la imaginación de todas las clases sociales.

(Hay que insistir una y otra vez en que es el imaginario colectivo y no ninguno individual por más sensible y perspicaz que sea, son las estadísticas de popularidad las que deciden quién encarna en determinado momento, en determinada época a los paradigmas eróticos, tanto al del amor puro como al fáunico).

Por supuesto, la diferencia entre el fauno y Don Juan es notoria: Don Juan, aún en cuanto encarnación de la avidez sexual perpetua, es el producto de una civilización dominada por una ideología —el cristianismo— en la que la represión sexual es el elemento clave para el control del cuerpo social, y para la cual, por consiguiente, el pecado de la carne era el más grave de los pecados. Don Juan —no en vano es un fraile el que primero transforma la leyenda en representación escénica— se supone que encarna el abominable vicio de la voracidad sexual, vicio que debe ser castigado. Pero como aún entre católicos y en plena Contrarreforma es difícil de hacer tragar que la tal avidez merezca un gran castigo (la aficción por las faldas de por sí no le hubiera granjeado más que guiñadas cómplices) se hace de Don Juan, presuntamente como consecuencia de su gula sexual, un estafador y un asesino, con lo cual se alcanza, de contrabando, ahora sí, el umbral razonable de castigabilidad.

La difusión de la nueva encarnación del deseo perpetuo es vertiginosa. Ninguna figura mítica de la Modernidad consiguió una difusión tan amplia, rápida y profundamente arraigada, ni siquiera Don Quijote, o Fausto, o Robinson Crusoe. Se expandió por Europa con la velocidad que sólo puede alcanzar aquello que está siendo ansiosamente esperado. Entre el siglo XVII y nuestros días centenares de obras literarias (dramas, comedias, cuentos, poemas, novelas, óperas, operetas etc, para no hablar de los estudios, que conforman una biblioteca entera) retoman y reelaboran y reinterpretan al personaje de Don Juan y su peripecia. Goldoni decía que para los cómicos de su época, tan seguro era el éxito de la representación de cada nuevo *Don Juan*, que creían que el personaje tenía un pacto con el diablo.

Ese éxito, ese interés inextinguible, esa fascinación del público no se debía, por cierto a la reprobación que despertaba la maldad de Don Juan sino a que encarnaba gloriosa y furiosamente el espectáculo del apetito sexual en cuanto fuerza incesante e incontenible. Es más, la maldad misma de Don Juan se convierte en un nuevo atributo fascinante, y, subliminalmente, en un elemento clave de su éxito: en efecto, esa fuerza de la naturaleza es tan incontenible que, de ser necesario, para lograr su objetivo ignora e infringe las leyes de Dios y las de los hombres. Extremo que constituye, precisamente, la fantasía íntima que apenas se atreven a confesarse los integrantes de una sociedad cada vez más sofocantemente regulada. No deja de haber una cierta justicia poética en que fueran precisamente los aparatichos de la represión sexual los que produjeran —involuntariamente— el símbolo popular de la imbatibilidad del deseo. El camino de la represión está sembrado de este tipo de paradojas.

...

Otro par de paginitas y otro rato de bobeo lamiendo lata helada y mirando el cielo. Un enorme avión, volando altísimo, silencioso de tan alto, disolviéndose casi en la luz, translúcido como un pejerrey en el océano celeste, recorre muy lentamente, de punta a punta, rectilíneo, la inmensidad. El empeñoso motorcito de una avioneta trepa cielo arriba a contramano del Pampero. El gusto y la paciencia para observar los cielos me han deparado momentos de excitación y delicia. Por ejemplo, hace pocos días ví una estrella fugaz que en medio de su descenso se dividía en dos. Nada fuera de serie, se me dirá, pero ¿quién lo ha visto? También hace pocos días observé, ya con el cielo estrellado, que mientras en un extremo de la bóveda había aún el resplandor del ocaso, en el otro extremo amarilleaba una espléndida aurora lunar. Este tener a un lado y a otro del cielo fenómenos atmosféricos me

hace recordar que hace unos años, caminando por la playa con mi sobrino –entonces un niño- vimos llegar muy apurada desde el oeste una gran nube oscura que lanzaba rayos y centellas y una lluvia dura y tupida. Dimos la media vuelta y apuramos el paso hacia el este con la intención de volver a casa, pero la nube nos alcanzó, nos mojó y siguió de largo. Mirando hacia atrás vimos que había dejado un hermoso arco iris. La sorpresa fue comprobar que en su apuro la nube tronante dejaba otro arco iris delante nuestro. De manera que durante un rato mágico estuvimos caminando por la playa con un arco iris delante nuestro y otro detrás.

-Cuando lo contemos no nos van a creer -repetía mi sobrinito con los ojos brillantes de excitación-, no van a poder imaginárselo –y concluía sabiamente-: nosotros no vamos a tener que imaginarlo, porque nosotros lo vimos.

...

Hacia fines del siglo XVIII a nivel de rumores y chismorreos de salón, y luego hacia mediados del XIX con la publicación de un formidable libro de recuerdos, otra figura no menos mítica aunque más históricamente concreta comienza a disputarle a Don Juan el sitio de privilegio en el imaginario erótico. Las *Memorias* póstumas de Giacomo Casanova nos lo presentan como una nueva encarnación de la voracidad fáunica pero a la vez como la antítesis de Don Juan. Casanova jamás recurre al engaño ni a la violencia, antes bien lo caracteriza la filigrana de sutilezas y generosidades que emplea para conseguir sus objetivos: no deja en sus beneficiadas más que buenos recuerdos, ninguna Elvira lo persigue escupiendo bilis, y hasta se permite quebrar una lanza por los derechos de las mujeres. El siglo XX ha visto, naturalmente, una progresiva preferencia por el segundo: en tiempos de la igualación de los géneros, al predador no le queda mucho margen de maniobra. En cambio Casanova ha sido objeto de reivindicación hasta por parte de las feministas (aunque, en fin... digamos todo: se ve hoy en día también, entre féminas muy sofisticadas, una cierta nostalgia del predador desconsiderado).

(Prefiero el título *Memorias* al de *Historia de mi vida*. La palabra Historia siempre me cayó gorda. Y si bien el manuscrito está encabezado por el título *Historia de mi vida*, en el prólogo, que fue lo último que escribió, en 1797, utiliza siempre el título *Memorias*).

(Tema a desarrollar). Sátiros y faunos no eran detentadores de discurso en la antigüedad clásica. El esquema civilizatorio de los griegos, basado en la virtud y la moderación, no tenía espacio para argumentar lo opuesto. Tomaba nota de lo que llamaba animal en lo humano, pero no le cedía en absoluto la palabra. Los sátiros no tienen individualidad ni nombre también por eso, porque no tienen discurso, ya que un discurso es siempre el de alguien. Se comprende así que el legado fáunico de la antigüedad sea esencialmente icónico -que no deja de ser otra forma de discurso. Pero *otra*.

El legado fáunico de la Modernidad es, por el contrario, dado su carácter polémico, esencialmente literario. Pero una vez más, el fauno titular de turno no tiene discurso. El *Don Juan* original, el de Tirso, funciona veladamente como un tribunal en el que se juzga al burlador y en el que el acusado no tiene la palabra. Así funcionan los alegatos de la intolerancia. Es cierto que en la tradición de cientos de donjuanes que seguirán no faltarán todo tipo de discursos en pro y en contra más o menos explícitos (¡cálculase que hasta Bernard Shaw escribió su *Don Juan*!). Los discursos en contra serán siempre la gran mayoría, los discursos a favor serán, cuando mucho, discursos defensivos, nunca de clara y franca autolegitimación.

Recién con la aparición de las *Memorias* de Casanova la faunidad toma la palabra. Esta es en mi opinión la novedad radical del libro de Casanova: por primera vez es expuesta, de pe a pa y en todo su regocijo y esplendor, la esencia de la faunidad desde la faunidad misma.

En *Casanova o el anti-Don Juan* de Félicien Marceau, prolijo inventario del universo casanoviano, están indicados los pasajes en los que Casanova formula su teoría de la felicidad, o catecismo de la voluptuosidad, como se prefiera. Esencialmente: la perfecta felicidad en este mundo es posible, para lograr la suma de placer que uno es capaz de alcanzar hay que ser filósofo, porque la felicidad reside en la alternancia del placer y de la conciencia del placer, a través de la reflexión y del recuerdo. Está el placer de los sentidos, pero previamente está el placer de dejarse convencer y de vivir anticipadamente por el espíritu la dicha que se va a experimentar, y después está el placer del recuerdo que sobrepasa a la realidad del placer, el tomar conciencia del placer probado y rememorar sus detalles. Así el placer se triplica, como en un juego de espejos. Marceau repertoria las estrategias y los placeres y detalla las peculiaridades psicológicas de Casanova -como su extremado sentimentalismo y el horror a los vínculos permanentes.

...

Una vez más en la olla de arena, cocinándome a fuego lento. ¿Cuántas veces he estado aquí esperando que reaparezca? Ocho o diez veces. En distintos horarios. Al amanecer, en pleno mediodía, a la hora de la siesta, al atardecer. Ayer, ya casi alucinando, vine de noche. Es ridículo. Es más razonable quedarme en la casa y desde el porche o el parrillero espiar su salida. Pero no sale más que a la playa en familia. Debí de arrancarle un acuerdo, una cita, así fuera poniéndome pesado de tan insistente. Pero estaba tan emocionado con sus aquiescencias... El camino parecía tan llano... Estoy a su merced, está jugando al gato y al ratón. O lo pensó bien y decidió cortar la cosa. Demasiado arriesgada la aventura. A la vez siento que está tomando cuerpo La Tarea, y que esta espera exasperada puede terminar saboteándola si dejo que me sorba el seso.

Dormito. El canto del mar me arrulla. A un pelo de dormirme del todo, con el sombrero de paja tapándome la cara. Vagas visiones. Una mano misteriosa disemina, con un gesto amplio y pausado estrellas en el cielo, cantos rodados sobre la arena de la playa, mujeres en mi vida, palabras en mis libretas. Disemina, esparce, siembra, y después, con el gesto opuesto, borra, como las olas borran las huellas de los pies en la arena de la orilla. Resaca, olvido. Me dejo mecer en la paz de las imágenes. Olvidar, para poder recuperar en la dulzura del recuerdo. Eso fue lo que pasó con Emilia. Eso fue lo que decidí para Emilia.

No es cierto que una relación dura lo que dura el Deseo. Jamás dejé de desear a Emilia, ni ella a mí, y sin embargo nos separamos. Ella me hizo conocer la mordida envenenada de los celos. La mordida en el alma. Porque es cuando no se ama que se puede sentir celos. Cuando se ama se cree ser amado y entonces los celos son imposibles, porque el verdadero amor es ciego. Pero cuando no se ama y se tiene la conciencia de tener algo precioso y único, entonces sí se puede imaginar que ese algo pueda ir a manos de otro. Imaginación absurda en este caso: nadie me podía quitar nada porque más que lo que teníamos sexualmente no podíamos tener -no por mis méritos sino por el extraña desmesura del Deseo que compartíamos.

Claro está que no fueron celos de su marido. Su marido formaba parte de nuestra relación. Bien sabía yo -por sus lapsus de lenguaje- que el placer demente que conseguía

conmigo era precisamente el que no podía tener con él. Y que por consiguiente él estaba siempre con, o entre nosotros. Nosotros no éramos nosotros sino el reverso de ellos dos. Fueron celos de sus amigos. Ella tenía la costumbre de franelear abundantemente con sus amigos. Y como estábamos a menudo juntos socialmente yo era espectador de sus jugueteos. Y aunque los sabía inocuos no podía soportarlos. Una y otra vez hube de convencerme de que sencillamente, y valiera lo que valiera nuestra relación, no podía soportarlos. De manera que decidí dejar de verla. Porque si era capaz de sentir la puñalada de los celos cuando sabía muy bien que no pasaba nada y que nada podía perder. ¿Qué no podría llegar a sentir si la pérdida se volviera realmente posible?

Huir tan rápido como se pueda apenas se siente celos me parece que es la regla primera. Huir de los celos como de la peste. Y lo hice. Casi vomitando de dolor ante la mera idea de que ya no podría volver a tener las maravillas que ella me daba. Pero lo hice, huí de los manjares envenenados. Me funcionaron las alas, gracias a dios o al diablo, y no tuve que recurrir a terapias espantosas, a cepillados de cerebro como los que ejemplifica Roberto en *Julián*.

Gracias a que huí es que ahora puedo sumergirme en la delicia de recordarla. Recordar cómo una vez navegada toda la tormenta, hasta la última ola, se llega a la zona del delirio, donde se pierde el control de lo que se piensa y de lo que se dice, donde se repite como letanías preguntas imposibles de responder que manan de las napas más oscuras del alma, no del alma de uno ni del alma del otro sino del alma de la relación, de eso que sólo es posible en la combustión misma, zona de delirio donde como hipnotizado se responde a cualquier pregunta por íntima, pueril o absurda que sea, donde se invoca por su nombre a los demonios más secretos, donde se pronuncian, como quien maneja con las manos carbón al rojo vivo, las palabras más significativas. En una de esas caídas en picada, cuando no es ya posible razonar nada, creo que le dije, o imaginé decirle, o ella imaginó o inventó que le había dicho, o quizá en realidad fue ella la que me lo dijo:

-No te amo. No creo en el amor. Pero ¿qué diferencia habría entre amar y esta imposibilidad de vivir sin tocarte?

Olvidar para poder ahora recordarla, sexonauta. Eso es lo que me excita realmente en una mujer, que sea sexonauta, como yo lo soy. No que sea bella, ni inteligente, ni honesta, ni buena, ni –mucho menos- que me ame, sino que sea, como decían con discreta galantería nuestros abuelos, apasionada. Sexonauta. Cerrar los ojos y lanzarse en busca de los confines de la experiencia. Como Emilia. Desde que saltó la chispa entre nosotros nos lanzamos uno sobre el otro como verdaderos predadores. Jamás fue cuestión de palabras dulces o de gestos de ternura, ni de un futuro ni de un pasado.

De pronto me pregunto por qué en estos días su recuerdo se ha hecho tan insistente y tan preciso. ¿Será que no alcanzó con huir de ella? ¿Será que necesito hacer una especie de perfil sexual de ella, una especie de identikit sexual, una radiografía sexual, como quien desuella o pela una pieza para echar lo comestible a la parrilla o al aceite hirviendo, de manera de comérmela y que desaparezca y que ya no esté allí nunca más? ¿Será que tiene razón Roberto y de última es la única manera posible de rescatarse?

Me mira de reojo por sobre el hombro cuando la tomo desde atrás, como si necesitara ver a quien la usa, o verme usándola, o verse siendo usada; se mete la verga en la boca hasta el punto de atorársela en la garganta y de que le salten las lágrimas; se sienta en la verga como quién se empala, como decidida a forzarse el cuello del útero; pierde el control al punto de que es capaz de atragantarse con la saliva cuando le muerdo las tetas, y más cuanto más fuerte se las muerdo; dice un “no, no” putísimo cuando se la insinúa en el culo;

menea con fuerza las caderas (pedalea, pienso yo) cuando la tomo desde atrás, causándole un tironeo a un lado y al otro, un zamarreo a la verga que si se la deja hacer lleva fácilmente al desborde; bebiendo su vino mira de reojo la verga parada que le ofrezco y finge resistir cuanto puede el deseo de arrodillarse y chuparla; enmudece como en trance y me deja hacer cuando comprende que ha conseguido despertar en mí el deseo de gastarla, partirla, hacerla polvo a vergazos; ofrece sumisa las mejillas para que se las caliente a cachetazos. Perfil sexual, violencia de la enumeración, del inventario, pero las imágenes no se vuelven sumisas, no se vacían, chisporrotean y estallan en mis manos todavía.

Borracho de coger, cuatro o cinco horas seguidas, he quedado como boleado, mareado, el cuerpo lacio, flotando como un alga en el fluir de las sensaciones, ingrátido. Ya ni veo ni oigo, todo es un gran flou, sólo la sensación de flotar en la corriente y, nítida como un monolito mágico en medio de la llanura de mi vientre, la verga, como petrificada. Después, no sé cuánto tiempo después, porque colgado de mi deliciosa rigidez pierdo la noción del tiempo, de la voluntad y del orden de las cosas, Emilia, que creí que ya se había dormido, se mueve, se sienta en la cama, tocándome sólo con las yemas del pulgar y el índice toma la verga y la menea delicadamente, como en cámara lenta. Abro los ojos y en la luz cenicienta de mucho antes del amanecer la veo inclinada hacia mi vientre, atenta a su mínima maniobra. Comprendo lo que quiere y me dejo ir. Ella agita un poco más rápido la dulce tenaza de sus dedos y luego aplica los labios sobre la boquita del bálano en el momento mismo en que empiezo a vaciarme. Después ya no se más.

Hacia mediodía, cuando se ha ido, poniendo orden en la sala encuentro el cenicero con el cigarrillo apenas encendido que apoyó en el mero comienzo del delirio, cuando sentada sobre mis rodillas necesitó de ambas manos para levantarse la camiseta y ofrecerme los pechos. Lo enciendo y termino de fumarlo con unción, como si fuera una droga, preguntándome una vez más qué espero encontrar saqueando el cuerpo de esta mujer, preguntándome por qué tanto –en sentido estricto- encarnizamiento. Como sucede siempre, paso completamente en la estratósfera y como pisando algodones el resto del día.

He tenido no pocas mujeres, ninguna (se necesita estar muy seguro para hacer esta afirmación) salió de mi cama sin recibir su parte del placer (gracias a mí o a pesar mío si se quiere), pero sólo ella me ha hecho sentir como un virtuoso del sexo (como se dice un virtuoso del violín, o del fútbol). Quizá porque sólo ella en mi lote era capaz de realmente reconocer y apreciar a un virtuoso. Me ha hecho sentir –cosa que no soy- alguien que mima y cuida su instrumento, alguien hecho para las partituras excepcionales, los tour de force, las hazañas. Aunque es cierto que sin partituras excepcionales no hay virtuoso, y ella era la partitura. Me ha hecho sentir como alguien que espera –cosa que no es así- de sus performances éxtasis, reconocimiento y aplauso. Sentir semejantes cosas es algo que sólo me ha dado ella.

En su homenaje, en homenaje a su recuerdo, se me antoja escribir que creo que llegó un momento en que nos veíamos uno al otro como especie de seres míticos de fabulosa sexualidad, y que en realidad decidimos que mejor que terminar reduciendo todo a parámetros de cotidianidad es guardar en la memoria la experiencia y la conciencia de haber vivido algo excepcional. Dicho lo cual –y de nada sirve abrir la boca si no es para decirlo todo- digo que este es el final, que ya recordé todo, y que adiós fantasma, adiós Emilia.

(Y sin embargo, si estuviera aquí ahora, en esta arena caliente... porque más allá de determinado límite –es triste, lo confieso- la abstinencia puede con cualquiera de mis decisiones).

...

Don Juan, que nace en el barroco, y atraviesa tan campante el rococó, el romanticismo y el decadentismo, tiene sus últimos epígonos en el comienzo del siglo XX cambalache, antes de renacer en este fin de siglo ya como pura nostalgia para público culto gracias fundamentalmente a la vigencia inoxidable de Mozart, que produjo la más perfecta de las expresiones del mito de Don Juan.

Don Giovanni de Mozart es perfectamente fiel a la letra del inquisitorial original de Tirso. Pero la música única de Mozart lleva a tal punto la fascinación por el personaje, nos contagia a tal punto con la fuerza de su sensualidad que el mito muta y nos muestra su verdadero rostro, su potencial subversivo. Y el final con la condena de Don Juan se convierte en el momento de su victoria, de su resistencia heroica a los poderes represores del Cielo y de la Tierra. El día del estreno de *Don Giovanni* el paradigma fáunico alcanzó el primer momento de gloriosa autoexposición desde los lejanos tiempos de la Antigüedad.

(Escuchando la ópera de Mozart uno tiene la impresión de que quiso, a través de la música, darle la palabra a aquel a quien le estaba vedada).

La ópera de Mozart es un parteaguas, en el mismo sentido que en la Antigüedad lo fueron los faunos de Praxíteles: desarrollado todo su potencial culmina la fase ingenua del mito y se abre su fase hermenéutica. La perfección del logro de Mozart termina con un siglo y medio de versiones de la leyenda de Don Juan, y abre un siglo y medio de variaciones. Sucede como si al llevar Mozart a Don Juan a su perfecta expresión generara por eso mismo la necesidad de “explicarlo”.

A partir del paradigma que deja Mozart es fácil advertir de qué pata cojea cada uno de los infinitos donjuanes previos y posteriores. Por lo general las versiones posteriores, las que buscan explicar el mito o directamente denunciarlo (centenares de novelas y obras de teatro, de Byron a Musset y a Tolstoi, y de Rostand a Zorrilla y a Apollinaire y a Bernard Shaw) no parten de la dimensión mítica que la música de Mozart hace evidente sino que hacen de Don Juan un individuo, un Fulano de Tal, y se dedican a hurgar en sus presuntos pasado y futuro, buscando redimirlo, liberarlo de la pesada carga de Deseo absoluto que lo corroe, a la vez que, retomando generalmente los supuestos originales del mito, solapan una ética cristiana del pecado, la culpa y el castigo, sumándole al cargo de seducción otros cargos. Otro error habitual es suponer que el mito de Don Juan tiene que ver con las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres; en este caso la solución habitual es que Don Juan se enamora y por consiguiente es derrotado. Nadie recuerda esas versiones precisamente por eso: porque al ignorar la naturaleza mítica del héroe lo banalizan, lo humanizan quitándole todo interés.

...

Lectura nocturna. *Las etapas eróticas espontáneas o El erotismo musical* de Kierkegaard. Hacía tiempo que no cerraba los ojos para dormirme rumiando una tan buena opinión acerca de mi mismo. El texto de Kierkegaard, escrito medio siglo después del estreno de *Don Giovanni* me confirma en mi lectura de la ópera de Mozart como momento clave en el desarrollo del paradigma fáunico. Menudo cómplice he venido a encontrar.

Su propósito es explicar por qué *Don Giovanni* es la ópera de las óperas –afirmación que ya en su época era habitual. La base de su argumento dice que Don Juan representa la

“genialidad erótico-sensual”, la cual sólo puede ser expresada en toda su potencia por medio de la música. Es más, dice, el “objeto absoluto” de la música es la genialidad erótico-sensual (aunque, por supuesto, pueda expresar otros objetos). En *Don Giovanni*, pues, se encuentran un tema y un medio de expresión que estaban mutuamente predestinados con el artista que podía llevar a cabo esa fusión. El milagro se produce: con Mozart Don Juan -esa fuerza irresistible- no tiene existencia propia fuera de la música que lo expresa.

(No lo dice Kierkegaard, pero que la música es el lenguaje natural de la sensualidad lo sabían ya los griegos: el único lenguaje que los dioses concedieron a los sátiros y los faunos —encarnaciones previas de la genialidad erótico sensual- es la música: conocen los secretos de los crótalos, las panderetas y las flautas, y su actividad favorita es la danza).

Kierkegaard explica que Don Juan no es un personaje -no es un *character*, no representa a un individuo con ciertas características de personalidad o psicológicas- sino un ser mítico que encarna a la sensualidad en tanto principio, potencia e imperio. En nuestros términos: encarna a la faunidad. Desea de una manera absoluta, su deseo es verdadero, victorioso, irresistible. Y es eso lo que seduce. Es una fuerza de la naturaleza y de lo demoníaco, que nunca se cansará de seducir como el viento no se cansa de soplar.

De esta verdad básica se deducen las demás características de Don Juan. Su amor sensual es por definición infiel, no le interesa sino la simple repetición. Para él las diferencias (sociales o etarias) entre las mujeres no cuentan, sólo le interesa la femineidad, en abstracto. Lo que lo atrae no es lo excepcional sino lo que tienen en común todas las mujeres. Su objeto de deseo es la sensualidad en sí misma. No es un seductor, porque no planifica con trampas y ardides sus conquistas, y porque no tiene el don de la palabra. Las palabras, remitiendo a una racionalidad y a una sicología, alejarían a Don Juan de su naturaleza mítica (antes subrayé desde otro ángulo, el de la represión, esta ausencia de discurso propio que hasta el advenimiento de Casanova padece el paradigma fáunico) (esta característica explica, incidentalmente, un aspecto que todos los melómanos notan: que pese a la centralidad absoluta de Don Juan en la ópera de Mozart, sus arias son las menos lucidas).

No es un seductor, pero seduce instantáneamente. ¿Cuál es la fuerza con la cual seduce? La potencia de su deseo sexual. Su deseo no necesita preparativos, está siempre en ebullición. En cada mujer desea la femineidad toda entera, y en eso radica la potencia que embellece y envanece a la vez a su presa. Lo que oímos no es a Don Juan en tanto individuo particular, y mucho menos lo que dice, sino la voz de la sensualidad, que atraviesa los deseos de la femineidad. Es la potencia propia de la sensualidad la que seduce. Encarnación de la genialidad sensual, las hace felices (tomándolas) e infelices (abandonándolas), y eso es lo que ellas quieren, y la que no desee ser infeliz por haber sido una vez feliz con Don Juan sería una pobre mujer.

...

(*Don Giovanni* de Mozart es el intento por atrapar ese fantasma de los fantasmas, ese absoluto de la elusividad que es el Deseo —atraparlo como quien clava un alfiler en una mariposa).

¿Cómo logra eso? Por un lado, en tanto dramaturgia, pone en escena la fascinación femenina irresistible por su personaje, pero a la vez la dimensión musical envuelve a la representación en su vértigo para lograr en el público -femenino y masculino- la

experiencia de la misma fascinación. Gracias a su música no necesita convencer al público con palabras o gestos de las actrices acerca de cuán fascinante es Don Juan: el público experimenta esa fascinación directamente, siente en sí mismo las líneas de imitación –de Deseo- que genera la experiencia de la sensualidad en estado puro.

La genialidad de Mozart queda demostrada –si fuera necesario demostrarla- por el hecho de que su trampa para atrapar al Deseo funcionó hace más de doscientos años y sigue funcionando con cada nueva representación hoy para un público radicalmente diferente.

¿Cuántos intentos de lograr ese imposible han sido –antes o después de Mozart- tan exitosos?).

...

Muy orgulloso por mis descubrimientos nocturnos me disponía a media mañana a continuar con el trabajo cuando me distraje mirándome en el espejo que tengo instalado en el scriptorium. Me parece curiosa e interesante la tendencia, que creo que no es sólo mía, que creo que en realidad es general, a caer en estado de distracción cuando se mira la propia fisionomía, más concretamente cuando uno se mira a los ojos. Tendencia a distraerse, o sea, a quedar mirando con esa mirada fija que no ve nada. Como si el enganche en la propia mirada produjera de inmediato un clic que nos vaciara la mente de pensamientos para dejarla dispuesta a recibir no se sabe muy bien qué, que además la mayor parte de las veces termina no llegando.

Creo que el encuentro de las miradas -y no me refiero al simple y puramente operativo cruce de las miradas, que es continuo-, el encuentro en el que las miradas se quedan una en la otra, crea las condiciones para que sucedan cosas en la mente de los que se miran, en la propia si se trata de un encuentro con la propia mirada. Rocé el tema en escenas de *El amante espléndido* y de *Primer amor, último amor*. El tópico de la mirada, infaltable o casi en las novelas, generalmente va por el lado de decir qué es lo que expresa la mirada de tal o cual personaje, va menos por el lado de decir lo que pasa cuando las miradas se encuentran y se produce ese clic.

Creo que en el momento en que las miradas quedan perfectamente ajustadas la una en la otra -repito: incluída la propia en el espejo- al punto de que se tiene la sensación de algo rígido, que cuesta deshacer, algo de alguna manera parecido como decía a una distracción, en ese momento sucede que desaparecen una cantidad de defensas, y que, como consecuencia, pasa, en doble sentido, se quiera o no, una cantidad de información en estado puro, para descifrar la cual podemos o no tener los códigos adecuados. De ahí que no se sale de esas miradas impávido, se sale confuso si no se puede con la información recibida, o se sale reaccionando directa, espontáneamente a la fuerza de esa información pura. La sensación de pudor, acompañada a menudo de rubor nos acompaña al salir de una de esas miradas que nos ha hablado del Deseo del otro. Por supuesto, existe desde siempre el tópico según el cual no es posible mentir mirando a los ojos, cosa que no es cierta, obviamente. Pero ese antiguo tópico confirma –para el caso concreto de la situación mentira/verdad- que algo del orden de la comunicación o de la revelación sucede en esa circunstancia.

(*Mi madre* de Bataille gira en torno a la mirada fija, atornillada entre la madre y el hijo, que sustituye a la cópula imposible).

Bien, lo dicho: que iba a ponerme a trabajar cuando mi mirada se encontró con mi mirada. Y mirándome recibí un mensaje, tan claro como si me lo estuvieran dictando. Al mirarme a los ojos sentí hacerse nítido en mí el deseo de que esa mi mirada me revelara

algo definitivo acerca de mi mismo, algo que me hiciera de aquí en más adoptar una regla de vida más sólida, más indudable. El deseo de adivinar en esa cara, mi cara, de expresión severa y reconcentrada, preocupada seguramente, algo que me permitiera adelantarme a mi destino. El deseo de que mi mirada disolviera las líneas de mi cara y viera por fin con claridad al otro -a ese otro mucho mejor que yo, más lúcido, más íntegro, más capaz de poner todo, sin perezas ni molicies- antes de que a las cansadas venga la vida a pedirme un balance demasiado tarde como para corregir el rumbo. He ahí el mensaje que mi mirada me enviaba a través de mi mirada, y recibéndolo pensaba que no era justa semejante diatriba, que me pelaba el culo laburando, que me preocupaba por el prójimo, que estaba construyendo una obra sólida, mal que le pesara a los mojigatos de turno, que me esforzaba continuamente por rebasar los límites de mis entendederas y de mis talentos y de mis prejuicios, que jamás había retrocedido ante ningún tabú que se me cruzara por delante etc etc etc. Pero en realidad mi autodefensa, mi rechazo de un ataque que me parecía tan inmerecido- no hacía más que sumirme en el malhumor y en la duda.

...

Vino a sacarme del resbaladero el menor de los vástagos Reales. Montado en su bicicleta atravesó mi agreste jardín a los saltos.

-Hola –propuso guiñándome los ojos molesto por el resplandor.

-Hola –le respondí, espetándole una parte del malhumor que había traído desde el otro lado del espejo.

-¿Es cierto que te gusta mucho mi mamá? –soltó de inmediato, como si hubiera traído todo el trayecto la pregunta colgando de un hilito.

Imposible imaginar nada que hubiera podido decir que me hubiera sorprendido más. Nada.

-¿Quién te dijo eso? –balbuceé acorralado, vagamente calculando que la madre no pudo haber sido.

-Clara.

¡El hada Clara! No puede ser, pensé. ¿En qué mundo estoy? ¡La pequeña diablesa!

-¿Y qué quiere decir Clara con eso de que tu mamá me gusta? –pregunté, despacito y por las piedras.

Soltó el manillar de la bicicleta, sosteniéndola entre sus piernecitas. Introdujo el índice de la mano derecha repetidamente en el aro formado al unir las yemas del índice y el pulgar de la mano izquierda.

No me hubiera sorprendido más si en pleno día soleado un rayo hubiera rajado la tierra.

Imposible, pensé, el mormaso de enero debe de haber cocinado mi sesera, normalmente calenturienta. Esto no puede estar pasando. Esto es una alucinación morbosa.

El pequeño torció la cabeza a un lado y frunció el ceño al ver que yo lo miraba con cara de haber sufrido en ese mismo momento un ataque de apoplejía.

-¿Te gusta o no te gusta? –insistió, impaciente.

Dos densas percepciones de la situación entraron en colisión en mi mente. Por un lado pensé que el pequeño, de una manera que me parecía completamente incomprensible, descontrolada por lo menos, podía estar siendo utilizado (pero ¿por quién? ¿por la ninfa noruega?) como go-between con el objeto de anudar una relación. Demente idea, pero lo pensé, porque soy de la idea de jamás desperdiciar una oportunidad, y de que uno nunca sabe cómo se van a dar las cosas. Por otro lado pensé que aquello podía perfectamente ser

una trampa destinada a poner en evidencia, quizá con la intención de llegar a la denuncia, a un connotado pornógrafo de más que dudosos hábitos y conductas. Demente idea también, pero también lo pensé. En este mundo, me decía a menudo Adriana, nunca se es suficientemente paranoico. Puse pues mi cara de beatitud babosa y declaré, ecuánime, repartiendo prudentemente mis fichas sobre la mesa pero arriesgándome:

-Claro que me gusta, pero también me gusta Clara, que se ve que es una niña muy pícara.

El pequeño dio vuelta su bicicleta y arrancó sin más, ansioso por llevar rápido de regreso novedades bien frescas.

Quedé mirándome a los ojos en el espejo, como si esperara encontrar en la cara de ese desconocido alguna pista para entender qué estaba pasando.

-Esto se llama barajar y dar de nuevo –se limitó a decirme, flemático, el muy crápula.

Los angelitos no eran tan angelitos. ¿La matrona virtuosa sería tan virtuosa? La mejor manera de esperar el resultado de la gestión era concentrarme en el trabajo.

...

La que más me interesó de las variaciones de Don Juan que leí es la de Pushkin, que era él mismo una personalidad fáunica. Apelando a una profesión de fe fáunica es que le anuncia su casamiento a su amigo Viazemski: “Natalia será mi 103º amor” le escribe, en obvia referencia al mille e tre mozartiano que, como se sabe, implica que la lista no está cerrada.

Según Bielinski la breve composición dramática *El invitado de piedra* es, desde el punto de vista artístico, la mejor obra de Pushkin. Sin embargo nunca la publicó ni la hizo representar. ¿Por qué? Porque el epicentro de la variación que hace del tema va un poco demasiado lejos. Don Juan quiere seducir a Doña Ana después de haber dado muerte a su esposo y a su hermano. Pero no quiere lograr su objetivo ocultándole quién es, ni engañándola, sino a sabiendas. Es más, quiere lograrlo sin siquiera pedir perdón. ¡Cosa que logra! El cinismo implícito por parte de uno y de otra, del libertino y de la virtuosa, es demasiado para los límites de discurso propios de su época –que no para los de la nuestra (por pura indiferencia más que por auténtica tolerancia). El Don Juan de Pushkin (de 1830) parece escrito para ratificar de antemano y hasta el extremo el acierto de la tesis que Kierkegaard concebirá varios años después (en 1843): Don Juan no es un seductor, lo que seduce en él no son los engaños ni las astucias –en el caso de Pushkin demasiado obvias y caprichosas- sino la fuerza de su deseo, la voz de la sensualidad de que está cargado su deseo de la femineidad.

El atractivo de este sujeto reprobable es arrasador. El poder del arquetipo es superior a cualquier intento por neutralizarlo. Inclusive para una fémina, caso doña Ana, lastrada por la habituales culpabilidades cristianas, este personaje “cargado” (en el sentido en que se habla de dados cargados) le promete un plus de goce –en la voluptuosidad de entregarse a quien le hará mal- al que no puede negarse.

(La *Madre* de Bataille funciona igual: quiere que su hijo la ame a sabiendas de la corrupción y la indignidad que la consume) (lo cual en el fondo es razonable, porque ¿cuál es el mérito de amar a quien lo merece?).

...

En Camelot no han almorzado todavía. Me lo dice la agitación y la gritería, a menudo malhumorada, que atraviesa sin interferencias el aire quieto y caliente. Cada tanto oigo la voz de la Reina, en plan madre, apurando a los chicos, repartiendo tareas, reprobando actitudes. El más chico, cansado por las andanzas de la mañana, se queja de todo. La princesita involuciona, se anña para quejarse, como siempre, de que nadie la ayuda a atar a Luna, o de que alguien sacó su toalla del tendedero. Los niños se ponen insoportables a medida que se acerca la hora del almuerzo. No lo saben, no se dan cuenta, pero es el hambre lo que los irrita, los pone agresivos. No imagina la Familia Real que los oigo claramente, que los espío cuando no están en pose. Al que rara vez se oye es a Martín, el de edad intermedia, el más serio y callado. Nunca se queja de nada, hace lo que le dicen sin historias. Cuando no están los padres queda a su cargo el más chico, que estalla a menudo en rabietas y se desgañita gritando, al borde de las lágrimas “vos no mandás en esta casa”, a lo que Martín responde con silencio: sabia manera de reafirmar su autoridad. El varoncito mayor tiene al menor para ejercitar su seguridad, su don de mando, el menor tiene al mayor para desarrollar su inseguridad, la medida de su impotencia. Imagino al pobre Iu hundiéndose, de puro despecho, en la ignominia de delatar, de susurrar en el oído de su madre, o, peor, de su padre, las travesuras de su hermano mayor.

Pienso que suspirando por Irene lo que deseo, aparentemente, es a la matrona bella, a la matrona sensual. Me pregunto en qué habrán quedado las gestiones del go-between. En nada seguramente. Cosas de niños en edad de aprender y de exhibir “cochinadas”.

...

Comparece entonces en mi proscenio privado la rural de papá, anunciándose con un par de bocinazos. Trae en la caja una bicimoto y como acompañante a un muchachón morrudo, de hombros apretados (actitud propia del acostumbrado a recibir bastonazos) y piel oscura, de no más de 14 años pese al tamaño. Un sombrero bobo le tapa hasta los ojos. La princesita, la primera en llegar a saludar, anuncia con un grito que vino Nico. Algo me dice que el gigantón ha venido para hacer los mandados, recoger leña para el fuego, cuidar de los chicos, y en general para lo que se ofrezca. Seguramente es el hijo de algún empleado de la estancia, al que los patrones llevan de vacaciones, o sea, a prestar servicio de vacaciones.

Observo que la Reina no se ha dignado salir al frente de la casa a saludar la llegada del Rey. De hecho nunca los veo conversando ni los veo salir de la casa juntos. Un vecino sí se ha acercado y conversa con papá estanciero. La descarga de la moto los hace alejarse un poco de la camioneta, con lo que se hacen totalmente visibles para mí. Papá tiene el pelo amarillento. A su edad tendría que tenerlo más bien blanco. ¿Será que se lo pinta? ¿Por qué? ¿Será que busca rejuvenecerse porque tiene una mujer joven?

Me dan ganas de acercarme a ellos con cualquier excusa (del tipo de preguntar si no han tenido problemas con la energía eléctrica o con el agua) para ver si es correcta mi impresión de que se pinta el pelo. Y para mirarlo a los ojos. Mirando a un tipo a los ojos lo saco instantaneamente, saco qué es, qué vale. Pero no voy. Prefiero seguir construyéndolo desde la distancia y desde mi deseo de su mujer. Es claro que tiene los gestos aplomados y sobrios del tipo acostumbrado al poder, a mandar. Para este tipo de macho ocupado en cosas importantes la mujer ya le cumplió. Le dio tres hijos rubios (como él, puesto que no como ella) y sanos, dos machitos y una hembra. Si ahora la mujer se distrae con aventuras seguro que no le importa poco ni mucho.

Es más, se lo merece, piensa magnánimo. Cuando nota que a veces desaparece por la tarde durante un rato largo piensa que debe de ser por algún gigoló –o algún bohemio, o un marica, o un estudiante- puesto que tiene tiempo para encamarse de tarde. A media mañana o temprano de tarde la mujer siempre puede escaparse por un rato con excusas fáciles que sabe que su consorte no va a ir a verificar. El asunto a él no le interesa en absoluto: ella cumplió con dar descendencia y puede vivirse un poco. Otra cosa, y aquí sí la cosa se pondría peluda, sería si la mujer se encaprichara con alguno de sus pares, con algún cabrón poderoso como él. Que en el círculo de los cabrones, que es el que cuenta, se le señale diciendo que fulano se monta a su mujer, eso sí que sería inaceptable. Pero sería raro que pasara semejante cosa, porque la mujer de un cabrón sabe las reglas del juego y porque un cabrón no le hace eso a otro cabrón.

Para papá estanciero, en un mundo ordenado hay quien consuela a su mujer cuando se le cruzan los cables (el psicoanalista), quien la acicala (el peluquero) y quien la relaja de tensiones (el gigoló o similar, artistas y escritores –que también disponen de las tardes libres- incluídos). Todo lo cual no significa que, cada tanto, no se coja a su mujer. Al fin y al cabo es joven, es bella, y es suya. Cómo haga para cogérsela con esa panza –cuidadosamente redondeada a base de Etiqueta Negra- eso es harina de otro costal. Carga con esa impedimenta justamente allí donde no debiera de haber obstáculos. Llegado al punto en que ha perdido de vista sus genitales aprenderá seguramente a maniobrar con la maña de un ciego.

...

El puntapié inicial en el empeño de reflexión psico-analítica que acosará largamente a Don Juan lo había dado E.T.A. Hoffmann (en 1813, apenas un cuarto de siglo después del estreno de la ópera de Mozart) en su híbrido de cuento y ensayo *Don Juan. Aventura fabulosa ocurrida a un viajero entusiasta* (entusiasta de la música de Mozart, se entiende).

Su interpretación, sin fundamento objetivo alguno, mero receptáculo de las fantasías de Hoffmann, propone que, corriendo de una mujer a otra, Don Juan persigue la realización del Ideal, y no lográndola, se rebela, convirtiéndose entonces la seducción de las virtuosas en una forma de vengarse del Creador y de su mundo. La interpretación de Hoffmann tiene el mérito de seguir consiguiendo adeptos (espíritus románticos) casi doscientos años después de formulada. Cosa que en realidad no debiera de sorprender, puesto que tiene la capacidad de legitimar a la vez el (supuesto) resentimiento de Don Juan y su castigo.

Stendhal, un cultivador y estudioso del paradigma del amor-pasión, en el capítulo 59, *Werther y Don Juan*, de su *Del amor* llega a conclusiones bastante similares a las de Hoffmann al interpretar a Don Juan: según él a la saciedad siguen el tedio y la decepción, hasta que no queda otro goce que sentir el poder y hacer abiertamente el mal por el mal. Alzando la voz desde el púlpito, agrega: “Ningún poeta se atreve a presentar la imagen fiel de este último grado de la desgracia, porque este cuadro causaría horror”. Claro está que Stendhal hace trampa: para trazar esta caracterización da como referente al *Don Giovanni* de Mozart, pero al ir al detalle sólo se refiere a ciertos donjuanes que conoció (y lo cierto es que Stendhal, el más mundano de los grandes, conoció mucha gente, con gran provecho para su obra que penetra en los dobleces del alma humana como pocas). En su descargo hay que decir que, sabiamente ecuánime, termina concediendo que no es posible demostrar en el papel la superioridad de uno de los paradigmas, el amoroso o el fáunico, el wertheriano o el donjuanesco, y que la opción es algo que cada uno resuelve en la intimidad. Creo que el

mero hecho de plantear la oposición del paradigma amoroso y el fáunico como una cuestión meramente existencial y no metafísica (Bien y Mal, Virtud y Pecado) pone a Stendhal, también en la lucidez de reflexión, largamente por encima de sus contemporáneos. En el terreno puro y duro de los argumentos me quedo con el pasaje en el que demuestra que lo que el paradigma amoroso tiene de superior al fáunico es que el placer que obtiene Werther es de calidad superior al que obtiene Don Juan. Puede que tenga razón, pero el placer de Werther, como bien sabemos, es un placer envenenado. Como queda claro leyendo a Stendhal, el placer wertheriano es de cuño netamente masoquista: “Los goces del amor – dice- están en razón directa con el temor que se experimenta”.

Freud, que era un verdadero conocedor de las óperas de Mozart, no incurrió en la tentación de psicoanalizar a Don Juan. Se limitó a rozar el tema del donjuanismo. Me parece particularmente interesante la observación que hace en el escrito, de 1921, *Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad*, donde evalúa un cierto donjuanismo propio de las costumbres sociales de su tiempo. Freud dice que se trata de un “juego” cuya finalidad sería “purgar y neutralizar la innegable inclinación a la infidelidad”. De ahí a postular –utilizando nuestra terminología- que el paradigma amoroso es otro (quizá el principal) de esos mecanismos destinados a neutralizar la voracidad sexual, y que el único paradigma que en realidad da cuenta de la erótica humana es el fáunico, hay un solo paso que Freud prefiere no dar.

Los acólitos del Maestro siguieron sendas más creativas (en el sentido de más fantasiosas). Marañón, por ejemplo, se dedicó a divulgar la habladuría santurrona y envidiosa (sin fundamento alguno, por supuesto) según la cual el tal Don Juan es en realidad macho de “virilidad débil, o equívoca”, agregando que su sexualidad es “vacilante”, y que el “hombre verdadero, o varón perfecto” no es donjuán. De ahí a decir que Don Juan es en realidad homosexual (interpretación frecuente aún hoy) hay sólo un paso que Marañón –concedámoslo, a su pedido- no dio, pero que muchos de sus lectores sí dieron en su nombre (aportándole así al predicador sexual y todólogo la poca sobrevida que le va quedando).

No menos fantasiosa es la interpretación de la leyenda de Don Juan que hace Otto Rank. Don Juan representaría al yo consciente, rebelde y transgresor, lanzado en busca de su placer; el cobarde y miedoso Leporello encarnaría al sentimiento de culpabilidad consecuencia de no haber seguido los designios del orden, de la cultura, o sea del padre; y, finalmente, el Comendador (padre que vuelve desde la tumba) representaría el deseo de ser castigado por las transgresiones (deseo que, por lo demás, se realiza ampliamente). Siguiendo esta veta la conclusión sería que el atractivo y el éxito de la saga donjuanescas se debería a la general identificación con los sentimientos de culpa y los deseos de castigo vinculados a la figura paterna. Muy interesante (¡bof!).

Lacan, por su parte, reflexionó largamente sobre el mito de Don Juan –a partir del referente mozartiano, que le parece el culminante. Se encuentran trazas de esa reflexión en seminarios de los años cincuentas, sesentas y setentas. Su ángulo es original. Retoma la reflexión sobre Don Juan exactamente ahí donde la deja Kierkegaard, dejando de lado aspectos sociopsicológicos de Don Juan y asumiendo directamente su dimensión mítica, concentrándose en explicar por qué Don Juan es un mito femenino.

Para Lacan La Mujer (o sea ese constructo cultural al que llamamos en abstracto La Mujer) no existe. Que La Mujer exista, dice, es un sueño de mujer. Es algo que cada mujer elabora, construye. En el mito de Don Juan se sintetiza, se dramatiza la construcción de esa identidad. Don Juan, dice, es un fantasma femenino que colma un anhelo femenino. Y lo

colma porque es precisamente ese hombre para el que La Mujer, esa abstracción, sí existe. Para Don Juan no existen las mujeres concretas en su singularidad sino que existe la femineidad, el *odor di femina*. Una puede, por consiguiente, dice Lacan, estar absolutamente segura de su deseo, de ser el objeto en el centro de su deseo, y de que a causa de ninguna otra puede perderlo –puesto que las desea a todas. Y una puede construir esa Mujer en sí misma a partir de mimetizarse con ese objeto de deseo –la Mujer- de Don Juan. En otras palabras: se desea a Don Juan porque se desea su objeto de deseo. Lo esencial del mito femenino de Don Juan es que, sin distinciones, las posee una por una y a todas (*purché porti la gonnella...*), puede hacer una lista y contarlas: y al hacerlo las incluye en el círculo de la identidad.

Es claro que el mito de Don Juan sintetiza, dramatiza el proceso de acceso a la imago Mujer. Haciéndolo permite comprender las formas concretas en que ese proceso de apropiación del deseo del otro se da en la realidad. Por ejemplo: si no hay a mano nada que se parezca a un Don Juan se lo puede construir imaginariamente, o se lo puede buscar en las miradas de quienes no se parecen en nada a un Don Juan (de ahí la etapa “lolita” de las niñas).

La necesidad femenina del mito, que Lacan deduce, se suma a la necesidad masculina del mito (por demás obvia puesto que se trata del reverso de la femenina: el mito de Don Juan permite al hombre acceder al deseo de lo femenino en sí, más allá de las mujeres concretas, deseo que es fuente de potencia), y ambas necesidades explican la diseminación incontrolable del mito apenas concretado.

(Retrospectivamente, además, esta explicación de la fuerza del mito de Don Juan en función de las necesidades masculinas y femeninas en la construcción de la identidad sexual ayuda a comprender la vigencia de las figuras míticas del sátiro y el fauno a lo largo de toda la identidad. Debo tenerlo en cuenta al volver sobre ese período).

...

Siempre me dio la impresión de que al contacto con el papel las ideas en general, y mis ideas en particular como que se apagan –como brasas lanzadas al agua. No importa cuán sólidas y bien argumentadas y redondeadas en su sentido me sigan pareciendo aun después de perder el brillo. Ese perder la luminosidad no me sucede con la escritura de ficción, aunque el pasaje en cuestión no me parezca especialmente valioso. Esta reacción inconsciente quizá explique que, habiendo comenzado mi vida intelectual en el terreno de la teoría, haya derivado hacia el de la ficción. Es que las ideas son siempre un valor de cambio, forman parte de la cadena del intercambio (de ideas) y su valor es relativo al de otras, que pueden inclusive desvalorizarlas totalmente. En cambio la ficción es siempre valor de uso, se valoriza a sí misma en el acto –glorioso- del consumo. Esta opción por el valor de uso y rechazo del valor de cambio proviene de la veta aristocratizante –elistismo y desprendimiento de lo material- de mi personalidad.

...

Rumiando, pues, un vago descontento hacia la teoría que vengo elaborando, pero armado con una dosis generosa de bebida espirituosa y refrescante, me instalo bajo el alero del frente de la casa después de un intento de ducha absurda en que el agua se evaporaba antes de llegar a tocar mi piel recalentada. El calor y el resplandor son aplastantes. En el

silencio reverberante de la hora de la siesta la casa de detrás de los matorrales tiene algo de hermético y de ominoso. Demasiados días de abstinencia: la sinuosa e insinuante vecinita me ha puesto los nervios de punta. Imagino el dormitorio en penumbras: el señor Panza exige el débito conyugal y la Reina accede poniendo el mínimo imprescindible de buena onda. Me sube la sangre a la cabeza de rabia, de impotencia, como si me estuviera traicionando. Pero entonces, de pronto, pienso –y es la primera vez que se me ocurre–: capaz que en este mismo momento, a través de una persiana me está observando, capaz que siempre estuvo observando estos plantones absurdos que me mando mirando fijo con cara de loco obsesionado hacia su casa. Mejor. Mejor que sepa, que esté consciente todo el tiempo de que aquí arde un pornógrafo. Veremos si renuncia a la experiencia.

Como entre las brumas de una alucinación veo pasar a pocos metros de mi sillón a un gran lagarto, no menos de un metro y medio, atigrado en blanco y negro, balanceándose pachorrientemente al caminar. La cola larga y pesada deja una huella continua en el piso de arena del jardín. Se detiene y me mira de reojo, sin girar hacia mi la cabeza. Después sigue sin apuro, con un aire y un andar que tienen algo como de campechano –se ve que nunca nada ni nadie intentó cazarlo- hacia el matorral detrás del cual se ven las almenas de Camelot. Si se hubiera metido en el matorral quizá me hubiera acercado a la casa Real para advertir del peligro. O no. Sería hacer el ridículo seguramente, porque el bicho tiene todo el aspecto de ser manso, de que hasta se lo puede domesticar ofreciéndole comida. En todo caso al llegar al matorral tuerce el rumbo y lo bordea en dirección del barranco que conduce a la cañada, donde se pierde pronto de vista. Prueba viviente de lo que pensé desde un principio: que en esa cañada puede haber el bicho que se pida.

...

Quiero analizar el efecto que me causa la lectura de los diarios de Klemperer. No me refiero al efecto que me produce conocer lo que Klemperer tuvo que vivir y de lo que da testimonio. Este testimonio se suma a los tantos que he leído sobre el genocidio nazi y lo que me produce es lo que a tantos: el estupor frente a lo que implican esos hechos, o sea, el desmoronamiento de la idea del Hombre, de la Sociedad y del Estado que hemos venido desde hace mucho recibiendo y difundiendo, desmoronamiento que obliga a repensar, a refundar los fundamentos de la convivencia humana desde otro lugar (desde Levinas quizá, provisoriamente) (o desde Leo Strauss).

Al decir que quiero analizar el efecto que me causa la lectura de los diarios de Klemperer me refiero a un efecto previo, preconsciente diría, y que experimento durante el acto mismo de lectura, mientras la mirada se desliza sobre la página y va descifrando los signos. O sea: un efecto que experimento mientras me va contando lo que sucedió ese día, pero antes de que lo que voy imaginando y representándome más o menos vaga o precisamente se establezca como objeto de conocimiento y de reflexión. Un efecto que me aparece como inevitablemente activado por mi mirada al rozar cada renglón, y que me cala hasta los huesos: ese efecto consiste en que siento miedo. Es como si el miedo fuera una especie de vapor tóxico que emanara del libro al abrirlo y que uno no pudiera evitar respirarlo y contagiarse. Un miedo que me eriza y que me afloja los esfínteres, y que no desaparece si levanto la vista, si me arranco de la lectura y hago otra cosa. Una saturación de miedo que me impide leer por día más que lo que él ha sido capaz de escribir por día –de hecho y sin contar el parate que tuve en la lectura, me llevó casi dos años leer estos diarios.

Un miedo, en fin, que sigue ahí, larvado, agazapado, un rato largo después de cerrar el libro.

He leído todo tipo de testimonios acerca del genocidio nazi, testimonios de los asesinos y testimonios de las víctimas. Nunca había leído algo que me hiciera sentir la irracionalidad del miedo instalada, agarrada como un bicho feroz a mi cerebro. Una cosa es que un libro defina o describa un estado de miedo, otra cosa es que lo contagie. Se me hipersensibiliza la zona de la nuca y experimento irresistible la necesidad de darme vuelta para asegurarme de que no hay un peligro a mis espaldas, aunque sepa perfectamente que no lo hay, porque estoy solo en mi dormitorio. Y eso no un día en que anduviera sensible, sino cada vez que he abierto este libro. Tendido en esta cama, con la panza llena, con un vaso de cognac en la mano, de pronto se instala en mí la sensación, poco a poco la certeza, de que no tengo nada que comer ni la más mínima posibilidad de conseguirlo, de que alguien va a irrumpir y me va a arrastrar a un lugar horrible para matarme como a una bestia. El miedo de Klemperer sobreviviendo cotidianamente al horror, miedo destilado y filtrado hasta el último repliegue de su ser y goteado sobre cada página del diario, de pronto es mi miedo, y me queda la mente en blanco, y ya para mí tampoco hay esperanza alguna, más que la de una muerte rápida y lo más indolora posible para que todo desaparezca, para desaparecer de esto, del infierno que es estar vivo, pero nada desaparece y la sensación pavorosa me devora la nuca por más que trato de hundirla lo más posible entre los hombros. Así ha sido desde el principio y así seguirá siendo hasta que junto a Klemperer cruce la línea del fin de la guerra, para lo que no nos debe de faltar mucho, porque ya Dresde fue reducida a escombros.

He dado en pensar, he comenzado a pensar que un libro que puede hacer lo que este libro me hace no es un libro como los otros, es de una naturaleza diferente, es, de alguna manera, ontológicamente diferente. Imagino una biblioteca, me acerco a ella con los dos tomos de los diarios de Klemperer en la mano, hago espacio y coloco los tomos en un estante. No tiene sentido. No es posible poner este libro entre los otros. No es que tenga pruritos de bibliotecario. Es que está mal puesto allí. Es como si pusiera una sandía en el armario de la ropa. Simplemente no es su lugar. De hecho nunca he puesto este libro en mi biblioteca entre mis autores favoritos. Desde que lo tengo –aún abandonando su lectura durante meses- ha estado encima de mi mesa de luz.

...

Quisiera poder dar cuenta de esta diferencia que establezco instintivamente. Quisiera poder responder a estas preguntas: ¿en qué consiste esa diferencia, ese no poder el lector evitar vivir, sin posibilidad de resistencia alguna, lo que se le narra? ¿esa diferencia se debe a algo identificable en el cuerpo mismo del texto, en sus cualidades, en su tema, en las circunstancias en que el libro fue escrito, en su carácter o no testimonial? ¿o es algo que pone (o no) cada lector? ¿una ontología textual puede fundarse objetivamente o debe fundarse subjetivamente? y en este caso ¿puede fundarse para un conjunto de lectores o debe serlo lector por lector?

Me parece que el efecto que me producen los diarios de Klemperer, efecto en el que tomo conciencia de su “diferencia”, es producto de un cocktail “letal” de toda una serie de alternativas y de coincidencias: para que se produzca esta intoxicación por la lectura él, Klemperer, tuvo que haber sido el que fue (un intelectual de primera línea) y yo tengo que ser el que soy (alguien capaz –por lo menos- de apreciarlo en cuanto tal), él tuvo que haber

vivido lo que vivió (el proceso del genocidio nazi) y yo tengo que haber vivido algo por lo menos remotamente similar (el proceso de nuestra miserable dictadura), él tuvo que haber sido capaz de tomar las decisiones que lo hicieron escribirlo (dar testimonio hasta el final, como manera de resistir su propia desintegración mental) y yo tengo que haber tomado las que me obligan a leerlo (asumir las consecuencias -en el terreno de pensar lo humano- de haber nacido después de Auschwitz). Pero ¿a qué lleva toda esta suma de condicionamientos del efecto? A que ese efecto -consecuencia de una diferencia a la que se me ocurre llamar ontológica entre este libro y los demás- en realidad sólo se produce en el punto de cruce de ciertas subjetividades, la de Klemperer con la mía y con la de equis otros. O sea que la tal diferencia ontológica sólo podría fundamentarse subjetivamente. Escritura/lectura no como impersonal y objetivo intercambio de información o circuito de placeres, sino -antes, mucho antes- como encuentro con lo idéntico que permite la contaminación. Sintonía de subjetividades, borramiento de los límites entre yo (lector) y el otro (escritor). Yo soy él, flotamos en el mismo mar de miedo.

...

A punto de dormirme rumiando el tema -o más precisamente sus antinomias- recuerdo la autobiografía que Hoess, el comandante de Auschwitz, escribió en los pocos meses que estuvo prisionero antes de ser ejecutado. Me costaba transar con la idea de que las estrategias de que se valía para “explicarse” (en realidad para justificarse) eran totalmente vulgares, eran las que hubiera utilizado cualquier hijo de vecino en cualquier situación banal. Yo esperaba un monstruo y era un pelotudo cualquiera. Lástima que Hitler no dejó sólo arengas políticas y no escritos personales. El jueguito de la fascinación que fomentan sus seguidores abiertos o encubiertos actuales es posible sólo por eso, porque nos faltan testimonios directos de su realidad íntima.

El par de semanas que estuve leyendo ese libro cada vez que lo cerraba no lo dejaba ni sobre mi escritorio ni sobre mi mesa de luz sino que lo tiraba descuidadamente en una caja que tenía en un rincón en la que estaba poniendo los libros y discos que ya no me interesaba conservar. Como si no estuviera dispuesto a darle un lugar en mi pequeño mundo, o sea: en mi biblioteca; como si sólo estuviera dispuesto a soportarlo en el umbral pero del lado de fuera, como a un perro piojoso, como si ponerlo en el escritorio o en la mesa de noche -no digamos en mi biblioteca- hubiera implicado un riesgo de contaminación, de infección, de corrupción, como si demasiado cerca de mi sueño hubiera podido causarme un tumor cerebral o demasiado cerca de mi escritura hubiera podido pervertirla más de lo que está.

Puesto que cada puertita abierta conduce a una puertita por abrir, como en la fantasía de Levrero, recordé entonces que, en el momento en que leía el texto de Hoess también estaba leyendo *Mi madre*, de Bataille, y que llegado a un pasaje en el que Pierre no quería confesarse porque desconfiaba de que su confesor guardara el secreto tuve la sensación de que hacía poco había leído algo similar. Estuve días preguntándome dónde lo había leído, revisando una vez y otra los libros que tenía sobre la mesa de luz y sobre el escritorio (¡hasta Lermontov fue objeto de semejante pesquisa!) hasta que caí en la cuenta, después de un obsesivo recuento de mis horas y mis días y mis lecturas, de que el pasaje estaba en ese libro segregado, excluido, colocado aparte. Por razones diametralmente opuestas al caso de los diarios de Klemperer -o sea, por representar para mí el extremo inferior de la condición humana- pero ese libro también era para mí de una naturaleza diferente, ontológicamente

diferente, digamos. No era capaz de recordarlo, de tenerlo en cuenta cuando estaba ocupándome de asuntos simplemente librescos.

...

Hoy me despertó ya no la misma maldita cigarra de todos los días sino un verdadero coro de cigarras dispuestas a desgañitarse para servirme de despertador. Con los ojos todavía cerrados me pregunté cómo —emergiendo uno de ese mundo de chatarra fantasmática que es la nada del sueño, con todos los circuitos aún desconectados, en ese instante en que ya se enciende la conciencia pero no aún los sentidos ni la memoria— sabemos de todas maneras que no hay nadie en la cama a nuestro lado.

Mientras se me escurría del cuerpo la modorra seguí divagando: también es cierto que si en ese momento atontado, de conciencia hueca y vacía, del despertar, antes de estirar la mano o volver la cabeza sabemos que hay alguien a nuestro lado es posible que, por un instante, no sepamos quién está ahí. Inclusive puede suceder que creamos que la persona que está ahí es otra y no la que realmente está, otra a la que no vemos desde hace tiempo y a la que quizá secreta, inconscientemente extrañamos, u otra —me ha sucedido— que ya no está en el mundo de los vivos.

Ahora bien: cuando después de desperezarme y bostezar abundantemente mi conciencia comenzó a recibir información fresca respecto del estado de la máquina corporal, constaté que no todas las zonas de mi ser físico gozaban del dulce relajamiento propio del cuerpo reposado en el dormir. Se me ocurre entonces que toda esta cosa que se me ha venido ocurriendo acerca de despertar sólo o acompañado no tenía por finalidad explorar los pliegues del alma sino advertirme discretamente que ya llevo demasiados días sin hembra.

...

Conocí a Felipe Rubens -hijo de Felipe Rubens, que fuera hermano de Pedro Pablo Rubens— cuando él ya era un hombre viejo. Siendo aún joven, al morir su célebre tío, en manos de su probidad y conocimientos puso su tía, Elena Fourment, la responsabilidad de comercializar no sólo la gran colección de arte, sobre todo italiano, que había reunido Rubens, sino también la obra propia que había guardado para sí y las carpetas de esbozos y bocetos que tan cuidadosamente conservara ya que constituían un tesoro de todas las actitudes físicas y las pasiones humanas imaginables. La venta de tan valiosa herencia, juiciosamente llevada a cabo, preservó con largueza el bienestar de la familia, que sólo reservó para sí los retratos de sus integrantes. Felipe Rubens tuvo también el mérito de haber recogido toda la información disponible acerca de su tío, componiendo una *Vida de Rubens* que es fuente ineludible para el conocimiento del artista. Habiendo tomado notas durante el viaje de regreso a París puedo ahora reproducir aquí lo conversado con el sobrino de Rubens en esa única ocasión que tuve de tratarlo.

Felipe Rubens me llevó a conocer la mansión de su tío en Amberes. Conocí la salita interior en la que, durante veinte años, estuviera amurado el *Sileno ebrio* para exclusivo disfrute de los amigos más cercanos, hasta que ya cerca de su muerte accedió a vendérsela al Cardenal Richelieu, que la incorporó a su colección de bacanales. Pregunté entonces a mi guía por qué dicha tela había sido guardada durante tanto tiempo en tan gran secreto, a lo que respondió diciendo que su tío consideraba que por la audacia de la representación y por

la profundidad del tema sólo podía ser comprendida por unos pocos y malinterpretada por la mayoría.

Rubens era un infatigable frecuentador de los grandes escritores latinos, al punto de que mientras pintaba se hacía leer a Tácito o a Virgilio. El *Sileno ebrio* le fue sugerida por la lectura de la sexta égloga de Virgilio, que vino a descubrirle que aquellos borrachines y lujuriosos cortesanos de Dionisos eran curiosamente capaces –vino mediante- no sólo de poesía sino inclusive de profecía órfica. Rubens concibió entonces esta tela -en la que se ve al sileno abandonándose al vino y al delirio poético a punto tal que se convierte en motivo de diversión y burla- a manera de metáfora de la condición del artista, siempre a medio camino entre su inspiración y el carnaval del mundo en el que cumple el rol de bufón. La burla va tan lejos que uno de los juerguistas –un sátiro de piel oscura- parece estar penetrando desde detrás al tambaleante sileno. Por el tema y por la audacia no parece entonces extraño que el pintor prefiriera mantener esta obra, en la que trabajó durante años, lejos de miradas eventualmente malévolas. Felipe Rubens me dijo que, según le transmitiera su padre, Rubens se sentía especialmente orgulloso por haber podido mostrar en esta obra que la chispa divina puede morar aún en un cuerpo marcado a tal punto por los excesos que llegue a ser objeto de escarnio de sujetos tan poco dignos de encomio como los que allí figuran.

Continuando con el tema hice notar a Felipe Rubens que en la obra de su tío eran muy frecuentes las representaciones de sátiros, faunos y silenos, y le pregunté a qué se debía tal preferencia. Me contestó que Pedro Pablo Rubens había sido hombre de hábitos sumamente moderados, incapaz de francachelas y borracheras, que era muy fiel amante de su esposa y que no estaba interesado más que en los pensamientos y en los sentimientos dignos y nobles y en la belleza de las cosas. Sentía una verdadera devoción por el cuerpo femenino, que le parecía la obra más hermosa de toda la Creación. Por tal razón pintó innumerables veces la belleza femenina, y, queriendo expresar la fuerza del deseo que esa belleza inspira, recurrió a los personajes míticos que desde la más lejana Antigüedad simbolizan y exteriorizan la potencia del apetito que nos inspira el cuerpo de la mujer.

Me mostró entonces una pequeña madera en la que su tío, aproximadamente por la misma época del *Silenio ebrio*, había pintado el retrato de dos sátiros. Los rostros de los sátiros me parecieron tan expresivos que intenté comprarle la pieza, haciéndole una generosa oferta, pero se negó asegurándome que había decidido guardarla para sí -no obstante lo cual posteriormente me permitió realizar una rápida copia al carbón. La mezcla que hay en esos retratos de potencia animal y de blanda sensualidad, expresa el deseo de concupiscencia de manera perfectamente evidente. Notando mi entusiasmo Felipe Rubens se extendió en el comentario de la imagen, diciendo que tanto le interesaba a su tío la belleza femenina como la naturaleza del deseo que inspiraba, que era el de dar y recibir placeres voluptuosos, exaltaciones y delicias que hacen que el cuerpo se sienta tan ligero como el aire, y que lo que su tío había querido plasmar en esos retratos de sátiros eran miradas y gestos que expresaban la incitación a la complicidad en esas voluptuosidades, complicidad que a veces las mujeres son rápidas y otras veces muy lentas en acordar, pero que en todo caso siempre terminan por disfrutar. Y terminó diciendo –cosa que me pareció particularmente sensata- que su tío para expresar la naturaleza profunda de ese deseo no podía valerse de la representación de hombres respetables y de buena sociedad, por lo que a menudo recurría a los campesinos, o a estos seres fabulosos que los antiguos habían imaginado para tal fin.

...

Tal rato pasé escribiendo lo que antecede y contemplando los admirables sátiros de Rubens que terminé por sentir una cosa medio agreste, medio animal en el pecho, como de meterme en el monte y desnudarme y aullar un rato con toda la garganta. Había notado que en el monte criollo al fondo de la casa, en medio de la vereda tallada que conducía a los médanos se abría una senda natural. Resultó que tras mucho zigzaguear esta senda conducía a un claro de piso arenoso, muy escondido, indistinguible aún desde lo más alto de los médanos. Justo lo que necesitaba para poner un rato al natural al fauno que hay en mí.

Arranqué una hoja de mi libreta de bolsillo y escribí con letra grande y clara “no pasar”, extraje un hilo y luego otro de las mangas de la camiseta vieja que tenía puesta, volví sobre mis pasos y en la mitad de la laberíntica senda con los hilos colgué el cartelito de manera que cerrara el paso a cualquier intruso inoportuno. Volví después al claro, me desnudé completamente y me senté en la arena en la posición del loto, con los dorsos de las manos sobre las rodillas, abierto pues a todo lo que la Madre Naturaleza quisiera confiarme.

Dejé que con el sudor se me fuera escurriendo gota a gota cualquier impaciencia, y que se me fuera afinando el instrumental perceptivo hasta empezar a registrar el frenesí de la existencia que, en escala reducida, se agitaba a mi alrededor. Me pasmó la velocidad a la que una mariposa es capaz de volar entre la maraña inextricable de troncos, tallos y ramas de los arbustos sin romperse las antenas contra alguna dura corteza. Después compareció un zorro que fue acercándose a mi absoluta inmovilidad muy despacio, pasito a pasito, con el hocico pegado contra el piso. Me sentía como un yacaré al acecho, que apenas respirara esperando a que su presa estuviera a esa distancia a la que la velocidad de ataque sería mayor a la velocidad de fuga. El sudor se me deslizaba por las sienes, y por el cuello y por los flancos. Hasta que por apartar de mi frente las amenazas de un mangangá gigante espanté también al insigne visitante.

Por un rato no oí más que el crepitar de la vegetación seca y recalentada. Tan fuerte a veces que me obligaba a volver la cabeza por temor a que fuera algún bicho que se acercaba. Poco a poco fui cediendo al embotamiento y al vacío mental, hasta sentirme sólo máquina de recoger imágenes, sonidos, olores, sensaciones en la piel. Cosa sintiente. Respirante. Después, de pronto, inesperadamente, a manera de protesta y reacción defensiva, restableciendo el orden y el lenguaje de la conciencia, restableciendo el tiempo abolido, impecablemente escalonadas, primero como cello, después como clavecín y después como corno inglés, much to my surprise las doce notas del motivo del *Arte de la fuga* cruzaron mi espacio de representación mental como cruza el azul del cielo una formación perfecta de golondrinas.

Dulce pausa de placer y encantamiento en la que mi mente, ya no mía, purificada, era la de Juan Sebastián, encantado con la secuencia sonora que se le acaba de ocurrir, ideal para utilizar en el *Libro del contrapunto* en el que ha estado trabajando. Pausa hecha añicos por un triple ¡crich! que no eran pasos de bicho sino pasos humanos. Lanzo un manotazo hacia mi ropa y me cubro la zona crítica. Tarde, supongo, porque para cuando me doy vuelta ahí está la princesita con una sonrisita retorcida en sus dulces labios rosados ¡y con mi cartelito de “no pasar” en la mano!

-¿Estás tomando el sol? –me preguntó con tonito zumbón, mirando insolente hacia mi vientre-. ¿O es alguna terapia?

Me había parecido y ahora pude comprobarlo: cuando no levanta la voz para gritar la pequeña tiene una voz grave y cálida, un ronroneo parecido al de su madre.

-¿Podrías darte vuelta para que me vista? –exigí, amoscado.
Me dio la espalda, encogiéndose de hombros y diciendo para provocarme:
-Igual ya te vi.
-¿No sabés leer? –le pregunté a su nuca. Volvió a encogerse de hombros, su gesto favorito, si no me equivoco.
-Te aseguro que si no hubiera encontrado ese cartelito no hubiera seguido hasta aquí.
Se dio vuelta antes de que se lo indicara y me miró acomodarme la ropa. Algo maligno le bailoteaba en la mirada.
-Claro que hubieras preferido que fuera mamá la que te sorprendiera ¿no? –dijo, componiendo lo que a ella le parecería una sonrisa angelical y que no era más que una mueca cínica. Tiene los ojos tan claros que es casi imposible leerle la mirada, y la boca tan grande que es imposible no imaginarla devoradora.
-Estoy encantado de que hayas sido tú, querida –le respondí desplegando mi sonrisa fáunica (es una cosa que hago con la cara tratando de imitar esa especie de mueca pastosa y degenerada que hace Jack Nicholson), que no dejó de desconcertarla. Al menos se quedó mirándome muy seria, como si fuera una niñita inocente que de pronto empezara a comprender que se encuentra en una situación peligrosa. Aunque por toda respuesta comenzó a arquear muy pero muy lentamente la ceja izquierda, hasta tenerla casi tocando el nacimiento del pelo. La pequeña era una consumada actriz de culebrones.
-Puede ser –dijo, amenazadora como un gangster-, pero mamá es todo lo que por el momento podés conseguir.
La actitud provocadora y desafiante de la pequeña me enardecí. Realmente me vinieron ganas de darle un buen susto.
-Eso, mi querida –dije zalamero y ambiguo, chasqueando el paladar como el Lobo Feroz frente a Caperucita- es algo que está exclusivamente en tus manos.
Se quedó mirándome fijo, seria. Tratando de descifrar aquella situación quizá un tanto excesiva para sus expectativas de divertirse a mi costo.
-Bueno, basta de bromas –exigió con un tonito despectivo.
-No estoy bromeando, princesita –insistí empeñado en darle el sustillo.
-No querrás tener una novia tan chica como yo –dijo con esa mezcla de inocencia y desafío que sólo puede lograr una chica de su edad.
-Lo que es por mí, podés considerarte mi novia –invité meloso.
El pliegue en su frentecita se hundió más y más.
-Esto no le va a gustar a mamá –declaró y por un instante pensé que se había asustado y pasaba al terreno de las amenazas-. Se va a poner celosa –me aseguré.
¡Ah, deliciosa sensación, la mía en ese momento, de presenciar el momento en que se parte el huevo y es posible ver lo que traía dentro! Maravilloso fulgor del instante en que la puerta que me estaba destinada comienza a abrirse y puedo entrever lo que me espera. Y lo que alcanzo a entrever me encanta.
La pequeña arpía sobreacelerada quería jugar con fuego y eso iba a conseguir.
-Y tu papá ¿qué pito toca? –inquirí, yendo al grano.
-No le importa.
-No le importa ¿qué?
-Lo que haga con mamá.
-¿Y lo que haga contigo?
-Eso sí.

-¿Y si sólo fueran pequeñas cositas sin importancia? –pregunté acentuando la jeta libidinosa.

Se lo pensó.

-¿Cómo cuáles? –quiso saber.

Realmente la pequeña depravada tenía más curiosidad que miedo. Como los gatos, hasta que alguien les corta los bigotes. Saqué del bolsillo mi libretita. Hice como que buscaba en ella.

-¿Qué edad tenés? –pregunté sin mirarla. Hizo un suspiro de protesta pero a regañadientes me la dijo.

La libreta la tenía desconcertada. Finalmente, como si hubiera encontrado algo, suspiré hondo, puse cara de “bueno, paciencia”.

-Con trece cumplidos –dije con tono de resignación- sólo te podés sentar en mis rodillas, nada más.

Me miraba con cara de querer matarme.

-Nada más que eso, lo siento –insistí consolador-. Y ahora no podemos porque se necesita una silla. Otra vez será.

Estaba trabada. Me parece que furiosa. En todo caso, no sabía qué decir. Me puse entonces en plan persona mayor, desentendiéndome de ella. Recogí mi sombrero y le sacudí la arena.

-Y si no te importa, voy a seguir trabajando –agregué.

Pero no se movía ni decía nada. Hasta que finalmente no tuve más remedio que responder a su mirada. Ya había digerido mi receta, ya estaba firme otra vez. Me tendió el cartelito.

-Sos un chanta –dijo, segura de su conclusión-. Pero me caés bien.

Dicho lo cual dio la media vuelta y se fue por donde vino, muy oronda. Cómo este angelito, tierno pichoncito de la burguesía vacuna, podía conocer no sólo el lenguaje sino el tono mismo, el gesto de la furcia bien curtida, es algo que ignoro, pero que no me asombra porque a esta altura del delirio al que llamamos realidad ya no puede asombrar nada. No hay ya cápsulas asépticas en las que puedan llevarse a cabo crianzas químicamente puras.

...

Verdaderamente una estampita: sátiro y ninfa en lo profundo de un monte criollo.

No se si alguno de los infinitos comentadores de Baudelaire lo habrá indicado –supongo que sí- pero muchas de sus *Flores* no son sino descripciones de pinturas que, con todo y lo que amaba y comprendía la pintura, no era capaz de realizar. Véase por ejemplo: *Don Juan en los infiernos*. Es la descripción minuciosa de una pintura romántica que pudieron haber realizado Delacroix o Guéricault. (El Don Juan de Baudelaire –que es el de Molière- no expresa más que una perfecta indiferencia hacia todo el mal que ha causado).

Anche io sono pittore. Yo también imagino lo que no puedo pintar. Ese sátiro veterano, de camiseta deshinchada y bermudas descoloridas, el cuerpo pesadote, la barba de días, la cosa libidinosa en las facciones, y frente a él la chiquilina, apenas dando el estirón de la adolescencia, esmirriada, la actitud física displicente, la cosa desafiante en la mirada, en el calor de un sol de mediodía veraniego, solos en medio de ese recio monte criollo, sudando la gota gorda, con los pies hundidos en la arena caliente ¿qué están haciendo? ¿de qué conversan? ¿juegan qué juego? ¿va a pasar qué cosa?

(Hay otra pinturita naturalista que desde hace tiempo tengo en la mente y que si conociera un pintor que dominara la técnica naturalista de fines del XIX le pagaría para que me la realizara -de a ratos pienso que a alguien que manejara el naturalismo existencialista del tipo Hopper también podría pedírsela. El punto de vista es desde abajo –la pintura representa lo que ve el amante desde la cama. La única luz es la que proviene de la puerta del baño abierta, de manera que a la mujer parada desnuda entre la cama y el baño la vemos en semipenumbra. Tiene el brazo derecho hacia atrás para llegar a tocarse entre las nalgas. La torsión hace que su pecho se abombe y sus tetas se separen. En la mano izquierda tiene un tarrito azul en el que llegamos a leer la palabra Nivea. Esta imagen me entenece de sólo pensarla. Para mí representa la Belleza).

...

¿Qué habrá querido decir con que a su padre no le importa? A esa edad los chicos no sólo están muy atentos a lo que hacen o dejan de hacer los mayores sino que además son especialmente perceptivos. Y lo que no saben lo inventan. ¿Ha visto que sus padres están alejados o al contrario su idea es precisamente separarlos? ¿Además de ser una diablesa deslenguada es una intrigante? Me encanta ese gesto belicoso y altanero. Aún no ha aprendido a fingir ni a ocultar, no sabe esconder sus pensamientos, ni sus sentimientos ni sus deseos, la lija que es la vida todavía no le ha limado las ganas de pelear. Juega conmigo, juega a provocarme, quiere guerra, empieza por corroer cualquier formalidad. Se me ocurre que la mejor manera de gozar ese momento de las chiquilinas es haciéndolas sentir que triunfan y vencen y derrotan y dominan. Brillan entonces en su más delicioso esplendor. En fin: lo cierto es que ahora tengo un lugar secreto para encontrarme con la madre y otro para encontrarme con la hija. Madrigueras de mujer, olor a hembra. Van tomando color mis vacaciones.

...

¿Quién podía llamar a mi puerta a las once de una de las más crudas noches de invierno? A través de la mirilla ví a una dama con el rostro totalmente cubierto por un velo. No dudé ni un segundo respecto de quién era y abrí la puerta. Debajo del velo llevaba, además, la máscara. A sus espaldas la niebla era más cerrada que la oscuridad de la noche sin luna. Entró sin decir palabra. Se quitó el abrigo y el sombrero. Perturbadora imagen: una mujer enmascarada en mi comfortable interior burgués.

-Puedo quedarme poco tiempo –dijo finalmente mientras pasábamos a la sala.

Se paró delante de la estufa y tendió las manos hacia el fuego tratando de calentárselas. Agregué un leño al fuego, después serví cognac, observándola de reojo. Inesperadamente me parecía hermosa, como no me lo había parecido en el Instituto. Vestía con sencillez y modestia, pero sus gestos tenían la calma y la delicadeza de los de una verdadera dama. Nos sentamos frente al fuego y bebimos.

-¿Y bien? Lo escucho –dijo entonces.

No tenía precisamente una vocecita de damisela. Su voz era firme y quizá hasta algo áspera. Me quedé callado. Y algo desconcertado. Mi mirada rebotaba en su máscara. En realidad deseaba que se la sacara. Pero, por supuesto, tal cosa estaba fuera de toda posibilidad. Sin duda que no usaba la máscara por temor a ser reconocida. Seguramente que no era alguien que circulara en ambientes públicos o notorios. Usaba la máscara por pudor,

para sentir que no era vista, que estaba no estando, que en lugar de adueñarse de su rostro, rebotaba en la máscara la mirada de los demás, la mirada de los que la habíamos conocido en tan extraordinarias actitudes.

Lo cierto es que yo seguía callado, incapaz de decir nada, como intimidado, mientras el silencio y el gotear del tiempo se iban adensando en mi sala como la niebla y la noche lo hacían ahí afuera en la calle.

-Supongo que se qué es lo que quiere preguntarme –dijo, quizá impaciente.

No me salió más que hacer un gesto de afirmación con la cabeza, instándola a seguir adelante.

-No, no soy una meretriz. Soy un ama de casa. Mi esposo es funcionario del Estado. Por supuesto que nada sabe de lo que he estado haciendo.

Volvió a beber haciendo a un lado el velo. Bebió hasta vaciar su copa.

-Como comprenderá no tengo una respuesta para la pregunta que usted quiere hacerme y que yo misma me he hecho. La única respuesta que tengo es que está en mi naturaleza hacer lo que he hecho.

Es difícil estar seguro en la semipenumbra de la sala, pero me pareció que se ruborizaba intensamente al decir esto, aunque su voz sonó perfectamente firme. Bebió de su copa hasta vaciarla. Yo también vacié mi copa, me paré, recogí la suya, volví a servirnos, raciones esta vez más generosas.

-¿Cómo describiría usted su inclinación? –articulé finalmente, tratando de sonar profesional y distante.

La oí respirar hondo.

-Quiero sentir. Quiero abandonarme y sentir. Sentir que soy usada como un instrumento, que no me pertenezco, que floto llevada por una corriente y que esa corriente es el deseo de... otro, de los otros, de algo poderoso... como... él.

Era evidente que se trataba de algo en lo que había meditado, y a la vez que era algo para lo cual le costaba encontrar palabras adecuadas.

-Ya veo... –dije, acercándole su copa y sentándome-. Sin duda que se trata de una inclinación fuerte y compleja.

Volvió a beber, con avidez. Sin duda que era una mujer con temperamento recio pero aún así no le era fácil estar en aquella situación. Me dio la impresión de que para ella era importante hablar, decirle a alguien lo que pensaba.

-¿Siempre fue así?

-No, en absoluto. Claro que no... Estoy casada con un muy buen hombre y tengo dos niños maravillosos. Todo empezó en ese momento, cuando por pura casualidad leí ese aviso en el periódico.

-¿Está satisfecha por haberlo hecho? –pregunté entonces, aliviado por haber podido mal que bien instalarme en el cuestionario que había preparado mentalmente para la entrevista.

Movió la cabeza afirmativamente.

-Sí... es horrible, pero sí... estoy satisfecha por haberlo hecho.

Entonces ví que, saliendo de debajo de la máscara dos lágrimas bajaban por sus mejillas hacia las comisuras de sus labios. Me acerqué y le ofrecí mi pañuelo. Lo tomó. Se secó.

-Lo siento. No es fácil para mí –dijo entonces, con la voz no quebrada pero sí suavizada.

-Podemos suspender esta entrevista si así lo desea –le ofrecí.

Negó con la cabeza. Volví a sentarme. Había un leve temblor en sus labios. Sin duda luchaba por contener el llanto.

-¿Había sido usted alguna vez infiel a su marido?

-No.

-Desde que esta experiencia ha comenzado ¿ha sentido la tentación de serle infiel?

Afirmó con la cabeza. Sus mejillas volvieron a encenderse. Extraña mezcla de rubores y lágrimas.

-Pero no lo ha hecho... quiero decir más allá del... experimento...

No respondió nada. Bebió un buen trago.

-¿Lo ha hecho? –insistí.

No me respondió. Me miró fijamente. Hubiera dado no se qué por quitarle la máscara en ese momento. Comprendía que la necesitaba. Y la máscara no dejaba de tener un cierto encanto que yo disfrutaba. Pero hubiera querido quitársela en ese momento. Dejar al desnudo su turbación. Consciente de la dualidad que me tironeaba por dentro esta vez fui yo el que se ruborizó. Y ella se dio cuenta.

-Lo he hecho.

-Y eso ¿le supuso un sufrimiento moral?

Negó lentamente con la cabeza.

-Por cierto que no –dijo sencillamente.

-¿Cualquier hombre la tienta?

Negó con la cabeza. Seguía mirándome fijamente. Noté que su pecho estaba agitado.

-Quisiera hacerle ahora algunas preguntas respecto del experimento en el que está participando. Por ejemplo ¿en ningún momento sintió temor de entregarse a una especie de... salvaje?

-No. Desde el primer momento sentí que todo lo que él quería era... eso. Que no me haría ningún daño. Y sentí que su deseo era infinitamente superior a mi capacidad para negarme –tragó saliva para decir-: su deseo me subyuga.

-Ya veo... como una posesión mental... ¿y no le importaba estar siendo observada?

-No, todo mi ser lo que quería era entregarse a su poder... nada más me importaba.

-Y si yo le pidiera ahora que se desnudara ¿lo haría?

Tardó en contestar. Me miraba fijamente, pero yo no podía descifrar su mirada debido a la máscara.

-Lo haría –dijo finalmente.

-¿Por qué? ¿Porque lo consideraría como parte del experimento?

Negó con la cabeza.

-¿Por qué?

-Porque usted tiene ese poder. El poder de pedir y de que yo le obedezca.

Su imperturbable y quizá desafiante franqueza me tomó totalmente por sorpresa. Sentí otra vez el calor en mis mejillas. Como no podía encontrar su mirada miraba sus labios entreabiertos... Puse ambas manos sosteniendo la copa sobre mi vientre para evitar que se hicieran evidentes las deplorables consecuencias de sus palabras. Deplorables para mi ética profesional, se entiende.

-¿Cómo el salvaje... quiere decir?

-Como el salvaje... si usted quiere.

Bebió el resto de su copa de un trago.

-En minutos tendré que irme... mi esposo regresa a casa poco después de la medianoche...

Su voz se había dulcificado al decir esas palabras. Como si se impacientara y quisiera poner en claro ya mismo que aquello ya no era una entrevista, que debíamos dejar de lado

las formalidades de una entrevista. Comprendí que era cierto, que en algún momento, inconscientemente, habíamos cruzado la línea.

Terminé también mi copa de cognac. Al retirar las manos el bulto sobre mi vientre se hizo más que notorio. Ella miró hacia ahí sin disimulo. Dejé la copa sobre la mesita y desabroché la portañuela de mi pantalón. De entre la ropa blanca extraje el miembro, rígido. Quedé hundido en mi sillón, exhibiéndome. Ví cómo ella se humedecía los labios con la lengua.

Por un instante imaginé que ella se ofendería, que denunciaría en el Instituto mi actitud. Absurdo. Participando en el experimento ella había dejado largamente a sus espaldas cualesquiera límites de la moralidad. Sería su palabra contra la mía. La mía, obviamente, prevalecería. De inmediato me avergoncé de pensar así, ví toda la estupidez de semejantes razonamientos, cuando ella misma con total honestidad me había dado voluntariamente las llaves de la situación. Empuñé el miembro y desnudé el glande.

-Venga –dije.

Se paró y se acercó. No necesitó más indicaciones. Se arrodilló entre mis piernas, tomó de mi mano el miembro e inclinándose hacia delante se lo deslizó dentro de la boca. La dulzura del placer que me produjo la introducción me estremeció. Su caricia era delicada. Propiamente no la caricia de una poseída por las pasiones sino la de una esposa solícita. Cerré los ojos y me relajé. Masturbando y chupando suavemente me llevó hasta el punto justo. Entonces se detuvo, metió la mano entre mi ropa y sacó fuera los testículos. Los lamió, se llenó la boca con uno y luego con el otro. Me sentí desfallecer. Ella intuyó mi desfallecimiento y volvió a alojar el miembro, ya vibrante, en su boca, hasta el fondo, hasta la misma garganta. Me dejé ir. Tragó todo y siguió chupando y masturbando hasta que estuve completamente vacío y apaciguado. Entonces arropó mi desnudez y abrochó el frente de mi pantalón. Nos miramos largamente. Era difícil imaginar lo que me decía aquella mirada escondida.

-Gracias –dijo.

-Gracias ¿por qué? –pregunté sorprendido.

-Por haberme comprendido. Por haberme permitido... hacerlo. Desde el otro día, desde que usted me vio con el fantasma yo quería... yo quería... –musitó. Le costaba decirlo.

-Sí, yo también... quería –dije, y en ese mismo momento sentí que ya no teníamos nada más que decirnos. Habíamos compartido un deseo morboso. Habíamos cedido a él. Era todo.

La acompañé hasta la parada de coches de alquiler. No volví a verla. Cuando días después me acerqué hasta el Instituto para enterarme de la evolución del experimento el funcionario me explicó que la mujer no volvió a concurrir. El fauno, me aseguró, había sido liberado ahí mismo donde se le dio caza. Cosa que sospecho que no es cierta, aunque mis múltiples ocupaciones y ciertas formalidades que desde el principio me comprometí a observar respecto de este asunto me impiden hacer algo para confirmar esa sospecha o para determinar el verdadero destino del fauno.

...

Rancio anticlerical como soy -a la manera que sabían serlo mis mayores, los montevidianos del medio siglo- confieso que me costó, de tan evidente que es, comprender cuál fue la encarnación dominante del paradigma fáunico durante la Edad Media y el Renacimiento. Mi perspectiva era sencilla: la Edad Media y el Renacimiento –me decía- es

el momento (¡mil añitos!) en que la Iglesia alcanza el máximo de su control sobre la vida cultural de Occidente, el pecado de la carne es el enemigo número uno de la salvación (sea esta lo que sea), por consiguiente el paradigma fáunico entra en eclipse total, el que florece durante este período es precisamente el otro paradigma, el platónico, el paradigma amoroso, sancionado por la cristiandad como el preferible.

Y sin embargo el candidato estaba a la vista. La figura que en ese extenso período encarna al paradigma fáunico es precisamente ese personaje que la Iglesia inventa para que como gran Seductor y gran Tentador nos incite a caer en el peor de los pecados, el pecado de la Carne; me refiero, por supuesto, a Satanás, que recibe al ser investido, a manera de distintivo nada menos que los detalles que caracterizaban al fauno: orejas puntiagudas, cuernos, patas de cabra y rabo. El susurro rasposo y caliente de Satanás ¿acaso sólo promovía la autorrepresión? ¿no promovía también allá en lo profundo del alma el deseo de ceder golosa y culposamente a las tentaciones? Pregúntenle nomás a San Antonio. Cuenta la leyenda que San Antonio resistía, pero sin duda que no toda la feligresía tenía su temple, ni sus ganas de resistir.

Tengo que encontrar ejemplos de esta dimensión precisa del mito satánico: la de susurrar en el oído proponiendo las delicias del infierno de la carne. Esta muy estudiada la relación del creyente con Dios, no lo está en absoluto la que, más allá de la esfera de la conciencia, mantiene con el Demonio. Creo que para alguien más versado que yo en teología y en cultura medieval sería relativamente sencillo desarrollar el punto.

Yo aquí me limito a hacer notar que con la incorporación de esta nueva figura el paradigma fáunico sigue sin discurso, aunque por razones diferentes a lo que sucedía con los sátiros y los faunos en la Antigüedad. Los textos y las imágenes que encuentre para desarrollar el punto serán necesariamente de origen eclesiástico, y la Iglesia, policía totalitaria de todos los discursos durante estos largos períodos (repito: ¡mil añitos!), no se dedicaba precisamente a divulgar ni a permitir la divulgación de los argumentos de su Demonio –puesto que en realidad no tenía cómo rebatirlos.

...

Al aflojar el sol bajé a la playa. Es domingo y la concurrencia se ha duplicado. Es el día de las lisas. Visibles como en una pecera en el vientre de las olas. Pero son lisas ilusorias. Por más que las redes de orilla rastrillan el agua no atrapan ni una sola. Y sin embargo ahí están, siguen a la vista en cada ola, para regocijo de los niños y escarnio de los pescadores. ¿Para qué saltan las lisas fuera del agua? Parece como si la presión del agua las expulsara.

Un pajarraco grande y oscuro sobrevuela pesadamente el jolgorio playero ignorando el escándalo que le hace un pájaro pequeño que lo acompaña revoloteándole alrededor, poniéndole prácticamente delante y batiendo las alas, como si quisiera detenerlo o retarlo a pelear. Comprendo que el grande lleva en el pico una de las crías del pequeño, y que la desesperación le da al pequeño coraje para encarar una pelea por demás despareja. La estrategia evidentemente es que para encararlo el grandote abra el pico dejando caer a su presa. Los sigo con la vista hasta que desaparecen en la distancia. Adivino el resultado del drama celestial: el pequeño va a tener que resignarse.

...

Mirando el mar al atardecer me viene a la memoria *El viaje a Citerea*, de Angelopoulos (Más la Citerea de Baudelaire que la de Watteau, por cierto) y el efecto que tuvo en mí: lloré –mansa, caudalosa, inconteniblemente- durante las tres horas que dura ¡las tres veces que la vi! Si se trataba de una catarsis bastaba por cierto con la primera vez. Fui las otras dos veces porque no podía creer que me produjera semejante efecto, y para confirmar que me lo producía, cosa que puntualmente sucedió. La tercera vez llevé a Adriana como testigo. Nunca antes ni después lloré en un cine. Lo extraordinario del asunto es que el estilo de Angelopoulos es lo más parco y distanciado, lo menos manipulador imaginable. Y que en la película no pasa casi nada y nadie dice prácticamente nada. Como en el caso de los diarios de Klemperer el efecto fue preconsciente, estalló en el mero acto del descifrar, de la lectura, no en el de la comprensión ni de la reflexión, y, según creo, se debe aquí también a un particular entramado de coincidencias.

Un hombre ya a las puertas de la vejez, exiliado desde hace décadas por razones políticas, vuelve a su país para ver a sus hijos después de mucho tiempo, y para recorrer quizá por última vez los lugares en que transcurrió su vida de joven. No otra cosa sucede. No hay progresión dramática ni clímax. Simplemente un deambular. Al final –en un quiebre de neto cuño simbolista- sube a una pequeña balsa que deriva lentamente mar adentro hasta desaparecer. Más allá de la calidad del film –o sea, del rigor y la audacia que implica mantener el ritmo mortecino de esa puesta en escena- condición sine qua non ¿cómo fue que me afectó de tal modo? En primer lugar, cuando lo vi yo mismo era un exiliado político, y podía comprender, identificarme con la mirada que el personaje proyectaba sobre ese entorno largamente añorado. En segundo lugar, durante mi infancia y mi primera adolescencia mi padre fue una ausencia que sólo brevemente se transformó en una presencia –conflictiva, inevitablemente- para pronto disolverse en las brumas de la muerte y del olvido. En tercer lugar, el mutismo y la inmovilidad del film me dejaron sin más actividad que sumergirme, dejarme anegar por el potencial significativo de esas imágenes, y morder hasta el carozo su fruto de amargura. De manera que una vez más de lo que se trata es de una especie de sincronía entre mi experiencia personal y la experiencia elaborada en el producto en cuestión (la de Angelopoulos mismo quizá, ya que por su edad pudo haber vivido de joven las consecuencias de la Dictadura de los Coroneles).

¿En qué quedaría entonces mi proyecto de una ontología textual que pudiera dar cuenta de una capacidad supuestamente diferente de causar efectos de algunos textos? Aparentemente no me es posible encontrar fundamento para esa ontología sino en el punto de cruce de las subjetividades del que escribe y el que lee, indiferentemente por lo visto de que se trate de ficción o de testimonio. No existen los escritores y no existen los lectores –excepto para el sistema educativo y para la industria del libro-, ni existen los géneros –excepto para los académicos-: lo que existe son estructuras de subjetividad que por milagro coinciden, se sincronizan y entonces escribir y leer son lo mismo, ya no un fin en sí, ya no variaciones del hedonismo, sino algo secundario –un medio- para la cohabitación en un universo espiritual determinado, llámese pánico ante la realidad en tanto infierno en los diarios de Klemperer o amargura frente a la obra irreversible del tiempo en *El viaje a Citerea*.

Recuerdo –soltando los cuernos del toro y agarrándolo por la cola- que de adolescente sufrí la frustración de no poder leer a Kafka. No porque no lo entendiera: a nivel diegético por lo menos, Kafka es transparente. Sino porque no podía avanzar en la lectura. Cada nuevo renglón me resultaba más denso que el anterior, más difícil de recorrer que el anterior, hasta que agotado terminaba por cerrar el libro sin haber podido ni con una página.

Tratándose con Kafka de uno de los grandes sacerdotes de la religión literaria aquella derrota no fue sin consecuencias para mí (contribuyó a que sólo accediera a la escritura tardíamente y por la puerta de servicio, como diría Gombrowicz). En la perspectiva que estoy manejando de escritura/lectura entiendo que lo que había entre Kafka y yo era una diferencia absoluta de estructuras de subjetividad. Para mí –que puedo decir que mi infancia y mi adolescencia fueron sencillamente deliciosas- nada era más remoto que el aplastante padecer el mundo y la experiencia humana que sobrepasa cada línea de Kafka. Tragar continuamente semejante vivencia me era psíquicamente imposible. Mi imposibilidad no tenía nada que ver con mis gustos o mis capacidades, ni –mucho menos- con la calidad literaria de sus textos. Hoy, cuando la vida me ha enseñado cómo se genera y cómo se padece una visión de las cosas como la suya, hoy que conozco con cierto detalle la vida de Kafka, puedo leer sus textos sabiéndolos –desde ese ángulo- evidencia clínica de su neurosis galopante, y gracias a esa distancia puedo disfrutar, en dosis razonables, de su genio literario.

Ese sincronizar estructuras de subjetividad se da en primer lugar –¡gran noticia!- en el escritor en tanto primer lector de su escrito, porque en el acto mismo de escribir se está leyendo y releendo lo escrito, y con uno mismo la sincronía de subjetividades es, por definición, absoluta –excepto en los literatos esquizofrénicos. De ahí que, como sabemos, el escritor padezca lo que ha escrito como si fuera de otro. Para ejemplificar: escribiendo *Evangelio para el fin de los tiempos* yo padecía el pánico de mis personajes. Al salir a la calle iba inconscientemente encogiendo los hombros como quien espera un golpe cayéndole desde lo alto, y de tanto en tanto me descubría escudriñando el cielo en busca de la mancha blanca (la “papa”) que significaría el fin de todo.

...

Puesto que se trata de decir todo –y si no para qué se escribe-, debo decir que hoy desperté con una erección tan dura que dolía. Semidormido me dí varias vueltas en la cama explorando el significado de la palabra Irene. La imaginé tocando el cello sólo para mí, y concediéndome favores fugaces mientras los niños dormían la siesta, y también en un gran, espléndido coito solar en nuestro hoyo secreto. De hecho bajé a la playa y fui derecho allí medio sonámbulicamente, como convencido de que la encontraría esperándome, húmeda y palpitante. La esperé un par de horas, boca abajo en el borde superior de la hondonada para asegurarme de verla si pasaba caminando por la orilla. Sé que me repito en citar a Tournier si digo que mi quilla araba la arena. Digo también que pasó por mi mente dejar que un goterón, denso como estaba incubándolo, rodara por la pendiente, enarenándose hasta llegar a lo profundo del escondite. Ni vino ni la vi pasar ni cedí a la tentación y a las diez de la mañana volví a casa.

Por el alboroto comprendí que se iban. No era una salida familiar al super o algo así. Hubo largos preparativos, órdenes y contraórdenes concernientes a bultos, aunque no me pareció que cargaran muchos. No la motocicleta de Nico, en todo caso, ni las bicicletas de los chicos. El menor hizo un berrinche porque no le tocaba ventanilla. Debo decir que a esta altura mi simbiosis con el universo de mis vecinos es tan profunda que casi me ofendí de que nadie hubiera venido a avisarme que se iban. ¿Así termina todo? ¿De manera tan anodina termina todo?

...

II

Fauno rabioso

...

No tuve tiempo para deprimirme ni para enfurecerme porque no más de un cuarto de hora después llegó mi visitante. Hemos trabajado toda la mañana y, después de almorzar nos hemos separado para una siesta. Aprovecho para anotar lo ocurrido, que si de momento no es gran cosa, promete mucho más.

Boris –así se llama- alquiló para venir una 4X4, altísima, con ruedas pantaneras, impresionado, según me explicó por mi descripción de lo agreste y aislado de mi lugar de vacaciones.

-A veces los escritores exageramos un poco –mascullé decidido a defender mi pose de sabio eremita, genio huraño o similar; y agregué, con humildad desafiante-: Espero que si te decepcionó el desierto no te decepcione el ermitaño.

El gestual algo truculento con que lo recibí lo desestabilizó un poco. Imposible reaccionar razonablemente frente a alguien cuyos escritos viene uno interrogando como a oráculos sagrados desde hace quién sabe cuánto tiempo. Aunque en realidad hoy en día los cretinos académicos han inventado distintos instrumentos de tortura que les permiten manipular los textos con cierta distancia, reprimiendo el humillante arrobamiento. Es la venganza de los profesores. Bien: es el caso que mi visitante oscila entre la admiración, que me parece que predomina, y la patanería académica al uso. En cambio en la mirada de la damisela que lo acompaña capté de inmediato un brillito burlón que me indicó que es capaz de reconocer a un charlatán al vuelo.

Boris tiene poco menos de treinta años, es alto como yo, musculoso a la manera armoniosa de los nadadores, guapo como para flechar a sus admiradoras desde lo alto de su futura cátedra o desde las contratapas de sus futuros libros. Pero tímido hasta la torpeza enfrentado al objeto de sus desvelos. Me daban ganas de decirle:

-Tranquilo muchacho, soy casi un desconocido, pocos habitantes de la Academia olímpica se han ocupado de mí hasta ahora, podés decir de mí prácticamente lo que se te antoje y casi no se va a notar la diferencia.

En cuanto a la sorpresita, Blanca se llama, es mayor que él, quizá diez años. Es ese tipo de mujer que no necesita ir al gimnasio para tener un cuerpo perfecto, que de hecho si fuera se lo arruinaría porque no hay artificio que proporcione unas curvas tan delicadas como las suyas, ese tipo de mujer que tiene hasta que se muere la piel tan pura y suave como las alas de una mariposa. Si en su cuerpo se realizaba ese equilibrio imposible entre la voluptuosidad y la delicadeza –puede uno salir en busca de un ejemplar tan equilibrado y caminar un buen trecho sin encontrarlo- tiene la mirada justa como para enfriar cualquier entusiasmo: la mirada dura y distante de los que desconfían absolutamente de todo en todo momento.

Debe de ser bailarina, pensé. Prima donna. Pero –como supe después- no era el caso, y hasta donde pude saberlo apenas tiene más ocupación que empollar su belleza para deleite de su beneficiado –casados no estan- que la adora hasta –literalmente- la ceguera. Perceptivo como soy en lo mío –que (modestamente...) son las mujeres- de inmediato intuí su triple corona de hada, musa y madre. Todo lo cual digo eludiendo hablar de lo esencial: de sus labios. Sus labios delgados y rosados que no puedo mirar sin sentir la invitación a la delicia, pero también a la grosería y al ultraje.

...

El fantástico paquete frutivo con que el joven e inconsciente académico se atrevió a descolgarse por los dominios del fauno pervirtió desde el vamos la relación de trabajo. Esta ya no sería lo que eventualmente hubiera podido ser: sería lo que yo imaginara apropiado para la consecución del imposible objetivo –vienen por el día- de tener aquella maravilla. Nuestra colaboración estaba, desde antes de empezar, a un paso del fracaso. Un buen ejemplo de cómo la personalidad fáunica está dispuesta a mandar a volar sus mejores intereses en la persecución desaforada de aquello que ya se sabe.

Dejaron sus bolsos en el otro dormitorio, se refrescaron y luego nos sentamos a beber café en la sala. Mi valedor se acercó a la mesa convertida en escritorio y hojeó un par de

libros. Le llamó la atención lo desconsiderado de mis subrayados y de mis anotaciones al margen, cuando no sobre la mismísima letra.

-Para eso están los libros –gruñí fingiendo estar concentrado descifrando la borra del café-, para ser consumidos en la ordalía de la escritura.

De reojo vi que el muchacho me miraba con cara de “debo recordar esa respuesta”. Con el otro reojo vi a la damisela lanzando a su beneficiado una sonrisa de ánimo escéptico traducible como “parece que el Lissardi oral habrá valido la pena el viaje, aunque a mi me parezca un farsante”. Bienvenidos a la cueva del fauno. Se me hizo clara la estrategia a seguir: Blanca está tan preocupada por el éxito de los trabajos de su Boris que puedo leer fácilmente en su expresión –es más, ella me lo marca claramente- aquello de mi actitud que la complace y aquello que no. Intuyo que esa preocupación podría ser mi carta de triunfo: tarde o temprano me permitirá –para decirlo torpemente- negociar con ella. (Que es precisamente lo que pienso hacer en la sesión de trabajo de la tarde).

...

-Quizá podría empezar leyéndole algunos borradores de mi tesis –propuso Boris apenas terminamos el café.

A punto estuve de responderle que mejor no, que es más difícil corregir que partir de cero, pero me contuve. De manera que puso play en la grabadora y comenzó leyéndome un sancocho acerca del apostolado sexual del fauno, a lo que respondí confiándole que mi educación había sido católica, que había sido monaguillo, que había querido ser cura etc etc. La esfinge aprobaba con un mínimo movimiento de la cabeza y me sonrió apenas, como diciendo “buena fruta, dale más”. Me leyó entonces acerca de la burocracia que controla al fauno imponiéndole los límites de su goce, a lo que respondí que si algo odio profundamente en este jodido país es el espíritu de medianía cobarde y acomodaticia a que había conducido la estatización. La esfinge volvió a aprobar, esta vez alzando sus finísimas cejas. Habían venido en busca de claves y perlitas y la cosa funcionaba: el escritor ermitaño se estaba confesando para ellos.

Pensé que si esta era la melodía con la que bailaban les daría más, sin duda. Pero ¿bastaría para llegar a mi objetivo? Claro esta que soy un fauno pero no un delirante: veía - y sigo viendo- ese objetivo de tan distante casi inalcanzable, pero no habrá nada que no haga para intentar alcanzarlo. Nobleza obliga. De manera que decidí apretar el acelerador y lanzarme por la resbalosa pendiente de la tontería, sin el menor respeto por la lucidez ni por la veracidad, sin más Norte que impresionar a la fémina, que se limitaba a darse aire con un abanico –ya era mediodía y el calor se hacía insoportable en el tugurio- y a observar con el ceño cada vez más fruncido cómo su beneficiado tragaba una a una la sarta de fantochadas con que yo lo bombardeaba –no exentas en algún caso de una pizca de verdad o por lo menos de elocuencia.

Sumergiéndome para ellos (¡y sólo para ellos!) en lo más íntimo del laberinto de mi intimidad les confesé que “cuando pienso en mis libros siempre me parecen malos, pero cuando paso de pensar en ellos a releerlos siempre me gustan”, que “me avergüenzan mis carencias en materia de lecturas, pero es que de muchacho leía poco y mal por miedo a las influencias, a no ser original, a ser otro impostor”, aunque les aseguré que “ahora que las cartas están echadas y mi perfil como escritor, para bien o para mal, definido” trato de ponerme al día. Los hice partícipes de mi conclusión de que “los grandes escritores tienen una fuerza interior que castra la creatividad del lector, que impide imaginar ya no algo

superior, sino algo meramente diferente”. Les hice notar que “vista desde la obra de los demás nuestra obra es siempre y necesariamente prescindible, y que ver la obra propia con los ojos del otro es ceder a la voluptuosidad autodestructiva”. En fin, no sin un resabio de amargura por los libros que no llegaré a escribir (!), les confesé mi convicción de que “no se termina de comprender el complejo mundo/vida sino hasta demasiado adelante en la edad, cuando ya las energías si no menguan al menos flaquean”, y concluí ya casi sombrío que “quizá por eso no hay más verdaderas obras de arte, porque la sabiduría, que es la savia del arte verdadero, llega tarde”.

¡Pim! ¡Pum! ¡Pam! Feux d’artifice, a tanto la docena. Pavadas que vengo coleccionando para cuando me revuelque en tal pobreza que no tenga más remedio que abrir un taller de escritura. Resultado: éxito total en lo que concierne a mi valedor, pero rictus de claro escepticismo en los deliciosos labios de mi damisela. Como quien oye un cuento con cara de que no le hace ninguna gracia. Sin embargo.. a la vez... había algo más en su actitud... Me dió la impresión de que en el acto mismo de desaprobarme me estaba exigiendo una especie de complicidad con ella, como la que espera una madre del profesor de su muchacho. Exigencia que –quiero imaginar- implicaría una advertencia: si seguís en ese plan –me estaría diciendo- no vas a conseguir ninguna recompensa. Advertencia que, por consiguiente, implicaría una promesa, una luz al final del camino.

...

Almorzamos sandwiches, fruta y cerveza en el fresco del parrillero. Durante la colación ella me entregó plenamente el placer de su voz cantarina y modulada como la de una actriz. Casi diría que se propuso cautivarme, o más bien, sabedora de que me tenía en sus manos, ponerme a lamer sus pies. Expresándose con precisión y mucho color contó acerca de la vida en una universidad gringa, los cambios de mentalidad después del asunto de las Torres Gemelas etc etc. Muy poca atención presté durante la comida al buen Boris, realmente lo tenía fuera de foco. En nada podía concentrarme sino en la verdadera dialéctica que estaba desarrollándose: la de mi cauta pero férrea decisión de tenerla y la de su calculada decisión de ponerme en actitud de servicio.

Apenas almorzados el jovenazo decidió que era su hora de sentarse en el retrete, de manera, pues, que quedamos solos por primera vez. Su voz bajó de inmediato varios decibeles, casi hasta el secreteo, y se volvió mucho más cálida e insinuante, pero sus ojos no perdieron la dureza de la desconfianza.

-No lo entusiasmó mucho el borrador de Boris ¿verdad? –lanzó en tono a la vez ligero, acusador y decepcionado.

Me tomó por sorpresa su forma de ir al grano y no supe qué decir.

-Hace mal en no darle bolilla. A él le apasiona su obra y puede ayudar a promoverla –el ataque era tan frontal que me pregunté si no se habrían puesto de acuerdo para que ella me ablandara durante el break. Pero ¿cuándo podrían haberse puesto de acuerdo? Me la imaginé susurrándole al pasar “después de comer dejame un rato sola con él”.

-Creo que es evidente, si me conocen, que me importa un rábano promover mi obra. Estoy recibéndolos con mucho gusto pero por pura curiosidad y simpatía –afirmé, tajante, pero a la vez abriendo la puerta a una negociación.

Se quedó mirándome fijamente y haciendo un pequeño gesto de aprobación con la cabeza, como confirmándome que tomaba nota de este último aspecto.

-En septiembre se doctora, en diciembre participa con su tema de tesis en el congreso sobre sexo y política en el imaginario literario latinoamericano, el año que viene se publica una selección de las actas del congreso y la de él va a estar incluida –dijo con tono monótono como quien baja a la mesa todo su juego. Eso era ella hada, musa, madre y curadora de la carrera académica de su beneficiado. Dispuesta a arrancarle a dentelladas a quien fuera lo que fuera necesario.

No dije nada. Me quedé mirándola con una mirada pesada, impertinente. Mi silencio y mi mirada, a menos que fuera sorda, le estaban dictando mis condiciones. Me miró entonces a los ojos. Tuve el cinismo de sostenerle la mirada y, aún de sonreírle, a lo ancho, de oreja a oreja, confirmándole mi voluntad de llegar a un acuerdo. A punto estuve de decirle “Vamos, querida, que soy un fauno y no hay nada más manipulable en el mundo que un fauno, haceme una oferta”, pero está en esa edad en la que a las mujeres se les puede hablar con la mirada y entienden perfectamente. Y saben responder del mismo modo.

-Ayúdalo –pidió entonces, con un tono en el que retrospectivamente paladeo la ansiedad y el ruego, justo un instante antes de que el beneficiado regresara, ostentosamente aliviado.

Te felicito, Boris –pensé-, te envidio. Está bueno andar por el mundo con un hada protectora de este calibre. Yo a las mujeres cómplices más bien como que tuve que imaginármelas. Claro está que no es lo mismo escribir papers académicos, formando parte de un establishment tan anodino como autolegitimador, que ser un escritor en la intemperie, con insobornable vocación de ilegible –para citar el calificativo, muy adecuado, que me dedicara Gustavo. No es lo mismo. Y no es el mismo precio, señora o señorita. Me prometo que si el acuerdo se concreta voy a disfrutarlo tanto más canallescamamente cuanto más melindrosa se muestre a la hora del pago en especies.

Propuse descansar unos minutos antes de recomenzar. Son ya varios días seguidos de Norte y el calor es agobiante.

-La casa a esta hora es un microondas –advertí-. Les recomiendo llevar reposeras debajo de los árboles del fondo. Con suerte ahí hay un poco de aire.

Fin del round matutino, entonces, de esta pelea que sólo puede ser a dos rounds, con la convicción de que por puntos estoy perdiendo, y que voy a tener que intentar el nocaut, pero con la convicción también de que el nocaut es posible.

...

Bien: ¿cuál es el plan para la tarde? Voy a tomar su pedido directo de ayuda como la propuesta de un acuerdo en el que ella conseguirá buena fruta para su beneficiado y yo conseguiré lo que he querido desde que le puse los ojos encima. Va a ser un acto de confianza por mi parte, puesto que yo voy a ser el primero en cumplir con su parte. Cómo me voy a cobrar después, se verá. Tendrá que ayudarme a encontrar la manera. Y, honestamente, no creo que vaya a hacer trampa. No se por qué pero no lo creo. Como que esta mina es de ley. Confiable.

...

Me dormí, por supuesto. Tirado en la cama, con el único ventilador disponible, atormentado mi espíritu por la imaginación de las más viles circunstancias, dormí casi una hora. Cuando salí a buscarlos seguían en sus reposeras. El tenía cara de muy amoscado. Ella ocultó la mirada limándose las uñas. Preparé café y me acerqué una silla.

Entonces me dejé de historias y le entregué al beneficiado algunas cosas que realmente pienso acerca de mis libros, a saber, y para empezar, que sin tomar conciencia hasta ahora había estado escribiendo libros siguiendo dos temáticas paralelas y complementarias: el rechazo de la tradición del amor trascendentalista y exclusivista, y la exploración de la faunidad; que *Interludio* y *Primer amor* estaban en la primera cuerda, mientras que *Aurora*, el *Fauno*, *Evangelio* y *El amante espléndido* estaban en la segunda cuerda (aunque en realidad este último era más bien ambiguo)

Acto seguido les propiné, más o menos in extenso, mi teoría de los paradigmas opuestos tal y como vengo desarrollándola en La Tarea y aterricé explicándoles que la elaboración de semejante dialéctica en mi obra provenía de tal y cual experiencia personal. Abundé en las razones por las cuales podía afirmarse que el paradigma del amor trascendental no había sido desde sus orígenes platónicos más que una pura peste masoquista para las almas y para los cuerpos; y así siguiendo con desarrollos, explicaciones y justificaciones durante un ratazo (un par de horitas largas) durante el cual ambos me prestaron la mayor atención –él, en particular, con cara de estar recibiendo el maná del cielo, consciente de que lo que estaba recibiendo era un encuadre general interpretativo tan denso que desbordaba a su objeto de análisis y comenzaba a anegar ¡oh, maravilla! buena parte de su biblioteca presente y futura, ella con cara de nada, con una expresión seria y perfectamente impenetrable que, no se por qué, me pareció de lo más auspiciosa. Realmente, cuando paré, con la lengua seca, pensé que si con semejante corpus no partía la nuez, no la partía con nada.

Era ya pasada media tarde. De golpe, cambió el viento. Empezó a soplar desde el Oeste, salido directamente de la nada, un viento fuerte y parejo, tal y cual y como si hubieran encendido un gran ventilador.

-Al fin un poco de aire –comentó Blanca cerrando el abanico.

Pero las copas de los árboles pronto pasaron de agitarse a doblarse, cada vez más y por más rato. En cuestión de minutos el Pampero desgarró y puso en fuga al mazacote acumulado de nubes bajas, que se llevó consigo el calor agobiante. A esta altura de las cosas y a fuerza de pensar en voz alta yo estaba realmente en mi vena filosófica y no estaba dispuesto a dejar aquello sin un grand finale, de manera que seguí adelante, con el empaque digno de un profeta:

-Estamos viviendo el tiempo de los grandes sinceramientos –pontifiqué-. Después de Auschwitz tenemos que asumir la fragilidad, la precariedad y sobre todo la ambigüedad de todos los discursos humanos, cualesquiera que sean. Auschwitz desmiente, por ejemplo, y para siempre, el gran discurso legitimador según el cual el cristianismo significó la introducción del amor como cemento y premisa de la convivencia humana. ¡Los genocidas en el siglo XX, demasiado a menudo eran cristianos! La triste novedad de Auschwitz es que todos somos asesinos. Basta que se nos ponga en situación. Hay que repensar todo desde cero –anuncié-. Con el amor como base de la pareja humana pasa igual. No conduce, nunca ha conducido más que a la infelicidad, o a cosas peores. Hay que repensarlo también desde cero. Reivindicar la faunidad, que es una tradición y una cultura tan antigua y persistente como el amor trascendentalista, puede contribuir a una respuesta. Asumir la realidad voraz, orgiástica del deseo puede conducir a una respuesta. Todo forma parte de lo mismo: acabar con la hipocresía. Recomenzar desde cero, construir una nueva moral, y una nueva moral sexual, pero construir sobre tierra firme y ya no sobre un pantano de mentiras.

...

En ese momento y como para manifestar su adhesión a mi programa el Pampero redobló su fuerza, como si quisiera arrancar los eucaliptus.

-¿Es un tornado? –preguntó Boris un tanto preocupado.

Los invité a acompañarme hasta el mirador en los médanos para ver el espectáculo de la tormenta en el mar. Abriendo yo camino atravesamos el monte criollo y al salir sobre el médanos encontramos el viento bien de frente. Bajando la cabeza y empujando contra el viento los guié hasta el mirador. Pensé que Boris aprovecharía para citarme el pasaje del fauno enfrentado al Pampero, que a mi tanto me gusta, pero no, se ve que no lo impresionó demasiado. El mar estaba en plena furia y en un corto rato había devorado la playa. La sensación termina descendía a grado por minuto.

Boris llevaba una camarita en el bolsillo y quiso sacarse una foto conmigo con el mar de fondo. Esgrimí mi mejor sonrisa. Volvimos a la casa. Dentro de la casa aún estaba concentrado algo del calor del tórrido mediodía. Formulé entonces –momento clave- la invitación:

-Tengo tres espléndidas costillas con lomo y algunas otras delicadezas para la parrilla. ¿Qué tal si nos preparamos una buena cena, duermen aquí y se van por la mañana?

Boris se resistió. No sin énfasis. Seguramente tenía alguna otra idea. O le parecía que abusaba del ermitaño robándole tiempo de soledad. Pero Blanca lo cortó en seco aceptando. No me miró ni por un instante al hacerlo.

Pronto atardecería. Mientras Blanca se daba un baño y se cambiaba mi valedor y yo recogimos palos en el monte. Fue un rato de sencilla y distendida camaradería. Al hombre, como dije, no le faltaba lomo. Partía palos de dos dedos de grosor como si nada. Encendió el fuego –adentro, en la estufa a leña, porque afuera el fresquete ya era insoportable- mientras yo cortaba queso y salami y servía los primeros whiskies. Mi idea era, por supuesto, adobarlos y robar lo que se pudiera. A mí, por cierto, el alcohol me hace muy poco efecto aparte de ponerme más locuaz y cáustico que de costumbre.

...

La conversación, o más bien mi monólogo, se reavivó, motivado por la dignidad con que Blanca se mostraba, aparentemente, dispuesta a cumplir con el acuerdo implícito. (Que fue la manera en que interpreté, por supuesto, su disposición a pasar la noche aquí). Abundé en mis tópicos habituales acerca de la cultura de este jodido país: que la cultura uruguaya es una cultura autista en la que nadie sabe lo que hacen los demás ni le importa, que el nivel general es el de un amateurismo marrón que repite fórmulas viejas o ajenas eternamente incapaz de salir en ninguna nueva dirección, que de hecho este es un país amateur y que nada lo demuestra mejor que su industria editorial que no coloca ni un libro en un mercado enorme que le queda a veinte minutos por avión, que se fomenta la nostalgia por baratijas en realidad perfectamente olvidables y que se ningunea cualquier expresión que esté por encima de las entendederas del izquierdista montevideano medio, que en este país es inútil ir a una librería y pedir una biografía del prócer (¡teniendo el mejor prócer de América!) o una historia de la literatura uruguaya de los últimos cincuenta años, porque no los hay, y no los hay porque... por algo será ¿no? seguramente que por algo será. En fin, cosas por el estilo, las habituales cuando me caliento o finjo calentarme. Después me fui sobre la importancia de tomar al sexo como tema, precisamente porque, medios mediante, vivimos sobresaturados de mensajes sexuales:

-La sexualidad es demasiado importante como para dejarla en manos de los publicistas o de los imbéciles de la industria pornográfica –ladré parafraseando a Clemenceau (creo).

Serví el segundo trago. El muchacho se aclaró la garganta como si se decidiera a tocar un tema urticante.

-Como no podía ser de otra manera su obra ha sido calificada de pornográfica. Oscar Blando, por ejemplo...

-Blando y sus amigos no son más que una pandilla de imbéciles. No entienden nada más allá de sus pequeños catecismos. Son la capilla más rancia de la izquierda más atrasada. Son puritanos y represores. Blando es un cero a la izquierda, un cobarde que aprovecha el lugar donde lo pusieron los irresponsables que manejan la prensa para decir cualquier babosada con impunidad.

El whisky no me emborracha pero me estimula el amor por la verdad, como le pasa a todo el mundo. A Blanca mis vehemencias no le arrancaron más que una sonrisa fugaz. Bebimos más y más mientras el aroma de nuestro holocausto llegaba, chimenea mediante, en alas del raudo y ululante Pampero, hasta las narices de los dioses llevándoles nuestras súplicas. Blanca contó de sus penares como traductora y Boris de los suyos como profesor de lengua y literatura española para estudiantes gringos cuidadosamente ignorantes del planeta extramuros.

Tocando ella por primera vez el tema de mis libros, me preguntó de dónde había sacado hacer del fauno un apóstol de la terapia sexosa. Era una bella pregunta que prefería no responder, pero estaba decidido a hacer cuanto mérito fuera necesario. Vi que Boris volvía a encender la grabadora. Por aquellos tiempos, expliqué, tenía del seductor, del mujeriego, una imagen negativa, la de una especie de predator. Imagen que en todo caso me hacía daño, porque siempre me había sentido pertenecer al club de los voraces. A la vez, por entonces, estaba muy influído por Walt Disney (se ríen, les explico que veía una de Disney Productions por semana porque vivía con una mujer que tenía niños chicos), y que Disney me había convencido –convicción en la que persisto- de que el arte tiene la obligación de ser pedagógico y positivo. De manera que decidí que mi fauno, incurriendo en faunidades, se dedicaría a curar a las damas de todo tipo de frustraciones.

-Cuando después, muy tardíamente, leí a Casanova –continué-, me di cuenta de que entre su trayectoria y la de mi fauno había un aspecto similar: en efecto, las conquistas de Casanova iban siempre acompañadas de actos notables de desprendimiento y de generosidad, era capaz de cualquier extremo para asegurar el bienestar o la felicidad de aquellas que le habían concedido sus favores, sin cuyo placer, además, no le interesaba alcanzar el propio. En aquel momento pensé que tal actitud de Casanova podía explicarse o bien por la influencia del cristianismo al que siempre se declaró fiel (“viví como un filósofo, muero como un cristiano” fueron sus últimas palabras según su amigo el Príncipe de Ligne), o bien por algún tipo de construcción culposa de su vida psíquica originada seguramente en algún momento de su infancia. Concluí por entonces que, más allá de Walt Disney, seguramente explicaciones de índole similar podrían explicar mi tratamiento del fauno. Hoy pienso muy distinto. Pienso simplemente que la auténtica capacidad para el placer y la generosidad van, simplemente, de la mano. (Descontrolada como estaba mi lengua estuve a punto de exponer como ejemplo el acuerdo secreto que teníamos con Blanca: generosidad a cambio de placer).

Y así diciendo quise rematar con brío y patetismo la tirada y agregué, ocultando una sonrisa casi pudorosa, casi un sonrojo:

-Les aseguro, muchachos, que no podría ser más sincero, ni confesándome con un psicoanalista, ni torturado por la policía secreta.

Y me di cuenta que ambos, que estaban en la curva ascendente de la lucidez alcohólica, habían comprendido mi orgía de sinceridad, porque respondieron con una especie de silencio entre embarazado y conmovido que yo terminé de redondear levantando mi vaso en señal de brindis. Entonces, para bajar los niveles de sentimentalina –lo que me permitía sugerir la naturaleza hondamente pudorosa de mi personalidad- pregunté si habría algún joven intelectual dispuesto a traer un par de astillas grandes de la leñera del parrillero. Apenas Boris salió Blanca puso su mano fresca y humedecida por el sudor sobre la mía, y con la sonrisa más dulce que le hubiera visto hasta entonces me dijo:

-Gracias –con lo que comprendí que la partida estaba ganada y que sólo faltaba concertar los detalles.

Tomé su mano y me la llevé a los labios. Por primera vez en sus ojos no vi el brillito burlón de la desconfianza. Vi una expectativa un poco sorprendida y temerosa, pero además no poco morbosa.

...

Cenamos. Rociamos abundantemente aquella fragante variedad de carnes con un tannat roble de recio talante, exceptuado mi valedor, que insistió con el whisky del que no tardé en notar que se servía demasiado asidua y generosamente. Ni siquiera notó cuando cambié la botella vacía por otra llena. Eso tiene de malo ser joven y ansioso: que puesto a beber se bebe demasiado. Blanca que sin duda conocía aquella debilidad lo miraba y callaba, seguramente que calculando el efecto anestésico.

Que no se produjo de inmediato. Boris arrancó hacia el terreno de la política. Como todos los que no saben del asunto cree que el arte se explica por el contexto social o político o por supuestas idiosincrasias nacionales. Que el triunfo de la izquierda uruguaya, que la lucha de los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo, que la revolución cubana como paradigma originario, que el chavismo como renovación del modelo exportador de la revolución cubana, y así siguiendo. Lo escuché con la cortesía propia de un buen anfitrión y le expliqué que en realidad el Uruguay avanza hacia atrás como los cangrejos, que todo el proyecto de la izquierda es reconstruir el país batllista, que el proyecto de la izquierda uruguaya no es revolucionario sino restaurador, y que eso, sin necesidad de explicitarlo, lo tenían claro los votantes y los votados de la izquierda, que después de cuarenta años de crisis económica los uruguayos que quedaban en el país se habían vuelto más realistas que el rey, y que de lo que se trataba era de regresar a los estándares de vida, salud, educación, seguridad social y pública, intervención y regulación estatal etc etc del Uruguay batllista, que habían hecho la mediocre felicidad de nuestros padres y nuestros abuelos.

-La izquierda uruguaya –le expliqué- es una izquierda edípica que quiere volver a dormir en la cama de papá y mamá. “Nada de utopías, no a la revolución, sí a la restauración”, debió de ser el slogan de su campaña electoral si en este país se pudiera decir lo que se piensa, cosa imposible porque o no se lo tiene claro o es de mal gusto.

En fin... creo que me descontroló un poco ver a mi valedor poniendo cara de desconfianza, de que estoy exagerando con mi interpretación de la historia patria. Les conté del casi golpe de Estado del 58. Les dije que ni en el manual de historia del Uruguay más leído por los estudiantes de secundaria y universidad, el de Caetano y Rilla, ni en la *Crónica general del Uruguay*, en 7 tomos, se dice una palabra acerca de que en 1958 el

Uruguay estuvo a metros (literalmente) del golpe de Estado. Me encogí de hombros y mostré las palmas de las manos en señal de impotencia para decirles que yo, que por culpa del golpe del 73 había tenido que irme del país, hoy en mi edad adulta, ciudadano responsable e interesado por las cosas del país, me había enterado del golpe fracasado del 58 por pura casualidad, cuando haciendo zapping (en el televisor de un vecino porque yo no tengo televisor ni quiero tenerlo) encontré la cara del finado Seregni y me puse a escuchar a ver de qué hablaba. ¡Cuando en realidad era un dato absolutamente fundamental para saber en qué país estuve y estoy viviendo, para sacarme de encima el velo de idealizaciones y mentiras que acompañó mi crecer en este país! ¡Detalle esencial para comprender que el Uruguay democrático y republicano siempre fue un mal chiste, que no es cierto que nuestras sanísimas instituciones fueran destruidas en los sesentas y setentas por los malos de izquierda y los malos de derecha, que nuestros miliquitos siempre fueron golpistas y que nunca fuimos más que otra republiqueta bananera!

-¡Si hubiera sabido de muchacho que había nacido en una republiqueta bananera como cualquier otra me hubiera ido de una vez y nunca más hubiera vuelto!

-¿La dictadura militar basta para explicar la decadencia de este país? –me preguntó Blanca, interesada e impresionada por mis gestos de sincera impotencia.

-La ineptitud y la corrupción de generaciones de políticos vendepatrias, y después las mismas virtudes encarnadas en los milicos que hartos de ver a los políticos tragar a dos carrillos quisieron una parte de la torta, ambas aplanadoras, combinadas, acabaron con lo poco que este país había sido capaz de construir. Para comprender la magnitud del desastre que hicieron en los últimos cuarenta años basta con un número: de este país, que nunca tuvo más de tres millones de habitantes en ese lapso se fueron 600.000 personas, que no eran los lúmpenes ni los peoncitos rurales sino más bien las personas con más iniciativa y/o mejor preparación. Un país puede recuperarse de una crisis económica o política, pero no puede recuperarse de una sangría de esa índole. El verdadero problema del país hoy no lo es la crisis económica sino la crisis demográfica y etc etc y así siguiendo.

A esta altura de mi diatriba debo decir que ni ella ni yo prestábamos mucha atención a lo que hablábamos, y ambos lo sabíamos. Más bien estábamos atentos a la inminencia del mutis del muchacho. Mis últimas brascas salidas de tono e inversiones de perspectiva, dignas, se me ocurre, de la montaña rusa –no la chatarrienta que está ahí detrás del Forte di Makalle sino la de Disneylandia-, habían terminado de noquearlo. Yo había cambiado de tema y me estaba despachando con uno de mis tópicos apocalípticos preferidos (para qué escribir literatura erótica en un mundo ya incapaz de desear, vaciado de libido etc etc; mi literatura entonces no es más que una forma de lo que más odio: la nostalgia etc etc) cuando el hombre se paró no sin esfuerzo, grávido de alcoholes y, meditando cada palabra, anunció que iba a descansar un poco. Dejó entornada la puerta al entrar al dormitorio, y no encendió la luz, como si no encontrara el switch. Después crujió la cama con su peso y oímos caer un zapato y, un rato después, como si tampoco lo encontrara, el otro.

Blanca suspiró y me habló en voz muy baja, como una madre que no quiere molestar el sueño de su hijo:

-No tiene resistencia para el alcohol –dijo, como disculpándolo-. Y si está nervioso y cansado, menos todavía.

Sin arrastrarlos, para no hacer ruido, arrimé dos sillones frente al fuego. Avivé el fuego y apagué la luz. Allí nos sentamos. El vino espejeó, salvaje y provocador. Bebimos y nos obstinamos en el silencio. Cuando volví a llenarle el vaso me dijo otra vez:

-Gracias –pero con otra voz, con la de agradecer en público. Como si necesitara disfrazar de seducción y coquetería lo crudamente pactado e inevitable.

No nos mirábamos. Yo pensaba que si nos mirábamos ya no podríamos seguir retrasando el momento de eso que se cernía sobre nuestros cuerpos con el poder del caos, que rompe todas las reglas y todo lo subvierte. Ahora se que para ella aquel estirar la cosa, aquel aplazamiento no tenía en realidad otra finalidad más que la espera atenta del primer ronquido.

Inmóviles, la mirada clavada en las llamas, tan tensos nuestros cuerpos, tan tenso el aire entre nosotros que parecía que ya estábamos tocándonos. En las lenguas de fuego y en las brasas danzaba el lenguaje incontrolable con el cual nos decíamos que aquel silencio estaba siendo un poco demasiado largo y que no tenía ningún sentido seguir haciendo como si no pasara nada. Hasta que de pronto resonó, con un estampido, el primer ronquido. Hubiera sido ridículo hacer como si aquello no fuera la indicación de comienzo.

Me levanté, me paré detrás de su sillón, puse la mano encima de su hombro, giró la cabeza, levantó la vista hasta encontrar mi mirada, vio lo que esperaba ver, seguramente, porque volvió a mirar al fuego sin sacudirse de encima del hombro la araña peluda. Deslicé los dedos entre sus cabellos, finísimos y suaves, y le acaricié la nuca. ¡Delicia absoluta del instante único y perfecto, fugaz quizá, pero mientras se lo vive insondable como un océano, en que se toma posesión de ese cuerpo, de esa piel, de esa alma, ya sin resistencia, ya nuestra! ¡Para ese instante único, para esa sensación fantástica, en que nos diluimos en un goce muchísimo más profundo que el del orgasmo, es que trabajamos tanto! ¡Para ese momento embriagador en que damos el paso y, gloria de glorias, encontramos que todas las puertas están abiertas para nosotros! ¡Voluptuosidad suprema!

A pocos metros estaba el otro, presuntamente dormido, pero yo no estaba en condiciones de cuestionarme nada. Tenía la verga vibrante, empujando contra el cierre del pantalón, decidida a bajarlo y saltar al abordaje. Imposible saber si realmente dormía sin ir hasta la puerta y empujarla para que entrara luz, lo cual quizá –si era de sueño ligero- lo despertaría, con lo que todo se iría al demonio. Había que actuar ya, aprovechar el primer sueño de la borrachera, que es el más profundo.

Atraje la cabeza de Blanca hasta apoyarla contra el bulto. Cuando ella empezó a frotar suavemente la mejilla contra la dureza pensé “que pase lo que tenga que pasar, las cartas están echadas”, y vagamente concluí que si ella hacía lo que estaba haciendo era porque sabía que el muchacho no se iba a despertar. Bajé el cierre despacio, como para darle tiempo a protestar, o a gozar el momento. Que fue lo que hizo, girando la cabeza para presenciar la parusía. La verga saltó afuera como si hubiera estado sofocándose entre los trapos. Ví cómo los labios finos y rosados se cerraban, pero no en actitud de rechazo sino para tragar saliva. Con una mano desnudé el carozo, la otra la puse sobre su nuca presionando apenas. No tuve que insistir. Se saltó los circunloquios. Nada de besar, tocar, lamer ni oler. Engulló el carozo con la rapidez con que un lagarto atrapa una mosca. Se puso a succionar con fuerza como si quisiera ya mismo sorberme el caracú. ¡Dios del cielo! después de un día entero de tensión deseosa en aquel momento sublime de descontrol bien pudo haberse fundido el iceberg.

Tirándole suavemente del pelo rescaté el cetro. Tirando un poco más hice que su mirada se encontrara con la mía. Tenía la mirada vidriosa del que está bastante más allá de todo contexto, y de todo lenguaje. Así quería verla. Disfruté largamente de su imposibilidad de posar de nada, de imponerme sus gestos meticulosamente compuestos, como lo había hecho durante todo el día. La confesión estaba en su mirada: como yo con ella, ella había estado

caliente conmigo durante todo el día. Lo único que quería era darse, entregarse, chupar esa verga. La solté. Bizqueó mirando el carozo, lo meneé delante de sus narices, le castigué los labios y las mejillas con la verga. Sacó la lengua y lamió. Con estos jugueteos poco a poco conseguí controlarme, enfriarme.

De pronto me pareció sentir que éramos mirados, sentí la descarga de adrenalina y me volví hacia la puerta del dormitorio. No había nadie. Pero ¿qué tal si hubiera estado ahí viéndonos? Viendo a su mujer en estado de felación extática. O bien tiene una Revelación y comprende la verdadera naturaleza de lo sexual o bien le arranca la cabeza a la traidora, y a mí si me agarra. Se la puse otra vez en la boca y empujándole blandamente la nuca le marqué el ritmo. Trató de seguirlo, pero lo que en realidad quería era empalarse, cosa que hizo abriendo bien la boca, tanto que de pronto tuvo arcadas y pensé que vomitaría. Tosió, recogió su vaso, bebió vino.

Volví a mi sillón y me senté, con la verga al aire y vibrando. La miraba como alucinada. No tardó en arrodillarse entre mis piernas y volvió a lanzarse sobre el manjar como si hubiera estado a punto de perderselo, como si aquello estuviera a punto de estallar y ella fuera a perderse el jugo. Después la empuñó y la lamió con la energía y la dedicación con que una gata lame a sus cachorros. La mordisqueó, como para comprobar que estaba repleta y a punto de dispararse. La situación era demente. Parado como estaba antes, si oíamos ruidos en el dormitorio me daba el tiempo para moverme y aprovechando la penumbra arreglarme la ropa. Así como estábamos era imposible disimular.

Pero ¿qué? ¿se puede tener una mujer así y no saber de qué es capaz? Quizá sí. Cierta tipo de boludo con la cabeza más allá de las nubes. O quizá esta era realmente la primera vez que el volcán de Blanca se disparaba. O quizá estaban de acuerdo en esta forma de recompensa y él fingía dormir. Eso explicaría el desparpajo de la feladora. Pero no. La gente no está tan loca. Ojalá lo estuviera, sería más feliz, probablemente. En realidad el muchacho no había soportado el encuentro con el objeto de sus desvelos, y Blanca había descubierto, con el jueguito de chantajes que le hice a lo largo del día, su fantasía de ser tomada como objeto de cambio. Versión oficial. Y basta. Ya no soportaba más aquella combinación de lamidas, chupadas y clavadas en la garganta.

-Vamos afuera –susurré.

-No. Hace frío –respondió entre dos lamidas.

-A mi dormitorio –apremié.

Negó con un movimiento de la cabeza.

-Al baño –insistí.

-Acá –decretó.

Acá ¿qué? me pregunté. ¿Coger acá? Está loca, pensé, esta mina está loca. No me dio tiempo a protestar: se paró, se desabrochó, bajó el cierre y tironeó del vaquero para abajo, tarea nada sencilla porque los usaba muy ajustados. Bajó a la vez el pantalón y la bombacha. Me dio la espalda y se inclinó, apoyándose en el respaldo del sillón. El pantalón, bajado hasta las rodillas, le mantenía las piernas muy juntas. El culito redondo y muy blanco era una obra maestra de gracia y delicadeza. Le toqué la concha. Tenía los labios finos y suaves, y la boca de la vagina estrecha. La concha de una adolescente. Empapada. Concha de madre virgen. La madre del boludo.

Soltó un suspiro cuando le introduce un dedo y después otro. La abrí bien, con ambas manos, y le deslicé la verga dentro. La ocupé por completo. Era realmente la conchita de una adolescente. Me tomé de aquel globo perfecto y le dí un par de puntazos a fondo. Entró instantáneamente en éxtasis, reprimiendo un gemido continuo que pugnaba por soltarse en

su garganta. En ese momento me cayó el veinte: quería eso, coger ahí mismo porque la calentaba pensar que el muchacho pudiera descubrirla así, clavada a las apuradas, como a una calentona cualquiera. Giró la cabeza para verme por encima del hombro. Quería ver cómo la montaba. Me incliné sobre su espalda y le gruñí al oído:

-Putas.

Fue grosero, y quizá injusto, hacer eso, pero tengo como atenuante que le gustó. Hizo que sí con la cabeza una y otra vez, con total convicción, sin reservas ni objeciones. Arrecié los puntazos y el gemido saltó ahora afuera de su garganta.

-Callada, putita –susurré llenándome la mano con su cabello y jalando con fuerza.

¿Por qué a tantas mujeres les gusta que en ese momento se las trate de putas y como a putas? Porque saben -y en ese momento confiesan- la esencial falsedad del paradigma del amor trascendentalista que han sido entrenadas para auspiciar y fomentar. Las putas, las geishas son sus heroínas secretas, y en realidad lo que quieren es ser montadas por tantos machos como sea posible –aunque la mayoría de ellas rechazaría como una indignidad ese deseo- y por eso cuando en el momento adecuado se les tira con esa verdad la reconocen y gozan de ella. A muchos hombres –los que tienen alguna relación real con su deseo- les encanta ser llamados en el momento adecuado no putos –porque tiene connotaciones de otra índole- pero si prostitutas. Me incluyo. Buscando calentar a más de una le ofrecí la ficción ser un prostituto a sus órdenes, y siempre logré mi objetivo. ¿Qué está en juego en todo esto? El oscuro deseo de asumir el paradigma fáunico y dejarse de joder.

En todo caso y teorías aparte llamarla puta en la circunstancia en que estábamos, con el tipo durmiendo a pocos metros de distancia tenía un saborcito especial, de manera que se lo repetí una y otra vez, con aderezos, y con tirones de pelo, y cachetadas en las mejillas, y poniéndole el pulgar en la boca para que lo chupara como si fuera otra verga, cosa que hacía con verdadera fruición mientras le repetía que era una puta barata y me hacía que sí con la cabeza.

Ni por un minuto pude dejar de pensar que por poco ruido que hiciéramos sería suficiente para despertarlo y que asomándose tendría una bella panorámica de su mujercita siendo montada por el Gran Pornógrafo. Quizá le gustara, quizá lo considerara como parte de la excitante experiencia de visitar al Gran Pornógrafo. Quizá con el pasar de los años disfrutarían compartiendo el recuerdo de una experiencia de la que él tendría la clave intelectual y ella la pulsional. Ella le contaría una y otra vez cómo había sido coger conmigo. Entre ambos redondearían un retrato único de mi persona. De todos modos ¿a quién por más pedo que estuviera se le ocurriría dejar a su mujercita en manos de semejante personaje? Realmente no tenía derecho alguno a quejarse, pensé justo en el momento en el que la dama se ponía a golpear duramente las nalgas contra mi pubis administrándose un orgasmo mudo y arrasador. Quedó vibrando como una epiléptica pero de su garganta no salió un sonido. Me dije entonces que si habíamos llegado hasta aquí bien podíamos seguir de largo hasta el final. Saqué la verga, moqué los dedos en su vagina y traté de lubricarle el culo.

-Esperá –dijo.

Pensé que no quería, pero no. Lejos de eso. Con el culo al aire, dando pasitos cortos, como un pingüino, se acercó a la mesa, tomó el sachet de mayonesa y se echó un goterón en el índice de la mano derecha. Metiendo la mano por entre las piernas se untó el culo. Volvió a inclinarse sobre el respaldo del sillón. Le hundí el pulgar en el ojete para abrirlo bien y después, con un movimiento rápido puse el glande a ocupar el lugar del pulgar, y empujé. Me hundí suave y alegremente, de un tiro hasta el fondo. Como no podía ser de

otra manera aquel culito de diosa estaba bien trabajado. Volvió a mirarme por encima del hombro. Le encantaba tener una panorámica del cabrón que la estaba ensartando. Hundido en su culo hasta los huevos me dí cuenta de que se estaba masturbando cuando con la punta de los dedos me rozó una y otra vez los susodichos.

-Despacio, no te apures –susurró, trabajando lo suyo, y pensé que con el que le arrullaba las ilusiones durmiendo a pocos metros podría por lo menos tener el pudor no digo de dejar de gozar el polvo, pero si de preferir acabarlo cuanto antes.

Me la cogí en el sumum de la delicia, consciente de que un culo como aquel sólo podía haberlo en el Paraíso. Pura seda. Encantadora y demoníacamente abismal. Lo meneaba de tal manera que sentí lo que pocas veces se siente cogiendo un culo, que flotaba en mares de puro algodón. El anillo me recorría la verga de punta a punta con el ajuste más delicado. Cuando sentí que se estaba acabando otra vez comprendí que ahora sí, que estaba parado en el mismísimo pico de la montaña que había construído a lo largo del día, o quizá, para ser más exacto, a lo largo de todo el mes que llevaba de abstinencia, y que ya podía lanzarme a volar. De manera que cuando lo solté fue como si de repente me quitaran el suelo de debajo de los pies. Con el chorro de semen mi ser entero se dispersaba como polvo cósmico en el viento solar. Fue tal el placer de fluir y volar que solté sus caderas, como si fueran mi última ancla con la Tierra, trencé los dedos como almohadilla detrás de la nuca y me dejé flotar a la deriva, como haciendo la plancha en la estratósfera, ondulando y vaciándome más allá de cualquier realidad. Ya no me importaba, y calculo que tampoco a ella, si por esa puerta se asomaba el mismísimo Belcebú, sencillamente porque ya no existía nada más allá de este fluir, de este diseminarse, de este irradiar placer hasta no ser uno mismo otra cosa que placer.

Ella fue la primera en aterrizar. Se desclavó. Yo seguía en el aire, con la verga como hierro. Mientras se acomodaba la ropa la vio y se le ocurrió apretarla y menearla. Lo que consiguió fue un disparo de semen en plena cara.

-No te puedo creer –masculló y arrodillándose se la metió en la boca y chupó con toda el alma meneándola a la vez con puño de hierro. Debo de haber soltado mucho más porque como que se atragantó, aunque siguió la tarea sin misericordia. Colapsé.

-Basta –pedí dejándome caer sobre el sillón y arrancándole el chupete de la boca y de la mano. Nomás con nuestros jadeos hubiera bastado para despertar a un muerto.

Pero no había basta posible. Con la verga en la mano, loco de excitación, duro como hierro, seguí masturbándome y ella se me vino encima, con la boca abierta, a por más. Me dí por vencido y la dejé chupar cuanto quiso. No tenía fuerzas para rechazarla ni aparentemente era capaz de dejar de acabar. Juntando fuerza la agarré del pelo y le hice levantar la cabeza. Le vi en los ojos que estaba fuera de sí. Hubiéramos podido seguir cogiendo toda la noche. Despacito, delante de sus ojos como platos, rozando con la punta su boca abierta y su lengua afuera me hice una última, cuidadosa y exhaustiva paja. Cuando vió que estaba por acabar empezó a gemir, algo como el llanto impaciente de un bebé. No me importó. Que aulle, pensé. Si quería terminar con aquella calentura tenía que sacarla desde bien abajo y bien despacio. Que fue lo que hice, y cuando finalmente llegó me aseguré de que fuera a darle directamente en el fondo de la garganta. Con aquel súcubo trepado sobre mi cuerpo y sorbiéndome la vida fui perdiendo la conciencia hasta que todo se apagó.

...

Me despertó la sensación de frío, afuera ululaba el Pampero y en la estufa apenas quedaba alguna lengüita de fuego bailando sobre las brasas. Eran las dos de la mañana. Blanca ya no estaba. Me paré y bebí del pico de la botella hasta vaciarla. Me sentía como se siente un fauno después de un señor polvo. Con ganas de rugir y correr desnudo por la floresta. Puse en el fuego las astillas que quedaban a mano. Entonces oí un ruidito, el ruidito más inconfundible del mundo. Me acerqué a la puerta del dormitorio de mis visitantes. Estaba cerrada. Del interior, sin duda, provenía el ruidito, el discreto quejido de la madera de una cama puesta a prueba por las faenas de la pasión. Era una puerta sin cerradura por la que espiar. Apliqué el oído sobre la madera para escuchar mejor. Quejidos y arrullos, retazos indescifrables de dulzuras y reproches.

Me hubiera gustado saber cómo fue aquello. Si a ella para apaciguar su conciencia culpable le pareció adecuado recompensar al traicionado. O sea, si ella, cogida como la dejé hasta quedar paspada en la concha y en el culo, lo buscó. O si él se despertó a medianoche con una de esas erecciones indomables típicas de la borrachera y echó mano de su coño personal y privado. O si en realidad el placer de él o el de ella es sólo posible de segunda mano. Y en ese caso si lo tienen asumido o si todo es a lo bestia. Y así siguiendo.

Entré en mi dormitorio y cerré la puerta para ya no oír. Saqué del armario un par de frazadas y me enrosqué tratando de generar calor. Seguí barajando opciones, intentando ratificar alguna a partir de lo que les conozco. Al dormirme lo que pensaba era que en realidad me había comportado como el fauno de mi libro, disfrutando de un buen polvo pero a la vez contribuyendo a la felicidad de los demás. Bella idea.

...

Se levantaron temprano, pero yo antes, y ya tenía preparado el café. Era una hermosa mañana. El temporal había amainado dejando el aire fresco y ligero. Boris traía el gesto fanfarrón del tipo bien cogido. Se frotaba las manos, satisfecho. Se mostró muy efusivo. Estaba bien, estaba bueno: él y yo, la fraternidad de los bien cogidos... por la misma hembra.

-Fue un día inolvidable –me aseguró.

-Para mi también –le aseguré, aunque sonara un tanto devaluatorio de mi pose de escritor huraño. ¡Pero era la verdad!

-Y tú ¿cómo lo pasaste, Blanca? –pregunté, con suficiente filo como para que ella tuviera la cortesía de acusar recibo.

-Maravillosamente –dijo, pero no le cambió en nada la cara de palo que había adoptado, como si se hubiera despertado con jaqueca. Se había puesto los lentes negros apenas despierta, me imagino que antes de ponerse las bombachas. Como una estrella de Hollywood con resaca no se los sacó ni para desayunar.

Pero después, mientras Boris llevaba los bolsos a la camioneta y ponía el motor a calentar, su expresión se aflojó y vi que su corazón no era de piedra.

-¿Sos un transgresor nato, verdad? –dijo con un tono al borde del rencor, como si yo la hubiera forzado.

Si le sirve –pensé- acomodar los datos a su manera... que piense lo que quiera.

-¿Por qué contenerme si puedo transgredir? –pregunté a mi vez, en plan cínico pero amable, y agregué en tono razonable-: En contenerme no encuentro placer, en transgredir, sí.

Pero no le alcanzaba con eso. Necesitaba atornillar bien la idea de que había sido forzada.

-No respetás nada –dijo.

-No –le confirmé, decidido a hacerle el juego-. Ustedes vinieron en busca de algo y lo consiguieron. Estamos a mano ¿no?

No respondió. Le temblaban los labios.

-¿No? –insistí algo rudamente.

Hizo finalmente que sí con la cabeza.

-Sacate los lentes un segundo –le pedí, suavizando el tono.

Lo hizo. Me parece que lo que vi en sus ojos era esa mezcla de confesión y culpa típica de quien se ha entregado a lo que considera o se imagina lo peor de sí, matete que desembocaba en la necesidad de elaborar la idea de que había sido forzada a hacer ofrenda de su dignidad a la mayor gloria de Boris. Extremo que además jamás podría echarle en cara al beneficiado –a menos que haya sido él mismo quien se lo haya pedido. ¡Uf!

¿O todo aquel sainete de la mujer forzada era para mí, para cerrar con siete sellos aquella aventura, para que a mí no se me ocurriera de alguna manera continuarla? En todo caso ¿qué necesidad había de complicar aquello que no había sido más que un palo, eso sí, de primera categoría?

Respondiendo a las manos que agitaban desde el auto mientras se alejaban quizá para siempre de mi vida recordé la vehemencia con que me aprobó cuando en medio de la batalla la llamé puta. Quizá el sainete de cierre no fue sino, simple y sencillamente, el redondeo, a su manera, de su fantasía –quizá recién estrenada (tardía, por consiguiente)- de ser una puta, consistiendo el redondeo en una negación del goce que había alcanzado. O sea: me dio su cuerpo –con mucho brío, por cierto- a cambio de un valor –lo que “verdaderamente” pienso de mis libros-, valor de dudosa cotización, por cierto. Eso es ser una puta. Y lo había disfrutado. Ahora era la hora de negar todo y volver a la vida normal.

Como quiera que sea, no tengo la menor duda de que va a disfrutar de este recuerdo tanto como yo. Si fue capaz de vivirlo también será capaz de disfrutarlo en el recuerdo. Espero.

...

¿Transgresor yo? ¡Quelle idée! Bataille es la transgresión. En él de lo que se trata es de ser capaz siempre de generar un deseo más transgresor, de esculcar siempre más a fondo en el baúl sin fondo de los tabúes para poder alcanzar una vez más el frisson de la transgresión. Al fauno no le interesa en absoluto la transgresión en sí. Su transgresión más grave es el adulterio, que hoy ya ni se computa como transgresión. Está dispuesto a lo que sea para alcanzar su objetivo, pero transgredir, en sí, no le causa ningún placer.

...

III

Fauno gratificado

...

La Tarea, La Tarea. Antes de volver a Montevideo tengo que tener listo el esquema del paradigma fáunico. Ahora más que nunca tengo que apurarme. No sea cosa que Quizagenio, el doctorando, decida que lo regalado no es robado y saque al vapor un paper apropiándose rápidamente –no sin agradecimiento y dedicatoria- de mi descubrimiento del paradigma fáunico.

Estoy en el scriptorium del parrillero, espiándome de reojo en el espejo, completamente relajado en cuerpo y alma, incapaz todavía, un día y medio después de los deliciosos hechos, de concentrarme en nada. Ayer no hice más que anotar la peripecia, regodeándome en los detalles tanto como se relame un gato después de comerse un bife de hígado.

Me distrae especialmente el canto de un pájaro, en realidad una sola nota, breve y estridente, lanzada a intervalos irregulares y tan fuerte como para oirla desde bastante lejos. Me paro, me paseo buscándolo. Finalmente ahí está, pequeño pero morrudito, gris menos el cuello y las alas, moteadas de negro, y con una especie de kipá rojo ocre sobre la nuca. Cuando veo que picotea el tronco en el que está parado (oigo el tac-tac a varios metros de distancia) deduzco que se trata de un pájaro carpintero.

¿Cómo sigue La Tarea? ¿con qué era que tenía que continuar? El tipo del espejo pone cara de no tener la respuesta, pero igual me sonríe. Está contento. Satisfecho. Cuando esta contento todo le parece regio. Por ejemplo: le caigo rebién. Me encuentra guapo, inteligente, agudo. Una mente poderosa, de una integridad intelectual a prueba de balas. Cosas así. El problema es que cuando está en ese mood le cuesta laburar. Le viene la cosa contemplativa. El babeo por la simple maravilla de la naturaleza: pasa una nube, canta un pajarito, un caracol recorre una baldosa.

Pero no, no está todo bien. Hay algo que no funciona. Algo, un detalle, apenas perceptible. No me doy cuenta de qué es. ¿Es algo que me llega por la vista? ¿Por el oído? ¿Es algo dentro de mí? ¿En el cuerpo o en la mente? Sí, es todo eso. De pronto, comprendo. Rota la abstinencia vuelvo a encontrarme sujeto a los continuos tironeos del deseo. Sin darme cuenta ya he cruzado –¿tan pronto?- la línea de sombra entre los deleites de anteanoche –que huyen de la memoria de mi piel como una humedad que se evapora- y la aún vaga imantación a que me someten los deleites por venir, aún desconocidos. Como consecuencia, he recordado, he notado como un vacío estridente, la ausencia de mis vecinos.

He estado observando a Irene tan atentamente, durante tantos días, modelando tan cuidadosamente mi deseo de ella –deseo de tener esa cosa Reina Madre, esa cosa arrogante de señora rica que lleva como un emblema en la trompita, de saber cómo será para ella bajar a cogerme desde la olímpica suficiencia de su mundo tan pleno- que me parece imposible que se haya desvanecido para siempre, como un sueño, como un puñado de arena que se escapa por entre los dedos mientras en la palma de la mano va creciendo la sensación de ausencia. Lo que es claro es que mi deseo de Irene había llegado a un punto de cristalización tal que el fugaz festín que ha sido Blanca no ha contribuido a disolverlo sino a potenciarlo. Mejor ponerme a trabajar antes de que la sensación de frustración se haga agobiante.

...

¿Cómo seguía La Tarea? Tengo que marcar cómo en la Modernidad los duendes de la sexualidad grecolatinos -los faunos y los sátiros- dejan de actuar en la vida cotidiana como objetivaciones simbólicas del Deseo y pasan a formar parte de la vitrina de bibelots de la

elite culta. También tengo que mostrar la evolución del mito de Casanova, segunda encarnación del paradigma fáunico en la Modernidad. Prefiero empezar con este tema.

Faunos y sátiros son figuras puramente míticas, hechas con la misma materia con que están hechos los sueños. En cambio, en la Modernidad el mito necesita de la garantía de la realidad. El mito de Don Juan estaba basado en un personaje real (Villamediana o Juan de Austria según se siga a Marañón o a Américo Castro), que se desvanece hasta casi borrarse a medida que el mito cobra fuerza. Con Casanova sucede algo similar, aunque el mito nunca consigue despegarse del personaje real de cuya memoria (e imaginación) se ha nutrido.

(Memoria e imaginación: de hecho aún hoy, cuando Casanova se ha convertido en presa del pedestal sentido de la realidad de los scholars, sigue siendo imposible separar, como en una mesa de disección, lo que hay en las *Memorias* de verdad y lo que hay de imaginación; ¡es que los recuerdos son, por definición, verdad e imaginación a la vez! Que los hechos que Casanova narra son reales es algo que se ha venido comprobando desde las investigaciones pioneras de Rives Childs. Cómo sucedieron, yendo al detalle, eso es otra cosa).

El mito de Casanova nace como leyenda oral (o chisme) durante su vida, y crece a lo largo del siglo XIX (él murió en 1798) después de la publicación entre 1822 y 1828 de las *Memorias*, que quiso póstumas. Hacia 1870 Severino, el protagonista de *La venus de las pieles*, ya colocaba a las *Memorias* del veneciano en el Olimpo bibliográfico, codeándose con sus Homeros y sus Shakespeares. El mito se desarrolla vigorosamente a partir de comienzos del XX. Es por entonces que se populariza la expresión “un casanova” – sinónimo de la anterior “un donjuán”. Algunos hitos públicos o discretos en la expansión del mito: en 1917 Apollinaire escribe su comedia paródica *Casanova* (que no se publicará hasta 1952); *Casanova, el regreso a casa*, de Schnitzler es de 1921; *Tres poetas de su propia vida: Casanova, Stendhal, Tolstoi*, del popularísimo Stefan Zweig es de 1928; *A propósito de Casanova*, el libro genial y casi secreto de Miklos Szentkuthy es de 1939; *El amante de Bolzano*, de Marai, de 1940; *Casanova, el anti-Don Juan*, de Felicien Marceau, de 1949; la biografía de Casanova de Rives Childs, que sigue siendo de referencia, es de 1960; la primera edición seria (todas las anteriores son amputadas, pulidas o “mejoradas”) de las *Memorias* es de 1960-61; desde mediados del siglo la industria cinematográfica pone sus capitales al servicio del mito, el *Casanova* de Fellini es de 1976, la serie de televisión es de 1987; el visto bueno feminista, concretado en *Casanova, el hombre que realmente amaba a las mujeres*, de Lydia Flem, es de 1997.

(Casanova quiso póstumas su *Memorias*. Promediando la escritura explicita su intención, que consta también en el prólogo –escrito, por supuesto, una vez terminada la obra. No era esa su intención original, cuando escribe el prólogo a *Mi fuga de la Cárcel de los Plomos* en 1788 y anuncia que en breve comenzará a escribir sus *Memorias*, porque nadie anuncia sus libros póstumos. ¿Por qué decidió no publicar en vida lo que para 1792 ya estaba completado? ¿Como a Rousseau le pareció a little bit too much encarar la exhibición de su intimidad? ¡Vaya si han cambiado los tiempos! ¿Qué no se exhibe hoy con tal de tener un par de minutitos en horarios centrales? Lo que en realidad se pregunta el televidente es ¿cómo? ¿no hay imágenes de lo que hacían Clinton y Lewinski? ¿todo el asunto es puro bla-bla-bla? En fin... Las razones de la decisión de Casanova quedan libradas a conjeturas. Lo cierto es que estaba perfectamente consciente del valor de su esfuerzo, y que cuando se sintió morir puso los manuscritos en manos seguras).

Casanova es un fauno, un superfauno, de hecho, aunque sus dieciochescas cifras (132 amantes) se vean modestas frente a la peste bombástica de la Postmodernidad: un tal Wilt Chamberlain asegura (convirtiéndose así en estrella de los medios) haber tenido sexo con más de 20.000 mujeres. Casanova es, además, un fauno encantador, cultísimo, amable, generoso, considerado, y –de ahí su lugar especial en el paradigma fáunico- muy buen escritor, bien dotado para narrar con precisión y elegancia sus peripecias y para expresar sus convicciones.

El don de la escritura convirtió a Casanova en la primera voz de la faunidad. Ya nadie habla por el fauno: a partir de Casanova el fauno habla por sí mismo, declara su propio evangelio, en el que la felicidad es el valor supremo y el placer sensual el instrumento adecuado para alcanzarlo. La avidez sexual de Casanova nunca recurre a la violencia o al engaño, todo en él es seducción, charme y etiqueta, la del mundo aristócrata a punto de colapsar. Si algo le sobra a Casanova es paciencia, y esa paciencia es respeto hacia la elegida: aunque se muera de amor o de ganas sin la explícita aquiescencia y el placer de la bella para él no tiene sentido la conquista. Satélite fugaz del gran mundo, nunca tuvo que enfrentarse a las institucionalizaciones y regimentaciones de la sexualidad propias de la moral burguesa que tan profundamente iban a arruinar el placer de vivir a todo lo largo de los siglos venideros.

La razón de vivir para Casanova es gozar de los favores de las mujeres, de más y más mujeres, de todas las mujeres de las que fuera capaz de enamorarse, que eran casi todas las mujeres del mundo. (Para Casanova se trata de gozar de los favores, para Don Juan se trata de someter, para Wilt Chamberlain de echar polvos). Mujeres de todo tipo. Como en la lista de Don Juan, para Casanova no existen restricciones de edad, ni de status social, ni de cociente intelectual, ni de nacionalidad, ni de religión, ni de nada. No está en busca de la figurita sellada, ni de la pieza rara que clausura la colección. Está en manos de la curiosidad, y del placer que sólo puede dar la femineidad al abrirse al deseo masculino. Se trata, como dice Lacan, de una serie, de la que puede hacerse una lista, un inventario de las piezas cobradas, emblema de la vanidad, sin duda, pero sobre todo de la no-indiferencia, de la deleitada memoria, una serie tan abierta como la curiosidad de Casanova (“¿es el amor otra cosa que una curiosidad?” se pregunta, filosófico).

No hay que olvidarlo: más aún que los hechos de su vida es la escritura lo que hace de Casanova la segunda encarnación del mito de la faunidad en la Epoca Moderna. Sin la explosión de la escritura en su vejez Casanova, como tantos aventureros y seductores, hubiera sido olvidado. Don Juan fue el producto de las políticas de represión sexual de la Iglesia. Fue escrito por otros, por el Poder. Por el contrario, Casanova se escribe, se inventa a sí mismo, es el producto de su íntima compulsión de revisar su vida, para presentarla como un evangelio de la felicidad en la Tierra. Atrincherado en su refugio del Castillo de Dux –donde cumplirá hasta su muerte humildes funciones de bibliotecario- como Proust en su habitación hermética, su memoria parte en busca de los años dorados de la Europa prerrevolucionaria como Proust partirá en busca de la Francia de la guerra, la de la Belle Époque.

Después de Casanova, la ecuación mujeres-memoria-escritura seguirá siendo el eje en torno al que gire el universo de la faunidad.

...

Buen día de trabajo, puntuado por lánguidas miradas hacia Camelot. La ausencia de estímulo erótico me genera un vacío que he tratado de llenar intensificando el trabajo mental, cosa que a esta altura de enero puedo hacer casi indefinidamente porque he entrado ya en la fase del descanso profundo.

Hacia el atardecer observo durante largo rato la silueta negra de un aguilucho que ha salido en busca de su cena. Planea, casi inmóvil en el aire, sobre la cañada, atento a la aparición de algún plato apetitoso, apenas controlando el vuelo con la punta de los alerones. En cualquier momento se zambulle para levantar vuelo con algún ratoncito de campo, una lagartija, una cría de gato o de comadreja entre las garras. Los aferra con el lomo y mientras vuela, con el pico les va destrozando el cráneo hasta llegar a la pulpa viscosa, su verdadera delicia. Increíble la facilidad, suavidad y elegancia de su vuelo mortal.

...

Casanova es Dios y Szentkuthy es su Profeta, mismamente. En un par de días me he echado, leyendo sin descanso, las doscientas y pico de páginas de *A propósito de Casanova*, de Miklos Szentkuthy. No recuerdo haber leído, acerca de un texto, páginas tan inflamadas por la pasión como las que Szentkuthy le dedica a las *Memorias* de Casanova. *A propósito de Casanova* es la viva prueba de lo que he venido sospechando desde hace tiempo: que cuando se quiere un conocimiento verdaderamente objetivo no hay que ir a los que hacen una profesión de su supuesta objetividad sino a los que se consumen en el aceite hirviendo de la subjetividad más desmesurada. Porque sólo la pasión cala hasta el hueso. Sólo de lo subjetivo podemos esperar objetividad. (La consigna del '68: Sólo podemos esperar algo de los desesperados. Un mundo regido por la ley de la paradoja). El mismo Szentkuthy lo dice con palabras precisas: "Mi destino, absolutamente narcisista, es fuente de una mayor objetividad que el de cualquier persona objetiva no tan lírica ni tan histérica como yo".

Las 123 notas de lectura de que se compone su texto empiezan siendo un esfuerzo por comprender a Casanova desde el texto mismo de las *Memorias*, inventariando los temas, tópicos y sensibilidades en juego. Pero en determinado momento, con un cambio total de perspectiva, pasa a algo totalmente diferente, incomparable en lucidez con ningún otro espécimen de la ya abundante biblioteca casanoviana. Nunca nadie escribió sobre Casanova con la lucidez que lo hizo Szentkuthy, ni antes ni después. Sólo a partir de él Casanova es plenamente visible porque sólo él supo mostrar al veneciano como expresión del espíritu del siglo XVIII en todos sus matices y sus dimensiones.

(*Casanova, el admirable* de Sollers, por ejemplo, depende del libro de Szentkuthy).

Lo que hace Szentkuthy, o más bien, lo que permite que ocurra, es la intrusión radical de su subjetividad en el proceso de su reflexión sobre Casanova. Radical no es exactamente la palabra. Es decir: es y no es la palabra. Porque si bien aquí y allá Szentkuthy comparece directamente -autodenominándose "el comentarista" o "Alejandría"-, en lo grueso de la cosa se esconde detrás de un trío de ases (un pensador, un pintor, un poeta) para expresar lo más íntimo de su subjetividad. Ahora bien: este ceder la palabra a otros para que hablen por él ¡es falso! porque los textos que cita de Abelardo o de Andrew Marvell están tan plagados de anacronismos, y la *Susana* de Tintoretto está tan sobreinterpretada, que terminamos por comprender -puesto que así nos lo sugiere a gritos- que se trata de falsificaciones en las que el que habla es, camuflado, Szentkuthy. No falta el momento, por supuesto, en que él

mismo confiesa la superchería y declara que las notas marginales de manuscritos desconocidos que está citando son imaginarias.

Ahora bien: las razones para este juego de espejos las dejo de lado: a saber por qué en la Hungría de 1939 a Szentkuthy le resultaba adecuado camuflarse para hablar de lo más íntimo de sí. Lo que importa es por qué en este estudio sobre Casanova decidió que le era indispensable dejar que irrumpiera su subjetividad, y hasta el punto en que lo hace. Y la razón de esto sí es evidente en el texto: Szentkuthy, como todo creador, no se interesa en Casanova en abstracto, porque es interesante a secas: no, Szentkuthy se mete con Casanova porque entenderlo le resulta personalmente ineludible. Personalmente, o sea: para resolver su propia vida.

Oponiéndola a su propia ecuación pseudoabelardomarvelliana, Szentkuthy reconoce la superioridad de la ecuación casanoviana para la vida, el amor y las mujeres, reconoce que opta por Casanova pero confiesa que humanamente es incapaz de asumir esa opción. (Inevitable el parangón del dilema y de su solución en términos de opción personal con el capítulo *Werther* y *Don Juan* de Stendhal, aunque aquí la ventaja la lleva Szentkuthy, mucho más riguroso –en su delirio- para llegar a lo profundo del asunto, y es que lo esencial para Stendhal no es el universo del pensamiento sino el de la ficción).

(En realidad, en la extensa nota 123 Szentkuthy se esfuerza por demostrar no sólo la superioridad de Casanova –o sea, del paradigma fáunico. Intenta además demostrar que un sujeto poseído por el paradigma del amor puro –que en ese momento de su reflexión está representado por Andrew Marvell- se desliza inevitablemente hacia la patología).

Resumiendo: el texto *A propósito de Casanova* de Szentkuthy es el itinerario de reflexión que realiza para llegar a comprender las opciones (entre el paradigma casanoviano y el del amor-imagen, como él lo llama, o sea entre el paradigma fáunico y el del amor puro, en nuestra terminología), para elegir entre esas opciones, y para asumir su impotencia personal para concretar en la vida su opción. Recorriendo ese itinerario, y como efecto residual respecto de su finalidad principal –la personal-, nos deja una comprensión de Casanova en relación con su contexto de civilización y por oposición al paradigma contrario, el del amor-imagen o amor puro, que ilumina como ninguna la verdadera dimensión del lugar del veneciano en el paradigma fáunico y al paradigma fáunico mismo.

...

(Así, como en Szentkuthy, es que prefiero al texto de tipo reflexivo: exponiendo la subjetividad del que reflexiona para mostrar cómo el pensamiento busca, cómo va venciendo resistencias y encontrando su meta. Un texto que muestra las huellas del trabajo que lo produce. Como en Kierkegaard –por ejemplo, en el texto sobre *Don Giovanni*. Como en Derrida, que me da la impresión de que toma la manera de Kierkegaard. No el texto concluído, cerrado, inflexible sino el texto poroso, dubitativo, inconcluso. Prepotencia del texto asertivo y cerrado. La fuerza de la ley. Impide el pensamiento del lector, que no encuentra fisuras y sólo puede someterse. Desde siempre le respondí al texto cerrado con desconfianza, con rechazo, con náusea. Y no alcanza para diluir el efecto negativo de este tipo de texto con que incorpore declaraciones de humildad o de buena voluntad. Ni tampoco es un problema retórico, de estilo. Es necesario pensar y escribir de otra manera. Como Szentkuthy que deja que el texto se inunde con su subjetividad, es decir, con su Deseo, con lo que más íntimamente lo motiva o lo angustia. Como el último Barthes, desde

los *Fragmentos* a los seminarios, en busca de estructuras de texto que excluyan los juegos de poder entre el que escribe y el que lee).

...

(Ahora que lo pienso: el texto de Kierkegaard tiene exactamente las mismas dos virtudes epistemológicas que le encontré al de Szentkuthy, a saber: a) la radical subjetividad como camino para la objetividad (y bien que subraya el mismo Kierkegaard esta paradoja), y b) el texto no como discurso cerrado sino como mostración del pensamiento en obra. Recurre a sus impresiones más íntimas cuando tiene que definir la música de Mozart, y escribe como si tuviera delante un interlocutor al que tiene que convencer adelantándose a sus objeciones).

...

Ebrio de las lucideces y los vértigos del húngaro, escribiendo tan rápido como si estuviera recibiendo un dictado, le costó a mi cerebro interpretar la información de que lo proveían mis ojos y oídos, a saber: que la Familia Real regresaba a Camelot. Era lógico que regresarán, no había habido un movimiento como de mudanza, no se iban a ir de su casa de verano en medio de la temporada. Seguramente que fueron al cumpleaños de la abuela. Ahí estaba la princesita, saliendo hasta donde me era visible para hacerme un discreto saludito con la mano. Que no pude sino responder. Como dos preadolescentes en tímido noviazgo veraniego. ¡Ah, mi pequeña perversa, qué gusto de volver a verte! Ahí otra vez los gritos del enanito gruñón, desconforme quién sabe con qué. Minutos después del arribo sale Nico en su bicimoto, con Martín de acompañante. A hacer mandados seguramente, para preparar el almuerzo. Respiré hondo. Como un tigre venteando a sus presas. Odor di femina. La pelota esta en juego otra vez. Vuelvo al trabajo con renovado brío. Es de perogrullo, pero no hay mejor estimulante para la inteligencia y la sensibilidad que la expectativa o la ilusión de un affaire en el futuro cercano.

...

¿Qué dice Szentkuthy de Casanova? No voy a intentar un resumen. Szentkuthy no deja pliegue sin esculcar y cada comentario explota como un fuego de artificio en mil direcciones. Sólo intento destacar facetas de su retrato de Casanova que permiten ahondar en una definición del paradigma fáunico ya no negativa, por oposición al paradigma amoroso, sino positiva, en función de su especificidad. Lo que sigue es un ordenamiento de citas textuales:

“Para Casanova el amor no es el juego mortal de las pasiones, sino pura “situación”, una constelación de objetos, de personas, de tiempos determinados en la que todos los componentes tienen una importancia parecida / La clave no es la mujer ni el enamoramiento (eso sería la malaria) sino una escena, una constelación dramática en un ambiente adecuado, que brinda la oportunidad de encontrar la felicidad / El amor es la flor de un tiempo y de un espacio únicos, tan sólo existe aquí, ni un milímetro más allá. Unos elementos del mundo, separados y dispersos, se juntan durante un instante, Dios sabe por qué: eso es el amor / Incluso la mujer es tan sólo un elemento insignificante en el asunto, una nimiedad, preciosa pero que carece de importancia / El amor se relaciona siempre con

algo efímero, con alguna coincidencia fortuita y momentánea, y nunca con Dios, ni con la Mujer ni con la Naturaleza / Es un asunto puramente laico, un problema práctico, una función, un experimento baconiano sin poses empíricas, cuestión de técnica, orden y cálculos / Las cosas en el amor no “significan” nada, son inútiles o ventajosas, siempre son un instrumento para un júbilo todavía mayor, pero no tienen ningún valor en sí, no tienen belleza ni sentido / En Casanova no hay moral ni poesía: hay el punto de vista matemático de la felicidad, y una postura ascética y brutalmente consecuente al respecto / La esencia del amor se compone de dos partes: una es el instinto vegetativo, la otra la curiosidad exploradora de las variantes del carácter femenino, la curiosidad de saber qué tipo de persona se oculta detrás de un nuevo rostro femenino / Para los hombres como Don Juan incluso la milésima mujer sigue teniendo el sabor del “primer amor de verdad”. Siempre encuentran algo, algún rasgo o detalle, que los enloquece / Para Casanova cada mujer es perfecta y lo representa todo, la diferencia solamente consiste en el orden de los atributos y en su tratamiento polifónico / La mujer ideal no es la ramera ni la señorita de pura cepa, categorías inútiles, sino que pertenece a una tercera categoría que no es ni física ni anímica sino algo bien diferente: la mujer que sabe ejecutar lo que está escrito en la partitura. No se trata de juguetes ni de metafísica sino de música / Pocas mujeres son capaces de aceptar que cuando alguien las ama e idolatra como ellas siempre han soñado, ese alguien, por su naturaleza, amará a otras muchas mujeres más, puesto que haber nacido para el amor y ser genial en ello implica invariablemente el donjuanismo / Es uno de los milagros más incomprensibles de toda la obra de Casanova: las mujeres mortalmente enamoradas de él le permiten que colme también a otras, sólo se sienten totalmente satisfechas si Casanova satisface también a su hermana menor, a tres de sus parientas y a cuatro de sus amigas / Casanova es inteligente, sabe que en el amor no existe ningún misterio, ni religioso, ni racionalista; sabe que el hecho del amor es el hecho menos problemático y el más sencillo posible del universo. Todos los enamorados son capaces de constatar esto después del primer beso; sólo los eunucos siguen haciendo sonar *sus problemas existenciales*, como hacen los mendigos con las falsas monedas de sus limosneras / Hay algo de inocencia entrañable en el hecho de que la gente se oponga a reconocer que el amor es *simplemente esto* y nada más: un instinto ciego y una ávida curiosidad por los retratos humanos; casi todo el mundo considera que esto sería muy poco, que sería puro cinismo, que sería obra del diablo”.

En el límite de su conflictiva empatía con Casanova, Szentkuthy apela al “nosotros”, con el que en principio se refiere a él mismo y Casanova, pero mucho más sutilmente –y casi programáticamente, casi a nivel de manifiesto- a nosotros, los faunos. “Nosotros -dice- no queremos libros, ni dioses, nunca hemos tenido emociones metafísicas, nos son indiferentes el futuro y el pasado de la humanidad, el arte y la verdad nos tiene sin cuidado; lo único que siempre nos excita y nos seguirá excitando hasta la tumba es la ebriedad apropiada de las situaciones plenas de felicidad: una armonía onírica compuesta de mujeres, de espacios naturales idóneos y de salud rebosante”. ¡Aleluya!

...

(Last but not least: Szentkuthy, que como dije no deja dobladillo sin esculcar, aporta a un tema del que ya tomé nota en relación con el gineceo griego y con la interpretación de Don Juan de Lacan: la faunidad como producto del imaginario femenino. Casanova, a quien en principio “sólo le gustan las mujeres” se interesa intensamente por un joven conde

español “bello como un dios del amor, rebosante de espíritu y de gracia”. Szentkuthy comenta: “Casanova no tiene nada que ver con la virilidad en un sentido biológico, social o práctico: él es un complemento abstracto de la mujer, un pensamiento, un siglo, un gran libro, todo, menos masculinidad”).

...

Puesto que ha regresado el viento del Norte, al pasar por Camelot me trae la rutina que ya conozco bien: Irene dando indicaciones, el chiquito quejándose de todo, acusando a sus hermanos mayores de hacer poco o de no hacer nada y él estar haciéndolo todo, el mayor que argumenta parcamente, defendiéndose, Irene que termina por enojarse, el chiquito que termina llorando de rabia, la princesita que discute con su madre el vestuario para la fiesta de cumpleaños de una amiga etc etc, toda la tarde, en estéreo. Cada tanto levanto la cabeza de entre mis papeles para escucharlos. ¡Ah, la música de las disputas hogareñas!

Trabajo todo el día. Por la noche bajo a la playa a contar las estrellas. Trato de no pensar en Irene, pero pienso.

...

Lectura nocturna. La breve y deliciosa comedia paródica póstuma de Apollinaire *Casanova*. Frivolidad de buen tono. Identidades sexuales y deseos erráticos. Casanova burlándose del patetismo de Don Juan.

...

He vuelto a levantarme temprano para hacerle la guardia, por si sale a una caminata tempranera. Pero nada.

¿Qué puedo hacer? ¿Quedarme quieto y esperar a que todo suceda por milagro? La he visto bajar a la playa con los niños. Sin el consorte. Pero no utiliza el atajo del fondo de mi chalet. Por momentos me gana la desesperanza. Como que las ganas se me van gastando. Metido como estoy en La Tarea me dan ganas de olvidarme del asunto. Me dan ganas de meterme los dedos en la garganta y regurgitarla. Pero también, en otros momentos, he tenido que encadenarme al mástil para resistir a la tentación de seguirla, de tratar de aprovechar algún momento en que los niños se alejen o se metan al agua para intentar algo. Audacias de ese pelo podrían ser el final de todo. ¿Qué me dice mi instinto que debo hacer? Esperar. La primera virtud del cazador es la paciencia. Pero enero ya empieza a acabarse. Y sería amargo que no pasara nada.

En fin... esperar la oportunidad no me cuesta tanto en la medida en que La Tarea está superacelerada. Estoy seguro que el aroma a cosa hecha que sentí en nuestro único encuentro no fue una ilusión. Ella sabe que yo no puedo hacer nada. Que ella tiene que tomar la iniciativa.

...

Casanova y Mozart. La presunta colaboración de Casanova en el libreto del *Don Giovanni* y la extensión de esa presunta colaboración es tema de intercambio y polémica entre amateurs, diletantes y académicos desde hace medio siglo, concretamente desde la

aparición del *Casanova* de Rives Childs, que presenta la única fuente que da testimonio de esa colaboración. Mucho antes de que estallara la polémica, en 1939, Szentkuthy –que no necesitaba exhumaciones de fuentes para comprender los encuentros que suceden en el plano superior, el del espíritu- había señalado una y otra vez la “comunidad espiritual” de Casanova y Mozart en tanto encarnaciones perfectas del espíritu del Rococó.

Mozart es el referente común e ineludible para que Kierkegaard y Szentkuthy se refieran a la genialidad sensual de las dos encarnaciones modernas del paradigma fáunico: Don Juan y Casanova.

Tengo que dejar claro aquí que para mí el asunto de la presunta colaboración no es trivía sino cuestión de lógica poética, de la vieja y querida lógica poética. Que quien generará la segunda encarnación del paradigma fáunico (Casanova) colaborara en la apoteosis de la primera (el *Don Giovanni*) es una cuestión de lógica poética. Es algo que es razonable que suceda pero que sólo sucede en la medida en que la lógica poética se lo propone. A tal punto esta conjunción estelar Casanova / Mozart parece el producto de un propósito que, si se aprecia *el mapa de circunstancias* que la rodean, aunque no existieran pruebas que pudieran ser calificadas de irrefutables, uno podría afirmar sin temor a equivocarse que la colaboración existió efectivamente, y de qué índole fue.

(Y bien: sí, tengo que subrayarlo. De toda la legión de ratones de biblioteca y archivo que en el mundo entero se estrujan la sesera tratando de dilucidar el tema yo soy el único - ¡dorada soledad de las cimas más altas, donde el aire se enrarece hasta hacerse irrespirable!- que tiene una razón, más allá de la curiosidad, para jugar el juego de descubrir la huella de Casanova en la ópera de las óperas, porque para mí y sólo para mí, que estoy dando a luz el paradigma fáunico en general y el paradigma fáunico de la Modernidad en particular, ese momento es un momento emblemático, un momento objetivamente significativo, un momento en el que la secreta lógica poética de la realidad concurre para señalar con el dedo la Verdad Revelada).

Repito: si se observa el tejido de evidencias circunstanciales que rodea a la presunta colaboración de Casanova con Mozart se llega a la conclusión de que lo raro no es que sucediera, sino lo raro hubiera sido que no sucediera. Enumeremos esas circunstancias:

1. Casanova y Lorenzo Da Ponte eran compatriotas (Da Ponte no había nacido en Venecia, como Casanova, pero sí dentro de la República Veneciana). Ambos eran exseminaristas, aventureros y libertinos (tanto en el sentido filosófico como en el sentido vulgar de la palabra). Desde por lo menos 10 años antes del episodio de Praga eran amigos que no dudaban en ayudarse sea con dinero o con un consejo cuando las circunstancias lo demandaban. Da Ponte –24 años menor- admiraba en Casanova la habilidad para vivir en y del mundo de los aristócratas, así como su fama de seductor.
2. Casanova y Mozart se conocieron seguramente en Viena en 1784/85, donde frecuentaban a los mismos miembros (Da Ponte incluido) y los mismos ambientes (el café Taroni o Café de los Italianos, en primer término) de la comunidad italiana de Viena. En todo caso, Mozart –especialmente después de *Las bodas de Fígaro*- no podía ser sino un favorito de quien, como Casanova, amara la ópera. “Alguien que no se haya dado cuenta de que la mitad de los pensamientos de Casanova giran alrededor de la ópera, no lo conoce” dice Szentkuthy.
3. Octubre de 1787: Mozart y Da Ponte están en Praga preparando el *Don Giovanni*, viven en apartamentos enfrentados, calle por medio, y desde el balcón se gritan las

ocurrencias y las objeciones, verdaderamente como dos genios de opereta. El estreno de *Don Giovanni* estaba previsto para el 29 de octubre.

4. Casanova, sesentón, se aburre haciendo de bibliotecario en el castillo del Conde de Waldheim en Dux, Bohemia. Está “retirado”, como dice en *La noche de Varennes* de Scola -que lo toma más o menos a la misma edad- para frenar a una entusiasta que quería acceder al privilegio que habían tenido tantas. Ya no espera nada tampoco de la diosa Fortuna –que tan generosa fuera con él durante tanto tiempo- “diosa coqueta –según sus palabras- que no ama y favorece sino a los jóvenes”, y ha jugado todas sus cartas a su otra pasión: la escritura. Publica opúsculos polémicos, misceláneas, traducciones, estudios históricos, estudios matemáticos, mientras prepara su voluminosa primera y única novela, *Icosameron*.
5. Cualquier excusa debe de resultarle buena para salir por un tiempo del aislamiento de Dux. El 25 de octubre llega a Praga, probablemente para discutir términos con el que será el editor de su novela. Pocas horas debe de haberse tardado en visitar a su amigo Da Ponte.
6. Lorenzo tiene un problema: luego de sólo 8 días de ensayos de *Don Giovanni* acaba de recibir una carta de Salieri –para quien escribe simultáneamente otra ópera, *Assur*, que debe estar pronta para las bodas del Príncipe Francisco- quien le exige que retorne de inmediato a Viena, por orden del mismísimo Emperador José. *Don Giovanni* está ya totalmente escrita, impresa y aprobada por la censura, pero siempre hay retoques de último momento. En ese momento Casanova aparece en escena

¿Qué hace Da Ponte?

No parece difícil adivinarlo: le pide a Casanova que lo reemplace ocupándose de esos insignificantes menesteres, últimos retoques, seguro de que le divertirá hacerlo, dado el tema de la obra.

¿Qué responde Casanova?

No parece difícil adivinarlo: ¿olvidar aunque sea por un rato su disfraz de bibliotecario, mostrar sus talentos literarios rodeado de bellas actrices como antaño, trabajando en una ópera para cuyo tema –Don Juan- él sería el libretista idóneo? ¡Por supuesto, querido Lorenzo!

Exit Da Ponte, enter Casanova.

Ahora bien, existe una sola fuente que da cuenta de este interinato: el libro *Rococo bilder* (que se podría traducir como *Imágenes del Rococó*) de Alfred Meissner, editado en Lindau en 1876, casi un siglo después de los hechos. El autor se basa en recuerdos anotados por su abuelo, el profesor universitario August Meissner (1753-1807), que en lo sustancial afirman que Casanova trabajó con Mozart al partir Da Ponte, y que los tres acudieron a una cena en Villa Bertramka, residencia de la familia Dussek, amigos del profesor Meissner, que también estuvo presente, donde Casanova relató (por enésima vez) el episodio de la fuga de la Cárcel de los Plomos.

Aunque no conozco quien la objete, supongamos que, por las razones que se quiera, la fuente pueda dar lugar a dudas. Concorre a reforzar su testimonio la única prueba documental disponible: entre los manuscritos inéditos que dejó Casanova (unas 10.000 páginas) se encontraron un par de hojas conteniendo borradores de dos versiones alternativas del sexteto del segundo acto de *Don Giovanni*. (Ninguna de las dos es la que en definitiva adoptó Mozart).

La colaboración, pues, parece indudable. Lo que no parece posible es saber si algún verso de Casanova sobrevivió en la versión final. Tampoco parece posible saber si lo más

intenso de la colaboración se dio antes o después de la première (era práctica común que luego de la première los cantantes pidieran pequeñas modificaciones). Lo que es claro es que si quedó algo de Casanova en la obra fue insignificante, porque si hubiera tenido una colaboración relevante (en realidad imposible dado el punto en que estaba el texto al llegar Casanova a Praga), necesitado como estaba de reavivar sus olvidados prestigios, no hubiera dejado de vanagloriarse –aunque más no fuera en su correspondencia privada- después del éxito clamoroso de la pieza en Praga, cosa que no hizo en absoluto. Da Ponte, en sus *Memorias*, que publicó más de treinta años después de los hechos, no se refiere en absoluto a la colaboración de Casanova en el libreto de *Don Giovanni*. Cosa que no puede asombrar: las *Memorias* de Casanova aún no se habían editado, y por entonces, para Da Ponte, viviendo en Nueva York, Casanova no era más que un polvoriento recuerdo de cuya rememoración poco prestigio podía esperar. Según él la única ayuda con que contó para el libreto de *Don Giovanni* fue la de Dante Alighieri.

...

¿En qué queda entonces todo esto? En nada. En la curiosidad del breve encuentro de figuras (tres, incluyendo al polizón Da Ponte) destinadas a una vertiginosa posteridad, encuentro en realidad fugaz e irrelevante, polvo en el viento con el que no es posible hacer nada realmente interesante (como lo demuestra el *Casanova* de Jean-Didier Vincent, que se esfuerza por recrear ese momento). Nada, excepto inscribir el momento –como momento espléndidamente significativo- en la historia del paradigma fáunico.

Helos ahí, sentados en torno a una mesa, la noche de la cena en Villa Bertramka. Giacomo, sesentón, encarnación envejecida del espíritu sensual y volátil de la Europa barroca, marcado por el destino para devenir, con el paso de la posteridad, símbolo de la felicidad sexual; Amadeus, treinta y algo, encarnación del parteaguas en que la perfección barroca se ve transformada por la potencia romántica, marcado por el destino para morir joven y para convertirse en el epítome de la genialidad musical; Lorenzo, casi de cuarenta, mediando a los otros en edad, marcado por el destino para el privilegio de la longevidad (sobrevivirá cincuenta años a aquel presunto encuentro) y para que su nombre se alimente por los siglos de los siglos de la gloria de Mozart. ¡Qué momento! Absurdo y fugaz. Excepto para la historia del paradigma fáunico, porque están frente a frente el soporte material de la que sería la segunda encarnación moderna de la faunidad (Casanova, se entiende) y aquel (Mozart, se entiende) que llevaría a la perfección a Don Juan, primera encarnación moderna de la faunidad. Tomando café, o un licorcito. ¡Mamma mia! ¿Se reconocerían sub specie eternitatis? ¿Intuirían mutuamente su potencia transhistórica? Casanova ¿vería en ese muchacho feucho al único capaz de expresar, con su música, la esencia de la genialidad sensual (como dirá Kierkegaard)? Mozart ¿vería en ese veterano coqueto aún, grandote, un tanto amargado, a aquel en quien encarnará la utopía de la felicidad sensual (al decir de Szentkuthy)? Comparten (otra vez Szentkuthy) una de las características definitorias del espíritu barroco: el don de la improvisación. ¿Lo notarían en el transcurso de un rato de cambiar ideas? Conscientes del carácter de conjunción estelar de aquel momento ¿vislumbrarían aunque sólo fuera confusamente, como en el absurdo de un sueño, que más de doscientos años después habría quienes –como yo- se esforzarían por imaginar el contenido de sus pláticas, las palabras que dijeron y las que no dijeron, movidos por la alegría del alcohol, o por el deseo de mostrarse talentosos, o por la decepción, o por el cansancio, o por la envidia, o por la ironía, o por la vanidad, o por lo que fuera?

...

Michel Tournier, en su *Aquel 26 de enero en Praga*, incluido en *Celebraciones*, propone una versión del tal encuentro de la que, supone, saldría un mejor *Don Giovanni* (uno a la veneciana y no a la española) que el que en realidad tenemos. Casanova –apelando a la línea de argumentación que inauguró Félicien Marceau en 1947 con su *Casanova o el anti Don Juan*, y que retomarán las feministas en los noventas- convence a Mozart de que el Don Juan de cepa española no es más que un patán grosero, corroído por culpas de confesionario y que no sabe nada de las mujeres ni del amor, proponiéndose naturalmente como modelo de un Don Juan sabio, seductor y generoso, un Don Juan para el cual poseer a las mujeres no vale nada si no las hace felices, porque es el goce de ellas lo que él ama.

(Un detalle de Tournier para los casanovistas y mozartólogos que lo lean: fija –sin explicar por qué- el encuentro que en su ficción cambiaría la historia de la ópera el 26 de enero de 1786. ¿Por qué esa fecha y no la verdadera, la de cuando se preparaba el *Don Giovanni*, o sea octubre del 87? Evidentemente que porque en octubre del 87 las cartas ya estaban echadas a favor del Don Juan español, y ya no había tiempo para inventar otro, el italiano. Pero –pequeño detalle- en enero del 86 ningún empresario había propuesto todavía a Mozart la preparación de una versión de Don Juan. Eso sucedió recién en febrero del 87. Dommage!).

Para redondear sutilmente su breve ficción Tournier sugiere que la célebre expresión “odor di femina” es de origen casanoviano. Por cierto que podría. Es más, debería. Porque aunque la expresión no figura en las *Memorias* de más está decir que el apetito sensual de nuestro fauno da sobradas pruebas de deleitarse en los olores femeninos. “Siempre encontré suave el olor de las mujeres que he amado” dice ya en el prólogo. No es difícil imaginar que durante un ensayo, transportado por la música, por la situación, por las jóvenes cantantes, Casanova haya tenido la ocurrencia, tampoco es difícil imaginar que Amadeus la haya recogido, encantado.

...

Más allá de especulaciones puntuales, creo que no es interesante preguntarse qué pudo haber quedado de Casanova en el *Don Giovanni*. (Sollers dice que Casanova inspiró el aria del catálogo, equivocándose por no leer a los expertos, a Macchia por ejemplo; Szentkuthy se pronuncia por el aria del amo y el criado, también de Leporello). Aunque más no sea por razones de tiempo es claro que quedó muy poco, quizá nada. Por lo demás, está dicho, la sensibilidad de Casanova en el fondo es incompatible con lo que Mozart y Da Ponte habían trabajado. Lo que el impresario Guardasoni había pedido era una nueva versión del Don Juan tradicional, con la esperanza de cosechar el mismo éxito que siempre acompañaba al personaje. No había margen para la índole de cambios que Casanova hubiera podido sugerir. Por lo demás, el par de petardistas consecuentes que era Mozart y Da Ponte –Casanova, por el contrario, era monarquista-, ya había encontrado la manera de hacer de su fauno furioso, que arremetía contra todo lo que se opusiera a sus deseos y caprichos, a caballo entre la carcajada y el pathos, impenitente hasta el final y aún más allá, un verdadero subversivo. Casanova debe de haber comprendido de entrada que nada tenía en realidad para aportar, ya que aquello de lo que él sabía –la seducción- era algo que a aquel famoso Don Juan le interesaba muy poco.

Pienso, entonces, que es más interesante hacerse la pregunta contraria, o sea, preguntarse qué le dejó a Casanova el estar cerca de la preparación de *Don Giovanni*, y presenciar el formidable éxito que tuvo en el estreno de Praga. Prefiero imaginar a Casanova en la penumbra de su palco observando la première y la reacción (embelesos, risas, abucheos, aprobaciones, susto, ovación ilimitada) de los praguenses. ¿Qué pensaría? Aparte de fascinarse él también con el chisporroteo erótico inigualable del espectáculo debe de haberle impresionado que se pudiera tener tanto éxito contando la historia de un mujeriego empedernido –como él mismo lo fuera, pero mucho más tosco que él. Casanova, que por entonces estaba haciendo el máximo esfuerzo para dar vuelo a su carrera literaria, debe de haber calculado la fama y la fortuna que le podría traer un proyecto similar pero mejor, más auténticamente representativo de lo que es el verdadero amor a las mujeres: la historia de su propia vida. Por lo demás, convertir sus recuerdos en escritura no le es una operación extraña: para esos días ya tiene pronto para la impresión un primer intento autobiográfico, la *Historia de mi fuga de la cárcel de Venecia, llamada de los Plomos*.

¿Qué falta para que Giacomo decida escribir sus descaradamente auténticas *Memorias*? Muy poco. La publicación, en ese momento, de la segunda parte de las *Confesiones* de Rousseau, tan exitosa como la primera, debe de haber sido el puntillazo final, si tenemos en cuenta el desprecio en que tenía a Rousseau (desprecio que aflorará en el prólogo de *Historia de mi fuga*, en el prólogo de las *Memorias* y un par de veces más, a nivel de anécdotas, en el texto mismo de las *Memorias*) y muy especialmente a sus *Confesiones*. El lado mala leche y santurrón, el lado pecado y confesión de Rousseau lo irritaba, al punto que –y esto está conceptualizado en el prólogo- uno de los motores secretos y más poderosos de las *Memorias* es mostrar cómo se da cuenta con honestidad de la propia vida.

Creo que con esto está completo el cuadro, la estructura motivacional (siempre al escribir se trata de un complejo entramado de razones) que lanza a Casanova a encarar la historia verídica de su propia vida. O sea: 1) ya sabe lo que es escribirse (ha escrito la *Fuga* según dice para dejar de contarla en voz alta), 2) desde que leyó las *Confesiones* lo tiene irritado la santurronería con que la gente habla de sí, y además, finalmente, 3) asistiendo al estreno de *Don Giovanni* comprueba el éxito loco que puede tener contar la vida de un amador empedernido. Todos esos elementos, funcionando como estructura motivacional eran necesarios para que el proyecto surgiera claramente en su conciencia. En mayo del 88, medio año después, cuando de regreso en Praga prepara la edición de la *Fuga*, agrega un prólogo en el que después de despacharse a placer contra Rousseau anuncia a los lectores que su libro se continuará en otro que narrará todo lo que le sucedió en dieciocho años de viajes por Europa.

Autrement dit: la colaboración de Casanova en el *Don Giovanni* no es simplemente un momento epifánico en el que la primera encarnación del paradigma fáunico en la modernidad se encuentra con el segundo. Es mucho más. Es la condición misma de posibilidad de esa segunda encarnación, porque sin sus *Memorias* Casanova –pese a sus notorios méritos como performer- no hubiera sido más que un oscuro libertino, apenas recordado por los especialistas.

...

Abstraído como estaba en el rollazo el “Hola” entre susurrado y ronroneado que me tocó la nuca como un guante de terciopelo me hizo saltar. Ahí estaba, detrás del murito del parrillero, que da hacia el fondo de la casa, justo a mis espaldas. Etérea como es, había

conseguido llegar hasta allí sin hacer el más mínimo ruido. Encantada de haberme sobresaltado sonreía de oreja a oreja con su gran boca rosada, mostrando el aparato de ortodoncia que le habían colocado. Al verla me dí cuenta de que había estado esperando por la revancha desde que el otro día me agarró mal parado y me peloteó. Calculé que no le gustaría nada el corset dental, de manera que le dije, no sin sorna:

-Parece que tenemos novedades.

-Braces –dijo con aire indiferente y perfecta pronunciación, un poco entorpecida por los fierros.

La cacé al vuelo: ha concentrado en el nombre de la cosa su línea de resistencia, de manera que, moscón, la corregí:

-Ortodoncia, fierros.

-Braces –insiste, con gesto de resignarse a la estupidez de los demás.

-Ortodoncia –insisto, apelando a ese tonito que vulgariza cualquier cosa.

Comprende mi táctica. Se encoge de hombros y, diestramente, cambia de tema.

-Entonces mi madre ya te mostró su lugar secreto.

Tendría que haber esperado el contraataque. Pero no. Otra vez en Babia. No supe qué responder. Como estaba con el torso girado para hablarle busqué ganar tiempo:

-¿Por qué no venís aquí adelante? Me va a dar tortícolis.

El contraataque no paraba. Ronroneando y con un brillo cómplice en sus ojos fríos me explicó:

-No puedo es que me escapé unos minutos para venir a verte. No quiero que me vean.

Instintivamente giré la cabeza para mirar hacia su casa. Nadie a la vista. Mientras tomaba nota comprendí: otra vez me estaba peloteando. Mi gesto de aprensión me había colocado justo allí donde quería tenerme: en el reconocimiento de una especie de complicidad culposa con ella. Traté de recomponer mi estrategia, pero la pequeña guerrera sabía que cuando se tiene ventaja hay que seguir pegando.

-¿Entonces? ¿Te mostró mi madre su lugar secreto o no? –y juro que por el tonito de voz y por el brillito en los ojos era difícil decidir a qué lugar secreto se estaba refiriendo.

-Veo que estás atenta a todo –esbocé, boqueando con el agua al cuello.

-Prestando atención es que se aprende –retrucó de inmediato.

Entonces traté de salir de la situación aplicando la pesada.

-Me da la impresión de que tenés algo contra tu madre.

-Al contrario, es la mejor madre posible –declaró leibnitzianamente.

-¿Lo decís en serio?

-Por supuesto. Aplica la mejor forma de querer a los demás.

-Que sería ¿cuál? –pregunté con desconfianza.

-Sólo da lo que ella cree que los demás necesitan. O sea, lo que a ella se le antoja dar.

Otra vez en la lona. ¿Cómo desatar semejante nudo? Increíble tanta precocidad.

-¿Estás pasmado? –preguntó burlándose de mi lentitud-. ¿Te mostró o no te mostró sus secretitos? –insistió ya dejando de lado la ambigüedad y yendo al hueso.

-Hay cosas que no se hablan con una niña –corté, tratando de recuperar si no terreno por lo menos dignidad.

Volvió a mostrarme todos los fierros, muy satisfecha. En mi respuesta podía leerse una velada confesión.

-No me mostró nada –salté, corrigiendo mi torpeza.

-Sí te mostró –sancionó la inquisidora. Y era cierto, al menos en lo concerniente al hoyo en las dunas, de manera que no podía desmentir sin entrar a discriminar cosas a mostrar, error que podía serme fatal.

-Hay cosas que no se hablan con una niña –insistí torpemente, cortando por lo más grueso y hundiéndome un poco más en las implicancias.

-Querido –dijo entonces, con un mirada de verdadero desafío en sus ojos fríos-, conmigo se puede hablar de cualquier cosa, yo se todo lo que hay que saber, y además... lo hago.

Ahí sí que me arrinconó. Jaque al rey. Sólo quedaba batirme en retirada. Poner pies en Polvorosa. Sonreí canchero y apuntándole con el índice acusé:

-Usted es una pequeña diablesa cuya función es distraerme de mi trabajo.

No le gustó nada. Al tratarla así la infantilizaba y eso no se lo tragaba. Me miró como calculando y después, sin encontrar con qué tirarme, se dio la media vuelta y se alejó hacia la salida a la playa sin decir ni chau. Me quedé mirando alejarse su cuerpo perfecto de entre niña y adolescente, sus nalguitas de ángel que todavía no conocían la ciencia del meneo. Victoria pues, pero apelando a los peores argumentos. Queda por saber cómo supo que su madre me había mostrado su refugio en las dunas. ¿Estaría siguiéndome? ¿Estaría tirándome de la lengua, tratando de sacarme de mentira verdad? ¿La madre la tendría al tanto de sus aventuras? Impensable. *Mistère*.

De reojo me miré en el espejo. La mirada que encontré me decía que no me hiciera el vivo, que no estoy engañando a nadie, que lo que había hecho había sido someter al espíritu soberbio y rebelde de la muchachita al aguijón de un desafío, quién sabe con qué consecuencias.

...

Lectura nocturna. Las cartas de Mallarmé a Méry Laurent. El Fauno (como le gustaba hacerse llamar a Mallarmé) enamorado blanda, platónicamente (o casi) de una especie de furcia al servicio de la farándula intelectual. El único amor en su vida aparte del conyugal. (Vida por demás conocida dada la masa impresionante de documentación y testimonios conservados, que dan fe de la unción religiosa con que lo consideraban quienes lo rodeaban). Su célebre poema *La tarde de un fauno* es el intento de vivir ilusoriamente la faunidad. Es evidente la empatía entre la personalidad tímida y retraída de Mallarmé y el ánimo retozón y distraído, como de mascota, de su fauno. Remolón y sensiblero su fauno no sabe muy bien si acaba de despacharse -à trois- un par de ninfas o si todo no fue más que un sueño y tuvo un “coito con la Nada”, al decir de Jankelevitch (eufemismo para no decir que se hizo una paja).

Es, sin duda, el fauno más famoso de la Modernidad, a causa de la escritura finamente ambigua de Mallarmé, pero también gracias a la publicidad extra que le proporcionó -más bien póstumamente- el *Preludio* de Debussy, perfecta equivalencia musical del delicado equilibrio entre la agitación y la duda, entre la apoteosis de la embriaguez sensual y la persistencia de la duda. Más allá de la admirable orfebrería poética de Mallarmé una de las razones para la fama de su poema está en el contenido, en la notable sensibilidad (empatía mediante) con que supo expresar (es decir: inventar y expresar) la bruma algodónosa que es la mente de su fauno.

...

Con todo y su calidad artística el poema de Mallarmé no se aparta en absoluto de la norma que caracterizó a la representación (en pintura, escultura o poesía) de los duendes de la sexualidad grecolatinos -faunos y sátiros- en la Modernidad. Profundizando el costado juguetón e inocente del modelo clásico, los faunos de la Modernidad son faunos completamente estetizados, edulcorados, inofensivos, domesticados, son faunos ya no de selva agreste sino de jardines de ensueño, son faunos de peluche, pasteurizados, representaciones dirigidas a las élites sensibles y cultas, primero de la aristocracia y luego de la burguesía, meros bibelots para vitrinas frente a las que las damas se sonrojan y los caballeros se aclaran nerviosos la garganta antes de espetar alguna trivialidad. Ya no expresan la voracidad sexual en toda su potencia, como en la antigüedad, sino la vaga e inconsistente nostalgia de un mundo natural, de una arcadia, de una edad de oro que existió alguna vez, antes de que se desencadenara la opresión progresiva del proceso civilizatorio.

Bernini y Rubens, por ejemplo, son hitos relevantes en la caligrafía artística y mitológica concierne a sátiros y faunos, que comenzó a funcionar desde temprano en el Renacimiento y siguió tan campante hasta el siglo XX (hasta Rodin, Picasso, Dalí, por citar al voleo). Toda una industria de lo faunesco ornamental prosperó desde la Francia barroca (Jean François Saly) a los Estados Unidos del liberty (Edgar Walter). En la Alemania del XVIII los delirios de Rousseau en torno al Hombre Natural generaron una disparada fáunica, tanto en dirección a lo idílico (Gessner) como a lo paródico (Wieland, Goethe). (El *Sátiro* del joven Goethe es un charlatán de feria que pregona el retorno a la Naturaleza. Traicionado por sus apetitos desbocados resulta expulsado. Se aleja murmurando: “Yo sólo quería esclarecer vuestros cerebros y aliviar a vuestras mujeres de las moscas que vosotros no les espantáis”) (Bien dicho). En Francia una manada de faunos apacibles e inofensivos pueblan los poemas románticos, romántico-tardíos y simbolistas (de Chénier, a Hugo, Baudelaire, Musset, Glatigny, de Lisle, Banville, Rimbaud incluido etc etc etc). Mucho más peluchescos, desprovistos de toda picardía, son los faunos de la literatura anglosajona (de Marvell a Hawthorne). El decadentismo de fines del XIX, intensamente misógino, interesado en subrayar la atracción que la fémina experimenta por lo animal (síntoma inequívoco de su propia animalidad), también recurre a la figura del fauno, mitad hombre, mitad animal (Bouguereau, Roll, Lambeaux, Böcklin etc).

(¿De dónde si no de las imágenes de los sátiros de gineceo sacaron, por ejemplo, Von Bayros sus mascotas de boudoir –monitos, perritos, etc, instrumentos de las pasiones solitarias de sus dueñas-, o Balthus sus gatos de lengua seca y áspera –omnipresentes en sus retratos de adolescentes calenturientas? En una cerámica del siglo V a.C. un sátiro ofrece un espejo a una dama. Inclinado hacia delante, con la grupa redondeada, su apéndice caudal equino, levantado, descubre que tiene el sexo erecto aprisionado –para disimularlo- entre los muslos).

Este capítulo acerca de la persistencia de la imagería fáunica original durante la Modernidad permite el despliegue erudito (en la multiplicación de los ejemplos) y el giro elegante (en la ironía de los comentarios). Necesario insistir en que, pese a la extensión de esta industria del bibelot fáunico, el rol fáunico en el imaginario colectivo lo cumplieron durante ese período las distintas encarnaciones propiamente modernas (Don Juan, Casanova).

...

Leyendo las cartas de Mallarmé a Méry Laurent. De pronto imagino que Mallarmé me ve leyendo estas cartas suyas absolutamente íntimas. ¿Que me diría, apocado y pudoroso como era? Que soy de la Gestapo. Que ignoro los derechos de los demás. Como si Kafka me encontrara sentado a su mesa leyendo sus diarios. ¿Por qué nos parece tan natural lo que en realidad es un acto de barbarie? Si a mi alguien me hiciera algo similar ¿qué haría? El argumento justificatorio es que estudiando esos papeles se puede llegar a un saber relevante sobre su obra y que como están muertos no se hace mal alguno. En primer lugar ¿qué saber relevante habría en los papeles sueltos que dejó una persona? ¿Un saber respecto de ella? ¿Y a quién le importa ese saber, al margen de la vil curiosidad chismográfica? ¿Al conocimiento de su obra? ¿Y quién dijo que la obra se conoce a partir del conocimiento del autor? Eso no es cierto, para nada, en absoluto. Lo que puede saberse de la vida y miserias de un escritor no aporta absolutamente nada al conocimiento de su obra. En segundo lugar: no es cierto que no se hace mal alguno. Revelando las intimidades del autor muerto se le hace el mismo daño que si estuviera vivo. El que no entiende algo tan obvio no entiende lo que es una persona, ni lo que es estar vivo, ni lo que es estar muerto; actúa en la convicción de que se puede maltratar y expropiar con absoluta impunidad a los muertos. Además: exponer a la curiosidad pública las intimidades de un autor puede interferir negativamente con el conocimiento de la obra. Y que no venga a decirse que tendríamos la misma visión de la obra de Poe, Kafka o Joyce si no hubiéramos escudado en sus vidas como lo hemos hecho. La interpretación de sus obras está distorsionada por la novela que hemos escrito de sus vidas. El tema es éste: los muertos también tienen sus derechos. Si hay cartas de derechos de los animales ¿por qué no la hay de los muertos? Tienen derecho a la intimidad y a la privacidad, por ejemplo. Pero si en este mundo de mierda no se respetan ni los derechos de los vivos ¿quién respetaría, quién haría respetar los derechos de los muertos?

...

Poco antes del atardecer. Martín y Nico. Compinches. El hijo del patrón y el hijo del capataz. Culo y calzón. Qué tierno. Regresan de sus correrías. En vez de entrar hacia el fondo de la casa vienen de mi lado del matorral. Veo entonces que Nico trae medio escondido un animal muerto. Una paloma. Habrán estado probando sus hondas. El chico silvestre enseña al chico urbano las artes de la muerte. No pueden entrar con la presa a la casa. Irene pondría el grito en el cielo. Discuten qué hacer. Nico deja caer la presa entre los pastos altos. Entran a la casa. A bañarse y a cenar. De noche, ya con la luz apagada, Martín revive una y otra vez el momento en el que el pájaro es alcanzado por la piedra. El aleteo desordenado en pleno cielo.

...

Estoy desayunando a media mañana cuando se aparece la gordita de la inmobiliaria en su ruidosa motoneta a traerme un sobre que el Correo ha dejado en su oficina a mi nombre.

-En realidad -explica- hace unos días llamé por teléfono una dama desde Buenos Aires preguntando si nosotros le habíamos alquilado a usted.

El sobre me lo enviaba Florencia. Contenía una carta, un libro y un misterioso paquetito rectangular. He aquí la carta:

“Coco, de casualidad tropecé con este libro en una librería de ofertas de la calle Corrientes. Me puso a recordarte con una intensidad cuyos extremos confío a tu imaginación. Supongo que ya lo tenés o lo leíste. Te lo mando igual. Si no lo leíste espero que sea una contribución útil a ese repensar tu *Fauno* del que me hablaste en diciembre. Ardo en deseos de saludarte con la reverencia acostumbrada. ¿Cuándo volvés? Yo vuelvo a Montevideo a principios de febrero. Florencia”.

El libro es *Cartas de un sátiro* de Rémy de Gourmont, y yo no tenía la menor noticia de su existencia. Tenía una vaga idea de quién fue Gourmont pero no había leído una sola página suya. Es una edición argentina de mediados de los noventa. Una buena edición excepto por un curioso detalle: en la página del copyright atribuye a una tal Liliana García un prólogo que no está en el libro.

El misterioso paquetito rectangular contiene tarjetas personales mías, es decir, tarjetas personales que ella mandó hacer para mí. Dicen así:

Ercole Lissardi

Escritor italiano de lengua charrúa

Satirólogo

Al pie: mi teléfono y mi e-mail.

Buena puntada. Enternecedora. Aparentemente Florencia se ha hartado del retardado mental de su edad. Enhorabuena. Yo también ardo en deseos de que vengas a hacerme aquellos saludos, las reverencias acostumbradas a que te referís, las reiteradas inclinaciones de tu cabecita... sobre mi vientre, a las que sos tan afecta.

...

A Florencia le encanta felar. A la mayoría de las mujeres, según mis estadísticas personales, les encanta felar y estan dispuestas a demostrarlo. (No, no voy a escribir aquí “Las demás supongo que se reprimen”). Las que son capaces de entregarse profundamente a su pulsión llegan a caer en trance al hacerlo. Sólo les interesa el monolito. Ignoran, borran al tipo, al cual, por supuesto, de todas maneras le encanta ser el detentador del monolito al que se le rinde pleitesía. Como las damas suelen eternizarse en aquel trance el tipo - consciente de que la situación conduce, tarde o temprano, a lo bruto o sutilmente, al vertido del divino licor, que las damas más exquisitas gustan beber directamente de la fuente- enfrenta las siguientes alternativas: o bien rendirse al narcisismo y proveer el divino alimento, o bien cortar y pasar a otra cosa. (Wimpy era el que decía “el tipo”: tendría que redactar este pasaje imitando el estilo pedagogizante de Wimpy).

A las delicias de esta dulce pleitesía se niegan los o las idiotas que intentan clavar la cuestión de la igualdad de derechos de hombres y mujeres como una cuña en la naturaleza de las prácticas sexuales. Aspiran a la regulación de los modos y maneras de la sexualidad, tal y como lo hizo en su momento el catolicismo triunfante. Una cosa es la igualdad de derechos y otra ser una hembra (o macho) hecha (o) y derecha (o) que responde sana y vigorosamente a sus inclinaciones naturales o culturales (lo que sea), entre las cuales sin duda está la de la adoración del monolito. Florencia que, tiernita aún, ya es una temible feminista, es de las que —¿paradojalmente?— cae en trance a punto tal que a uno le da un cierto temor de llamarla a realidades más fecundas y fecundantes.

En resumidas cuentas: que habrá más Florencia, a Dios gracias.

(Me ilusiono pensando que si publicara lo que antecede quizá alguien... una feminista... o un editorialista de Radio Carve... o de Radio Oriental... o quizá algún neocomunista

encumbrado en algún ministerio... alguien quizá... en fin... me haría el favor de reaccionar públicamente con total indignación. Pero no, son puras ilusiones... si lo publicara no pasaría nada. Este país culturalmente es un cadáver, ya no reacciona con nada).

...

Por información sobre Gourmont recurro al infaltable e infalible Mario Praz (o casi infalible: la nota 4, en la página 771 de la edición de El Acantilado de *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, nota concerniente a Casanova, contiene un error para nada menor). Dice Praz que Gourmont supo curtir -en los tiempos de su amistad con Jarry, a principios de los noventa-, la moda decadentista, agregándole al sadismo habitual de la corriente, de su propia cosecha, un fuerte perfil misticista. También dice que era un filólogo y un erudito, y un “doctísimo conocedor de textos”.

En cuanto a las *Cartas de un sátiro* -que he leído de un tirón, con escalas técnicas apenas para un chapuzón y un sandwich- ¿qué puedo decir? En primer lugar que en este libro Gourmont, reniega de su pasado de sadista decadentista, apologeta del sufrimiento, a favor de los placeres silvestres de su fauno. El escritor de “página lasciva y vida proba” de Praz opta por la página también -comparativamente- proba. En segundo lugar, que es a la vez increíble y perfectamente lógico que haya venido a caer en mis manos precisamente en este momento. No es que yo me dedique al culto de la casualidad como el amigo Julio, pero es evidente que este tipo de casualidad existe porque existe una lógica poética que se dedica a fomentarlas. ¿Qué otra cosa podría haber conseguido que Florencia, de visita a sus parientes en Buenos Aires, tuviera a bien ingresar en pleno espeso enero porteño en alguno de esos tristes locales de saldeo de la calle Corrientes y divagar entre las mesas y entre las masas de papel amarilleado hasta encontrar este librito? ¿Qué otra cosa -ayudada, se entiende, por la presunta decepción que le causara el retardado mental de su edad- podría haber conseguido que al ver el opúsculo la enardeciera el recuerdo de mis humildes homenajes a su belleza al punto de sacar los cinco pesos de la cartera, llevarse el atadito de papeles, llegar a casa de sus parientes, llamar a informes en Uruguay para averiguar los telefonos de las inmobiliarias de Cuchilla Chata, llamarlas hasta dar con la que me alquiló, tomar su dirección y enviármelo por Correo, con tanta puntería que me llega precisamente la mañana en que voy a excavar el filón en el que resulta perfectamente adecuado dar con esta pepita de oro?

Porque sin duda que se trata de una pepita de oro. A dos puntas.

Primero porque es el primer texto que conozco en el que se hizo lo que hice en el *Fauno*, o sea, hacer aterrizar a un fauno de verdad, o sea al bicho mítico grecolatino, en el mundo de hoy. Sacarlo de los jardines de ensueño, sacarle el peluche y hacerlo revistar en nuestra dura y triste realidad, para ver cómo la lleva. (Más o menos, de última, y ahora que lo pienso, lo que hace Pasolini con Jesucristo en *Teorema*).

Segundo porque viene a confirmar lo ajustado de la manera en que pensaba redondear la consideración del muy filofáunico XIX francés, como se verá a continuación.

...

El bibeloteo fáunico francés del siglo XIX, que conoció su turning point cuando Mallarmé -el mal armado- cedió la palabra al pata de cabra y orejudo habitante de las florestas, alcanzó sus frutos más significativos apenas dada vuelta la página del siglo. *El*

supermacho (1902) de Jarry y las *Cartas de un sátiro* (1907) de Rémy de Gourmont cruzan la raya ontológica y epistemológica, abandonan los jardines de ensueño y las estampitas picarescas, y aterrizan, con distintas consecuencias en el mundo actual, el de las ciudades enormes y los dizque progresos científicos. Gourmont fue de los primeros que le dieron bola al joven homosexual y misógino, alcohólico y provocador vocacional Alfred Jarry. Ambos -la huella profunda está en sus escritos- ponían al Fauno Mallarmé entre las más altas deidades que poblaban el panteón finisecular. Más allá de estas coincidencias los caminos de Alfred y Rémy difieren.

Jarry utiliza el término “supermacho” porque su finalidad es la del subtítulo: escribir una “novela moderna”, aunque no olvida marcar con extremada precisión en el texto el origen de su personaje: al describirlo físicamente dice “sus pies eran extraordinariamente pequeños, como en los vasos antiguos los de los faunos”. El supermacho de Jarry se camufla bajo la apariencia de un ciudadano perfectamente mediocre. Un día el tal ciudadano decide mostrarle al mundo –con la intención de burlarse de las proezas del body building y de la tecnología- lo que es un verdadero super macho. Se trata de oblar un mínimo de 70 veces (sí, señor, setenta) en 24 horas, con la colaboración de 7 damas del oficio. Como se ve Jarry toma la cuestión de la faunidad, yendo al grano, por el lado eréctil, gimnástico.

Que Jarry expusiera a su fauno al ridículo de una competencia sexual –contrarreloj para ser concretos- está en el orden de las cosas dada la naturaleza de su proyecto, o sea, imaginar a un hombre capaz de superar a todos los artilugios que producía la ciencia, en plena eclosión en ese momento. Su fauno es el verdadero predecesor de Superman: no sólo triunfa en la competencia sexual, además montado en su bicicleta –Jarry era un fanático practicante del ciclismo-corre más rápido que una locomotora, y conectado a un generador de electricidad, lo funde. (Diferencia de actitudes: cuando Fellini en su *Casanova* inventa una competencia sexual –que, por supuesto, no existe en las *Memorias*- de lo que se trata es de uno de los tantos medios de que se vale para desacreditar al veneciano, por quien no siente –vaya uno a saber por qué, o quizá sí sospechemos por qué- sino desprecio).

Pero hete aquí que el experimento con el “supermacho” se modifica cuando aparece una brava ragazza pidiendo cancha al grito de “Déjenme a mí”. De hecho está fascinada por la perspectiva de conocer al “Amante Absoluto”. “Debe existir puesto que las mujeres lo concebimos” especula, poniendo el acento en la verdad profunda del asunto, la que sospechamos al descubrir la guarida del fauno en lo profundo del gineceo griego, la que intuyó Szentkuthy al decir que Casanova no es más que un complemento abstracto de la mujer, y la que teorizó Lacan pasando, para comprender a Don Juan, al otro lado del mostrador, a saber: que el paradigma fáunico es *femenino*, más allá de lo que signifique para los hombres. (Por oposición, el paradigma del amor puro ¿sería masculino?).

Por supuesto que este sustituir a las siete profesionales por la audaz que se propone agotar al Amante Absoluto no tiene pocas consecuencias. En primer lugar saca al asunto del terreno deportivo, de la competencia del hombre contra la máquina. El asunto de batir el récord es desplazado por el asunto entre ellos. En segundo lugar, al ser uno solo el vaso recipiente de las setenta demostraciones la audaz queda al borde de la muerte. De hecho el fauno cree que la mató. Los faunos son ingenuos:

-Las mujeres jamás mueren en aventuras como estas –murmura sarcástico Jarry.

En tercer lugar, e inevitablemente, la audaz se enamora perdidamente -¿cómo no?- del Amante Absoluto. En cuarto lugar, el fauno, cuando cree que la mató sufre un shock, y entonces, por primera vez la ve, y por consiguiente se enamora de ella. ¿Colorín colorado?

No. Tanta felicidad no cabría en este mundo. Aquí pasa, grosso modo, como con Romeo y Julieta (él cree que ella murió etc). El fauno –que no sabe que la audaz ha sobrevivido- es sometido por el padre de ella, un científico –que sí sabe que su hija ha sobrevivido pero cree que el tal fauno no ama a su hija- a las descargas (de diez mil voltios) de una Máquina-para-inspirar-amor, con las consecuencias predecibles: termina por achicharrarle el cerebro.

Resumiendo: Jarry releva “científicamente” (para hablar a la manera de su “novela moderna”) las consecuencias de soltar a un verdadero fauno en el materialista mundo actual: deberá cotejarse con las estadísticas, competir con máquinas, demostrar que puede vencerlas. Pero además –inevitablemente, puesto que son las damas quienes lo han concebido- deberá colmar las expectativas (ilimitables) del imaginario femenino. Y es aquí que las consecuencias son imprevisibles, porque este ayuntamiento entre la mujer y su imaginario –“científicamente” relevado- nunca antes había sucedido, sucede por primera vez en la historia de la literatura y de la mitología universal. La mujer, por supuesto, se enamora de su imaginario hecho realidad, y el fauno se enamora de esta fantástica amazona dispuesta a morir cogiendo. Semejante amor entre Amantes Absolutos, ese Amor Absoluto es, por supuesto y por definición, digamos, imposible.

...

(El tema del Amor Absoluto no era nuevo en la obra de Jarry, tres años antes con ese título había publicado en edición de 50 ejemplares, sólo para los amigos, un texto casi hermético por sus dificultades en el que hurgaba en los misterios del incesto madre-hijo, llamándose el hijo no por casualidad Emmanuel Dieu. En 1955 Bataille redacta *Mi madre*, que nunca entregará a la edición, y cuyo eje es la misma tríada Dios-madre-hijo, puesta a funcionar incesto mediante

La influencia de Jarry en Bataille –no relevada hasta donde se por sus respectivos exégetas- no es de sorprender: el testimonio de las lecturas de adolescencia de Bataille que da el otro André Masson –no el pintor- dice que era devoto lector de los decadentistas, citando en particular a Gourmont y a Huysmans). (El protagonista de *Mi madre*, como el de *El hombre sin atributos*, revisando los papeles del padre recientemente fallecido encuentra fotos pornográficas. La escena funciona como bisagra hacia situaciones incestuosas, con la madre en un caso, con la hermana en el otro. Con todo respeto para la escandalosa originalidad de la escritura batailleana, creo que *Mi madre* debe ser analizada en la encrucijada de los textos de Jarry y Musil. Parafraseando a Lévi-Strauss diremos que el mundo de las ficciones también es redondo).

...

El aterrizaje en el mundo actual del fauno de Gourmont es mucho más discreto, mucho menos espectacular y trágico que el del fauno de Jarry. Gourmont muestra una fina comprensión de la naturaleza de los faunos. Su fauno no se adapta al mundo de los humanos, es incapaz de una doble personalidad como el de Jarry, no soporta el sentimentalismo, el gusto por el sufrimiento y el aburrimiento profundo que aquejan a los humanos, y finalmente decide retornar a Grecia para volver a vivir en alguna de las pocas florestas agrestes que van quedando allí. De hecho, si llega a convivir durante un lapso con los humanos es porque cayó en un ambiente de mujeres de costumbres liberales (putas

refinadas, en realidad), porque de haber ido a dar entre mojigatas hubiera huído mucho antes.

La comprensión que Gourmont tiene del fauno está hecha de erudición -como dice Praz, era un “doctísimo conocedor de textos”. Al comienzo del libro el fauno (que cuenta su peripecia en epístolas que dirige a Gourmont) cuenta sus dos mil años de historia, su origen griego, su metamorfosis latina, su diabolización medieval cristiana y su retorno renacentista. La historia que nos cuenta, como no podía ser de otra manera, es la historia de su presencia en los productos de la cultura occidental. Comparado con lo que yo estoy haciendo lo que le faltó a Gourmont fue comprender lo fáunico más allá de su encarnación en la Antigüedad, y explorar en busca de las formas en que encarnó en la Modernidad. En realidad es sorprendente que Gourmont, habiendo comprendido profundamente lo fáunico, y habiendo escrito páginas breves pero jugosas sobre Casanova (suya es la famosa duda, refiriéndose a las *Memorias* de Casanova: “¿Y si por casualidad fuera una novela? Y bien, entonces Casanova sería el más grande novelista que jamás haya existido”), no haya sido capaz de relacionarlos.

El par de páginas que dedica Gourmont a homenajear a Mallarmé (una de las amiguitas del fauno le recita poesías) contienen la mejor interpretación (paráfrasis explicativa, en realidad) del poema *La tarde de un fauno* que conozco (y vaya si mentes brillantes se han esforzado -con poco éxito y sembrando más confusión- tratando de parafrasear adecuadamente el poema para hacerlo inteligible), incluyendo además el señalamiento de la empatía entre el autor y su personaje que está en la base del éxito del poema. Pero el mejor homenaje que Gourmont le hace a Mallarmé consiste en la profundización de su idea, es decir, cederle la palabra al fauno para penetrar en su mente. Ese es el verdadero tema de esta novelita epistolar.

Al aprender a leer y escribir el fauno se da cuenta de que ya no ve como veía, que su relación con el mundo no es la misma, que está no “dentro” sino “fuera”; al aprender a amar conoce una prisión mental insoportable; al aprender las reglas de la convivencia humana se da cuenta de que ya no puede expresar abiertamente lo que siente; pronto se da cuenta de que empieza a excitarlo más la idea del amor que el amor mismo, de que ya no es capaz de vivir la vida como se le presenta sino que necesita continuamente aplicarle la jerga metafísica, de que lo cercan y amenazan contaminarlo las filosofías de la autorrepresión, de la voluptuosidad del sufrimiento y del goce del envilecimiento.

-¡Qué inhibido me siento por la civilización y qué injustas son las mujeres! —suspira-. No entienden que yo las amo a todas. ¿Acaso no me pertenecen todas ya que puedo satisfacer a todas? No saben lo que es un sátiro, lo que es esta potencia de la naturaleza desatada por el deseo. La fidelidad no forma parte de la naturaleza de los sátiros, y el capricho es divino. Somos la potencia de la naturaleza y si llegáramos a morir ustedes estarían también condenados a morir.

Digna continuación para que lo que Mallarmé había logrado en su notable égloga al mostrarnos la mente puro presente y pura voluptuosidad del fauno. (Para cerrar el bucle: cuando el fauno de Gourmont nos dice que ha perdido “la visión amplia pero turbia e inconsciente”, que es la suya, sutilmente nos está diciendo cómo leer el poema de Mallarmé: no con la lupa del gramático sino con la visión amplia, turbia e inconsciente del fauno. La mejor crítica de poesía es la que nos enseña cómo leer a un poeta —y a cada uno se lo lee de manera diferente, por supuesto).

Conclusión: la interpretación de su fauno en el mundo actual que hace Gourmont es idéntica a la que de Don Juan hiciera Kierkegaard y a la que de Casanova hará Szentkuthy.

De lo que se trata es de la sensualidad en estado puro, sin restricción alguna. No había sido teorizado aún, en sus respectivos tiempos, el paradigma fáunico –de hecho ¡ejem! lo estoy haciendo yo ahora- pero cuando caracterizan a sus encarnaciones estos tres escritores lejanos entre sí cronológica y culturalmente, dicen lo mismo. Lo cual demuestra, una vez más, la existencia objetiva, transhistórica, civilizacional, transcivilizacional del paradigma.

...

Me despierto ofuscado, irritado, con la sensación de estar terriblemente concentrado en algo pero sin saber en qué. Sensación de bloqueo mental. Agoto el termofón y sigo, con el agua fría en la nuca, pero el bodoque no se afloja. Con despertares como este lo mejor es volver a la cama y seguir durmiendo para ver si el próximo despertar mejora la cosa. Generalmente la mejora.

Con el horizonte mental cerrado me resulta imposible leer o escribir fructíferamente. Decido que es la mañana adecuada para ir al súper, que está a un par de kilómetros. En un pasillo del súper me encuentro de frente con Irene, que se sobresalta al verme. ¡Como si fuéramos amantes! Pese al engrudo mental que padezco hoy comprendo instantáneamente que ese sobresalto delata su, digamos, imaginario intencional (sólo en un día espeso como este se me puede ocurrir semejante expresión, normalmente no). Le sonrío, me responde con un “Hola” casi inaudible, más movimiento de labios que sonido, y se aleja sin más. Sólo le faltó ponerse colorada. Pone distancia. En el fondo es comprensible. Este no es un balneario ocasional para ella. Aquí tienen su casa de veraneo, y el balneario es chico, y todos los que son propietarios se conocen. Es prolija. Simplemente no puede mostrarse con un extraño, eventualmente traerlo de regreso en su camioneta. Alguien le llevaría el hecho – casual o insidiosamente- a su marido. Y un matrimonio bien llevado no es un matrimonio fiel sino uno prolijo. Pero el sobresalto que mostró, la mirada que echó en derredor fueron excesivos. No estaba sólo en juego la razonable prolijidad sino su conciencia culpable de imaginación pecaminosa. Irene se hace ilusiones. Simplemente que espera el momento oportuno.

...

Me llevo una reposera al fondo, bajo la acacia. Libo birra. La chicharra a los gritos. Son ya varios los días seguidos de calor pesado. Mi sancocho mental se densifica hasta que de pronto, inesperadamente, se abre como el Mar Rojo y deja pasar una pregunta. El recuerdo de una pregunta. La pregunta que se hace Bataille en el prólogo de *El azul del cielo*, a saber: “¿Cómo perder el tiempo con libros a los que, manifiestamente, su autor no se ha visto *obligado*?”.

La pregunta implica que una ontología textual –para usar los términos con que me planteaba el tema hace unos días- es posible, puesto que Bataille distingue entre los libros a los que su autor se vió *obligado* y los que no. Ahora bien: según yo la fundamentación de una ontología textual no podría estar en elementos objetivos (la “calidad”, por ejemplo) (concepto académico si los hay) (académico e inútil y arbitrario y resbaladizo si los hay) sino en la subjetividad, concretamente en una sintonía entre las subjetividades del autor y el lector. Bataille opta como yo por la fundamentación subjetiva, pero apunta a la subjetividad *del autor*, porque ¿cómo saber a qué libros el autor se ha visto *obligado* sin descular su subjetividad, la del autor? Para saber a qué libro el autor se ha visto obligado no basta con

el rastreo del texto mismo, hay que ir a su vida. (No tiene sentido pensar que el texto mismo podría declarar que es de aquellos a los que el autor se ha visto obligado).

Yo postulaba una especie de sincronía de subjetividades entre el autor y el lector para que el texto diga su diferencia. Bataille dice que basta con que al analizar la subjetividad del autor resulte evidente que no podía sino escribir ese texto.

Bien, bien... parecería que por aquí hay algo. Sin duda que Klemperer se vio obligado a escribir ese diario, él mismo subraya el compromiso que asumía consigo mismo de hacerlo. Lo mismo puede decirse de las *Memorias* de Casanova, aunque en este caso es posible que el autor tuviera menos claro frente a quién estaba *obligado* –no obstante, hay que recordar los varios pasajes pedagógicos, catequizantes, evangelizantes de las *Memorias*, por ejemplo, la aventura con la Vesian.

...

El pasaje que he recordado de Bataille me ha recordado a su vez algo que leí de Jabès. Puesto que, razonablemente, he traído *Del desierto al libro* a las arenas de la playa, puedo consultar el pasaje. Dice así: “No puedo manifestar mi apego a sus autores más que tratándose de textos que, con evidencia, los han perturbado a ellos mismos”. La, digamos, ontología textual de Jabès se fundamenta entonces de manera muy similar a la de Bataille: para éste los textos “diferentes” son aquellos a los que su autor se ha visto obligado, para Jabès los textos “diferentes” son aquellos que han *perturbado* en primer lugar a sus propios autores. Bataille se refiere al momento *previo* a la escritura (el autor se ve obligado a escribir, por las razones que sea, descifrables en su biografía), Jabès, quizá más sutilmente, se refiere al momento *posterior* a la escritura (el autor se siente perturbado por lo que ha escrito). En ambos casos el conocimiento del contexto biográfico del autor se postula como indispensable para sancionar, para comprobar la “diferencia” del texto. En mi propuesta los dos contextos biográficos (el del autor y el del lector) son necesarios.

El término “perturbado”, que utiliza Jabès, me parece muy interesante. Se me antoja pensar que no se refiere al escritor que queda encantado con su texto –la mayoría-, ni al que siente náusea frente a su texto –una minoría pero numerosa-, ni al que se siente siempre disconforme frente a su texto, ni al que queda sorprendido, descolocado, extrañado porque no se imaginaba traer en el colete semejante cosa, que son todas formas de perturbación, sino al escritor que en el acto de intentar atrapar con garabatos lo inexpresable tiene la intuición de lo que realmente significa la escritura, de qué manera drena a través de la escritura la fuente oculta detrás de las apariencias a las que llamamos realidad.

...

A la altura de mi tercera lata de cerveza y de mi quinto cielo de abstracción elucubratoria apareció la princesita. Se acerca a escondidas, por el sendero de la playa, insistiendo con una actitud tipo “no quiero que mis padres sepan que vengo a verte”. Cosas de adolescente. Sólo que debería de practicar este tipo de gimnasia con los de su edad. Como entre nosotros claramente ella es la que manda ya de entrada me dejó mal parado.

-¿Te acordás que el otro día, cuando te dije que se todo lo que tengo que saber, no me diste bola? –ronroneó.

Los braces le aportaban algo delicioso a su ronroneo.

-Me acuerdo –concedí, abrumado de antemano.

-Bueno. Voy a demostrarte que decía la verdad –sentenció dulcemente.

Parada ahí, tomándose las manos detrás de la espalda, con su pantaloncito rosado y su blusita blanca con puntillas, acomodándose el pelo de un dorado casi albino detrás de la oreja, con los fierritos asomándole por entre los labios, mirándome con esos ojos tan claros que parece que no miran, que ocultan la mirada, ya no me provoca un frisson de viejo verde frente a la nínfula inasible, sino que, más bien, temor por los filos imprevisibles de su precoz agresividad sexual.

-¡Hey, you! –dice agitando las manos delante de mi mirada perdida, impaciente como siempre con mis silencios-. ¿Me estás oyendo?

-Claro que te estoy oyendo. ¿Qué es concretamente lo que me querés demostrar? –pregunté cauteloso.

-No te hagas el bobo –me cortó, implacable-. Te espero a las tres (de la tarde, se entiende) en el claro del monte donde estuvimos el otro día.

-Mmmm... –hice, negando con la cabeza-. No creo que pueda ir.

-Van a pasar... cosas –ronroneó prometedora, estirando la mucosa labial sobre los fierritos.

-¿Qué cosas? –no pude evitar preguntar.

-Vas y ves. Pero tenés que estar escondido. Si no estás bien escondido, si puedo verte, entonces no pasa nada.

Y así me dejó, con las cejas levantadas, casi babeándome de curiosidad morbosa. Como de costumbre, cuando juzgó que el efecto estaba logrado se dio la media vuelta y se fue. “Esta gurisa esta rezarpada” pensé “lo mejor es no darle bola”. Aunque sabía que así el monte estuviera en llamas, allí estaría.

...

¿Demostrarme que sabe todo lo que tiene que saber? Obviamente que ese saber cuyo nombre no atreve a pronunciar sería de índole sexual. ¿Qué tipo de demostración será esa que sólo puedo presenciar muy escondido? ¿Será que esta diablesa de trece añitos –según ella- me va a ofrecer el espectáculo de sus encantos, de su concupiscencia? En soledad, calculo. ¿O acompañada? ¿Pensará despacharse a alguno de sus compañeritos de juegos sólo para mis ojos? Sea lo que sea sólo puede ser una cochinada intensa. No debiera de ir. Por supuesto que los chiquilines de su edad andan en todo tipo de transas sexuales a escondidas. Simulacros y primeras pruebas. Natural y saludable todo eso, pero no para espectáculo de los adultos, y menos para mi. Y sin embargo voy a ir. ¿Por qué? En primer lugar porque a nadie daño yendo: se supone que yo sólo mire. En segundo lugar porque este personajillo tan zarpado me produce la máxima de las curiosidades.

...

Fui un rato antes. Parado en el claro busqué la zona aledaña de follaje más tupido. Allí me eché de panza. El calor del mediodía, capaz de volver combustible cualquier cosa que se deje al sol. La hojarasca sobre la que me acosté estaba reseca. Al menor movimiento crujía, y en el silencio del monte sonaba como un estampido. De sólo respirar sonaba.

Puntualísima apareció la anfitriona, vestida como en la mañana y con una esterilla de playa enrollada debajo del brazo. Miró en derredor, buscándome. No dio muestras de verme, aunque en determinado momento me pareció ver en su mirada la fijeza propia del

instante de la detección. De inmediato apareció el grandulote Nico, con el sombrero bobo hundido hasta los ojos.

-Dale, apurate –ordenó la princesita como si hubiera estado esperándolo mucho rato.

El muchacho se desabrochó la bermuda y la dejó caer al piso. Para el lomo que tenía los genitales que dejó ver eran realmente modestos. Apenas tenía una sombrita de vello negro en el pubis.

-La tenés chiquita –protestó Clara con voz de niña insoportable.

-Ya la pongo grande –aseguró el muchacho, y se puso a tironear del apéndice.

Clara extendió la esterilla sobre la arena, se sacó el short, lo dobló y lo puso sobre la esterilla. Todo con movimientos prolijos, precisos y perfectamente indiferente a las presencias masculinas, como si estuviera sola por la noche en su dormitorio. Si ella tenía vello en el pubis no era visible por lo rubio y por lo blanco de la piel. Se sentó en la esterilla, poniendo las nalguitas sobre el short y dándose cuidadosamente la espalda.

El grandote, mirando fijo las desnudeces de la princesita, consiguió rápidamente una erección, aunque lo suyo seguía siendo muy poco impresionante. Clara se tendió hacia atrás en la esterilla quedando apoyada sobre los codos. Separó las rodillas. Todo pintaba, tal como lo había supuesto, como para que fueran a echar un polvito. ¿Esta chiquilina de tan buena crianza y excelente aspecto le habría entregado el virgo al brutote del hijo del capataz?

Los acontecimientos habrían de mostrarme cómo la cultura de clase la había defendido de semejante riesgo. Así tendida sobre la esterilla la maja se limitaba a mostrarle sus tesoritos al patán, que se le arrodilló delante sin dejar de mirar aquello, con la lenguota asomándole entre los labios, respirando ruidosamente por la nariz y concentrado en hacerse la paja, para lo cual, por falta de paño, no usaba más que tres (el índice, el anular y el medio) de sus dedotes de laburante precoz, porque para empuñarla, lo que se dice empuñarla, le sobraba mano o le faltaba pija, de las dos una y como se lo quiera ver.

Como que para él lo importante era acabar pronto se jalaba del pellejo cada vez a más velocidad generando un flap-flap desagradable al golpetear la mano contra su vientre generoso. Empezó a soltar un grito como de bicho asustado. Aquello no daba para más. Entonces:

-Mostrámelo –exigió entre dientes.

-¿Qué querés que te muestre? –ronroneó la princesita, con un tonito casi jodido de tan displicente.

-¡Mostrame el ojo! –bramó el patán.

Entonces la princesita terminó de recostarse, se frotó las manitas y luego las frotó contra los flancos de la blusa para sacarles la arena que pudieran tener adherida, separó aún más las rodillas y llevó ambas manitas hacia la entrepierna para ahí hacer no sé qué, porque yo estaba precisamente en aquel punto desde el cual no podía ver en absoluto lo que allí hiciera. Aunque, obviamente, no podía estar haciendo otra cosa más que separar los labios de la vagina.

¡¿Para mostrarle “el ojo”?!

-¡Un momento! ¡Esto es Bataille! –estuve a punto de gritar. Por un momento pensé que todo aquello no era sino una especie de puesta en escena en clave culterana armada especialmente para mí, para tomarme el pelo.

Lo cierto es que ver el ojo que supuestamente le mostró la princesita disparó inmediatamente la potencia del muchacho. Vi volar el primer goterón que pasó en vuelo

rasante por encima de Clarita. El segundo debe de haberle acertado, porque soltó un grito de asco.

La princesita, inclinándose hacia delante, se tocó el interior de un muslo, cerca de la rodilla. Levantó los dedos unidos por una especie de baba densa.

-¡Qué porquería! –dijo, asqueada y despectiva.

El patán seguía castigándose, los ojos revirados mirando más que hacia el cielo hacia su propio cráneo, pero desde adentro. De la garganta cerrada no se le escapaba (los placeres de los inferiores tienen la obligación de ser discretos) más que el fuelle de una disnea apagada, como de asmático, hasta que vencido, vaciado, se sentó sobre los talones y empezó a reírse, con una risa forzada y obscena. Después, muy lentamente, se derrumbó de costado sobre la arena, emitiendo alternativamente suspiros de placer y restos de su risita absurda.

Clarita se paró y, olvidada de mí –lo digo porque separó las piernas y se inclinó hacia delante revelándome el secreto de entre sus nalgas- se dedicó obsesivamente a limpiar la ofensa, frotándose el muslo ofendido con un puñado de arena. Debo decir que aquello que escondía más que cualquier otra cosa era dulcemente ¡rosado!

El patán estaba como fulminado por un rayo. Apenas cada tanto le sacudía el cuerpo algo así como el recuerdo de aquello que le causara gracia. Clara se vistió, recogió la esterilla y se le acercó. Le puso un pie sobre la cadera y dijo:

-Despertate, cerdo, que tenemos que ir a hacer los mandados.

Y, sin más, salió de escena. El patán se paró casi enseguida y se enfundó las bermudas mascullando algo así como:

-La puta que la parió, qué hija de puta –y la siguió.

Con lo que queda demostrado que el placer de los pobres es el residuo del placer de los ricos.

...

Después del Pampero el agua había quedado marrón y helada. Empezó a soplar del Norte y seguía estándolo. El shock de la zambullida era justo lo que necesitaba en ese momento. Hice la plancha un rato digiriendo mis impresiones.

Bataille tenía razón, pensé: es un ojo lo que tienen las mujeres entre las piernas. La cuenca de la vagina es una cuenca de ojo. Y ese ojo no puede ser cualquier ojo. Es el ojo del Maligno. Esto sólo puede entenderlo el que padeció el misterio tejido en torno al sexo femenino, siempre oculto, sinónimo de pecado, y al que sólo accedemos mediante vistazos lejanos e imprecisos robados a unas faldas arteramente cortas o demasiado largas. En el fondo oscuro de la cueva ¿qué puede haber sino la Bestia que nos acecha? ¿y qué es el acecho de la Bestia sino su mirada? Así, Demonio, Bestia y sexo son sinónimos. No puede sorprender esa dificultad para mirar a la vagina a plena luz y cara a cara. Dificultad que hubo que erosionar poco a poco a lo largo de los años...

Pero ¿y el numerito de la princesita y el patán? ¿Cómo es esta historia de mostrame el ojo y de aquí lo tenés? ¿Será simplemente una jerga que tienen y no le muestra más que el agujero, la cuenca vacía? ¿O será que la princesita lo tiene sugestionado y él cree ver un ojo? ¿Será un patán hipersensible a la metafísica del sexo? ¿O será que efectivamente la maldita tiene un ojo en la pepa y se lo muestra? ¿Habrán leído a Bataille y se les quemó la cabeza y alucinan?

¡Yo que siempre he cantado loas a los coños sanos, jugosos y voraces de Miller vengo a encontrarme cara a cara con el coño retorcido y perverso de Bataille!

Así me dejaba ir en el vértigo de la elucubración, mientras flotaba a la deriva en el mar, plano de tan quieto, sintiendo cómo el sol implacable de la media tarde quemaba hasta el ardor la piel que me quedaba fuera del agua. Sin darme cuenta, hipnotizado por el gran ojo de pura luz, la corriente me había llevado más allá del banco de arena, mar adentro. De manera que olvidé mis elucubraciones y nadé duro hasta volver a hacer pie. Nadando de regreso cambié de pregunta: ¿cuándo dejé de temer al ojo vaginal –sin siquiera saber, ser consciente de que a lo que temía era a eso, a un ojo, a una mirada? Porque, sin duda, sin dejar de temerle no se puede ser libre sexualmente, no se puede ser un fauno, que es lo que soy.

En todo caso, y dejando de lado la eventualidad de que tenga un ojo en la pepa, que descarto (!), lo cierto es que la princesita es una verdadera faunesa, un monstruito de precocidad. Viene a confirmar en la realidad –para mi estupefacción- el arquetipo de las faunesas activo en *Últimas conversaciones con el fauno*. Dialoga con Gina, la voraz –que luego resulta ser Popota, el gato de Mefistófeles-, y con la ninfitas punk perseguida y atrapada en los montes de pinos y eucaliptus cercanos a Piriápolis. ¿Qué se hace con una fantasía que se convierte en una peligrosa y deliciosa realidad? Si se es sensato se huye de ella, por supuesto.

...

No tardó en reaparecer. Al anochecer yo había puesto una reposera frente a la casa y lamía voluptuosamente un dedo de whisky disfrutando del espectáculo celestial. El rebaño sagrado en todo su esplendor, a pesar de la luna llena empeñada en mostrar el enigma eterno de su pálido jeroglífico... ¡pero no es así! ¡no tan eterno! ¡de hecho la ingrata se está llevando muy disimuladamente -a razón de un milímetro por año, más o menos- su encarecido enigma a otra parte! En cada oído un murmullo sedante: en uno el de las copas de los árboles estremecidos por la brisa, en el otro el más lejano del mar. De pronto la silueta esmirriada de la princesita se separa de la gran mancha oscura del matorral limítrofe.

-¿Podés apagar la luz? –dice, como si ahí mismo fuéramos a entregarnos a la pasión.

Me paro y apago la luz del frente de la casa. Quedamos en penumbra, apenas silueteados por la luz de la luna. Yo tumbado en la reposera, ella de pie, con los brazos cruzados.

-¿Querés que te traiga una reposera? –pregunté, cordial.

-No –respondió con impaciencia-. ¿Y? ¿qué te pareció? –preguntó, perentoria.

-Cosas de chiquilines –contesté, displicente.

-Serán cosas de chiquilines, pero también las hacen los mayores –retrucó, pasando de impaciente a ofendida.

-Los mayores hacen otras cosas –le aseguré, paciente y pedagógico.

-Ya se que hacen otras cosas. Pero también hacen estas –dispuesta a defender sus saberes cuanto fuera necesario.

-¿Quién te dijo eso? –pregunté, reforzando mi autoridad con un tonito sobrador, veladamente burlón. Pero no era fácil amilanar a la princesita Clara.

-Yo lo ví –declaró separando y subrayando las sílabas, seguramente perjura pero más seguramente empecinada.

A sus espaldas describió un largo arco una gran estrella fugaz. Instante para la cifra misteriosa: su rostro en sombras, a un lado la luna llena, al otro la estrella fugaz. Entre los aromas silvestres que suben de la cañada y el olor a mar se abre cancha el perfume del

jabón de tocador que ha usado para bañarse. Los niños buenos se bañan con mucho jabón antes de cenar.

-Lo ví muchas veces –insistió, hundiéndose definitivamente en el perjurio al interpretar mi silencio como incredulidad.

Le ofrecí una coca. Antes de que pudiera atajarla dijo que ella la traía y salió hacia la casa. A través de la ventana la ví cruzar la casa hacia la cocina, abrir la heladera y sacar una coca en lata. Osada princesita. Sin duda el desprejuicio y la osadía eran componentes naturales de su carácter. Por un instante aluciné, viéndola revisar la heladera, que era la hija que no tengo. Cuando la tuve delante bebiendo su coca, dije, conciliador:

-Te creo, pero no es lo que hacen normalmente los mayores.

-Ya lo se –contestó, encogiéndose de hombros, acostumbrada a tener la última palabra.

Paladeando el momento de morbo busqué cuidadosamente las palabras para hacerle la pregunta clave:

-¿Por qué te dijo tu amigo “Mostrame el ojo”?

Se echó al colete un largo trago de coca antes de contestarme.

-Porque quería verlo. Se pone como loco cuando lo ve.

Me estaba tomando el pelo, pero era mejor ser cauteloso.

-O sea que tenés un ojo... ahí.

-Ahá.

Efectivamente, me estaba tomando el pelo.

-Es raro –comenté, como si le creyera.

Se encogió de hombros.

-Cualquiera puede tenerlo –dijo, como si fuera obvio.

-Claro –concordé.

-Es decir... cualquier niña –aclaró.

-Se entiende –admití.

Claro que lo que en realidad pasaba por mi mente era agarrarla por el cuello y decirle: “sacate los pantalones y mostrame el maldito ojo ahora mismo”, pero perverso como es uno intuí que en realidad eso era precisamente lo que ella quería hacer y decidí dejarle la iniciativa.

-Mañana nos vamos a Punta del Este –anunció, cambiando de tema-. Dos días.

-Que te diviertas –dijo levantando el vaso para brindar por mis augurios.

-Mamá se queda –dijo entonces, y como yo no dije nada, agregó-. Insistió en quedarse, dijo que está con jaqueca. Ya sabrás lo que quiere decir con eso...

-Se lo que quiere decir con eso –la diablesa me devolvía olímpicamente la instancia de tener que confirmar mis saberes.

-Pero no es cierto –siguió, implacable-. No está en esos días. Lo que quiere es quedarse acá sola.

¿Cómo demonios esta pendeja podía interpretar con tanta seguridad las intimidades mentales de su madre? ¿O la madre la tenía al tanto de sus intenciones libidinosas e incluso la había mandado para informarme? Una como la otra opción me parecían realmente increíbles. Más allá de la información que me daba propositivamente Clara me estaba diciendo que la relación sexual entre la Reina y el Consorte era tan vaga o infrecuente como para poder ella recurrir impunemente a esa excusa.

-¿No te dice nada que quiera quedarse aquí a solas? –preguntó, ladina.

-No.

-Mentiroso.

Nos quedamos callados. Grillos. El cielo superpoblado a pesar del resplandor lunar. El rumor pesado y tranquilo de las olas. En ese momento la voz de la Reina Madre clamó por su hija con ese tono de madre a hija que exige respuestas inmediatas.

-Cuando vuelva te muestro el ojo –dijo dándome la lata vacía, y, alejándose, volvió a devorarla el macizo de sombras del que se había desprendido. Suspiré hondo, encantado, mañana entonces sería el día.

...

Lectura nocturna. *Del desierto al libro*. Jabès cita a Levinas: “¿Los verdaderos libros son sólo libros? ¿No son también la brasa que duerme bajo la ceniza, como las palabras de los sabios?”. Heme aquí ante otra fundamentación para la ontología textual. Los verdaderos libros (porque la distinción ahora es entre los verdaderos y los falsos) son *también* (o sea, aparte de lo sean en una primera apariencia) la brasa bajo la ceniza (de la misma manera que la palabra de los sabios es la brasa bajo la ceniza). O sea: los libros verdaderos son ceniza debajo de la cual hay brasa. O sea: en los verdaderos libros hay un núcleo irradiador y secreto.

Jabès interpreta así el pasaje: los libros verdaderos son aquellos que, reducidos a cenizas (real o metafóricamente, como se quiera, que de las dos hay por cierto en este mundo), sobreviven como Palabra; palabra sagrada, libre, soberana. “Habría pues –dice Jabès- dos libros en uno: el libro que está en el Libro –Libro sagrado, austero, inasible- y el que se abre a nuestra curiosidad, obra profana cuya transparencia revelaría en algún sitio la presencia del Libro que oculta en su seno”. La fundamentación de una ontología textual en Levinas esta en que en ciertos textos hay un más allá del texto, que el autor debe de ser capaz de generar (sea gracias a una *tekné* o a la inspiración divina) y el lector debe de ser capaz de descifrar. Lo cual no esta lejos de mi fundamentación, que postulaba la necesidad de una especie de sintonía estructural entre las condiciones de la escritura y la lectura para que el libro se manifieste en su diferencia.

...

Otras palabras de Jabès que me disparan hacia mis temas de los últimos días: “La dificultad de ser judío es la misma dificultad de escribir; el judaísmo y el acto de escribir suponen la misma espera, la misma esperanza, el mismo desgaste”. Aquí, como en mi apunte acerca de las fotos de la colección Rotenberg y las fotos del genocidio nazi, o acerca de las fotos de Rotenberg y los diarios de Klemperer, se trata del acercamiento, en términos de “son lo mismo” de elementos aparentemente distantes. Pero Jabès es capaz de esclarecer el nexo mediante una finísima filigrana de mediaciones. En cambio yo no soy capaz de elaborar el puente, que quizá sea evidente para otro. Amedrentado por la sensación de que si consigo establecer un puente conceptual en ese mismo momento habré perdido quizá para siempre lo vívido de la intuición, me resisto a dar el primer paso, a tender la primera metáfora.

Todo esto leído y meditado con tanta pasión que por momentos olvido que mañana puede ser el día, perspectiva que vuelve para avasallarme apenas apago la luz y quedo a solas con mis pensamientos.

...

Efectivamente temprano por la mañana la Familia Real partió. Exceptuada Irene. Desayuné y me quedé sentado en el porche, súbdito leal y paciente, a esperar que su Real Majestad se dignara enviarme una señal. ¿Cómo lo haría? No la vi salir de compras. Para cruzar hasta mi casa en pleno día tenía la excusa de utilizar mi bajada a la playa, pero sola obviamente que no lo iba a hacer, por los vecinos. Quizá simplemente esperaba a la noche para cruzar sin ser vista en absoluto. Esperando me juré que si ella no lo hacía, yo lo haría. Esperé, pues, con muy poca paciencia.

El año pasado a esta altura de enero... esperaba también, pero sin esperar, sin esperanza. Luisa estaba en el CTI, mantenida viva artificialmente, sin esperanza, víctima de la decadencia del sistema patrio de salud, ya casi genocida. Decidí que era inútil intentar La Tarea en esta espera irritada del gesto de la Reina y me dejé ir en el recuerdo de Luisa, pero no en el de su muerte, sino en el de su vida, en el del inicio de sus días conmigo.

Eran los tiempos del seudónimo riguroso. Me era crucial permanecer al margen de los efectos de mis libros. De esa separación dependía que pudiera escribir. Luisa leyó en *Insomnia* la entrevista que me hizo Carlos, chat mediante. Compró uno de mis libros. Mordaz como era me aseguraba después que aquel libro le mejoró mucho el sueño.

Tenía treinta y pocos, y, divorciada, vivía con su hijo preadolescente, al que literalmente adoraba. Creía poder demostrar objetivamente que no había muchacho más guapo e inteligente que el suyo. Trabajaba en la Comisión de Juventud de la Intendencia y aunque le pagaban una miseria se tomaba el laburo como un verdadero apostolado. Era comunista de alma, más allá de los avatares más o menos lamentables de semejante adhesión. En sus ratos más secretos era poeta.

Decidió que tenía que comunicarse con el autor de aquel libro tan sedante. Consiguí mi mail y me escribió. Chateamos. Se nos hizo una rutina comunicarnos. Los intercambios eran estimulantes y llenas de humor. El suyo era un espíritu agudo, vivaz, burlón. Pronto, de parte de ambos, empezaron a aparecer las insinuaciones. Nada sabíamos de la apariencia física del otro. Ni se nos ocurrió la estupidez de intercambiar fotografías, preferíamos las certezas de la imaginación erótica. Lo que sí sabíamos era que en cada chat la sintonía en la ironía y la atmósfera cachonda, estaban ahí.

...

Recuerdo el mar de lágrimas que he vertido cada vez que iba al Hospital Italiano a verla en coma y siento la necesidad de preservar uno, el primero y más extraño de los muchos momentos maravillosos que vivimos juntos: un momento que se desprendió como fruto extraño y voluptuoso de las largas sesiones de chat. (Cuando te lo conté, Amanda, me exigiste que lo escribiera. Aquí estoy haciéndolo).

La cuestión era cómo encontrarnos, puesto que yo quería conservar mi pequeño anonimato. Ideé esto: nos citaríamos en un hotel para parejas, yo llegaría antes y apagaría todas las luces para encontrarnos en la total oscuridad. Aceptó. La cita era para un sábado de tarde, cuando su chico estaba con el padre.

En la recepción di mi nom de plume, para que al llegar ella le indicaran el número de mi suite. Apagué todas las luces y efectivamente la oscuridad era total, excepto en el baño, donde entraba un leve resplandor por una ventanilla de ventilación. Reduje ese resplandor tapándolo con una toalla y me senté a esperar.

¿Vendrá? me pregunté. ¿Tendrá el coraje para concurrir a esta cita verdaderamente a ciegas? Nunca le pregunté qué había pasado por su mente en los días previos, una vez concertada la cita. ¿Dudó? Yo dudé. Me preguntaba: ¿qué tal si esta es una de esas admiradoras con navaja de las que nos previenen abundantemente las películas gringas? En la oscuridad está uno totalmente expuesto a la sorpresa. ¿Pensó ella lo mismo? Probablemente no. Luisa era una de esas criollas admirables, de mucho temple que no le tienen miedo a nada y a nada le hacen asquitos, que andan por el mundo metiendo pechera armadas con su saber sencillo y directo, hijo de su experiencia en la vida y de esa cosa extraña a la que llamamos sentido común. Al menos ese era su yo operativo. Que allá en lo recóndito de su intimidad moraba otra Luisa sensible y delicada como las antenas de un grillo es algo de lo que da fe lo mucho y excelente que escribió durante nuestra relación, o sea, en lo que le quedaba de vida.

...

A la hora fijada, en punto, dos golpecitos en la puerta, muy suaves, tal y como convenido, me hicieron saltar el corazón. Me ubiqué detrás de la puerta y abrí. En el mínimo resplandor —la puerta daba a un garaje— ví que era alta y que llevaba el pelo corto. Cerré la puerta y ahí quedamos, uno frente al otro, en la más perfecta oscuridad.

Busco en mi memoria la huella de ese instante fugaz, antes de que las palabras llegaran para negociar alguna trama de sobreentendidos. No encuentro nada preciso. Puedo imaginar que todo mi ser, es decir, mi consciencia, mi inconsciente y mis cinco sentidos (incluida la vista, aparentemente inútil, esforzándose por penetrar la oscuridad, por ver en la oscuridad, por arrancarle alguna imagen), todo mi ser, digo, estaba en estado de alerta ultrarrefinado y ultrasensible, en espera de los signos que emitiría ese ser totalmente desconocido y peligrosamente próximo con el que compartía la oscuridad. Pero seguramente que no era así. Seguramente que estaba yo allí en la oscuridad (a la que por arcaísmo elemental temo, como cualquier humanoide no entrenado para habitarla), en la más absoluta confusión mental, incapaz —a pesar de las muchas horas previas imaginando lo que sería el momento— de la más mínima estrategia para controlar tan extraña situación. La prueba de que todo lo que había en mí era un gran bloqueo fue que me limité a decirle, como si todo fuera muy normal:

-¿Nos sentamos?

Luisa, ella sí toda coraje y sentido común, me dejó en claro de una vez las hechuras de su espíritu, respondiéndome con el mismo tonito de normalidad:

-Claro ¿dónde?

Estuvimos sentados en el borde de la cama y después yo estaba tendido a sus espaldas y empecé por tocarle la nuca y los hombros.

Pero no. No alcanza. Algo más sucedió en los en esos primeros instantes de nuestra cita verdaderamente a ciegas. Algo más que ella con el don de la palabra poética, que era suyo, hubiera podido decir como nadie y que ahora ya no va a decir nunca. Algo que tiene que ver con el conocer, no por la imagen ni por la palabra, que están gastadas hasta la náusea, sino por la presencia, antes aún del tacto, del olfato, de cualquier dato concreto, por la misteriosa presencia, sin atributo alguno, ni voz, ni palabra, ni gesto, ni fisonomía, ni nada, experimentada simplemente como el saber de que hay otro ahí. Después, en los siguientes encuentros a oscuras, que fueron varios, vino la palabra y el tejido de sobreentendidos, y los códigos del mundo. Pero esa experiencia del conocimiento por la presencia, por la pura

esencia estoy tentado de decir, ese conocimiento sin más medio de conocimiento que la sola presencia, sin atributo alguno, estar uno ahí enfrente del otro y nada más, sin dato alguno, eso ya había sucedido, y era imborrable. A partir de eso podíamos ella y yo decir: existe otro modo de conocer, misterioso, y es por la presencia. Y el agua de ese río no era cualquier agua, era un agua iniciática, bautismal. Y que no se me pregunte qué fue lo que conocimos al enfrentar nuestras mutuas presencias en ese rato antes de que la marea de los signos nos recubriera, porque es imposible decirlo. Tan imposible como describir un color desconocido apelando a los colores que conocemos. Lo que se, positivamente, es que ese saber nos cambió. A ambos, instantáneamente, sin tomar conciencia de ello en ese momento. A mí, permitiéndome sumergirme sin resistencias en Luisa, me sacó de encima algunos cadáveres ya muy descompuestos que cargaba sobre mis espaldas y me abrió tardía pero inefablemente las puertas de la verdadera madurez, la del saber y poder dar cuenta de sí. A ella, en tanto pueda yo saberlo o imaginarlo o desearlo, permitiéndole sumergirse sin resistencias en mí, le abrió las puertas de la escritura, que resultó ser la verdadera cara de su destino. Regresada a su casa escribió el primero del centenar de poemas breves que dan cuenta de nuestra relación y que aún están inéditos y que constituyen el más hermoso ciclo de poesía amatoria que conozco.

Si se me pregunta por qué atribuyo a esa experiencia cambios tan definitivos es porque no se ha comprendido lo extraordinario de la vivencia, debido probablemente a no haberla vivido pero también, seguramente, a que no me es fácil expresarla con la hondura y con la precisión necesarias. Después, en los meses y en los años siguientes (y no diré que sin haber *vuelto* a hablar de aquello, porque *nunca* hablamos de aquello –de hecho *olvidamos* aquello *de inmediato* como estrategia inconsciente para protegerlo), Luisa tuvo varias veces la alucinación, por llamarla de alguna manera, de que en medio de la noche, en la total oscuridad de su dormitorio, había un hombre poderoso que, sin decirle palabra, la cubría y la poseía dándole un placer indescriptible. Y lo que experimentaba era tan intenso que cada vez que me contaba de una nueva visita no dudaba en asegurarme que no se trataba en absoluto de alucinaciones. Estoy seguro de que no lo eran: esas visitas nocturnas eran la manera que su psiquis había encontrado para renovar el poder de aquella experiencia.

...

Después de rumiarlo todo el día, escribí lo que antecede hacia el atardecer. Inmerso en el recuerdo olvidé completamente la espera en la que estaba empeñado. A decir verdad, la emoción del recuerdo fue tan intensa (mucho más que lo que puedan haber expresado mis palabras) que, si me hubieran dado a optar en ese momento, hubiera preferido dejar el asunto de la Reina Madre para otro día. De no venir ella seguramente que hubiera olvidado mi juramento y no hubiera cruzado el Rubicón.

Pero finalmente sonaron en mi puerta dos golpecitos, sólo dos, y muy suaves, como si supiera que la estaba esperando, o como si estuviera deslizándose de una habitación a otra por los corredores alfombrados de un hotel. No había ido a Punta del Este, pero para venir a mí se había vestido como para una *soirée* muy chic, como una diosa que desciende desde las alturas del jet-set. Pantalón y camisa de seda brillante, joyas vistosísimas y, de ser auténticas, valiosísimas, sandalias doradas de taco finito que deben de haber sido una tortura para cruzar el piso arenoso de entre su casa y la mía. Y el cello. Si, señor. El cello. Del que yo a esta altura de la ansiedad me había olvidado completamente.

-Lo prometido es deuda –pronunció como si fuera una contraseña, deslizándose rápidamente dentro para salirse del cuadrado de luz de la puerta abierta.

La paciencia, la precaución y el aplomo que había empleado para que esta cita galante se concretara tal y como a ella le convenía no me dejaban dudas respecto de la amplitud de su experiencia. Nada había para rectificar en mi diagnóstico conyugal. Buena parte de la tarea de un fauno consiste en “espantarle las moscas” a las mal casadas, como decía el joven Goethe. Veremos, pensé, si en este caso valía la pena prestar el servicio.

Miró rápidamente en derredor tomando nota de la sucinta fealdad del mobiliario, del caótico despliegue de materiales en mi scriptorium interior y de la tranquila satisfacción que seguramente se transparentaba en la sonrisa y en la mirada de ese señor algo entrado en canas y en carnes de cuyas intenciones libidinosas hacia ella no podía sino estar segura, ya que la habían atraído como con imán hasta tan miserable covacha. Ella podía ser bastante más joven que yo, pero ambos éramos veteranos en estas lides.

-Estás preciosa –declaré decidiendo dejar de lado formalismos por demás superfluos cuando se había descendido desde Camelot al amparo de las sombras –eludiendo, como la princesita, miradas indiscretas - y envuelta en celofán como para regalo. Compartió sin sobresalto mi decisión de actuar como si todo hubiera estado perfectamente acordado.

-Estaré mejor si me invitás con una copa de espumante –dijo, quitándose de la frente el mechón rebelde, último refugio de su gestual adolescente, ancla de su juventud ya vacilante.

Así pues, pese a la fugacidad temerosa del encuentro en el súper había tomado nota de que en mi canasto de compras había un par de botellas de Fond de Cave, cosa que sin duda, mejor que cualquier otro signo, le había confirmado que la esperaba ansiosamente. Me pregunto hasta qué punto la ida a Punta del Este no habría sido idea de ella –a la que, lamentablemente, a último momento tuvo que renunciar por culpa de la jaqueca.

-Sentate, y dame el cello.

Lo puse en un rincón con la seguridad del que sabe manipular instrumentos musicales. Cínico como me voy poniendo con los años –y el cinismo y la incontinencia verbal van de la mano- a punto estuve de decirle que no era mi primera cellista. Pero no era todavía el momento para ese tipo de bromas.

...

Cuando volví de la cocina –con un par de vasos de champagne sobre una tabla de cortar a manera de bandeja- la señora, con la espalda muy derecha, los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza, se masajeaba la base de la nuca. No puedo decir el impacto que me produjo aquel bello busto proyectado en toda su potencia. Me tembló el pulso y bailoteó el champagne.

-Las copas te las debo –declaré sin más.

-Por la amistad –dijo con una sonrisa pícara levantando su vaso.

Brindamos haciendo sonar feamente el vidrio gruesote de los vasos, y bebimos -yo apenas, ella casi hasta el fondo.

-¿Estás escribiendo? –preguntó previsiblemente.

-Bueno, uno siempre está escribiendo... –esbocé.

-Contame.

-Es un escritor que intenta escribir un ensayo pero al que la vecina de enfrente lo perturba a tal punto que le cuesta trabajar.

-Interesante –dijo sin sonreír. Intuí que a Irene cuando le llega la hora de funcionar es de las que se pone seria como una tigresa-. ¿Y la vecina se muestra propensa a colaborar con el esfuerzo creativo del escritor?

-No puedo contarte más –adujo, recurriendo al pretexto más socorrido-, como dice Faulkner las historias que se cuentan no se escriben.

-Qué lástima –dijo y bebió el sorbo que le quedaba en el vaso. Traje la botella y volví a servir.

-¿Y se puede saber sobre qué es el ensayo que intenta escribir tu personaje? –la voz grave de Irene estaba mostrando aristas ásperas que me hacían vibrar directamente allá abajo.

-Es acerca de la faunidad.

-¿O sea?

-Acerca de las personas poseídas por una voracidad sexual insaciable.

Alzó las cejas.

-Muy interesante. ¿Hombres y mujeres?

-Sí, aunque las faunesas son menos evidentes, porque las mujeres ocultan mejor sus pulsiones.

-No todas. No a todas les interesa ocultar sus pulsiones –dijo, confesándose implícitamente, sin más, y le brillaron los ojitos (creo que no dije hasta ahora que no tiene lo que se acostumbra a llamar ojazos) (es que no me gusta decir lo que no hay o lo que falta sino lo que hay o lo que sobra), con un brillo quizá no tanto producto de las burbujas del champagne como del íntimo alboroto de reconocerse en el objeto de mis meditaciones de escritor. A todos nos gusta que lo que creemos meros caprichos, debilidades o vicios sean rebautizados con los prestigios de la cultura.

Me dí cuenta entonces que en realidad, si no le importaba el riesgo que corría amparándose en la noche para llegar hasta mi covacha, y si no le importaba, concheta como era, venir a esta casita vulgar y probablemente algo maloliente (nadie la limpió desde que estoy aquí), y si no le importaba el no inmejorable aspecto de su conquista (yo, con mis vaqueros gastados, mis camisetas agujereadas, mis lentes vencidos hacia un lado) era sencillamente porque, faunesa ella, había olido, había intuído genialmente en mí a un igual con el que tenía asegurada una buena panzada. ¿Cómo no me dí cuenta antes? me pregunté. Por esa cosa de gran señora que tiene, o por el enconchamiento familiar, o, en fin, porque soy un pelotudo.

-Leeme algo –pidió.

Agarré de encima de la mesa esta misma libreta y busqué qué leerle.

-Es una concesión muy especial –le aseguré, y era verdad-. Nunca en mi vida le leí a nadie lo que estoy escribiendo.

Decidí que esta altura de las cosas no podía ponerme lírico y empecé a leerle la parte más caliente de la cosa con Blanca, a partir del momento en que Boris se fue a dormir la mona. Leí a mi manera, cargando las tintas donde hay que cargarlas. Ella escuchó muy quietecita, mirándose fijamente la uña pintada rojo sangre del dedo gordo del pie cuya pierna tenía cruzada, y aprovechando para mirarme fugazmente de reojo cada tanto al beber un sorbito de champagne. Rematé el pasaje improvisando un morceau de bravure que, supuestamente, le decía al oído a Blanca todavía clavado en ella después del polvo (morceau que si se lo hubiera soplado en realidad a Blanca la hubiera dejado estupefacta), y que era más o menos así:

-Te gusta ser tratada como un animal de raza. Te gusta que te froten con aceites, perfumes y champúes, que te frieguen bien el lomo con esponjas naturales, que te alimenten con dietas delicadas, minuciosamente balanceadas, que te peinen las crines y te den palmadas en las ancas. Te gusta que te sirvan maniatada. Relinchás de gusto cuando aquello se hincha, y vibra, y cabecea en tus entrañas. Y cuando pasó el sofocón te dormís satisfecha, sin que medie palabra.

Este exabrupto de erótica campirana, que hubiera dejado a Blanca con los ojos como el dos de oro de pura sorpresa, dibujó una sonrisa pícara en los labios de mi aristócrata vacuna.

-Touchée –declaró ambiguamente. Y después de beberse de un trago el resto de champagne declaró con un suspiro y una media sonrisa-: Lograste tu objetivo. Estoy excitada.

Me paré y me acerqué. Le toqué la mejilla. Sentada como estaba ella su boca estaba a la altura adecuada. Me pasó por la cabeza ¿cómo no? repetir el comienzo de hace unos días con Blanca ofreciéndole sin más la breva para chuparla. La muy ansiosa me cosquilleaba y empezaba a pugnar por salir al aire. Pero ella, que seguramente hizo el mismo cálculo de alturas, se paró. Entonces la cacé de la nuca y la besé en la boca. Se había bañado con el mismo jabón de tocador que la princesita.

-No, esperá –dijo separándose suavemente apenas saboreado el beso-. Estoy excitada, quiero tocar para vos. Sentate.

Obedecí.

(Hombres y mujeres me han dicho que lo que escribo los excita sexualmente. El Príncipe de Ligne, primer lector de los manuscritos autobiográficos de Casanova, le describió así su experiencia de lectura: “Un tercio me hizo reír, otro tercio me puso en erección, y el otro me hizo pensar”. Semejante respuesta debe de haber divertido y halagado a Casanova. Debe de haber colmado sus expectativas. Colmaría las mías, sin duda alguna).

...

Sin apuro absolutamente ninguno, se desnudó. ¡Santa Madre de Dios! Se sacó la blusa y tenía un corpiño diminuto, de puntillas transparentes, del que desbordaban magníficas las tetas y a través del cual se dejaban ver dos pezones enormes, espectaculares, que pedían a gritos que se los estrujara. Se sacó el pantalón y quedó con una cosita que era sólo la idea de una bombacha, apenas un signo coqueto y transparente sobre el exceso delicioso de sus redondeces. ¡Tanta opulencia! Me sentí como debió de sentirse María cuando el flamígero Gabriel se hizo presente en su humilde morada. Aquello que había venido a ofrecerme era un don verdaderamente fantástico.

Iba dejando la ropa en desorden sobre el otro sillón. Se soltó el corpiño y se lo sacó. Tenía un par de señoras tetas, increíblemente firmes, operadas seguramente. Actuaba con tanta tranquilidad que daba la impresión de que aquella era la manera correcta de prepararse para dar un concierto. No pude menos que frotarme la verga por encima del pantalón. Eso sí, discretamente. Otra cosa hubiera sido incorrecta. Se sacó la tanga (bombacha es una palabra medio estúpida, pero tanga es francamente de mal gusto, por suerte el adminículo en cuestión nunca se lo menciona más de un par de veces en un relato, ya que se trata siempre de una estación eminentemente fugaz) y comprobé que lo que insinuaba la tela

transparente era verdad: ¡tenía el coño rapado, rasurado, afeitado, depilado! Completamente desnuda, a la vista estaba toda la delicia, dura y firme, de su opulencia.

No tenía zonas sin broncear en el cuerpo, ni siquiera bien abajo donde comenzaba la hendidura. Había tomado el sol con las piernas bien abiertas. No cualquiera. Se necesita privacidad al aire libre para eso, lo cual es caro. Se quedó con sólo las sandalias puestas. Y las joyas. Cruzó un brazo sobre el pecho y se oprimió las tetas. Estaba, tal como sencillamente lo dijo, excitada. No me miraba. Con los ojos casi cerrados de tan entornados, se lamía los labios. Se mojó dos dedos, se los chupó, de hecho, y se acarició ahí, en el comienzo de la hendidura. Hacía todo aquello para mí, supongo, pero lo hacía como si fuera para sí, o al menos, tal me parecía. ¡Demonios! ¡Sí! Por un momento pensé que era una especie de Coca Sarli pero concheta.

Al pasar frente a mí para recoger el cello esa maravilla embriagadora que es el olor a mujer me envolvió. El verdadero odor di femina del que hablaba Don Juan. No el olor a perfumes ni a jabones olorosos -aunque bien que tienen su momento en el despeñadero de la sensualidad-, ni el olor más profundo, abismal, el olor a concha, ese olor a mar, a marea retirada, igualmente embriagador pero a la manera de un licor salvaje, sino el verdadero odor di femina, un aroma animal delicadísimo que se desprende de la envoltura de la piel, del conjunto del cuerpo desnudo de mujer y que a la vez excita y acaricia, pone a soñar.

Le sacó la funda al cello. En un bolsillo de la funda traía partituras. Colocó una silla frente a su sillón y desplegó encima la primera partitura. Después fue y cerró la ventana. Buen punto, porque de no hacerlo la música hubiera denunciado a las claras su pecado. Yo la miraba ir y venir en el embeleso absoluto. Más o menos como, de muchacho, cuando miraba el desnudo mozartiano de Sidney Rome en *¿Qué?*

Finalmente se sentó y separó las rodillas para acomodar el instrumento. ¿Qué puedo decir? ¿Qué de su piel caliente –enero, viento norte, mormaso asfixiante- pegándose a la superficie pulida del instrumento? ¿Qué de su concha húmeda, “excitada” según confesión de parte, abierta apenas para recibir bien de cerca la vibración del instrumento? De otro bolsillo de la funda sacó un broche con el que se fijó el mechón rebelde sobre la frente. No voy a decir nada más, no voy a insistir: para los que aman la música y a las mujeres no hace falta más palabras. Una cellista, si es bella, ejecutando su instrumento, es un espectáculo celestial. Si lo hace desnuda es algo muchísimo más allá de las palabras. Digo... no nos vamos a andar mintiendo a esta altura del deschave universal: ser un aristócrata en el Siglo de Oro de la ópera, por ejemplo, significaba, entre otras cosas, y yendo a lo concreto, la exquisita perversión de poder oír la voz más bella cantando el aria más bella y después poner a esa boca celestial a laborar en más subalternos menesteres. En esa situación me sentía yo. Ella iba a regocijarme –así lo esperaba- con el don celestial de la música y después yo iba a ocupar el lugar del instrumento entre sus piernas.

De todas las conductas que hubiera podido imaginar que Irene adoptara en su cita galante de más está decir que la que adoptó era la que yo menos hubiera esperado. Ofrecerse así en espectáculo... Finalmente yo era para ella un desconocido... Se necesita un cierto coraje... Y sin embargo... ¡sin embargo, soy el escritor que soy! ¡en materia sexual no me ando con pelos en la lengua! ¿Con quién iba a atreverse si no conmigo? Porque hay que decirlo claramente: las fantasías son simétricas. Si yo, amante de la música de cello, he concebido la fantasía de una cellista bella y desnuda, simétricamente ella cellista y bella debe de haber concebido –¡sin duda que ha concebido y sin duda que ha realizado más de una vez!- la fantasía simétrica de ofrecer su música ejecutándola desnuda, con las piernas abiertas.

Cuando la cellista lo abraza, del instrumento fluyen la emoción y la armonía. Es algo único y que no admite comparaciones. Ni la violinista, ni la pianista, ni la oboísta, ni siquiera la cantante, ni aún la bailarina de ballet (¡ni aún la bailarina de ballet!) pueden suscitar en el alma masculina una respuesta de sensualidad tan intensa. Dejemos de lado los secretos de la técnica, del talento. La cellista abraza al instrumento y este empieza a hablar “en lenguas” como aseguran que les sucedió a los apóstoles cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos para convertirlos en los divulgadores de la fe. La cellista abraza al instrumento y este se pone a confesarse en una lengua maravillosa que todos comprendemos instantáneamente y que nos dice lo que ninguna otra lengua podría decirnos. La cellista abraza al cello como se abraza al hombre, bien abierta, y la música que se oye es la música del coito. ¿Exagero? Claro que exagero, pero en ciertas cosas sólo en la exageración está la verdad. La ejecución femenina de una suite para cello solo es erótica pura, erótica desollada y palpitante para cualquiera que sea capaz de recibir la música allí donde debe recibírsela.

...

Irene en realidad casi no miraba las partituras. Abría la partitura de cada preludio, pero luego no cambiaba de página. Creo que estaba tan consagrada a esa música —estoy hablando de las suites para cello solo de Bach, por supuesto— que de cabo a rabo se la sabía de memoria. Tocaba con los ojos cerrados y apretados. ¿Tocaba bien? Sí, muy bien. Pero lo cierto es que la conmoción sensual que estaba experimentando obliteraba en gran medida mi capacidad de escucha.

(En español la música en el mejor de los casos se “toca”, lo cual ontológicamente es interesante, aunque se ajusta poco a lo que el músico hace; caso contrario, se “ejecuta”, término de cuño militar o penal absolutamente inapropiado en muchos casos, aunque no en todos).

Tocó sólo los tres primeros preludios. Finísima idea. Uno tras otro, sin respiro —la inquietud ni un punto menos que metafísica del primero, la intensidad beethoveniana del segundo, el vértigo irritado del tercero—, demuestran que Bach no sólo era el poeta de la majestad o de la abstracción sino que también era capaz de expresar la confusión y la angustia, y obligan al ejecutante a poner en juego toda su emocionalidad. La ejecución de Irene era fluída e intensa; quizá por conocer tan de memoria las partituras era capaz de despreocuparse de los aspectos técnicos y concentrarse en la expresividad.

Muy a la manera del gran Casals, apoyando mucho, raspando hasta calentar las cuerdas, echando todo sobre el instrumento aunque se desajusten un poquito los tiempos, así le gusta tocar a la bella Irene. Confieso que yo estaba tan sumergido en la melcocha de placer y deseo que ni siquiera puedo rememorar con certeza algún defecto de su ejecución.

En los preludios hay una voz que habla incansablemente y que no deja lugar para nada más. No se puede escucharlos y comer, o escucharlos y pensar, o escucharlos y escribir, o escucharlos cogiendo, no se puede hacer nada además de escucharlos. Siempre los padecí así. Ahora los escuchaba (porque es imposible que sonando Bach uno pueda evitar escucharlo) en un tenso contrapunto con las asperezas del más crudo deseo de lanzarme como un lobo hambriendo sobre aquella jugosa opulencia. Crucé ese cuarto de hora largo de espiritualidad (no hay música menos sensual, menos dionisiaca, menos ¡mozartiana!, que la de Bach) con la verga dura como piedra. Señal de que soy incapaz de elegir entre mis pasiones cuando estas se expresan en su forma más perfecta.

Perdida en su lucha con la materia pronto las perlititas cristalinas comenzaron a rodarle desde las sienes cuello abajo y a lo largo de los flancos y entre las tetas hacia el vientre y quién sabe por dónde más. Del sacudirse, vibrar y sudar de su bello cuerpo manaba la marea de música, empujada por los raptos y sobresaltos de su respiración por momentos al borde de la crisis, de romperse en voz, para después calmarse hasta hacerse inaudible, apaciguada, tal y como si estuviera a punto de alcanzar un orgasmo.

...

Me limité a decir “bravo” tres veces y a aplaudir larga y parsimoniosamente, como para dejar constancia de la absoluta sinceridad de cada aplauso. Me hubiera sido imposible distribuir equitativamente mis aplausos entre dos bellezas –la de su música y la de su desnudez- tan estrechamente enlazadas. Me miró y me sonrió, confundida, consternada, como si se hubiera quedado dormida y acabara de despertar. Creo que por un instante hasta se sorprendió de encontrarse desnuda. Evidentemente su involucramiento con la música de Bach era real y verdadero, al punto de que la transportaba a un mundo desde el cual la mise en scène de su fantasía se le hacía, de pronto, una ridiculez. El intríngulis me tomó mal parado. Me pareció que en ese instante loco la fiesta podía perfectamente aguararse. Me paré y más que sacarme, me arranqué la camiseta, me saqué los pantalones. Empalmado se que lo más fotogénico que tengo es la verga. Ví en el súbito fulgor de su mirada que estaba de acuerdo conmigo.

-Puro Bach. Con Bach las emociones piensan. Así lo tocaste. No sabía yo si disfrutar de tu Bach o de tu cuerpo. Por suerte fui capaz de disfrutar de ambos a la vez –iba diciendo, buscando las palabras adecuadas para restituir la magia.

Y hablando le saqué el cello de las manos y lo devolví a su rincón, serví más champagne, me arrodillé delante de sus rodillas, que había juntado, y volví a golpear en brindis los vidrios deleznales. Finalmente mis ojos se encontraron con los suyos y vi que regresaba de donde diablos hubiera estado. Respiró hondo y pidió:

-¿Tenés un pañuelo? –y yo, claro, tenía un pañuelo, seductor decadente como soy siempre tengo champagne y siempre tengo a mano un pañuelo.

-Secame el sudor –pidió, y yo, claro, la sequé, delicadamente. La frente, las sienes, el cuello, el pecho, la aureola de los pezones, hasta que dijo:

-Besame –y la besé en la boca. Y fue un buen beso, con mutuo aprecio y con sabiduría, con técnica, diría Szentkuthy. Un beso suficientemente bueno como para constatar sin lugar a dudas que allí estaba, intacto, lo que por un momento temí que se hubiera diluído. Se soltó el mechón rebelde y después se soltó el moño. Es ese tipo de mujer que aún desnuda anda tan compuesta que recién cuando se suelta el pelo parece que se hubiera desnudado. Volví a besarla. Me paré. (No aguantan mucha devoción mis rodillas. Ya no busco los botones que me saltan de las camisas). Ahora sí quedó enfrentada con la realidad. Lo miró y después me miró. No para pedir permiso sino para hacerme con la mirada una advertencia. La desoí. Empuñé el centro, lo desnudé y le mostré la fruta pulimentada y roja. Quitó mi mano para empuñarlo ella, y, desconsideradamente, por sorpresa, lo meneó con fuerza, mirándome a los ojos.

-Just checking –me decía con la mirada.

Aguanté sin parpadear todo el abuso que quiso. Se calmó, sabedora de que ni el más pintado aguanta más allá de cierto punto. Entonces se lo puso en la boca y lo consoló. Valió la pena la ofensa para aceptar la disculpa. Aunque creo que se preocupaba menos por mí

que de cierto ajuste cuerpo a cuerpo, piel a piel, cuestión como de fotogenia, como si la estuvieran filmando. He visto eso a menudo. Mujeres que se comportan en la voluptuosidad como si lo estuvieran haciendo para una platea entera de miradas. A ella no la culpo, bella como era quería verse especialmente bella en el ritual fundamental de adoración de la gran pija parada.

...

Y bien, sí, ahora, finalmente, había llegado el momento tan esperado. Le retiré delicadamente el juguete de entre los labios y le dije con tanta dulzura como soy capaz:

-Quiero pedirte algo.

Me miró y vi en sus ojos la expectativa inquieta que puede despertar una fórmula semejante en semejantes circunstancias. Imaginé –equivocadamente, como se verá- que si mi pausa hubiera durado segundos más me hubiera preguntado si lo que iba a pedirle duele.

-Quiero que camines para mí. Así como estás... desnuda.

La sorpresa relajó las líneas de su rostro tan suavemente como corre la onda concéntrica sobre la superficie del estanque. Se sonrió.

-¿Por qué? –susurró adoptando el mismo tono formal y ceremonioso que yo introdujera.

-Porque nunca vi a una mujer caminar con tanto señorío y tanta sensualidad.

Se sonrojó, lo juro, tanto que el rubor se notó sobre el bronceado profundo de su piel.

No pude, juro (una vez más) que no pude evitar seguir de largo exagerando un poco. Le dije con voz como que estrangulada por la emoción:

-Tanto me impresionó tu caminar que me he masturbado imaginando que caminás desnuda para mí.

Le temblaron los labios, se sofocó. Como todavía estaba sentada tragó saliva y volvió a empuñar el bastón de mando. Lamió la boquita.

-Con vos, como con nadie –improvisó poéticamente, hablándole directamente a la cabezota, sublime y al borde del ridículo- quisiera que fueras capaz de vertirte diez veces en una misma noche.

Le respondí hablando como portavoz de la boquita muda:

-Quizá eso sea posible... si me das el gusto que te pido.

Se paró.

-Decime qué tengo que hacer –pidió, sumisa.

-Andá hasta aquella puerta –le dije, indicándole la más lejana-, prendé todas las luces que vayas encontrando, después vení de vuelta hasta aquí.

Lo hizo.

¡Dios bendito! ¿Cómo se habla de semejante evento, acontecimiento, portento? Está, sí, llena, llenita, robustita, pero ¡Dios querido...! El diálogo de las nalgas, una con otra, acariciándose, disputándose alborozadamente la primacía en redondez y en gracia, los dorsales asomándose y esfumándose debajo de la piel pura como el mármol de su espalda, los pies pequeños y perfectos apoyándose en la baldosa como con mimo y con duda, el pelo rozándole la espalda al girar la cabeza para mirar la llave de la luz antes de extender el brazo para accionarla. ¿Cómo decirlo? La más bella bailarina del mundo baila desnuda para mí. ¿Que sólo era una ama de casa de buen lomo, frustrada y calentona como tantas?

¡Pamplinas! Era sin duda lo que ella creía ser, una verdadera diosa. Era de *Las tres* gracias de Rubens, la del medio, la que está de espaldas. Cuando dió la vuelta y vino hacia mí, con

esas tetas firmes y llenas de matrona dinástica, con la mirada altanera fija en la mía dispuesta a disfrutar a fondo de mis homenajes fue un momento perfecto para ambos.

Se detuvo frente a mí, muy cerca. Me habló sacando un poco los labios, con un gesto que sería putesco en otros labios que los de una diosa.

-¿Qué te pareció? ¿Te decepcioné?

No pude hablar, me incliné y le mamé los labios como si sus labios fueran la fuente de Lo Sublime y yo quisiera contagiarme de Lo Sublime (cosa que no quiero) para siempre.

-Esa puerta de ahí es el dormitorio –dije, señalándosela.

Caminó hacia la puerta del dormitorio, y ese caminar sí, ese caminar hacia el tálamo, hacia la entrega sin límite alguno, hacia el darse a cualquiera y a todos mis apetitos y mis caprichos, ese caminar sí, definitivamente, estuvo a punto de hacer naufragar mi fiesta.

...

Se tendió sobre la cama, una mano bajo la nuca, otra cubriendo el pubis, los pies cruzados, como una de esas medio odaliscas de Matisse. Nunca hubo belleza tal en cama tan indigna: el estampado de las sábanas era del peor gusto, el acolchado picaba como si tuviera pulgas, las paredes eran de un verde pistacho adecuado sólo para un quilombo, el camastro de madera barata rezongó como si en cualquier momento fuera a darse por vencido, la luz amarillenta apenas bajaba de la lámpara cubierta por las cagadas de las moscas. Parado frente a ella, empalmado como en mis mejores días clavé en lo hondo de sus ojos mi mirada de superhombre del espíritu, mirada tan fuerte que pocas mujeres la soportan más que un ratito. Ella la soportó, y le respondió abriéndose como una flor carnívora. Es decir: se sacó la mano del pubis y separó las rodillas.

Fue como si algo estallara justo delante de mis ojos, como si el aire se cerrara, con todo el peso de mil atmósferas, sobre un tajo de vacío. Atravesando el capuchón del clítoris tenía una argolla de oro, y engastada en ella, una magnífica perla. Un ojo. ¡Un ojo! ¡El ojo vaginal de la princesita! ¿Eso era? ¿La nena tenía allí una argollita con perla como ella? A punto estuve de preguntárselo, pero me frené. No podía traicionar así la confianza de la princesita.

No me emborracha una botella entera de whisky, pero aquel cocktail me voló la cabeza. Sólo que el golpazo en vez de embarullarme, me puso más frío y más lúcido de lo que ya estaba. Una vulva se ofrece así adornada para una sola cosa: para ser objeto de pleitesía. Me arrodillé pues y lamí todo alrededor de la perla, especialmente debajo, para que la joyita me quedara sobre la lengua y así mostrársela. Lo hice una y otra vez. Se colocó una de mis apestosas almohadas bajo la nuca para ver mejor esa exhibición, y fue abriendo cada vez más las piernas.

La concha le olía a mares distantes, a mares nocturnos, a mares de la memoria, a mares soñados, a mares alucinantes. La respiré a fondo y fue como sorber una droga que me llevara de un solo plumazo a mundos de maravilla. Tenía la carne firme y la piel tan dulce y suave como la de una muchacha. Comprendí por qué se depilaba: los tres partos no le habían marchitado en lo más mínimo la vulva, como si un cirujano plástico obsesivo y magistral se hubiera empeñado en mantenerla intacta como una virgen. Estaba, por supuesto, consciente de sus más íntimas perfecciones y las exhibía precisamente como se exhibe aquello a que aludí en mi improvisación literaria: como a un animal de raza. Mujeres como esta se tienen muy pocas veces en la vida, pensé, y me dispuse a gozar de ella hasta gastarla, hasta que se me secaran both el seso y el sexo.

Cuando la penetré busqué el ángulo desde el cual con el lomo de la verga frotara la perla mágica.

-Una argolla de oro con perla para el animal de raza –le susurre cuando estuve bien encajado.

Abrió los ojos y me miró, pero estoy seguro de que no me veía, de que no veía nada. Entonces bajé hasta su boca. Ahí sí reaccionó. Abrió los labios, ávida de los míos. Encajamos nuestras bocas laboriosa, concienzudamente, como si cada uno intentara sacarle al otro un tumor de la garganta con los dientes. Grotesco símil, lo reconozco, por supuesto, pero no de otra manera fue la cosa. Porque si algo sucedía allí en ese momento era nuestra perfecta coincidencia: su concha me calzaba como un guante delicioso, nuestras bocas se ajustaban como para devorarse mutuamente y sin ventajas, y éramos dos adultos en celo, cada uno muy apreciativo del otro y perfectamente dispuestos a sacar el máximo de placer de aquel paréntesis de intimidad que la paciencia y la astucia de ella había inventado y que habíamos decidido mutuamente concedernos.

Hicimos pues el amor con la prolijidad y el descaro de unos verdaderos profesionales. Pusimos todo el saber y la aplicación, toda la solidaridad en el morbo de que somos capaces, sin la más mínima implicación emocional. Por momentos me desconectaba y nos miraba desde fuera como quien mira peces exóticos en una pecera.

...

Acabó cuantas veces quise, sin gritos ni ordalías, con quejidos discretos y deliciosamente musicales. (Me encanta eso: la mujer a la que uno puede hacer acabar fácilmente una vez que le conoce el tranco. También me encanta lo opuesto: la que batalla por su rebelde orgasmo con los dientes apretados y no quiere colaboración ni distracciones). Cada vez que acababa la dejaba descansar unos minutos mientras bebíamos más champagne. Una y otra vez elogió mi endurance. Ese elogio, que oí más de una vez, viniéndome de ella era miel en mis oídos, como si nunca me lo hubieran hecho. Cada vez que retomábamos me premiaba con una larga chupada, desde la bellota hasta los huevos.

Para el gloriam in excelsis Deo me ofreció las nalgas, de piel tan delicada como si nunca se hubiera sentado sobre ellas y mucho menos se las hubiera rascado. Parecía que no tenía mucosa rugosa en el ojete, y que aquella piel de ángel o demonio se continuaba como un alfombra de pétalos de rosa o de terciopelo culo adentro. Tenía el anillo dócil, como debe de ser en una mujer de su edad y de su poderosa sensualidad. Acabó con la verga en el culo y sin tocarse la vulva, cosa rara. Ocurrió en el momento en el que, dispuesto ya a deponer las armas, tomándola del pelo martilleé como si quisiera partirla al medio. Cuando me dejé ir allá en las profundidades de su abismo chorro tras chorro el mundo se fue apagando al punto de que ni siquiera me recuerdo derrumbándome sobre la cama.

No sé cuánto duró aquello. Fueron horas. Puedo decirme con orgullo que estuve a la altura de tan espectaculares circunstancias. Conseguí espantar a los demonios del orgasmo hasta las fronteras mismas de la mañana. No la ví vestirse. Vino a darme un beso cuando estaba pronta para irse.

-Esta por salir el sol. Tengo que irme –me dijo al oído.

Me paré como pude. El aire me parecía que era de algodón.

-Me gustaría llevarme un recuerdo –dijo, y hablaba tan claro, tan fresco que pensé que seguramente ella no había dormido ni un solo minuto.

-Lo que quieras –articulé, dos veces, porque parece que la primera vez mi voz le resultó incomprensible.

La ví ir hasta el scriptorium de interiores, tomar esta misma librería, abrirla al azar y sin mirar, arrancarle –eso sí, con cuidado- un par de páginas. No protesté. Porque protestar estaba por encima de mis fuerzas y porque en tanto vencedora tenía el derecho de arrancar de mí lo que quisiera. Abrió la puerta y antes de desaparecer en la oscuridad me lanzó una sonrisa misteriosa, del tipo “no te olvides de incluirme en tu libro, para que sepa yo que lo nuestro fue inolvidable”. Quizá esa sonrisa, que sostuvo melodramáticamente el tiempo necesario, fue lo que me dijo, sin lugar a dudas, que no volvería a verla.

Al cerrar los ojos, ya acomodado de regreso en el catre, modifiqué mi idea. No, no es una faunista, pensé, es una coleccionista. Como tal se autovaloriza con cada objeto valioso que agrega a su colección. Decidió cogerse al escritor pornógrafo, secreto, inaccesible, lo que mierda sea, y lo consiguió. Y se lleva como prueba -como los adolescentes la bombachita de la perjudicada, o Enrique de Ofterdingen la flor azul- un par de páginas de mis manuscritos.

¿Faunista? ¿Coleccionista? ¿Qué manía difícil de erradicar esta de clasificar a la gente!

...

Me despertó el calor a mediodía. Apenas abiertos los ojos tuve clara la idea de que las vacaciones habían terminado y quería regresar a Montevideo –aunque tenía pagos varios días más de alquiler, es decir hasta el último día de enero-. La perla estaba conseguida, y no volvería a tenerla. Broche de oro y canto de cisne para mi estadía en este lugar que a partir de ahora, desmantado, viviría como vacío. Estando aún aquí estaría viviendo la nostalgia de lo aquí vivido. Mejor no.

...

Como suele sucederme, una vez superada la modorra, y ese estado de levedad, de levitación en que me deja una buena panzada de sexo, una vez mentalmente colocado y a foco, la escritura fluyó fácil y clara. Cuanto más sexo, obviamente, mejor escribo. En un rato esboqué el capítulo final de *La Tarea*: imágenes de la faunista en el siglo XX.

Se me apareció con meridiana claridad que Henry Miller es la tercera y última encarnación notoria de lo fáunico en la Modernidad. No por nada la academia siempre arrugó –y sigue arrugando- la nariz con desagrado frente a la obra de Miller. Su literatura no es un bocatto di cardinale para felices iniciados sino la voz clara y poderosa del profeta que anuncia el retorno de Dionisos (para usar la expresión que da título al notable librito de Jean Brun) y el triunfo –momentáneo, al menos- del paradigma fáunico con la Revolución Sexual de los sesentas. Marcharon juntas la ausencia de legitimación de su obra en tanto valor literario y el crecimiento –debido exclusivamente a su obra- de su figura como gurú de la liberación sexual. De hecho yo mismo, cuando de muchacho en los setentas rumbeé canónicamente hacia París llevaba, también canónicamente, dos novelas bajo el brazo, una de ellas era *Trópico de Cáncer*. Es cierto, la gran popularidad de Miller no llegó a ser un fenómeno de masas de la amplitud de Don Juan o Casanova, pero eso no lo hace menos importante, porque el fenómeno Miller alcanza toda su fuerza precisamente en los cincuentas, en el momento en el que se está gestando la Revolución Sexual, y aporta a la causa todo su poder de convicción.

En *Trópico de Cáncer* hay una de las definiciones más exactas y patéticas de la faunidad. Dice así el pasaje: “Cómo puede un hombre vagar por ahí todo el día con el estómago vacío, e incluso tener una erección de vez en cuando, es uno de esos misterios que los anatomistas del alma explican con demasiada facilidad”. Publicada en 1934, a los 43 años de edad, el epicentro de esta novela es el acceso de Miller a la dimensión fáunica de su personalidad en contraste con el dolor inextinguible que le significa una relación amorosa de la que no consigue desprenderse (y sobre la que volverá obsesivamente en el resto de su obra).

El signo de esta tercera encarnación fáunica es el realismo. Si con Don Juan el mito devoraba al personaje real y con Casanova asistimos a una especie de equilibrio entre el mito y el hombre, el peso del personaje real Miller funciona siempre como especie de garantía y contrapeso de la dimensión mítica que su figura fue adquiriendo. De la misma manera si el magnetismo misterioso era el quid de Don Juan, y la elegancia sensual el distintivo de Casanova, el realismo descarnado y tumbatabúes caracteriza a Miller.

Don Juan era un mito, la encarnación de la genialidad sensual, al decir de Kierkegaard. Casanova encarna la hazaña de una vida plenamente vivida para la felicidad y antes que nada para la felicidad sexual. Miller es el hombre masa del siglo XX tratando de sacarse de encima el yugo insoportable que puede llegar a ser el paradigma amoroso en tanto máquina de represión sexual, y tratando de acceder a un estado fáunico de libertad sexual. El retorno de Dionisos sólo es posible rompiendo los moldes que aprisionan en la civilización capitalista a la sensualidad humana. El tema central de Miller es el desgarró entre la euforia de la libertad sexual y la herida amorosa que no sana, entre ruptura y liberación. En un mundo empobrecido espiritualmente y miserabilizado sexualmente -el mundo de la masificación- Miller avanza abriéndose las puertas a las patadas. Su sensualidad ya no reprimida es su fuerza y su fuente de seducción.

Sus páginas bellísimas, exultantes de adoración a Su Majestad el coño (curiosamente ausentes del docto *Cunnus*, de Alberto Hernando) son no sólo pioneras sino además quizá únicas en los prontuarios de la literatura erótica. En sólo las primeras 50 páginas de *Trópico de Cáncer* Miller cae tres veces en su embeleso por el coño haciendo trizas de un solo golpe las dicotomías imbéciles con que los hombres elaboran su relación con la fuente del placer y de la vida. El elogio de las putas que hace Miller, visto desde el ángulo de la faunidad y desde la crítica –implícita- de la seducción, obliga a rever el lugar de la prostitución en la economía libidinal de Occidente.

...

Al tocar el tema Miller y la Revolución Sexual de los sesentas llego a los límites de mi ensayo, y de mis ganas de seguir con el tema. Porque lo que seguiría es en qué estamos hoy. Y no me da para tironear de la cobija hasta tan arriba.

Habría que evaluar esa Revolución Sexual en términos de la dialéctica entre paradigma amoroso y paradigma fáunico. (Fue una especie de ensayo general devorado por el reflujo reaccionario y por las consecuencias de la pandemia llamada Sida). Habría que establecer en qué queda la subjetividad humana con el advenimiento de la fase superior del consumismo y de la digitalización de la sociedad. Mostrar cómo las mecánicas perversas del consumismo en que vivimos, con sus falsos conservadurismos y sus falsas permisividades, pretenden hacernos creer que hemos superado las contradicciones de esa dialéctica. Analizar cómo la sociedad de consumo domesticó y canalizó la potencia de lo

dionisiaco para sus propios fines utilizando a tal efecto a esos grandes formateadores mentales que son la televisión y la internet. Ver cómo la masificación mental vació de todo contenido real a las relaciones interpersonales y en qué convierte eso a la supuesta permisividad sexual. Ver cómo esa permisividad re-normaliza la vida sexual con estereotipos tan rígidos como los anteriores, cómo impide y luego satisface vicariamente (mediante la pornografía soft o hard, o la prostitución, o sea mediante el consumo) aquello que aparentemente fomenta (la realización de las “fantasías sexuales” que no son sino las ruinas y los fantasmas de la libertad fáunica en definitiva inalcanzable).

El retorno de Dionisos de Jean Brun fue el primero en encarar el tema del triunfo del paradigma fáunico. Es interesante también el capítulo *La alegría del mundo*, del libro de Maffesoli *El instante eterno*.

Los métodos de Don Juan hoy son imposibles y los de Casanova ya son innecesarios. Hoy basta con marcar la intención y esperar la respuesta. La confusión en que se vive pone a la actitud de la gente hacia la sexualidad entre la negación y la indiferencia.

Ridiculez de la nostalgia. El mundo es lo que es.

...

¿Como cuánto estamos de lejos hoy, después de la Revolución Sexual, del glorioso y liberador triunfo final del paradigma fáunico? ¿Está el paradigma amoroso realmente en retirada? ¿Qué significaría asumir el paradigma fáunico? ¿A que conducta daría lugar? ¿Qué sucedería si ya no existieran más en la mente humana las exclusividades ni los celos, si el objetivo supremo no fuera ya la dolorosa utopía de la pareja perfecta sino la fruición, la delectación, la solidaridad en la curiosidad y en el placer? (Tema para una ficción, a condición de comprometerse a no reintroducir al final, de contrabando los tópicos habituales de la ideología de la subyugación amorosa). (¡Bon sang! eso que llamamos Amor no es sino la triste regurgitación de nuestras debilidades e inseguridades, manojo de serpientes que quisiéramos volver inofensivas poniéndolas en pleitesía debajo del pedestal de la Suprema Imagen).

Es evidente que como no se puede negar la realidad completamente desde siempre han existido formas vicarias, encubiertas e hipócritas de eludir el corset amoroso, como el adulterio, la prostitución, la masturbación etc. ¿Alcanzará para siempre con eso, con ir refinando los placeres de la prisión? El fin del paradigma amoroso significaría el fin de la manía de trascendentalizar, responsable de los peores crímenes. ¿Es eso posible? ¿Es posible arrancarse esa segunda piel? Hay quien es capaz. Pero como modo de vida generalizado ¿es posible? El Inventor debiera de responder a la Criatura cuando la Criatura ha llegado a esta pregunta. Pero parece que las comunicaciones con el Supremo Inventor se han cortado y no hay manera de restablecerlas.

De lo que no me cabe duda es de que si se quiere imaginar cómo sería el amor en la era de la faunidad hay que recurrir a la fuente, a la voz primera de la faunidad, o sea: a la exégesis szentkuthiana de Casanova.

...

Y ya para convocar a la militancia estaríamos ofreciendo la siguiente diatriba:

¡Ciudadanos!

Occidente ha remasticado el eros platónico a lo largo de dos mil años, produciendo esto que llamamos el paradigma amoroso, que se caracteriza por espiritualizar, idealizar las relaciones eróticas. En su forma perfecta el amor es el amor frustrado, hecho imposible por la muerte. **El amor puro** de Jacques Le Brun nos muestra que existe una subtradición, llamémosla fundamentalista, que pretende que el amante verdadero es aquel que ni siquiera pretende ser, a su vez, amado. Semejante paradigma, en sus formas vulgares o en las refinadas, ha formateado la manera en que en Occidente se han encarado las relaciones amorosas, ocasionando los océanos de frustración y amargura que más o menos todos conocemos. A la vez, siendo el discurso del poder, ha reprimido cualquier otra concepción de la vinculación erótica.

¿Ha tenido éxito? Sí, el que podía tener. Porque como lo saben todos los totalitarismos, políticos o ideológicos, hay un punto más allá del cual no se puede torcer la naturaleza humana. Paralelamente al desarrollo del paradigma amoroso, adoptando formas clandestinas, paradójales o francamente subversivas ese otro paradigma al que hemos llamado fáunico siempre ha generado sus figuras y su propia tradición, del sátiro al fauno y al Satanás medieval, y de ahí a Don Juan y luego a Casanova. La historia de la sexualidad en Occidente es la historia de la dialéctica entre ambos paradigmas, el amoroso y el fáunico, el represor y el reprimido, el visible y el clandestino.

¿Cuál es el porvenir de esa dialéctica?

De hecho, y más allá de las distorsiones propias de esta epidemia efímera llamada consumismo, ya estamos viviendo en un mundo nuevo, aunque insistimos en vivirlo a través de los arquetipos relacionales de un mundo perimido. Es tiempo, nos parece, de reconocer esa *otra* tradición, de poner bajo la lupa sus silencios y sus gritos, de comenzar a escuchar lo que ha querido decirnos a lo largo de siglos, y de empezar a calcular a qué tipo de mundo nos quiere llevar.

Muchas gracias.

...

Acabando de escribir esas líneas asistí al regreso desde Punta del Este de la Familia Real. La princesita me vió pero no me hizo saludo alguno, ni el más discreto. Cuando los chicos bajaron con su padre a la playa por momentos sentí la tentación de deslizarme hasta Camelot y pedirle a la Reina uno más, sólo uno más, el del estribo, de despedida. Quizá hubiera dado resultado. (Este es el tipo de situación que, cuando uno reencuentra a la mujer años después y le cuenta de ese impulso reprimido, la mujer responde “Lo hubieras hecho”). En todo caso, no lo hice. La majestad impone respeto. Además después de semejante banquete da no se qué pedir migajas –aunque seamos también fanáticos de las migajas.

...

Quiero agregar al último capítulo unas líneas acerca de *Momentos de la vida de un fauno*, y también acerca de *Yo y él*, de Moravia (título mal traducido al castellano como *Dos* –en arte pocas veces uno y uno son dos). Ni Schmidt ni Moravia dejaron su huella en la evolución del paradigma fáunico. Pero ambos trabajaron el tema en profundidad, y haciéndolo dejaron huellas en mí.

A mediados de los setentas compré *La República de los Sabios*, de Schmidt, que era el primero de sus textos que aparecía en español (ese librito de Minotauro tuvo tan mala venta que todavía hoy se lo encuentra, envejecido pero sin uso, en las librerías de viejo). En aquel momento el lado experimental me impidió leerlo (es decir, mi pereza mental me impidió leerlo). Tuvo que esperar más de quince años, hasta mi regreso del exilio mexicano, para que lo leyera. Poco después encontré –en una librería de Madrid, porque a Montevideo nunca había llegado– por rara casualidad un ejemplar superviviente de la edición en español –también añosa, también magníficamente traducida por Bixio– de *Momentos en la vida de un fauno*.

Momentos actuó como disparador para la escritura de mi *Fauno*. Dos aspectos me interesaron de inmediato: uno tópico y el otro estructural. En lo estructural: es habitual que en los relatos de Schmidt se entrelacen una peripecia sexual con una peripecia intelectual. Para cierto tipo de apetito la receta funciona a maravilla: parece como si ambas dimensiones se alimentaran y se dieran brillo mutuamente. En lo tópico: en ese libro Schmidt recurre a la figura del fauno mítico como paradigma desde el cual leer la avidez sensual básica de su personaje.

En *Momentos* encontré al semblable y al frère que me confirmó en la línea de trabajo. Es cierto que *Aurora*, que es anterior a mi lectura de *Momentos*, ya entrelazaba la dimensión culterana con la de la aventura sexual, pero la frecuentación de la literatura de Schmidt me ayudó a mejorar el rendimiento de la receta. En lo tópico *Momentos* me proporcionó un emblema: tironeé de sus puntiagudas orjeas hasta meterlo dentro mismo de una trama novelesca: el fauno del título de Schmidt se convirtió en el personaje de mi libro.

...

En *Momentos* desde el título –y nada más, o sea que a la vez clara pero discretamente– Schmidt invita a descubrir en su Heinrich –un cincuentón, burócrata de provincia, con familia auestas, erudito a su manera y de mirada ácida– el florecer tardío de la faunidad. Su ninfa es Käthe (la Loba la llama para sí), una vecinita adolescente, liceal (los deditos manchados de tinta, digamos), con la que vivirá una pasión clandestina, teniendo como lugar de encuentros una choza abandonada en lo más hondo de un pantano vecino al pueblo en que viven. El refugio, que Heinrich descubre en las plácidas horas que pasa revisando archivos lugareños, lo había construido un desertor del ejército de Napoleón que vivió varios años oculto en el pantano.

Schmidt nos ofrece esas categorías míticas (fauno, ninfa, floresta) como tamiz simbolista desde el cual leer en toda su riqueza, en su verdadera naturaleza este pequeño romance. (Hawthorne había hecho algo parecido con *El fauno de mármol*, pero en realidad allí el tamiz, más que el universo fáunico, lo era su puritanismo). (En el haber de Schmidt hay que poner que, años antes de *Lolita* da cuenta de la sexualidad con la colegiala sin caer en la parafernalia hipócrita y moralista detrás de la que habrá de ocultarse y en la que habrá de regodearse Nabokov).

Momentos, con su tono elegíaco vergonzante y distanciado nos muestra el deseo fáunico que yace aletargado en el corazón del hombre moderno.

...

Con Moravia la arqueología de mis influencias esculca más a fondo en mi pasado. Tendría catorce o quince años cuando quién sabe por qué leí *Agostino* en la Biblioteca Nacional. El erotismo morboso y ambiguo de *Agostino* y el descarnado y brutal de Spillane fueron mi escuela literaria en esa primera adolescencia. Después, durante décadas, no volví a leer a Moravia, hasta que el año pasado leí sus treinta y pico de novelas de un tirón.

En el vasto bestiario sexual que es la obra de Moravia el tema de la voracidad sexual es uno de los filones más persistentes, acompañado por una mirada despectiva al comienzo (*Mascarada, Las noches de Don Juan*), ambiguamente legitimado hacia el final (*Yo y él, El viaje a Roma, La bandeja delante de la puerta*). Hay que decir que en Moravia los aquejados de faunidad son, por igual, hombres y mujeres.

Yo y él, la novela cómica de Moravia cuenta la historia de un tipo que está convencido de que su apetito sexual inmoderado es responsable de su incapacidad para lograr objetivos elevados en la vida. Intenta rebelarse y darse a la continencia, si no a la abstinencia, pero no lo consigue. El chiste del libro está en que, en plena revolución sexual (se publicó en 1971), satiriza a esa fuerza arrasadora que acaba de ser liberada, aunque para reconocer al final que el tiempo de la represión pasó para no volver y que habrá que aprender a vivir con ella. La contradicción insoluble entre el necio personaje y su pulsión fáunica la presenta Moravia como un diálogo con el pene, un pene erudito que le explica una y otra vez que él es el dios original, Fascinus, el deseo, y que es con él y no contra él que podrá lograr lo que quiera.

...

Finished. Finito. Victoire. El ensayo terminará entonces con un toque personal, recordando a este par de escritores que si no son importantes para el Paradigma sí lo son para el autor. El borrador está listo. Falta la redacción, aunque largos tramos están ya razonablemente bien redactados. Cuestión de pasarles un poco de aguarrás. ¿Qué porcentaje del libro o ensayo largo me llevo terminado, o sea casi redactado? ¿La tercera, la cuarta parte? Suficiente como para considerar que lo que me llevo es una primera escritura.

Cansado, me desparramé en una tumbona a mirar el atardecer, el lento escurrirse del celeste hacia el resumidero de Poniente y el imperceptible encenderse de las luminarias. Al atardecer los chicos, como los pájaros, alborotan con especial intensidad. Invisibles para mí pero clarísimas sus voces en la quietud del anochecer, deduzco que Clara y Luis, el menor, corren una carrera en bicicletas mientras Martín los espolea relatando a grito pelado las incidencias.

Me paro, camino a la distraída, como quien pasea al perro –pero sin perro–, acercándome a la pantalla verde que me impide verlos. Desplazándome hacia la cañada la vegetación se va haciendo más rala y puedo entreverlos. Ahora la competencia es entre Clara y Martín, mientras el menor trata de imitar a su hermano en el relato, con gritería mucho más excitada y confusa. Clara monta una bicicleta grande de mujer, con canasto, presumiblemente la de su madre. Pedalea parada porque de sentarse no llegaría con fuerza a los pedales. Se esfuerza al máximo pero le cuesta mantenerse a tiro porque su hermano, con una bicicleta más pequeña pedalea con menos esfuerzo y describe círculos más cercanos a la mesa.

De pronto, desde el interior de la casa llega la voz de la madre exigiendo la comparecencia perentoria de mi princesa amazona, la cual, sin distraerse ni un instante del esfuerzo grita que ya va. ¿Esa voz de matrona es la de la diosa del sexo que me despaché

anoche? ¿Esta chiquilina de piernecitas infatigables es la que lleva el ojo del Maligno entre las piernas? (Pushkin llamaba “piernecitas” –ver *Onegin*, al menos en la traducción de Aguilar- a las extremidades inferiores de las beldades de provincia que lo embriagaban, en un intento gombrowicziano avant la lettre de bajarlas del pedestal). Obviamente que me sentía como una bestia feroz acechando desde la espesura a mis indefensas e inadvertidas presas. Pero no es así, me dije a la defensiva, para nada pienso devorarme su ficción familiar. Me conformo con esa otra cosa, muy compuesta y fantasiosa, que saben ser más allá de sus fronteras domésticas. Por lo demás, para tigre soy del tipo que juguetea con sus presas, pero preocupado por no lastimarlas ni con las garras ni con los colmillos.

...

Desde temprano empecé a preparar mis bártulos para el regreso. La idea era ir hasta el pueblo después de la siesta y llamar al fletero para que viniera a buscarme mañana por la mañana. Pero cerca de mediodía apareció la princesita. En realidad la estaba esperando, no me hubiera gustado irme sin despedirme de ella. Vino por el fondo. En cuanto a la clandestinidad de nuestras relaciones no bajaba la guardia. Me habló desde detrás del mosquitero de la puerta de la cocina, haciéndose pantalla sobre los ojos para poder mirar al interior. Aún así pude darme cuenta de que la princesita no estaba precisamente de buen humor.

-¿Y? ¿Cómo anduviste? –graznó, a medias cómplice y acusadora.

-Sin novedades –mentí, y volví al rudo ejercicio de meter libros en una caja. Me miraba hacer maquinando quién sabe qué. Me detuve para frotarme la espalda a la altura de la cintura.

-Te vas a deslomar –opinó, en tono más conciliador-. ¿Por qué no ponés la caja encima de una silla en vez de en el piso?

Obviamente que tenía razón y le hice caso. El punto es que, como detesto cualquier trabajo físico, trato de hacerlo de inmediato, sin meditar antes la mejor manera de hacerlo. Abrió la puerta-mosquitero y entró.

-De nada –dijo.

-No está bien que una niña vaya a la casa de un señor mayor que vive solo –opiné sin dejar de hacer lo mío.

-No. Pero ¿por quién lo decís?

-No te hagas la boba.

-Yo no soy una niña.

No le contesté. Puse una caja encima de la caja que tenía encima de la silla y me quedó más cómoda todavía, pero anticipé que la siguiente caja ya empezaría a mostrar las limitaciones del método. Claro está que podía acercar otra silla. Con lo que el límite pasaría a ser la cantidad de sillas comparada con la cantidad de cajas. Estaba tan callada que pensé que se había ido. Pero no. Ahí estaba. Los ojitos claros como el hielo le brillaban de malicia y en su gran boca aherrojada una sonrisa desdeñosa pugnaba por dibujarse.

-Quedamos en que al volver te mostraría el ojo –recordó, solícita.

La miré. Para mirarla me bajé las antiparras hasta la punta de la nariz –como un abuelo- y alcé mucho las cejas. Mi gesto, al menos en mi imaginación, significaba: vade retro, pequeña ¿no ves que estoy ocupado? Pero ni con mucho más que mi gestito asquerosón estaba dispuesta a soltar la presa aquella diablesa.

-¿Te da cosa? –preguntó, inocentona.

Volví a ponerle cara de abuelo amoscado.

-Querida, yo ya se lo que tenés ahí, esa cosita a la que le llamás el ojo –arriesgué, burlón, en la convicción de que la princesita habría inventado alguna manera de adornarse a la manera de la Reina.

Mi respuesta la tomó de sorpresa. La ví fruncir el ceño. Seguí con mi tarea, seguro de que, polvorita y dada a los portazos como era, la frustración la haría emprender la retirada.

-No lo llamo ojo, es un ojo –aseguró, para mi sorpresa, muy tranquila.

-No es un ojo –insistí, necio.

-¿Qué es? –preguntó, desafiante.

-¿Una perlitita, quizá? –pregunté bajando mi baraja ganadora.

No respondió, pero su sonrisa contrahecha se fue acentuando hasta convertirse en la máscara del sarcasmo.

-Por la boca muere el pez –dijo sencillamente.

Comprendí que había metido la pata. Convencido como estaba de que se había adornado como su madre –con algún dije que se sujetara a presión, sin perforación de piel, como el de su madre, por supuesto-, decidido como estaba a ganarle al menos una, de hecho le había confesado lo sucedido en su ausencia. Quedé ahí con cara de pavo, digiriendo como quien ha tragado pedregullo, su nueva victoria.

-No te preocupes –me consoló-. Ya me había dado cuenta. Mamá tenía una expresión de indiferencia dulce y alegre en el rostro que no es la de todos los días.

Su tonito razonable de niña contenta por la felicidad de mamá me invitaba a hacer algún comentario, pero no volvería a caer, no volvería a hundir las patas en sus arenas movedizas. Terminados de guardar los libros, seguía la ropa. Enfilé hacia el dormitorio con la princesita siguiéndome.

-Te diste cuenta entonces de dónde saqué la idea del ojo –dijo conciliadora, reconociéndomelo como mérito.

A esta altura yo me preguntaba si la maldita no sería el diablo mismo que se me aparecía, no con forma de mujer como en Cazotte, sino de pendeja, como en aquel cuento de Moravia. También me preguntaba cómo era posible que Irene le hubiera mostrado a su hija semejante adorno. Pero no, seguramente que no se la había mostrado, seguramente que la pequeña diablesa espiaba las intimidades de su madre.

-¿Te comieron la lengua los ratones? –preguntó, súbitamente impaciente.

No le respondí, seguí amontonando ropa en un bolso, como si no la oyera o como si no estuviera.

-Muy bien –dijo entonces, decidida-. Entonces me voy y no te hablo más.

Y se fue. Oí el golpe al cerrarse el mosquitero. No se qué me dio. Quizá temí que armara un lío diciéndole quién sabe qué invento a sus padres. O tal vez sentí que estaba actuando injustamente con ella, aceptando sus juegos y después rechazándolos en plan beato. La llamé y fui a buscarla. Ahí estaba esperando en medio del patio del fondo, con las manos en la cintura, en actitud desafiante.

-Vení –pedí desde dentro.

Se acercó, caminando despacio, como contra su voluntad.

-Podrías darte cuenta de que soy una persona mayor y de que no me es fácil hablar ciertas cosas con una niña.

-¿Otra vez lo mismo? –resopló amenazante-. Te dije que no soy una niña.

-Bueno... en ciertos aspectos no lo sos, pero en otros sí –insistí conciliador.

-¿En cuáles sí?

-La edad.

-¡Ufa! ¿Qué querés que haga? ¿Qué diga que soy petisa y cante más años?

Aquello realmente parecía una discusión de pareja mal avenida. Me sentí ridículo. El tema era cortar sanamente.

-Clarita –dije en el mejor plan-, vos me caes rebien. Me gustaría que nos despidamos como amigos.

Suspiró hondo, miró al piso, se encogió apenas de hombros, como concediendo.

-¿Por qué te vas? –preguntó.

-No hay más remedio. Se acabaron mis días de vacaciones –mentí.

Volvió a encogerse un poco de hombros, mirando siempre al piso. ¿Estaba tratando de darme un poco de lástima?

-¿No querés ver el ojo? –soltó muy bajito, casi como una súplica.

La maldita realmente estaba decidida a pintar la raya un poco más lejos.

-¿Si o no? –insistió con el mismo tonito humilde.

-Bueno... –concedí, dándome por vencido-. Pero no aquí, no ahora.

-No, claro –dijo mostrándome triunfalmente todos sus fierros-. A las tres en el mismo lugar –ordenó, muy en su rol, que es el de mandar.

Y dio la media vuelta y se fue por la vereda tropical. A los pocos pasos se detuvo para humillarme en mi derrota, faltaría más.

-Pero esta vez no tenés que esconderte –dijo. Y soltó una risita de chacal con ortodoncia.

...

El nuevo plan consistía en ir de inmediato al pueblo y ponerme de acuerdo con un fletero para que me sacara de la zona caliente, de ser posible antes de las tres de la tarde. Fue imposible. El de la zona me dio turno para la semana que viene, cinco de Montevideo que llamé, incluido el que me trajo, tampoco podían hasta pasado mañana. Finalmente el sexto quedó en venir a buscarme mañana a media mañana.

Volví a la casa muy pasado el mediodía con una sensación de derrota y de catástrofe inminente, diciéndome que no iría a la cita con la princesita, pasara lo que pasara. Era, ciertamente una diablesa obcecada y no era buena idea declararle la guerra, pero en todo caso eso me parecía mejor que seguirle el juego hasta el final.

Creo que si finalmente acudí a la cita fue porque le pedí consejo precisamente al peor consejero, sobre todo un mediodía de verano de aquellos de rompe y raja. Es decir, que para pensar mejor el asunto me tomé unas cervecitas que me convencieron de que si no cedía a la curiosidad morbosa seguramente que me iba a arrepentir el resto de mis días, porque finalmente ¿tiene sentido resistirse a una diablesa que asegura que tiene un ojo entre las piernas? ¿Se hubieran resistido Henry Miller o Giacomo Casanova? No, por supuesto.

Por lo demás, estaba seguro de no correr ningún peligro (ni yo, ni ella) porque si hay algo que uno sabe es que el deseo del menor –si es que eventualmente uno se ve aquejado por tal cosa- es precisamente un deseo en cuya naturaleza está el no realizarse.

...

Cuando penetré el círculo mágico, precisamente a las tres de la tarde, la princesita ya estaba allí. La esterilla ya estaba abierta sobre la arena. Ella se veía seria, quizá un poco perturbada. Seguramente que estaba tocando los límites extremos de su capacidad de

audacia. Sin duda que una cosa eran sus jueguitos con el servicial Nico y otra cosa un tête a tête erótico con este señor canoso. Me pregunté hasta dónde sería capaz ella de ir un instante antes de hacerme otra pregunta que me pareció de más urgente respuesta. Por diversión o por seguridad ¿no habría ella invitado a algún testigo, como lo había hecho conmigo? Me agaché y miré cuidadosamente los matorrales todo alrededor del perímetro.

-Qué desconfiado –se limitó a comentar.

-Tengo razones para serlo ¿no te parece? –y al oírme hablar me di cuenta de que mis remilgos habían desaparecido y que la estaba tratando como a una especie vaya uno a saber si de cómplice o de enemigo. Estaba dispuesto a seguirle la corriente, pero sólo en la medida en que constatará fehacientemente que no había ningún tipo de riesgo. Hasta donde pude ver no había nadie en los alrededores.

No había sido una buena manera de entrar en tema, pero ella, sin decir más y tan tranquila como si estuviera sola en su dormitorio, como cuando lo había hecho para Nico, se sacó el short y lo colocó cuidadosamente sobre la esterilla. Vi entonces por primera vez su pubis, perfectamente lampiño, y en el que se dibujaba largamente el comienzo de la hendidura. Se sentó encima del short y se abrazó las rodillas.

-¿Entonces? –preguntó tranquila y apenas impaciente.

Un escalofrío me recorrió la espalda y terminó apretándome el culo, al tomar conciencia de que estaba en un lugar público con una niña desnuda. Se me aflojaron las piernas y estuve a punto de salir corriendo, pero la curiosidad pudo más. Me encogí de hombros, tragué saliva, fingí displicencia.

-Me ibas a mostrar el ojo –le recordé.

-Ya se. Pero vos tenés que ponerte como Nico.

-¿Cómo como Nico? –pregunté sintiendo que otra descarga de sudor frío me helaba la piel. La maldita quería que yo...

-Arrodillado allí –dijo señalando frente a ella con un gesto del mentón.

-De aquí puedo verte bien –argumenté.

-No, no podés –sentenció, inapelable-. Te lo aseguro.

Sería que o me arrodillaba o nada. Pensé que si éramos descubiertos no sería gran diferencia en el escándalo que estuviera parado o arrodillado, de manera que me arrodillé, sentándome luego sobre los talones.

Se recostó entonces apoyándose sobre los codos y separó las rodillas. Vi su preciosa vulva de chiquilina, pura y delicada como un sueño. Ningún adornito, nada. Una sonrisa pícaro y divertida le bailaba en los labios mientras me mostraba el esplendor de su tesoro.

-No veo nada –dije.

Ella se encogió de hombros, más de lo que ya estaba dada su posición.

-Tenés que mostrarle algo que valga la pena para que salga, como Nico –dijo, risueña, invitadora.

La curiosidad que me había empujado hasta tal situación se encontraba en una nueva encrucijada: o seguía cediendo, quién sabe hasta dónde, o terminaba ahora mismo con el juego. ¿Tenía realmente ella algo extraordinario para mostrar aparte de su desparpajo? Algo había visto el patán, pero un patán finalmente no es más que un patán y su mirada es poco digna de crédito, por definición. ¿Qué podía tener entre las piernas, por Dios Bendito? Nada, por supuesto. Y sin embargo, aquel increíble desparpajo... tenía a la fuerza que aterrizar en algo, así fuera alguna chistosada de liceales, que era lo que más seguramente me esperaba, merecidamente, sin duda.

Me dije que la curiosidad no se puede sostener a cualquier precio, y mucho menos al precio de la dignidad. Y sin embargo... ¡que me parta un rayo! mi maldita curiosidad se sostuvo. Bajé el cierre del pantalón y saqué afuera mi vergüenza. La walkiria tenía los ojos redondos de tan abiertos mirando aquella cosa inédita para su experiencia.

-Tenés que ponerlo para arriba, como Nico –pidió previsiblemente, ya más imperativa, más consciente de que a esta altura de las cosas no le negaría nada.

Ahí me sentí aliviado. El asunto se terminaba sin consecuencias, porque, me dije muy convencido que pasara lo que pasara no habría fuerza alguna capaz de poner a aquel gusano somnoliento en estado de despertar algún interés o soportar alguna comparación.

Entonces me puse payaso. Recordándolo para escribirlo me pregunto cómo en semejante situación, con los nervios –o mejor, con el susto- que tenía, se me pudo ocurrir payasear. Es cierto que tiendo a payasear para los niños y que los niños aprecian la calidad sobria y sutil de mi payaseo, pero... ¡qué momento para lanzarme a payasear!

-¿Eso es todo lo que vas a mostrarte? –le pregunté al gusano, imitando las conversaciones de Rico con su pene. Hice como si oyera su respuesta y le dije:- Sí, a mi también me gustaría, pero no creo que quiera –y después como si el otro insistiera:- ¿Qué? No, decíselo vos. No va a querer, es muy presumida

La princesita me miraba como imagino que miraría a un mago en un cumpleaños. Pensé que me preguntaría si estoy loco. Pero no.

-¿Qué es lo que quiere? –preguntó, dando por sentada la autenticidad del diálogo, o dispuesta a entrar en la fantasía potenciándola.

-Dice que si te acariciás ahí –respondí, señalando con el mentón su entrepierna- entonces él se muestra más.

Lo admito: aquella situación rodaba ya bastante descontrolada. Pero no completamente descontrolada sino sólo en la medida en que estaba dispuesto a hacer lo que fuera o lo que ella quisiera que hiciera para lograr que me mostrara lo que quiera que fuera que llamaban el ojo. Ni un pelito más allá de eso.

Por respuesta la princesita soltó una risita francamente procaz, después levantó la mano derecha y se sacó la arena frotándosela contra la camiseta. Después llevó la mano hacia la entrepierna y, separando los dedos se tocó con la yema del dedo medio el lugar adecuado. Sabía cómo hacerlo. Miré su cara. Tenía la boca abierta y la punta de la lengua afuera y miraba lo que se hacía. Dejó de mirar sus joyas y miró mis miserias. Y entonces sucedió.

El amigo, como si fuera un animalito ciego que se orientara sólo con el olfato, empezó a avanzar, a desplegarse, a estirarse hacia su natural objetivo. Avanzó, avanzó, avanzó, y después, como si de pronto quisiera oír u oler más lejos para saber como cuánto de lejos estaba, se irguió. Cada vez más.

-Uau –musitó la princesita, que sin dejar de mirarlo se masajeaba, con ese solo dedo, pero cada vez con más vigor, separando cada vez más las rodillitas.

-Bueno, aquí lo tenés –la corté rudamente, exigente:- ahora dejame ver el ojo.

La pobre, que andaba ya cerca de ese otro mundo que sin duda conocía muy bien y al que sin duda le gustaba visitar, me miró confundida. Le costó tragar saliva y cerrar la boca, pero terminó por hacerlo y obedeció.

Trajo la otra mano al ruedo y, muy concentrada en lo que hacía, se dispuso a abrir el estuche. Al borde del colapso por la ansiedad me pregunté si no sería alguna malformación lo que tenía. Me recorrió un escalofrío de repugnancia. Pero cuando con los dedos meñique y anular abrió los labios externos, la mucosa que ví era tan exquisitamente rosada que la verga terminó de tensárseme en el máximo de rigor. Sin darme cuenta la empuñé y como

por un reflejo mimético le desnudé el glande. Entonces, con los dedos índice y medio, tan concentrada en lo que hacía que parecía que se buscara un granito o una pulga, separó los labios menores y, después, más profundamente, la boca de su sexo.

Estuve a punto de desmayarme. Abierta la boquita, como si lo que había separado fueran párpados, lo que vi fue un ojo. ¡Jesús, María y José! Como de costado. Arriba y abajo el blanco del ojo y en medio la pupila, celeste, como no podía ser de otra manera. Sentí cómo de golpe la sangre se me iba a la cara. Mi ritmo cardíaco sufrió un traspies. El estandarte de mi virilidad se desinfló como se desinfla un globo, rajó como se raja frente al más terrible de los enemigos. Una onda de sudor afloró en mi piel y se concentró en mis manos.

El maldito ojo me miraba directamente a la cara. Alguien desde dentro del cuerpecito de la chiquilina me miraba fijamente, me atravesaba con la mirada como se atraviesa a alguien con una maldición. Entonces Clara, completada la tarea fina de sus dedos, me miró, tensa y expectante. Debe de haber visto el julepe en mi cara tan completo que no pudo sino soltar su risa más burlona.

-¿Lo ves? –preguntó payaseando ahora ella, fingiendo estar ella misma asustada.

Para mí la cosa, en aquel momento, estaba más que clara: una muchachita que tiene un ojo en la concha y que semejante cosa le hace gracia es sencillamente un engendro del infierno. Pero mi mente, racionalista en el nivel más pedestre, o sea a la uruguaya, se negaba a aceptarlo. Tragué saliva, dura como engrudo.

-¿Qué es eso? –conseguí articular. Al hacerlo me vino a la mente que pudiera ser, bueno... no un ojo de ella, que por una anomalía fenomenal le hubiera salido en la concha... pero sí, un ojo humano, el ojo de un cadáver, como el que Simone se metía en la concha en la *Historia del ojo*, lo cual en definitiva no era menos repugnante que la presunta anomalía anatómica.

Los niños de hoy han visto demasiadas películas de horror. Este tipo de situaciones los divierten. Clara puso cara de fantasma demente. Muy convincente, debo decirlo.

-Es el ojo de mi abuela –dijo impostando, o más bien forzando la voz como para asustar párvulos.

En el estado de confusión en que me encontraba no era capaz de intentar comprender o especular qué diablos era lo que me decía. Entonces se soltó los pellejos, haciendo desaparecer la mirada, se paró como si tuviera resortes en vez de piernas y se puso a saltar y a aplaudir, divertidísima.

-¡El ojo de mi abuela! ¡El ojo de mi abuela! –gritaba- ¿No sabés lo que es un ojo de abuela?

¿Ojo de abuela? me preguntaba yo ¿qué es? ¿Una malformación rarísima, una ilusión óptica, un chiste de La Casa de los Chascos?

-¿Tu abuela no tenía un ojo? –me preguntaba, zumbona, la princesa del aquelarre-. Pues la mía sí tenía, y yo lo tengo ¡aquí! –gritaba y se tomaba la pepa.

Si la maldita se hubiera ido en ese momento y me hubiera dejado hecho piedra como estaba, yo creo que con suerte hubiera terminado en un manicomio. O por lo menos, de seguro que me hubiera vuelto impotente. Que aquel rinconcito de la femineidad donde anidaban mis anhelos y mis afanes estuviera efectivamente habitado por el Maligno – porque ¿de qué otra cosa podía tratarse?- hubiera sido una idea, un obstáculo con el que no hubiera podido.

La diablesa, con todo lo zarpada y lo cínica que era a tan tierna edad, creo que se compadeció de mí, o al menos se asustó al verme tan perturbado, porque acto seguido, sin transición, como funcionaban sus humores, inclinándose hacia adelante se puso a escarbar

entre sus piernas hasta que, con un gesto triunfal, sacó, colgando de un cordelito azul, un globo ocular.

Ahí sí que caí para atrás de la impresión. Porque así, de golpe, no entendí que era una prótesis ocular, vulgo ojo de vidrio de los que se coloca en la cuenca vacía a quienes han perdido un ojo en un accidente. Creí que era realmente un ojo, calentito y gelatinoso.

-El ojo de mi abuela –insistió, ya preocupada en serio de que yo no terminara de tranquilizarme.

Poco a poco la idea entró en mi mente. La maldita se metía la prótesis ocular de la abuela en la vagina y con eso impresionaba a sus amiguitos, yo incluído.

-No te creo –dije, sin poder terminar de creerlo y a la vez empezando a avergonzarme del triste revolcón en la arena.

-Podés tocarlo. No es un ojo de verdad. Es el ojo de mi abuela. Mi abuela perdió un ojo en un accidente. De manera que tenía un ojo de vidrio. Pero en realidad tenía dos, uno más oscuro de recambio, porque el celeste del ojo verdadero se le ponía más claro o más oscuro según el estado del tiempo. De manera que cuando se la llevaron a enterrarla yo fui a su cuarto, abrí su mesa de luz y me guardé el otro. Que es este.

Se encogió de hombros y concluyó, como para terminar de tranquilizarme:

-Nadie se dio cuenta, nadie sabe que lo tengo yo.

Me paré y me sacudí la ropa, cerré la portañuela del pantalón. Traté de encontrar una actitud digna.

-El cordel se lo pegué yo –agregó orgullosa mientras hacía girar como una hélice la mirada vacía de su pobre abuelita.

-No se qué decirte –le dije, y por cierto que no sabía-. Sos una niña de lo más particular.

-No soy una niña –respondió. En ese punto –de hecho en cualquier punto que hubiera en debate- no cedía un ápice. Y en realidad acababa de demostrarme que tenía razón.

La prótesis ocular y broma vaginal, girando en el aire, me producía una sensación extraña, no podía dejar de mirarla. Pronto caería hipnotizado.

-Guardá eso –pedí, un poco agriamente.

-¿Te da cosa? –preguntó, desafiante como siempre, pero agachándose recogió sus shorts e hizo desaparecer la bola de vidrio en el bolsillo. El cordel quedó colgando fuera. Se vistió y recogió la esterilla. Bien mirado y hechas todas las cuentas había que sacarse el sombrero: la maldita era una verdadera artista y lo que me había ofrecido había sido una espléndida performance. Quiero saber a qué coreógrafo de strip-tease se le ocurre un numerito semejante. Como suele sucederme me vino la cosa paternal.

-¿Y qué pasó con tu virgo?

-¿Con mi qué?

-Con tu virginidad.

-¿Qué es eso? –preguntó sinceramente intrigada.

Es así. Un verdadero artista sacrifica cualquier cosa por su arte. Debe de haberle dolido. Quizá hasta sangró, pero evidentemente le pareció un precio justo a pagar considerada la calidad del logro. O bien la diablesa –protegida por el mismísimo Mefistófeles- tenía un tegumento de esos por demás flexibles que protegía sin demasiado esfuerzo la honestidad de su futuro aunque llegado el momento fuera a darle un mal rato. Me pregunté de cuántos pelotudos más habría de reirse con aquel chistecito.

-Tengo que irme –anunció entonces, y sin más, su fue. Lo último que ví de ella fue el cordel azul colgando fuera del bolsillo de sus shorts celestes.

...

Para una ontología textual. Hay un punto (algo así como el punto de equilibrio orbital) en el que el texto aún no se ha apartado de lo que lo origina, aún lleva ese origen como marca en el cuerpo, aún no ha sido devorado por las fuerzas que lo lanzan fuera, al mundo, al infinito, borrando su origen. En ese punto es preciso recuperar al texto para poder dar cuenta de él. El texto, ahí, a medio camino entre su no ser y su ser (justo antes de que tel qu'en lui même l'éternité le change), ahí, en ese punto de la deriva de su ser, es que nos dice su verdad.

...

A media mañana llegó la camioneta fletera. Subimos las cajas de libros, mis bolsos de ropa, mi colchón de resortes –sin el cual no salgo de vacaciones de ninguna manera- y algún chirimbolo más que había traído. Al arrancar la camioneta vi que la Reina podaba su jardín –cosa que nunca antes. En realidad habiendo tomado nota de la llegada de una camioneta fletera esperaba expectante mi partida. Podía permitirse ese tic romántico. Le hice un saludo con la mano y ella respondió. En ese momento la princesita llegaba corriendo junto a su madre, evidentemente atenta también a mi partida. Irene la recibió poniéndole un brazo sobre los hombros. Clarita también levantó su manita para saludarme. Usted, benigno lector, que quizá encontró algo excesivos los retratos –imaginarios, por cierto- de chiquillas lascivas que me permití en el *Fauno* y antes también en *Aurora lunar* ¿encontró a este bendito ejemplar pintado “del natural” indigno de aquella compañía? No ¿verdad? Se me partió el corazón viéndolas ahí abrazadas y saludándome. Bellas, bellísimas, maravillosas. Me dieron unas vacaciones ni un punto menos que fantásticas, llenas de ansiedades y sorpresas. Bye, bye. Como dice el Casanova de Apollinaire: “No ataco a la virtud / no perturbo a la familia / amo ligeramente”.

Que sean felices, les deseé con todo el corazón, mientras la destartalada fletera corría o más bien saltaba por la Interbalnearia en dirección a Montevideo, y mientras sentía, no sin una puntadita de tristeza, que las sensaciones de aquel enero empezaban a alejarse hacia el pasado como una gran bandada de mariposas empujadas por el viento.

...

Fin *de las vacaciones del fauno*

Enero de 2005.